FERNANDO DIAZ-PLAJA

TERESA CABARRUS

(UNA ESPAÑOLA EN LOS DESTINOS DE LA REVOLUCION FRANCESA)

13

Teresa Cabarrús, *Madame Tallien*, fue reina en la República antológica de la Revolución Francesa. Como en tantas mujeres que han merecido, por su influencia, ser incorporadas a la Historia, más pesan los pecados que las virtudes, lo inmoral que lo ético, para la inclusión. La Revolución Francesa no vaciló en calificar a la Tallien con títulos como «Nuestra Señora del Buen Socorro» y «Nuestra Señora de Thermidor». Estas blasfemias son tanto más graves por cuanto Teresa Cabarrús ignora los más elementales rubores. La «ateniense», como Barras la llamaba, recorre los salones de París, y reina por su condición de mujer bella, astuta, y nos hace sospechar si Maquiavelo aprendió de una dama italiana los sinuosos artilugios de El príncipe. Pero la esposa de Tallien —su segundo marido— está unida para bien y para mal a la Revolución Francesa. Caen bajo la guillotina cabezas enemigas, cabezas amigas. El cuello de *Madame Tallien* tienta al sádico verdugo: su época, precisamente.

Fernando Diaz-Plaja

Teresa Cabarrús

(*una española en los destinos de la Revolución Francesa*)

Título original: *Teresa Cabarrús*
Fernando Diaz-Plaja, 1943

Revisión: 1.0

06/01/2024

Dedico este libro
—parva ofrenda—
al recuerdo emocionado de mi padre
que gloria haya.

PRÓLOGO

UN prólogo tiene siempre un aire de excusa. Con él, el autor intenta detener un golpe no recibido todavía y, así, expresa sus deseos de que se comprenda claramente él motivo de que se haya atrevido a realizar tal obra, manifiesta los defectos que ella tiene y las pocas pretensiones abrigadas de agotar tema tan importante y substancioso… Casi siempre, declara que quedará satisfecho y complacido si su pequeño trabajo sirve de base y trampolín para que otros, mejor preparados, realicen la labor que él no se ha atrevido a apurar por falta de condiciones. Con esta demostración de inferioridad, el autor abriga la esperanza de que la crítica no será demasiado severa para con un trabajo cuya armazón tan noble y modestamente es puesta al descubierto. Nadie gusta de Herir demasiado fácilmente y ésta es la salvación de quien muestra de tal modo el punto más flaco de su armadura.

Esté prólogo es, pues, también una excusa. Pero será algo diferente de los demás porque, en el caso típico de las biografías, todos los autores tienen una maravillosa escapatoria para rehuir la posible responsabilidad. Y ésta es la falta de material. Casi todas las vidas escritas en los últimos años llevan esta clase de advertencias por delante: No hay pruebas… apenas documentos… casi nadie se ha ocupado de esta figura…, ha habido que rehacerla a base de referencias vagas de contemporáneos…

En el caso de Teresa Cabarrús esta excusa no engañaría a

nadie porque los documentos y las referencias sobre su agitada vida rebosan los más capaces ficheros y su vida y milagros están impresos en multitud de obras que se refieren exclusivamente a ella. Sonolet, Gastine, Turquan, Houssaye, Villa-Urrutia, por no citar más que los más calificados, han dedicado parte de su vida a estudiar a esta mujer, no tan extraordinaria por sus cualidades, como por las circunstancias que envolvieron su existencia, desarrollada de pleno en uno de los ápices de la historia del mundo: la Revolución francesa.

Pero si no es posible decir que faltan las referencias necesarias para reconstituir el proceso de su paso por el mundo, no es exagerado afirmar que tanto material, apto y suficiente para demostrarnos el desarrollo físico de su vida, sirve, contrariamente, para no explicamos en absoluto su proceso anímico o espiritual. Pues las opiniones a este respecto son tan contradictorias y parciales que nos parece hedíamos ante un nuevo caso de María Estuardo, enaltecida o condenada según fuera el biógrafo de un partido o de otro. Y en el caso de Teresa, el apasionamiento es igual o tal vez mayor porque el movimiento político en el seno del cual desarrolló su actividad, la Revolución, persiguió y derramó tal cantidad de sangre, que, forzosamente, tenía que escindir a los críticos y escritores en dos grupos irreconciliables y enemigos. Entre ambos la figura de Teresa sube, cae, vuelve a levantarse, aparece cubierta de lodo o engalanada con la aureola del elogio. Por entre este semillero de opiniones contradictorias, el biógrafo ha tenido que ir sacando trabajosamente el hilo de una existencia agitadísima, el porqué de sus males como el porqué de sus bienes. La tarea es ardua porque no vivimos en su época, y esto que, tras tantas biografías históricas, no parece apenas problema, lo es y muy grande tratándose de una figura como la de Teresa Cabarrús que reúne todo el estigma, toda la condenación de sus enemigos por su conducta moral, mejor amoral; por la falta absoluta de este sentido de lo ético que nosotros, los de este siglo tan condenado como época de perversión, poseemos bastante más enraizado que los

que vivieron en la centuria que va del mil setecientos quince al mil ochocientos quince, especialmente en Francia.

Pues en este caso como en todos los que estudian los personajes de aquel tiempo, habrá que conceder beligerancia extrema al factor ambiente. Y éste es tan importante, es tan denso y característico en el Siglo de la razón y de las luces, que de él no se puede librar más que una personalidad extraordinaria, un ser que esté por encima de su época como estaría por encima de todas las épocas y situaciones del mundo porque, lo que lleva dentro, es superior en mucho a lo que pueda hallar a su alrededor. Éste no es el caso de Teresa Cabarrús. Toda la simpatía que, necesariamente, se establece entre el biógrafo y la figura estudiada, no puede bastar, en este caso, para reconocer en Teresa una personalidad vigorosa, una inteligencia extremada. Teresa Cabarrús es solamente una mujer, una mujer muy femenina, valga la redundancia, pero su obediencia al medio ambiente es absoluta. Ni una sola vez a lo largo de su vida intenta deshacerse de él, formarse una existencia al margen de lo contemporáneo. Y lo contemporáneo es el siglo XVIII, lo contemporáneo es Rousseau con su hombre natural, con su necesidad de dar salida a los sentimientos retenidos hasta entonces por una falsa idea de los prejuicios («hay que acercarse a la Naturaleza!»); lo contemporáneo, en fin, es la negación de un valor moral superior, el olvido de la idea de la religión como freno al instinto, del no pensar en otra existencia donde se calibrará todo lo hecho en ésta dando un premio o un castigo según los casos. La burguesía, cuya es la época que estudiamos, no quiere saber nada de estas cuestiones que para ella son principios que defienden los que están al otro lado de las barricadas, esto es, los nobles, aunque muchos de éstos se hayan pasado ya ideológicamente al otro lado, junto a sus enemigos, llevados por ese esnobismo dieciochesco de jugar con las ideas contrarias al propio interés que algunos pagarán con la vida bajo el Terror.

El estudio de las circunstancias ambientales tampoco puede comprenderse ésta. El lector tiene que hacer un esfuerzo constante

para situarse en el lugar y en la época, en el sitio y en el tiempo, y el autor, en este caso, más que pedir excusas, solicita una colaboración de buena voluntad para comprender la vida de esa mujer que pisó con breve pie la rueda gigantesca y sangrienta de la Revolución francesa: Juana María Ignacia Teresa Cabarrús.

*** * ***

Debo agradecimiento por su amable colaboración a esta obra, en primer lugar a doña Teresa Cabarrús de Marshall, descendiente directa de la biografiada, que me ha facilitado bibliografía, datos y recuerdos personales de su antepasada; al coronel don Juan Fiol y Conrado, también emparentado con ella; al erudito historiador don Dalmiro de la Válgoma, y a todas cuantas personas han hecho el menor esfuerzo para que este libro viera la luz del día.

CAPÍTULO PRIMERO

LA HERENCIA DE LO AVENTURERO

LAS leyes mendelianas señalaron científicamente el contenido intrínseco de una familia; a pesar de los tajos de la Muerte, gran podadora de ramas en el árbol genealógico, existe palpable una sucesión espiritual que impulsa al hijo por senderos parecidos a los que escogió el padre. Y si esto, dicho así en absoluto, pudiera parecer falso, sí es forzoso reconocer una personalidad en las tradiciones en cuanto a movimiento o permanencia. Si las grandes razas antiguas —y algunas modernas— pueden distinguirse por su extremada trashumancia y por el nomadismo que preside todos sus actos, no es menos cierto que, dentro del círculo más reducido del hogar, la tradición divide a las familias en sedentarias, gentes que ocupan el mismo solar que ocuparon sus antepasados hace ya siglos, hombres, mujeres y niños a quienes no han bastado calamidades físicas o políticas caídas sobre la comarca que habitan o sobre sus propias cabezas para obligarles a abandonar el solar añejo, y otras, en cambio, a quienes la tierra parece siempre redonda y apta para recorrerla, que parecen llevar su patria al hombro como el hatillo del caminante y que aprovechan la menor ocasión —si pobres, la penuria; si ricos, el cansancio del mismo paisaje—, para salir por esos mundos de Dios a buscar espacio donde llevar sus pensamientos y ambiciones.

A esta última clase, sin duda alguna, pertenecía la familia Cabarrús, que, aun siendo de origen navarro-español, se había afincado en Capbreton cerca de Bayona y luego en esta ciudad. Sus elementos masculinos, especialmente los primogénitos, habían tendido siempre hacia el negocio y lo desempeñaban en general con singular acierto. Pero el carácter intelectual con que la burguesía del siglo XVIII había obtenido el medio de desquite contra la soberbia de los nobles, ese gusto por la cultura del que haremos mención detallada más adelante, obligaba al buen negociante francés de la época a procurar a su hijo unos conocimientos que no se redujeran sólo al de los albaranes y facturas con que se emprendían los asuntos mercantiles. El saber se ya haciendo cosa obligada y cuanto más sólida es la posición económica de la familia, mayor el grado de cultura que deben adquirir sus miembros.

Siguiendo este principio encontramos, pues, a Francisco Cabarrús, de niño, en un internado de Toulouse. El muchacho es aprovechado. Con las frases de ritual en casos parecidos, sus profesores se lo comunicaban a su padre, que asentía gravemente a cada párrafo laudatorio, como si ya entreviera lo que podía dar de sí aquel niño hecho ya hombre y al frente de la casa de armadores Cabarrús. Pero si el padre está satisfecho de su hijo, éste no lo está tanto de su padre o al menos de la situación en que su progenitor le coloca. Pues si bien su inteligencia abierta a todos los vientos del saber, le evita un cansancio excesivo en los trabajos escolares, lo cierto es que en su espíritu bulle una mayor cantidad de proyectos, un deseo febril de actividad que le impide encontrar ameno el trabajo diario. Cuando recibe cartas del negocio de su padre intuye, a través de las pocas palabras sobre el estado de los negocios, un maravilloso mundo de riesgo y aventura con el pensamiento puesto en los barcos que traen cargamentos, en los carros que arrastran sus cajas por los caminos polvorientos, todo ello tan inseguro como podía ser el comercio en aquellos tiempos; y esta misma inseguridad, precisamente, es lo que atrae al joven Cabarrús, haciéndole ver aquella tarea como un magnífico y excitante juego de

azar.

Al lado de esta posibilidad de ensueño, ¡qué aburrido el colegio con la monotonía de las lecciones repetidas día a día para aprendizaje de los muchachos más torpes! Y así, con la misma tenacidad que los profesores emplean, día a día también, manda cartas a su padre recordándole que su educación es ya todo lo buena que debe ser y que, para aprender más, es necesario que se llegue directamente a la vida, a conocerla y a sorprender sus misterios…

Pobre porfiado saca mendrugo. Francisco Cabarrús, a fuerza de insistir, logra un pedazo de este manjar espiritual que dice necesita como la propia existencia. Pues el padre, convencido o rendido ante tanto lamento, acuerda sacarle del colegio y mandarle a Valencia a casa de un corresponsal suyo para que inicie allí su preparación comercial y se adiestre en el uso del español, idioma que necesitará luego a menudo, ya que la casa Cabarrús tiene gran intercambio comercial con la Península.

Esta oportunidad representa para Francisco el permiso de trasladarse a un paraíso. Las pocas ideas que tiene de España, la patria de sus antepasados, se la hacen imaginar con un matiz muy ultrapirenaico, de aventura y romanticismo. Y a la mayor brevedad, no fuera a desaparecer lo ideado por una rectificación paterna, el joven Cabarrús se presentó en casa del corresponsal de su padre en Valencia, Antonio Galabert. Tenía, entonces, dieciocho años.

Don Antonio recibió afectuosamente al nuevo y bien recomendado huésped, y se dispuso a enseñarle el sistema de negociar que se llevaba en la casa. Pero muy pronto se dio cuenta de que, en aquella cabeza, había un sentido del número y la cantidad realmente de primer orden. Al poco tiempo de llegar, ya era él el que enseñaba al buen don Antonio el sistema más oportuno y rápido para realizar una operación encargada por su padre desde Bayona. El corresponsal, hombre lento, reposado, avezado a la técnica de «quien mucho abarca poco aprieta», se hacía cruces. Lo de prisa que iba a aquel chico…

Pero lo que no sabía don Antonio era que el recién llegado tenía idénticas disposiciones para el ejercicio del amor que para el de la contabilidad; que si se había puesto al corriente, apenas llegar, del estado financiero de la casa y de sus fondos de reserva, también había sabido conquistar, con pasión de adolescente, la belleza tranquila y sosegada de la hija de la casa, de María Antonia Galabert, y que, como hombre de acción que era (en el que el pensamiento era casi más lento que el obrar), al mismo tiempo que estudiaba contabilidad con el padre enseñaba palabras de amor a la hija; y así, apenas obtuvo la opinión favorable de don Antonio sobre los talentos demostrados en las matemáticas, ya tenía asimismo la aceptación de la niña para sus demás talentos amatorios. Y como era chico testarudo y orgulloso e intuyó que si confesaba sus relaciones a su nuevo jefe, éste no le concedería una mano tan brusca y rápidamente amada y solicitada, echó por el camino del medio; gracias a un sacerdote amigo que vivía a unos quilómetros de distancia, don Antonio, sin comerlo ni beberlo, tuvo muy pronto ante él, en la pequeña oficina en donde se reunían cada noche para realizar el balance de los tratos efectuados durante el día, no sólo a un excelente contable sino también a un joven y simpático yerno.

La situación, digna de una comedia de intriga, se prolongó por espacio de quince días. María Antonia no daba sospechas, con su expresión de niña incapaz de dañar a nadie, y el mocetón se dedicaba, al parecer cada día con mayor entusiasmo, al estudio de los problemas de compra y venta. La cosa hubiera durado indefinidamente si una noche el ruido de unos pasos sobre el entarimado no hubiera sobresaltado a la buena señora Galabert, que estaba desvelada —clásico desvelo también muy novelesco—. Subió el señor Galabert a enterarse de la causa y halló a Francisco, a quien se imaginaba en el mejor de los sueños, saliendo de la habitación de María Antonia con los zapatos en la mano. La situación era tan clara y evidente que el muchacho, a quien el afán de aventura no le empujaba todavía al suicidio, se apresuró a buscar y a entregar con mano temblorosa al padre estupefacto el

documento que certificaba que, si había habido engaño, no existía, en cambio, deshonra para la familia.

Al padre Galabert aquello le pareció tan extraordinario que quedó sin habla.

Y, naturalmente, el hecho le dolió porque, aunque el honor de la familia se hubiese salvado, en el camino seguido por la joven pareja no dejaba de haber un engaño manifiesto, una doblez de propósitos y de hechos que a él —probo y sencillo negociante— le repugnaba como terreno desconocido; pues no sólo era lo sucedido sino lo que podía esperarse de un muchacho que a aquella edad reunía ya tales cualidades de simulación. Y aunque éstas hubiesen sido llevadas siempre por caminos rectos —como con lágrimas en los ojos y para evitar su cólera le repetía Francisco—, le consideraba demasiado grande para la casa levantina. Él estaba acostumbrado a las medianías, a la gente de su clase y condición intelectual. Tanta habilidad le azoraba.

Pero si don Antonio no estaba dispuesto a seguir teniendo en su hogar a la pareja, ésta no sabe tampoco adonde dirigirse a ganarse la vida. Francisco se ha enterado de que la reacción de su padre, al enterarse de la noticia, ha sido violentísima y no tiene ningún interés en constatarla personalmente. Por otra parte, la vuelta a Bayona significa el retorno al hogar, a la vida prosaica, abandonando el camino aventurero iniciado tan gustosamente.

En este dilema angustioso llega la salvación. María Antonia, desesperada, ha escrito a su abuelo, que tiene una fábrica de jabón cerca de la corte, en Carabanchel de Arriba, y este hombre, a quien le hace más grada que a su hijo el nuevo nieto que se le ha entrado por las puertas, ofrece a éste la dirección de su fábrica de jabón y la posibilidad de heredarla a su muerte, si su trabajo y rendimiento es satisfactorio.

Éste es ya un camino. Con el optimismo de su juventud, ambos recién casados se dirigen a Madrid; con el entusiasmo de quien cree en sus condiciones, Francisco Cabarrús se emplea a fondo en el trabajo encomendado; pronto activa la producción, y el abuelo

sonríe cazurramente al pensar en la intuición que tuvo al atraerse para su negocio un hombre de tal valía.

Pero esto dura poco. A medida que se va haciendo mayor, Cabarrús descubre en sí mismo unos deseos de subir y empinarse en los que no había pensado antes. Ambiciones de toda clase, aunque un poco imprecisas, le asaltan en su sueño, le persiguen en sus veladas. Con un sobresalto de vago temor, su esposa le encuentra muy a menudo mirando por la ventana hacia Madrid, la corte, que allá lejos se perfila con todas sus esquinas pletóricas de porvenires, con todo el afán de reforma que traía consigo Carlos III y como un camino abierto a todos los audaces.

Otras veces es su abuelo político el que le halla devorando gruesos manuales de economía. Ésta es enfermedad del siglo XVIII, que ha alcanzado de lleno a España; han nacido las sociedades de Amigos del País y cada uno se emplea en aprender bien las nuevas modalidades de las economías extranjeras. El asunto llega a apasionar a Cabarrús, que hace viajes cada vez más frecuentes a Madrid. En su prodigiosa actividad logra conocer sucesivamente a Jovellanos, Floridablanca, Campomanes, al conde de Aranda; es decir, a lo más destacado de la época. A todos resulta simpático este francés que habla un español chapurreado, pero que demuestra conocer a fondo muchos de los asuntos vitales para la marcha financiera de un país. Entre ellos el futuro banquero se mueve, sonríe, charla, logra nuevas amistades. Cada vez está menos en Carabanchel y más en Madrid, con gran pesar del abuelo, que va coincidiendo con Galabert en que no es demasiado satisfactorio para el negocio el tener un genio en la familia.

Mientras, la esposa, tierna y obediente, un poco linfática, da sucesión al tormentoso marido. Son, primero, dos niños, dos hijos que Cabarrús ve con alegría, alegría un poco precipitada porque ha de volver a Madrid, pero que estima porque cree que serán sus sucesores y los continuadores de los grandes proyectos que le atosigan. Y luego, el 31 de julio de 1773, cuando la tierra castellana parece abrirse al fuerte sol, nace una niña. En la pila —donde la

sostendrán los brazos ya un poco temblones de su bisabuelo Pedro Galabert— toma los nombres de Juana María Ignacia Teresa Cabarrús. De todos ellos —la historia se mostrará siempre pródiga en nombres con la niña— los padres escogen el de Teresa y así la denominarán apenas sus sentidos, lentamente abiertos a la razón, intuyan que con ese nombre se dirigen a ella.

El padre se alegra también con la llegada de la pequeña porque está en este estado de pujanza que le hace ver todo de color de rosa, y, si viera con alegría el nacimiento de un heredero para sus empresas bancarias, también acoge benévolamente a Teresa a quien su imaginación exuberante ve ya casada con un título de la grandeza española o un gran terrateniente de la nueva clase burguesa que ya va, en España como en Francia, a la conquista del poder. Y como fiel representante de esta casta, no noble, Francisco Cabarrús ha de demostrar muy pronto que sus sueños tienen base y materia para convertirse en realidades. España atraviesa momentos difíciles y por tanto propicios a la renovación de valores. La guerra de la Independencia de los Estados Unidos ha dejado al país sin los recursos de Méjico y la economía en situación un tanto apurada por los empréstitos realizados a favor de los rebeldes. El ministro de Hacienda busca en vano a su alrededor a quien pueda salvar al país de la situación deficitaria: alguien —ese *alguien* benefactor de muchas familias— le aconseja consulte a ese francés, Cabarrús, que parece entender mucho de estos asuntos.

Y, efectivamente —nada se pierde con probar—, es llamado a consulta. Muchos años hacía que esperaba esta oportunidad el antiguo escolar de Toulouse, mucho tiempo en que se dedicó a esta clase de estudios para poder ofrecer, un día u otro, un plan completo de conjunto. Y por eso, el mismo día en que es llamado, con la osadía y presencia de espíritu que le caracteriza, puede presentar al ministro de Hacienda un proyecto completísimo de revalorización total del crédito del Estado. Este proyecto consiste —ahora nos parece tan natural como pareció extraordinario a sus contemporáneos— en la emisión de bonos o vales reales. El

empréstito ha de consistir en una entrega de 485 millones de reales al cuatro por ciento. El capital debería extinguirse en veinte años y los vales se harían a nombre de Su Majestad, con facultad de circularlos en toda la nación y el deber de admitirlos como metálico en Tesorerías y Cajas Reales como pago de obligaciones y tributos. Era sencillamente, adelantándose a su tiempo, la combinación en un solo elemento del billete de banco, la letra de cambio y la acción de nuestros días.

La propuesta tiene un éxito extraordinario. La imaginación exagerada de sus amigos le califica con el título de «Law español»; al ministro le parece de perlas la idea y así se lo comunica, tras de consultarlo con Su Majestad Carlos III. Con la alegría rebosándole por todos los poros, Cabarrús vuelve a su casa, abraza a los suyos. Ya ha pisado el primer escalón del triunfo. Allá en un rincón del jardín, Teresa juega con una muñeca y oye, sin comprender, el alboroto que arma su padre, recién llegado de Madrid.

En octubre de 1779 se hace la primera emisión de papel moneda. El éxito es franco. La tradicional repugnancia del español a salirse de sus costumbres se vio contradecida aquí por una especial moda que favoreció grandemente la compra del nuevo numerario. El buen resultado de la operación motivó dos hechos: el que se repitiera muy pronto, pues la guerra con Inglaterra reclamaba apoyo, y, por otro lado, el engrandecimiento de la casa Cabarrús al subir su jefe. La primera resultante ocasiona que aquélla fuera la primera guerra llevada a cabo sin enajenar renta alguna de la corona, caso realmente extraordinario; la segunda produce un alza en el ambiente de la casa de Teresa. Desde entonces, ésta tendrá los mejores profesores para su educación. Principalmente será iniciada en el estudio del francés, lengua a la que la impulsan, no sólo razones atávicas de familia, sino la moda que la ha traído a España juntamente con los primeros Borbones. Pero, caso curioso, a pesar de que la aprende desde tan niña, nunca podrá evitar ese matiz de extranjería que los auténticos franceses le notarán toda su vida aunque siempre, claro está, como una gracia más que añadir a su

conversación.

Gracia que, además, se inicia ya ahora en toda ella. Mientras los dos hijos de Francisco Cabarrús tienen la expresión seria y cariacontecida del estudioso formal, la niña parece haberse quedado con toda la alegría de la familia; continuamente está en fiestas y la expresión preocupada del hombre de negocios que es su padre al regresar de Madrid, se borra instantáneamente cuando llega Teresa a echarle los brazos al cuello. Desde muy pequeña, irradia esta simpatía que le ha de ser reconocida toda su vida por amigos y enemigos y su belleza se hace cada vez mayor.

En el año 1782, Cabarrús sube un grado más en su brillante carrera económicopolítica. Con la anuencia de Floridablanca, obtiene de Carlos III una Real Cédula autorizándole a la creación del Banco Nacional de San Carlos, que se destina a satisfacer, anticipar y reducir a dinero efectivo todas las letras de cambio, valores de Tesorería y pagarés que voluntariamente sean presentados a caja. También se cuidará de tomar a su cargo todos los asientos de la Marina y del Ejército, dentro y fuera del reino, y a pagar en los países extranjeros todas las obligaciones del giro. Y la historia tiene curiosas coincidencias. Contra este proyecto de Francisco Cabarrús se levanta un compatriota suyo, el conde de Mirabeau, al que le parecía aventuradísima la empresa. Más tarde, el que atacara al padre, admirará a la bija en el París revolucionario.

He aquí, pues, que Francisco Cabarrús es ya director del Banco Nacional de San Carlos, es decir, una primera autoridad en la vida española. Naturalmente, la fábrica de jabón en que desarrollaba sus actividades anteriormente ha pasado a la historia y aun a la historia vergonzosa, aquella que no es correcto mencionar ante esa personalidad en que se está convirtiendo el francés. Este recuerdo de tiempos pasados debe desaparecer aun en el más nimio detalle de Ja nueva organización familiar; es necesario elevar a todos y a cada uno de los miembros a la altura social e íntima que corresponde a los vientos de grandeza que tan amablemente están soplando, y si en el aspecto material el lujo se hace mayor y Teresa

empieza a habituarse a una pasión por el traje rico y elegante que no abandonará ya en su vida, en lo intelectual se procura una mayor intensificación de estudios. Al profesor de francés se añaden pronto los de italiano y de latín, de matemáticas, de dibujo.

Todos se afanan en comunicar a la niña algo de su saber.

Pero sucede una cosa. Parece, teniendo en cuenta el interés que a los restantes sistemas educativos se concede, que el religioso o moral estará también cuidadosamente atendido en casa de los Cabarrús; que, así como hay un profesor de matemáticas o italiano, habrá asimismo un virtuoso sacerdote que enseñe a la niña la diferencia entre el bien y el mal. Nada de esto sucede; al contrario, en ningún momento se preocupa don Francisco, banquero de Su Majestad Católica, de que sus hijos reciban las enseñanzas basadas en el Evangelio o en los preceptos de la Iglesia. Y esto no se realiza no por abandono o incuria, sino por una bien íntima convicción de Cabarrús.

Para explicárnosla nos basta recordar dos cosas: el siglo en que viven nuestros personajes y la clase a que pertenecen. Es el XVIII, el que ha albergado en su seno a don Francisco desde que nació, el Siglo de las luces con sus pruritos de explicárselo todo por esa arma de dos filos que es la Razón. Con ella en las manos, la burguesía —y ésta es la clase de la familia Cabarrús— se ve con fuerzas para derribar el edificio anterior de la aristocracia, que no concede beligerancia a estos advenedizos encaramados gracias a su dinero. Ante la clase cerrada y hostil que se le presenta, la burguesía se apoya en la cultura y la razón y, al hacer estudiar a sus hijos, les proporciona medios para cambiar el mundo espiritual que tienen delante. Y, pues, la aristocracia afirma su origen real y éste el suyo divino, es forzoso acabar con el primero para que caigan todos después. La ironía es el arma de los burgueses, la acerada punta con que buscan el vacío en la compacta masa de la Iglesia. Voltaire es su maestro y todos ellos van a seguirle. Ser religioso ha dejado ya de estar de moda.

Ésta es la razón por la cual Teresa no aprende a rezar ni a obrar

pensando que algo eterno o sobrenatural la contempla constantemente, que alguien la observa y la puede exigir cuentas de sus actos. No hay para ella —porque no se la explican— una fuerza a quien plegarse en un sentido moral de la vida; no existe ninguna coacción superior en su camino. Y como esta orientación educadora no será cambiada nunca a lo largo de su vida, ésta se derivará de la misma consecuencia.

De todas maneras, en las otras disciplinas Teresa no será tampoco una mujer muy sabia. Es lista, tiene ingenio y palabra fácil y rápida, retiene bien lo que se la enseña, pero sólo lo que ella quiere aprender. Y la verdad es que quiere muy poco. Del esfuerzo cultural que sus hermanos llevan a cabo con gran disciplina, ella toca lo superficial, la espuma, por así decirlo; tal las palabras extranjeras que, intercaladas en su punto, ayudan a hallar agradable la conversación, las citas literarias que la amenizan sin reclamar para la dicente el calificativo de pedante… es decir, de todo el panorama educativo que se le ofrece, Teresa escoge instintivamente lo que la ha de servir para su éxito en la sociedad; sin saberlo, está adquiriendo la cultura, el matiz de ella mejor dicho, que la va a permitir brillar en los salones. Todo estudio más profundo le parece aburrido y pesado. Gusta más de huir y corretear en el jardín, charla con la gente del pueblo o se burla del preceptor de los tres hermanos, que no puede irritarse porque siempre se hace perdonar por su gracia.

Y es que Teresa está creciendo a ojos vistas, se está haciendo mujer a toda prisa. Francisco Cabarrús sostiene y jura ante quien le quiera oír, que cada vez que vuelve de Madrid la encuentra mayor. Y, ciertamente, a los doce años es ya una niña espigadita, más alta que sus hermanos. Sólo por este detalle de majestuosa aunque no exagerada altura ya se haría destacar de la gente que la rodea; pero es que, cuanto más crece, más bonita se hace.

Como los hijos de un hombre conocido no pueden esconderse a la curiosidad pública, muy pronto circula por Madrid la noticia de la bella muchachita que don Francisco guarda en su casa de

Carabanchel y, muy pronto también, las visitas masculinas se suceden en la casa —reedificada y ya casi un palacio— donde viven los Cabarrús. No es necesario advertir que el nombre y la posición del padre pesan lo suyo en esta acumulación de petimetres que se acercan a los salones de doña María Antonia; pero sea por esto o sencillamente por la simple personalidad llamativa de esa niña de doce años, el caso es que la situación toma un cariz tal, que demanda una resolución para el futuro.

Y Francisco Cabarrús reflexiona. Se da cuenta del peligro que representa la adoración de tantos hombres vertida a oídos tan jóvenes, recuerda a la madre que tan fácilmente se dejó seducir por sus promesas apasionadas y —como tantos hombres— tiembla al pensar que su hija pueda estar expuesta a lo mismo que estuvo su madre con él. Porque aun en el mejor de los casos, en el de una boda con uno de los pretendientes que la rodean, este recién llegado a las altas dignidades del Estado no estaría satisfecho en modo alguno. Ha soñado para su bija los mejores partidos y no la quiere casar, así como así, y a tan joven edad. Es preciso que se haga más mujer, que desarrolle sus naturales cualidades femeninas que ya apuntan en los ojos reidores y la expresión apicarada. Y esto no puede realizarse en Madrid, que no tiene categoría de gran ciudad, sino en la que es lucero y blasón de la Europa de la época: París. Y no hay que decir que en este pensamiento del banquero va una buena dosis de patriotismo; este aventurero que ha dejado a los dieciocho años y voluntariamente a su país natal, no sabe renunciar a ver en él el lugar ideal en todos los sentidos; este hombre que ha creído que su nacionalidad francesa le estorba para su carrera hacia la cumbre y que está dando los pasos necesarios para cambiarla por otra española, a la hora de buscar lugar donde educar a su hija no se le ocurre más que un nombre: París.

Desde los tiempos del Rey Sol, éste es un nombre que tintinea agradablemente en oídos españoles; lugar donde reina el lujo, la comodidad, el arte… Teresa, aunque muy niña, ha oído hablar de este fingido paraíso a alguno de los adoradores que la rodean y que

tiene a mucha gala el haber visitado la ciudad magna y que, para robustecer su mérito, exagera valientemente al hablar de las bellezas de Versalles o del Petit-Trianon donde la delfina María Antonieta juega a ser pastorcilla de rebaños, infantilmente adornados, sin temor al lobo que ha de venir años después. Tanto oyera de ello Teresa que, desde que sabe de la existencia de la Ciudad Luz, casi no duerme pensando en ella; y así cree morirse de alegría cuando su padre le comunica el plan que ha formado de trasladarla allá junto con sus hermanos y su madre. Desde entonces, los preparativos afanosos del viaje no dejan lugar sino a los ensueños de triunfo y diversión a realizarse en un escenario de brocado y terciopelo, alumbrado por las luces de miles de bujías con criados de preciosas libreas en cada esquina de los amplios salones. Cuento de hadas que ha oído tantas veces de niña y quiere ver en la realidad.

Para los muchachos también es buena fuente de emociones este proyecto de viaje que las diligencias del tiempo harán largo y penoso y, por ende, cargado de aventura y misterio. Para la madre, para María Antonia, ésta es una decisión más de su marido que hay que acatar gustosamente, con la obediencia un tanto bovina que pone en su trato con ese arrebato de nervios que es Cabarrús. Con la misma pasividad y obediencia fue arrebatada por su pasión, accedió a la boda, salió de la casa de sus padres. Ahora, parece que es necesario que vaya a París para que los hijos se eduquen mejor. Y María Antonia se dedica, muy seria y concienzudamente, a hacer los preparativos del viaje.

Este se realiza finalmente en la primavera de 1785. Teresa tiene, en este momento crucial de su vida, doce años; pero la expresión de sus ojos y de su gesto la harían suponer lo menos quince. Con gran alborozo anima a los criados a subir los pesados bagajes al coche; con la misma alegría abraza a su padre que promete ir pronto a verles; suavemente calma a su madre, a quien la despedida del marido parece arrancar de aquella impavidez con que veía desarrollarse todos los actos a su alrededor para emocionarla. La

endereza la cofia de viaje que el llanto le torciera y, finalmente, después de comprobar que todo está a punto, ríe a su padre y avisa al cochero de la partida. Hay un trallazo, el postillón oprime nerviosamente los flancos de su montura y, tras un segundo de vacilación, el pesado armatoste arranca, con su carga, por la carretera polvorienta.

Asomada a la ventanilla, Teresa dice adiós con el pañuelo al padre que quedó y que la corresponde hasta que deja de percibirse el punto de donde partieron. Luego se sienta, acaricia a su madre llorosa y mira a su alrededor con ojos alegres. La gran aventura ha comenzado.

CAPÍTULO II

LA ADOLESCENTE

SI la educación moral que Teresa había recibido de su familia, afrancesada de gustos y sentimientos, con el espirito invadido por doctrinas del *despertar* —como ellos llamaban a oponerse al sentimiento religioso, usando de la nueva arma de la Razón—, imagínese lo que sería la ida a París, fuente y alma de toda esa doctrina. Ya en 1721 escribía un cronista que «entre la gente baja todavía es fácil encontrar buenos matrimonios, pero entre la gente de calidad, no se conoce un solo caso de afecto conyugal». En los medios aristocráticos no se *llevaba* el tener celos de la propia mujer o el abstenerse de cortejar la ajena. Téngase en cuenta que en una monarquía absoluta como era la francesa entonces, el vértice del pináculo social, y por ende su ejemplo, era la figura del Rey. Y éste no era precisamente un dechado de moralidad. Tras la lamentación antes descrita, viene el reinado de Luis XV. Pierre de Nolhac, al describir la vida de Mme. Poisson, madre de la Pompadour, dice textualmente: «Cuando el señor Poisson volvió a París, se encontró con un amigo resuelto, servicial y rico y supo comprender el valor de una cordialidad, acerca de la cual, los usos de entonces no se ofuscaban poco ni mucho». La burguesía francesa, más concretamente, la de París, iba a remolque de la corte en ese aspecto. El lazo de unión entre ambas clases sociales, lo constituían

algunos grandes señores curiosos o la gente de toga recibida por las princesas en virtud de su talento. Las crónicas de la burguesía parisiense, a menudo más divertidas que las de la corte, eran en ésta objeto de múltiples comentarios. Y el lazo se hará más fuerte, con el consiguiente perjuicio para las costumbres, cuando una burguesa, Mme. d'Étioles, suba el escalón y sea proclamada marquesa de Pompadour y amante oficial del Rey, porque ella misma procura, para afianzar su posición, unir en matrimonio a herederos de la nobleza con hijos de ricos comerciantes. El Tercer Estado sube cada día más.

El Parque de los Ciervos y Mme. Du Barry son los últimos malos ejemplos que la imaginación cuida de agigantar ante los súbditos del Rey. Tras la muerte del Bien Amado, la desmoralización de las alturas parece detenerse. No será en la figura trágicamente simbólica de Luis XVI, desmañado y torpe, en la que la mala intención de los libelistas enemigos pueda hallar asunto para su maledicencia. Pero el mal está ya hecho. Rousseau y su «hombre natural» indican con su presencia constante, puesta de moda en todas las conversaciones y conciencias, que la artificiosidad ha de desaparecer para dar lugar a los impulsos naturales; «cada uno se envanece de dejarse llevar por su pasión», dirá un contemporáneo. El canciller Pasquier relata en sus *Memorias* que al llegar a París siendo él muy joven, sus parientes le llevaban a sus domicilios a conocer a sus respectivas esposas, y al día siguiente a las casas de sus amantes. tan consideradas como las primeras y recibiendo en sus salones a lo más florido de la sociedad.

Las civilizaciones tienen siempre un término. Tras el ascenso, más o menos rápido y brillante, se bambolean un momento —en cronología de años— y luego se precipitan en el abismo para dejar paso a nuevas formas vitales, políticas y económicas. Y este ser y no ser a la vez, esta sensación de flotar en el aire y no asentar los pies sobre seguro, esta como oculta pero certísima creencia de que algo se hunde a nuestro alrededor, da a la agonía de las formas culturales y sociales un especial encanto de vida, una brillantez

quizá algo morbosa, pero deslumbrante como nunca fué. Roma antes de la caída, Constantinopla con los turcos a las puertas de la ciudad, y, en más reducida escala humana pero con la misma certidumbre del fin, Boccaccio y sus amigos bebiendo y paladeando la vida frívola ante la cierta amenaza de la epidemia; los hombres y las mujeres buscándose, atraídos por el sexo, mientras la tierra se desgarra para recibirlos en espantables terremotos, o cuando el volcán lanza su lava para que mezcle su blancura grisácea con la espuma del mar, son exponentes de la locura que al hombre da el despedirse para siempre de algo tan suyo como es esta vida material.

Y así viven los representantes de esa civilización que va a morir en la historia del mundo. Nunca como en esta última mitad del siglo XVIII ha sido la vida tan brillante. Para Talleyrand, que vivió más tarde los tiempos fastuosos del Imperio de la Restauración, nada podía compararse a aquella época anterior al estallido revolucionario. Para la condesa de Noailles «la sociedad era entonces la combinación más exquisita de todas las perfecciones del espíritu; la filosofía, un estimulante para el pensamiento y no tenía apóstoles más fervientes que los grandes señores. ¡La vida era deliciosa!». La frase penúltima dice más de lo que parece. En efecto, estaba de moda proteger a la filosofía y la gente se complacía en tener amistades literarias y en recibir en sus salones a los escritores de la época. Sabido es el caso del estreno del *Fígaro*, de Beaumarchais, forzado por la propia María Antonieta y sus cortesanos, que se regodeaban con la caricatura que de ellos se hacía —y a menudo sangrienta— en obras dramáticas y cuentos, los cuales se sitúan, para que no sea tan frontal el ataque, en épocas y ambientes lejanos, a menudo orientales, pero que tienen una intención tan transparente y cáustica que, el más lerdo, sabe descubrir los personajes aludidos bajo el ropaje con que los muestra el ingenio del narrador.

Esta sociedad es la que Teresa admira y a la que aspira a dominar desde los primeros días de su estancia en París. Nadie le

enseña, igual que en Madrid, lo que está bien ante Dios o ante la conciencia, sino lo que se usa o es ya *démodé*. Para sus mentores no existe un sentido de lo moral ni de lo inmoral, sino, sencillamente, de lo que está bien visto o no. Ya en esos primeros días de vida en la capital tantas veces soñada, se le enseña a Teresa la importancia de su posición ante el mundo que le rodea; es decir, que sus actos, de ahora en adelante, no han de responder sino al efecto que pueda causar a la gente que la contempla; lo que es importante es figurar sea como sea, y ésa es una lección que no olvidará. En las agitadas aguas que formarán la situación política de la Revolución, Teresa luchará siempre con todas sus fuerzas para mantenerse a flote y a la vista admirativa de la muchedumbre.

Pero todo eso está muy lejos todavía y nadie puede intuirlo. Ahora la española se limita a ir gustando, día tras día, los placeres de la sociedad y el descubrimiento de nuevas combinaciones de vestidos que acrecienten su encanto cada día más intenso. Mme. Boisgeloup, en cuya casa y a cuyo cuidado la ha dejado la madre antes de volver a Madrid con sus dos hijos, es, para la joven española, la más perfecta Beatriz capaz de enseñarle lo que ella concibe un paraíso nunca visto. Si algo de provincianismo le quedaba a pesar de su natural ingenio, le bastan unos meses de observación en los salones para situarse maravillosamente y, ayudada por ese especial instinto de adaptación que las mujeres poseen, para encontrarse en un ambiente peldaños más arriba de lo que les corresponde en la escala social; sin embargo, no pierde la ingénita gracia del gesto español que los que la conocieron celebrarán como el mejor de sus encantos. Pronto aprende a *hacer la reverencia*, a hablar a su hora y callarse a tiempo.

Se le explica a qué horas puede una burguesita, una mujer decente, ir a pasearse bajo los cobertizos de madera del Palais-Royal, galerías de Orléans con tiendas, donde por cierto y hace muy poco, han empezado a exhibirse sombreros femeninos con gran escándalo de los cronistas de la época, que afirman que esto es colocar las prendas de mujer a la misma altura que los jamones y

salchichas. Si se encuentra allí a las gentes conocidas también se corre el riesgo de soportar la compañía de personas *non gratas* por ser *non sanctas*. Y por ello, de esa manera tácita con que se acuerdan muchas veces sin mediar palabra ni escrito las costumbres de una ciudad, se ha decretado que los paseos cubiertos podrán ser invadidos por las mujeres de mal vivir a todas horas del día y de la noche excepto las cinco de la tarde y horas altas de la mañana, en que sólo pasearán hijas de familia acompañadas por respetables matronas; entre las buenas y las malas, los jóvenes libertinos y elegantes de toda índole no pueden moverse en todo el día de aquellos lugares, donde la moda exhibe sus últimas y más audaces creaciones.

Mme. Boisgeloup es esposa de un consejero del Rey, en el Parlamento de París; esto es, pertenece a lo que podríamos llamar aristocracia de la toga o nobleza de segunda clase; poco a poco ésta va tomando mejores posiciones sociales favorecida por las ideas del tiempo y no es elemento despreciable para ese olvidar antiguos prejuicios de sangre, el talle armonioso de ellas. A los catorce años, Teresa es ya de alta estatura y su figura no es la de una niña. Las narraciones de los contemporáneos están llenas de alabanzas de su tipo, de la blancura del cutis y de la expresión de su boca. Los *dandys* de la época no dejan de comentar el regalo que Madrid ha mandado a la capital francesa. ¡Qué expresión en los ojos!, ¡qué donaire en el decir!, y ¡ese acento extranjero que favorece con el leve exotismo, el verbo suave y dulce! Menudean las invitaciones en la casa de la Rue d'Anjou, en la isla de San Luis. Muchos salones de los que engalanan París quieren saber del pie menudo de *la filie du banquier espagnol*, cuya poseedora, por cierto, sabe moverlo con gracia sin par en la interpretación de una jota que es celebrada con el entusiasmo un tanto exagerado que esa gente de fines del siglo XVIII pone en todos sus actos.

Pronto empiezan a llover las peticiones formales de boda. Lacayos con librea bordada depositan el pliego, que a veces ostenta blasón en un ángulo, en manos que la curiosidad halla torpes y

premiosas, tanto es el deseo de ver de quién procede. Una vez sabido, si *él* no interesa, la pequeña Teresa se aleja canturreando para vigilar el atuendo que debe lucir en la noche siguiente en casa de Mme. Sillery-Genlis. Mientras, encorvada ante el secreter, la cuidadora de su persona por prescripción paternal, traza, despacio y cuidadosamente, un cuadro del nuevo pretendiente a la hija del director de la Banca de San Carlos. En la sonrisa amable de Mme. Boisgeloup hay una expresión de orgullo como si, en realidad, fuera ella la pretendida.

Pero no toda la época de adolescente de Teresa se lleva, en París, de esa manera oficial y algo fría de la pretensión matrimonial, dirigida por encima de su cabeza a la familia que debe aconsejarla. Hace poco que un clérigo —el abate de Saint-Pierre— ha conmovido a las multitudes narrando el caso de *Pablo y Virginia*.

Tras la lectura de ese libro, no hay adolescente que no sienta la necesidad de ser, a su vez, alguien capaz de amar y busca afanosamente, a su alrededor, el recipiendario en quien volcar este caudal de pasión. Teresa, a los catorce años, como otras innumerables mujeres, está enamorada del amor y aun más del amor romántico, difícil, aquel que innumerables hechos y enemigos quieren cortar pero que se mantiene a pesar de todo por la firmeza de sus protagonistas. Y, finalmente, lo halla. Él es el hijo del marqués de Laborde, joven como ella e impetuoso enamorado. Los jardines del castillo de Mereville, propiedad del padre del mancebo, supieron de esos apasionados juramentos de amor que sólo se hacen a esta edad. O, quizá, la relación se estableció en una de esas fiestas rubenianas, con abates poetas y vizcondes altivos, con surtidores meciendo su airón de plata a la música de violines mozartianos. ¡Oh, el mirarse a los ojos ahondando en busca del alma, el tener a gala estrechar la mano tersa y ese llevarse el perfume femenino clavado en el corazón como un deleitoso cuchillo querido! Y, ¿qué más emocionante para dos seres deseándose de esta forma que la oposición paterna, característica de innumerables amores contrariados cuyos desdichados intérpretes a través de la

historia se llaman Calixto y Melibea o los desdichados amantes de Verona?

Así es, en efecto, para situar más en su punto lo novelesco del trance. El marqués de Laborde es un aristócrata auténtico de viejo cuño; sus antepasados estuvieron con Condé el Grande en Rocroi y en las Dunas. No le hace ninguna gracia un enlace con la hija de un banquero afortunado y que tenía de joven —¡válgame el cielo! — una fábrica de jabón. No, por cierto. El viejo y gruñón De Laborde no se ha saturado todavía de esas extrañas teorías que por ahí corren sobre el derecho de los nacidos en cuna sin blasón para codearse con las altas estirpes, teniendo en cuenta además que la nacionalidad española de ella no constituye tampoco una recomendación para un francés de solera. Y así, el veto se hace terminante, absoluto.

Podemos imaginarnos sin esfuerzo las desesperadas conversaciones a que daría origen la negativa paterna. Llantos, juramentos desesperados, momentos de congoja en los que, a pesar de que la causa sea moral y puramente anímica, se siente en el interior una sensación física y tangible de cosa que se destroza, que hace daño; opresión en el pecho, dolor en los ojos y en la garganta. Pero existe todo un mundo alrededor con costumbres, hay toda una tradición de sumisión al *pater familias*; la misma dificultad malogra, con el recuerdo envenenado de su existencia, los mejores momentos de la joven pareja; el malestar que trae consigo la negativa, quizá el orgullo herido, se deja sentir con excesiva reiteración sobre el sentimiento que ha hecho posible tanta desazón.

Poco a poco, las almas antes tan unidas toman caminos divergentes, la hendidura se hace abismo; sin forzar la nota, sin exageraciones desaforadas ni gritos de odio, con la helada muestra de su desafecto, el enemigo se ha impuesto y ha conseguido la separación moral que es la importante, no la física. En general y en casos similares, acostumbran a vencer los padres de los Armandos, no las Margaritas.

Aquel momento, el de la ruptura definitiva, representa para la

sobreexcitada imaginación de Teresa el fin del mundo, el descalabro de sus sueños de adolescente. Cree que se le había hundido todo a su alrededor, que una existencia en la que el puro sentimiento ha de subordinarse a las conveniencias sociales da asco y no vale la pena de ser vivida. Le odia a él que así se ha dejado dominar, y a ella misma por no impedirlo. Corona el desequilibrio nervioso, el orgullo herido por el rechazo de que ha sido objeto por su inferior categoría social y el resentimiento hacia un mundo que tales injusticias permite.

Poco después, tras el llanto amargo sobre el lecho, la distracción vendrá en forma de sucesivas invitaciones para fiestas. La bondadosa Mme. de Boisgeloup acudirá a calmar los nervios de la *petite espagnole* y quizá contribuirá mucho a secar las últimas lágrimas el nuevo modelo de vestido que Mme. de Lelis ha traído para la recepción en casa de madame d'Arguyon. Quizá, más tarde, cuando el Destino demuestre plásticamente que, ya en la cuna de Carabanchel, marcó simbólicamente a aquella niña para ser primera figura en el episodio más impresionante de la historia de Europa, cuando las picas giren alrededor de su cabeza en un frenético *Ça ira* o la imagen de la guillotina se perfile sobre la pared de su celda de la Force, recuerde el disgusto gigantesco que a los catorce años tuviera por unos amores contrariados. Ello, sin embargo, está aún muy lejos de esa jovencita a punto de irse a una reunión.

Pero el episodio, para consuelo de almas novelescas, no cae en el vulgar aburguesamiento de la obediencia de ambos a la paterna negativa y el buscar matrimonio conveniente. Juan José de Labor de lleva el gesto romántico hasta el fin. Defraudado en sus amores, resentido contra el padre egoísta e incomprensivo, sin frentes de batalla adonde ir a ofrecer el alma maltrecha a las balas enemigas, sólo un camino queda a un noble francés del siglo XVIII: América. La guerra de Independencia de los Estados Unidos había atraído el interés de todos hacia los inmensos territorios donde se albergaban, en bosques y lagos extensísimos, los *hombres naturales*, aquellos angélicos seres puestos en boga por los filósofos, hombres que no

conocían las torvas mentiras e hipocresías del hombre civilizado y vivían felices y contentos en estado primitivo y salvaje. Voltaire había popularizado la figura del *ingenuo* y, además, América había vuelto en los labios y corazón de la mesnada de nobles franceses que atravesaron el mar tras la apelación de Franklin, llevando al frente a una joven espada que luego había de tener inmensa popularidad por su gesta: Lafayette. Para un corazón romántico y dolido de aquella época, ¿qué efecto de atracción no habían de producir las descripciones de los exploradores sobre los ríos interminables bajo las ramas de gigantescos abetos que casi formaban un túnel, sobre las rocas altivas y aventureras; y las cataratas, risa de espuma sobre las rocas, y, en fin, la selva…?

No busquemos, pues, datos ulteriores del joven heredero del marquesado de Laborde en los anales de los salones de París, sino en las narraciones de marinos y viajeros audaces. Allí, si hojeamos con detención el relato de la famosa expedición que el almirante La Perouse llevara a América del Norte, quizá topemos con un tal Laborde muerto en un incidente ocurrido en Port-aux-français, en la costa nordeste del continente americano. Lejos de su amada y con el acero en la mano. La pluma de Châteaubriand se hubiera complacido en narrar asunto de tal índole.

Por mucho tiempo este capítulo en la vida de la Cabarrús la fuerza a un estado de escepticismo incompatible con sus pocos años, pero de acuerdo con las ideas y la joven audacia del tiempo. Deshecho el amor romántico de niña, procurará sencillamente vivir, mantenerse en primer término ante todos, pero sin entregarse a nadie para evitar el sufrimiento. Máscara de frialdad que le caerá muy pronto —por algo es española y fogosa—, pero que por un largo período le hará dejar en su alma sólo el paso libre al cálculo y al deseo de subir; su matrimonio responde claramente a ese ideal un mucho egoísta, pero muy femenino, de vivir sin esfuerzo y en la cúspide.

El segundo hombre de su vida se llama Juan Jacobo Devin de Fontenay, hijo de un consejero al Parlamento de París y consejero

asimismo; nobleza de la toga, como los Boisgeloup. Él tiene, cuando se conocen, veinticinco años y si no guapo, sabe tener ese aire elegante del gran mundo y charla —ocupación muy importante a las damas con *esprit*—. Es uno de esos hombres de los que se balda sin calor, pero sin odio. Buena figura en los salones. Nada extraordinario. A mediados del 1787 son las mutuas presentaciones y en otoño del mismo año, las relaciones oficiales. A Teresa le atraen, más que la prestancia o el carácter, un tanto frío, de su novio, las infinitas posibilidades de triunfo social a que da motivo el matrimonio. Pasar de *jeune fille*, por muy cortejada que ésta sea, a la categoría de *madame* representa subir otro e importante peldaño en el orden mundano, la libertad de dar fiestas por sí misma, de abrir su salón a la curiosidad y, ¿por qué no?, a la murmuración pública; entonces le será posible recibir a los talentos de la época y, además, hay que tenerlo todo en cuenta, alcanzar próximamente la categoría de marquesa, pues M. de Fontenay tiene solicitado tal título sobre su propiedad de Fontenay-aux-roses; todo ello constituye atracción muy fuerte sobre una muchacha aunque ésta tenga tan sólo catorce años. En París se vive muy de prisa y además no se renuncia a nada porque hemos quedado que los maridos de aquel tiempo no son precisamente unos Otelos. Decididamente, Teresa acepta. De ahora en adelante se la verá en todas las reuniones, del brazo de su presunto esposo, recibiendo los plácemes y alguna que otra indirecta de las amigas parisinas.

Por este tiempo Francisco Cabarrús realiza un viaje a la capital francesa. Sus andanzas financieras van de bien en mejor y el hombre tiene en su cara la expresión feliz de quien está gozoso y contento de la vida aunque la preocupación por el trabajo le dé un aire de importancia reflejado en las comisuras de los labios. El Banco Nacional de San Carlos va viento en popa, y su idea de los vales con interés anual ha devuelto la confianza a los mercaderes españoles. Le acompaña un secretario, joven todavía, de unos veintiséis años, pero con figura ya caduca y avejentado. No hace más que lamentarse del viaje en diligencia a través del páramo

aragonés y sólo menciona como cosa digna de recordarse, entre lo visto, las pinturas de Viladomat en el claustro de San Francisco de Barcelona. Todo lo demás, comprendido París, le parece incapaz de compensar las fatigas del viaje. Su apariencia revela a primera vista al intelectual de gabinete, aferrado a sus costumbres caseras e incapaz de comprender el momento álgido que está viviendo Europa. Hace tiempo que escribió una obra dramática que bastó para marcar su nombre en las apretadas filas de literatos españoles; la obra se titulaba *El sí de las niñas* y su autor responde al eufónico nombre de Leandro Fernández de Moratín. El hecho de que el banquero le hubiese escogido como secretario y acompañante suyo, se debe probablemente al esnobismo que representaba, más en aquella época de despotismo ilustrado, que ahora, la protección de los poderosos al intelectual, al pensador, así como a esa otra tendencia afectuosa que en todos los tiempos han sentido los hombres de acción, ministros, financieros, aventureros y triunfadores hacia esos hombres que sólo se salvan de la oscuridad por su brillante intelecto, no por la audacia en el gesto; tales músicos, pintores, escritores… Aparte de la pose que concede el apoyo a la inteligencia, hay en esta actitud mucho de simpática observación y cariño del verdaderamente fuerte al débil, pero dotado por las musas. Muchos mecenazgos se explican por esta causa.

Acompañado, pues, de Moratín, que escribe quejumbrosas cartas a sus amigos de Madrid, Cabarrús llega a ver a su bija y quizá a pulsar la situación francesa, que para algunos presagia tormenta. No olvidemos que don Francisco es consejero de Su Majestad Católica y que, por tanto, no sería nada raro que aprovechara el viaje para estudiar detenidamente la situación política de la vecina potencia. Después de todo, los Pirineos no son tan grandes como parecen a simple vista, y lo que en un lado de ellos pasa acostumbra a resonar dolorosamente en el otro.

Pero todo esto quizá no sea sino delectación de lenguas viperinas. Lo cierto y tangible es que llega a abrazar a su pequeña Teresa y a cerciorarse personalmente de los progresos en su

educación. Pintura, lectura, bordados, música con varios instrumentos. Vaya… Teresa no será probablemente una artista extraordinaria en ninguno de estos aspectos, pero sabrá deleitar a sus invitados melodiando discretamente, tras la comida copiosa, una pequeña sinfonía del padre Haydn en el clavecín. Por otra parte, el recién llegado no sabe cómo admirar la espléndida moza en que, en poco tiempo, se ha convertido esa niña de catorce años. Aquella su gracia natural, que tanto gustaba a su padre, se ha refinado, se ha encajonado, por decirlo así, en los límites que impone la cortesía francesa de tal modo que, sin perder naturalidad ni prestancia juvenil, tiene un sello de salón y un perfume de minué que la realzan extraordinariamente. Con una sonrisa cazurra, de antiguo traficante en jabón al por mayor, el banquero escucha las apasionadas explicaciones que, a solas, le hace Mme. Boisgeloup sobre el éxito de Teresa, ampliación de los informes ya remitidos a Madrid. Tras la lista de los pretendientes más o menos formales surge el nombre del presunto esposo para cuya aceptación ha dado el flamante consejero del Rey su voto favorable. Un más detenido examen de las condiciones morales, léase económicas, de M. Devin de Fontenay, favorece la candidatura presentada. Cerca de un millón en inmuebles, consejero en el Parlamento de París, futuro marqués de su nombre… Desde luego no es un partido despreciable. El señor Cabarrús, pues, da el consentimiento definitivo y Teresa, a quien la proximidad de la boda excita con la alegría con que otra niña a su edad esperaría un nuevo juguete, le abraza encantada. Es curioso que en la ecuación Padre-Hija, éste sea uno de los pocos favores o alegrías que el padre pueda conceder a Teresa. En el transcurso de los años siguientes será don Francisco el que tendrá que apelar, en los altibajos de su fortuna social y política, a la buena voluntad de su hija que, a pesar de la poca estabilidad que también tendrá su vida, siempre ocupará una posición más privilegiada ante el mundo.

El año 1788 se convierte en la entrada triunfal de Teresa Cabarrús en el núcleo selecto. El 21 de febrero y en la parroquia de

San Eustaquio se celebra el matrimonial enlace de, por un lado, «Juan Jacobo Devin de Fontenay, caballero, consejero del Rey en la corte del Parlamento, de veintiséis años de edad, hijo del alto y poderoso señor Jacobo Julián Devin, consejero del Rey en todo Consejo, presidente de su Cámara de Cuentas de París, y de la finada, alta y poderosa dama Isabel Francisca Angélica Rousseau, domiciliado en la calle y parroquia de Saint-Louis-en-l'Ille» y, por el otro, de «la señorita Juana María Ignacia Teresa Cabarrús, de catorce años y medio de edad, hija del señor Francisco Cabarrús, consejero de Su Majestad Católica el rey de España, en su Consejo Financiero, director de la Banca de San Carlos y de la Compañía Real de Filipinas, y de la señora María Antonia Galabert, domiciliada *de facto* en la calle Vivienne de esta parroquia y *de jure* en la de San Luis, ciudad y parroquia de Madrid en España».

Hemos reproducido *in extenso* el largo párrafo donde se hace constancia de la boda para destacar, en primer término, el fastuoso lenguaje propio de una época en la que los prejuicios nobiliarios tenían todavía valor acrisolado (nótese la distinción entre los honores correspondientes a la madre y a la suegra de Messire Devin de Fontenay, respectivamente) y, por otro lado, para hacer notar la absoluta falta de títulos que en aquel tiempo disfrutaban los contrayentes. Teresa era una Cabarrús, simplemente, sin el «de» que se intentará colocar más tarde, en la Restauración, y, desde luego, sin el título de conde que no será concedido a su padre hasta el año siguiente. Asimismo Fontenay, en este día de febrero, es un simple *chevalier* con más o menos fundadas aspiraciones a un marquesado. No es mucho para las ansias de subir que animan a la española trasplantada. Desde aquí, ciertamente, no se divisa ningún principado de Chimay. Pero tengamos paciencia. Esto no es más que el primer paso hacia la cumbre.

La carta mandada por Teresa quince días después de su matrimonio a su abuela, refleja la infantil ilusión con que la española había llegado a un matrimonio que le había de reportar tan gran número de desilusiones y a través del cual había de llegar por el

camino doloroso de la experiencia a la madurez de espíritu y, lo que es peor, a la sensación de dónde estaba la razón práctica de la vida, romanticismos aparte. La carta dirigida a Mariana Lalanne dice así:

> «Mi querida y apreciada abuelita: Aprovecho un instante que tengo para haceros partícipe de una felicidad que no puede más que mantenerse y aumentar en todo caso por el pensamiento de ir a besaros muy pronto; es una condición del matrimonio, bien agradable por cierto, y que llevaremos a cabo encantados; hace quince días que me he casado y no he tenido (hasta ahora) un solo momento para ponerlo en vuestro conocimiento, hasta tal punto tenemos visitas, comidas y otras cosas indispensables pero bien fastidiosas.
>
> Mi señor marido lamenta no poder demostraros sus respetos personalmente pues está muy ocupado; os ruego presentéis los míos al abuelo, a *mamoue*[1] y a todas mis tías y tíos; mil recuerdos a Francisca y a Adelaida sin olvidar al señor Courrèges; adiós, querida mamá, os beso y soy con el más tierno y respetuoso afecto, vuestra muy humilde y muy obediente servidora,
>
> TERESA CABARRÚS DE FONTENAY».

Algunas observaciones pueden hacerse sobre esa sencilla carta de participación: una, la ingenua satisfacción con que comunica la boda sólo hace quince días y el énfasis con que habla de su *señor marido* y de todas las cosas necesarias pero molestas a que se ve obligada una dama ya casada, aunque no llegue a los quince años. Resulta bien demostrar hastío de esas obligaciones sociales que, en el fondo, la llenan de alegría. Es curioso también constatar el final de la carta, muy oficial, de niña que estudia bien sus deberes. Y en fin, un observador malintencionado descubriría asimismo, en esta primera misiva que de ella tenemos, una ortografía no demasiado correcta. El punteado, por ejemplo, es nuestro; sin él se hace difícil

la lectura, sin separación entre cláusulas; por otra parte, las mayúsculas no eran santo de su devoción. Pero todo ello no tenía en aquel tiempo la importancia que hoy le concedemos; testas coronadas hacían faltas ortográficas y se daban cuenta de ello. Además, hay que recordar que el francés no era para Teresa la lengua *mater*; por espacio de muchos años será el idioma ajeno y su acento español constatado, no ahora que acaba de llegar de Madrid, como quien dice, sino muchos años después, en tiempos del Imperio, según afirman los contemporáneos. Afortunadamente para ella, los defectos leves en boca de mujer hermosa se convierten en gracias; como tal la considerarán muchos de sus comentadores.

CAPÍTULO III

MADAME DEVIN DE FONTENAY

TERESA es ya una mujer casada. Puede abrir su salón a sus amistades y gozar de una independencia que las costumbres del tiempo permiten holgadamente. La vida social la atrae poderosamente y ello por una razón muy simple: porque está segura de triunfar en ella. Pues nuestros gustos y afectos acostumbran a elaborarse y formarse tras un minucioso examen de nosotros mismos, tras comprobar si valemos o no para cada cosa. La mayoría de misóginos han sido desdeñados un día u otro por las mujeres o, quizá, el convencimiento de la propia minusvalía les ha impedido el probar fortuna en el amor. Asimismo muchas de las mujeres intelectuales se han lanzado por caminos de cultura para alcanzar por el espíritu lo que otras obtienen con la sola exhibición de sus gracias, esto es, la admiración del sexo contrario. Mme. Staël podría decir algo concreto sobre este particular.

Teresa, en cambio, tiene su centro de vida en los salones, no en los libros; y, como lo sabe, no toma del factor cultural sino lo que pueda realzar su ingenio ante el público. Desde luego nunca quemará sus magníficos ojos a la luz de las bujías para enterarse de las conclusiones de Locke sobre la bondad humana, ni cosa parecida. Música, un poco de pintura, un hojear obras conocidas para poder sostener una conversación con probabilidades de

éxito…, ello le basta y le bastará toda su vida para ser la primera, porque sus interlocutores no tienen tiempo de fijarse en sus palabras, atentos al maravilloso juego de los labios y de la sonrisa. El salón es el palenque de la Cabarrús y el escenario de sus triunfos y lo será con Monarquía, República, Terror, Directorio, Consulado, Imperio, Restauración. Teresa odia la soledad y gusta de verse rodeada de bullicio social, de hombres y mujeres que la admiren, sean éstos nobles distinguidos con casaca y espadín de la corte de Luis el Ultimo, sayones revolucionarios de Burdeos o generales ebrios de victorias de la época napoleónica. El caso es vivir intensamente, embriagarse de compañía como del más espirituoso champaña y utilizar el *flirt* y el coqueteo como armas siempre a punto de ser esgrimidas.

Los jóvenes esposos Devin de Fontenay son bien recibidos por la sociedad parisina. Forman una bella pareja y aunque lo que prive en Francia en aquellos momentos sea la anglomanía, «coches a la inglesa», «carrera de caballos con apuestas a la inglesa», «fracs a la inglesa», el hecho de ser ella española favorece la atención que el público le dispensa. La Península es muy poco conocida en este tiempo por los galos y es con cierta curiosidad que el público la contempla cuando el ujier anuncia su entrada, por ejemplo, en el salón de Mme. de La Briche. Un testigo presencial —Norvins de Mombréton— describe el triunfo obtenido por su belleza sobre todas las damas presentes y, especialmente, sobre la condesa de Noailles, considerada una de las bellezas más finas del París prerrevolucionario. Con el estilo forzado hasta la exageración y un destello de humor, cosas muy francesas ambas, nos relata el asistente a la fiesta: «Es forzoso reconocerlo; la condesa de Noailles, la deliciosa, la encantadora francesa con su cabeza coronada de cabellos dorados, fue destronada instantáneamente por la divina andaluza (!) que lucía su soberbia cabellera de azabache cuya punta más alta bacía descender, hasta la extremidad de los imperceptibles pies, la escala de perfecciones humanas que el Creador había derramado sobre su cabeza durante una fiesta

paradisíaca, a fin de mostrar al mundo el tipo no renovado basta entonces de la belleza de la madre del género humano. En cuanto a nuestro primer padre estaba representado, no tan exactamente, por M. Devin de Fontenay, consejero en el Parlamento…».

Testimonios como el citado abundan hasta la monotonía y todos proceden de las fuentes sociales ya descritas, es decir, de bailes, fiestas de todas clases, reuniones de juego y de conversación, etc. No insistiremos nunca lo bastante en la importancia del festejo en aquellos tiempos. París entero ardía en deseos inauditos de divertirse. Volvamos al canciller Pasquier, óptimo observador de esa época para la posteridad: «Yo —dice en sus *Memorias*— he visto la magnificencia imperial; veo cada día, desde la Restauración, nuevas fortunas construirse o desaparecer, pero ninguna iguala a mis ojos el esplendor de París desde la paz de 1783 hasta 1789». Y nótese que esplendor está tomado aquí en sentido literal, es decir, de apariencia luminosa, de irradiación, de potencia y bienestar aparente. Sabido es que la carcoma estaba dentro; que la sociedad se caía a pedazos, pero la alegre comparsa, divirtiéndose, no lo notaba, porque sus compañeros de diversión eran precisamente filósofos propugnadores de *derechos* y nobles y burgueses ganados a las nuevas ideas, toleradas y aceptadas como una nueva gracia por todos los concurrentes, que las estimaban muy originales. Las altas damas, por ejemplo, evitaban caprichosamente reñir a sus doncellas para seguir las orientaciones puestas de moda últimamente.

Y, ciertamente, es curiosa la lista de los hombres que iniciaron sin saberlo, pero con paso demasiado firme para volver luego aíras, el camino político de la subversión: M. de Voltaire, chambelán del rey de Prusia y gentilhombre de cámara del rey de Francia; Beaumarchais, gentilhombre del príncipe de Conti; Condorcet, marqués por partida doble; Lafayette, marqués; Mirabeau-Trueno y Mirabeau-Tonel su hermano, un marqués y un conde; ciudadano Igualdad, que era duque de Orléans y príncipe de sangre real; Talleyrand, que era príncipe de la Iglesia, etc.

Todos ayudan, más o menos eficazmente, a remover las viejas instituciones, creyendo poder parar la carroza derribada y levantarla de nuevo con nuevo cochero constitucional a la inglesa —siempre la anglomanía— y sin tanto bordado. No saben que al empuje primero, ayudarán tantas y tan pecadoras manos que el fastuoso coche engalanado se convertirá en grosera y brutal carreta con racimos de hombres y mujeres que llevar a la guillotina y, entre ellos, a los principales teorizadores del nuevo estado.

Pero todo eso se siente muy lejos todavía en la divertida sociedad del 87 y 88. Entre las nuevas modas (y la casa real, por manos de María Antonieta, ha sido la principal propulsora), está la de la vuelta a la Naturaleza, el gusto por el paisaje al que nos referíamos antes. Sabidas son las bucólicas fiestas del Trianon con corderillos recién lavados y adornados con cintas azules paciendo sobre el césped que ha sido adornado y cortado por manos hábiles de jardineros venidos ex profeso del otro lado del Canal; molinos minúsculos hacen girar sus aspas de juguete mientras, ataviados como pastores ellos, como zagalas las damiselas, los primeros títulos de la corte francesa distraen sus ocios alrededor de la Reina que viste asimismo traje de pastora y pasa, en este su palacete hecho bajo su dirección, los mejores momentos de su vida, alejada de los chismes y enredos palaciegos; apartada de aquellas Tullerías plagadas de maliciosas conversaciones al oído y en donde, cualquier mayordomo, parece tener en el semblante reverenciosamente inclinado una sonrisa irónica, como recuerdo del famoso asunto del collar de perlas con que, un príncipe de Rohan, creyó poder conquistar a una archiduquesa de Austria y reina de Francia.

Lo que puede hacer la Reina, ¿por qué no Mme. de Fontenay? En la finca de Fontenay-aux-roses son organizadas las más bellas fiestas campestres. A ellas acuden numerosos personajes de la nobleza, seminobles y, por cierto, muchos de ellos ganados por las nuevas ideas. Así los hermanos Lameth, Le Pélletier de Saint-Fargeau, D'Aiguillon, D'Expresmil y otros muchos que se sentían

atraídos, tanto por el delicioso bienestar de la Arcadia que patrocinaba Teresa, lugar de ensueño y de juegos infantiles entre los árboles del parque, como sentían arder su sangre ante las perspectivas de seguir a Lafayette, el héroe de la independencia y la libertad con quien ya estuvieron en América, en su empeño de ganar otra batalla al despotismo en el mismo país que les vio nacer. A menudo, cuando las noticias de París hablan de disturbios y de gritos contra la Reina, a quien se llama Madame Déficit, vence la segunda de las atracciones y se inicia la discusión política, con el torvo envenenamiento que ésta acostumbra a llevar consigo, hasta que Teresa interviene con la más encantadora de sus sonrisas invitando a los más belicosos a terminar la discusión y a darle el brazo para recorrer las frondas que rodean el castillo. Mano de santo. Las pupilas dulcifican instantáneamente el odio en ellas encerrado, las bocas se curvan en sonrisas amables y todos quedan, por el momento, amigos y alegres compañeros de correrías y diabluras.

Y es que la Teresa política, Mme. Tallien, la mujer del Termidor, en fin, no ha llegado todavía. Teresa es hoy una niña-mujer, que goza en divertirse y a quien aburre cualquier conversación demasiado varonil. Desde luego, ella, en el ambiente que se ha formado y teniendo en cuenta la posición social de su marido —nobleza de toga de segunda clase, como ya hemos dicho—, es una realista constitucional sin demasiados quebraderos de cabeza; pero, como tantas otras, sin pasar de ahí y a la que, si le fuese mostrada, como en una cinta del porvenir, la ensangrentada cabeza de Luis XVI, se desvanecería de espanto. La esperanza de subir que alienta a la española se reduce al mismo orden social que ha conocido, no al deseo de subvertirlo.

Mientras tanto, en ese deseo de gozar la vida hay, para un buen observador, tema de donde extraer consecuencias respecto a la felicidad de su vida matrimonial. Y, en efecto, el poco entusiasmo realmente amoroso que por parte de ella presidió la aceptación a la propuesta de matrimonio, todo lo que de deseo de brillar y resaltar

hubo en su boda, produce muy pronto un evidente enfriamiento en las relaciones entre ambos esposos. Tampoco por parte de él, acostumbrado asimismo a triunfar entre la sociedad femenina, había mucho más que deseo por obtener a la Cabarrús, y, quizá un poco, el sentido de la hombrada que representa el casarse para chicos jóvenes. El ambiente en que ambos desarrollan su vida, propicio a cualquier desvarío de carácter más o menos sentimental, hará el resto.

La escena no es la primera ni será la última. El fondo representa una habitación decorada en papel rosa y blanco. Candelabros en las mesas y arañas de bujías en el techo. Por la alta puerta adornada con mofletudos amorcillos que soplan cuernos de la abundancia, entran M. y Mme. Devin de Fontenay. Ella arrastra la larga falda de tisú recogida levemente con la mano izquierda. Con la derecha sostiene ante sus ojos un pañolito de encaje. Quítase cansadamente el gran sombrero floreado, donde al desaparecer la peluca como prenda uniforme y complicadísima fueron a parar los accesorios sin fin que aquélla contenía, y siéntase. El movimiento levanta al aire la armazón del miriñaque, como en una muñeca arrojada de cualquier manera sobre el sofá que encorva sus puntas delgadas para arañar la estera.

Frente a ella, M. Devin de Fontenay acaricia nerviosamente el chaleco de raso azul mientras sigue con la vista al lacayo, que, tras iluminar profusamente la sala, se retira con una reverencia. El pie del consejero del Parlamento hace tintinear la hebilla de plata del zapato al golpear contra el suelo sin poder dominar el nerviosismo. Pasea de un lado al otro; deja el tricornio, primero en una silla, después sobre una mesa donde un reloj marca una hora tardía y se vuelve en fin a ella, que permanece inmóvil en la misma posición que adoptara al sentarse: la dulce carita semioculta por la batista perfumada ante los ojos.

—Creo, señora, que ya es bastante el llanto derramado —en la voz del futuro marqués hay un temblor de ira contenida—. Mañana todo París sabrá que yo soy un marido estúpido que os hace la vida

imposible.

Teresa levanta la cabeza ensortijada: los ojos están apenas velados por las lágrimas que los hacen más bellos al abrillantarlos.

—No os preocupa más que eso, el decir de la gente, su opinión. ¿Éste es vuestro amor por mí, señor?

—De mi amor os he dado ya hartas pruebas. No volvamos sobre él, ahora. Y menos cuando del vuestro no tengo tampoco demasiados testimonios. No hay para ponerse así por unas indicaciones que os he hecho y que, como marido vuestro, estoy obligado a haceros, sobre vuestra manera de comportaros en público.

Teresa ha sonreído deliciosamente a través del llanto.

—¿Tenéis celos, Devin?

El caballero de Fontenay tiene una sonrisa que intenta vanamente convertir en carcajada sarcástica. ¿Él, celos?, ¡qué absurdo!

—Señora, no me ofendáis con esa suposición risible. ¿Yo, celos? ¿Me habéis tomado acaso por un marido del siglo pasado, un vergonzoso vigilante de su esposa? Por Dios, señora, me confundís; ya no estáis en España. Volved en vos y mirad a vuestro alrededor; esto es París… no Madrid.

La saeta iba envenenada. En la voz de Mme. de Fontenay hay una dureza insospechada en su infantil aspecto:

—Entonces, ¿a qué viene…?

—Eso es diferente, señora; yo no sigo vuestros pasos ni me importa vuestra conducta privada siempre que guardéis las formas pertinentes. Y esta noche no las habéis guardado. No me place —y se acerca al sofá irritado—, no me place en absoluto, ¿sabéis?, no me gustan nada vuestras exhibiciones con Alejandro de Lameth.

El contraataque es rápido y certero.

—¿Y qué me decís de las vuestras con Mlle. Bertin?

En el rostro de él se colige la sorpresa producida, símbolo de la derrota. Balbucea algunas palabras y rompe:

—No os admito indagaciones sobre mi vida particular. Estas

palabras pueden serviros de norma para vuestra actuación de ahora en adelante. Y ahora, señora, quedad con Dios.

Y sobreviene el portazo, el clásico portazo de las riñas conyugales que corta a menudo, cogiéndolo entre la hoja y la jamba de la puerta, el delgado hilo de la unión entre dos esposos. Y, en este caso, así es, y no se intenta disimularlo. Todo París comentará próximamente la divergencia de opiniones entre los recién casados, aunque ellos sigan mostrándose en público unidos y amistosos el uno con el otro.

Para Teresa el hecho tiene una importancia decisiva porque, en rigor, representa la primera vez en que se encuentra a solas consigo misma y sin defensa ante los embates de la vida. Pues si en Madrid tuvo la paternal y sobre todo maternal tutela, en París, de soltera, fué Mme. Boisgeloup, la amable y bondadosa huésped de la isla de San Luis, la que le acogió en los problemas que la adolescencia plantea. Ahora, en cambio, tendría que ser el marido el protector, puesto que ha tomado sobre sí la tarea de guiarla y, ciertamente, aun sin la desunión entre ambos, había por parte de él demasiada negligencia para realizar cometido tan difícil, como lo demostraban la imaginación exuberante de la española casi niña y sus ansias, todavía no bien definidas, de triunfar en la vida. Y así Teresa queda, a los quince años, sola y desamparada frente a un clima moral detestable y sin unos principios básicos en que apoyar su forma de ser espiritual. Ello explica muchos de los ulteriores pasos de Teresa Cabarrús, aunque no justifique ninguno.

Las crónicas escandalosas del tiempo citan, como mayor prueba de la divergencia de criterio a que ha llegado el matrimonio, el hecho de que Devin se atreve, como un deliberado insulto a la esposa, a llevar al propio domicilio conyugal, al hotel Fontenay de la Rue Paradis, a una amiga suya, golpe que el orgullo de Teresa acusa de forma particularmente dolorosa.

Y aquí es donde entra en escena Alejandro de Lameth, perdidamente enamorado de la española y asiduo asistente a toda fiesta, reunión, sala de juego, adonde prometiera su asistencia

Mme. de Fontenay. El rumor de las públicas desavenencias ha dado alas a su audacia para el cierre del cerco. Una y otra vez insiste (tipo romántico: lágrimas en los ojos, la voz entrecortada) para obtener lo que él llama su nueva vida, el aliento necesario para seguir respirando. Y tanto la oportunidad de su ataque como la apostura de su continente y su historial romántico de aventuras con Lafayette, así como el ejemplo que toda la sociedad ponía ante los ojos de ella, le procuraron muy probablemente —asuntos son que no pueden declararse como verídicos sin pruebas, que faltan— una victoria amorosa. Por mucho tiempo, Lameth será el acompañante preferido de la marquesa de Fontenay, tanto en el campo como en París, y la murmuración tendrá amplio terreno en que cebar su hambre de noticias. Más tarde, cuando Teresa tenga el primer hijo de la larga serie que ha de seguir después, habrá múltiples cuchicheos y disputas sobre la paternidad del vástago, pero, ni una sola vez, se alzará el nombre del padre oficial; a tan alto grado creía el público llegada la separación moral entre ambos esposos.

El niño se llama, en la pila bautismal, Antonio Francisco Julián Teodoro Dionisio Ignacio y la fecha de su nacimiento queda marcada en el registro de la parroquia con todo el fuerte simbolismo de un año repleto de emoción histórica: 2 de mayo de 1789. Dos de mayo de 1789, es decir, dos días antes de una fecha que tiene, en la historia moderna, parecida significación a aquella en que Lutero fijara sus noventa y dos tesis en la puerta de la iglesia de Wittemberg.

El 4 de mayo siguiente el pueblo de París, absorto y átenlo, presencia la llegada de innumerables vehículos, caminantes, forasteros de todas clases y condiciones, de paso para Versalles, donde se reúnen, por vez primera desde 1614, los Estados Generales. En este Versalles que los enemigos del régimen han señalado como el centro de todas las perversiones, el lugar donde se derrocha el dinero de la nación. Porque ya caula, sigilosamente, se empieza a usar, a poner de moda ese nombre-símbolo de la Nación que ha de contraponerse, sin parecerlo al principio, al del

Rey. Poco a poco se ha ido infiltrando en todos los espíritus el hecho de que existe una fuerza superior, inconmensurablemente más elevada que todos los poderes estatales, esto es, la Patria, la unión de todos los hombres nacidos bajo un mismo cielo, viviendo sobre tierras de parecida contextura y producción, con lengua única y a quienes los muchos siglos, luchando hombro con hombro contra enemigos de dentro y de fuera, soportando idénticos riesgos y privaciones, han fortalecido y unido estrechamente por creer en una espiritualidad eterna de su suelo. En este sentido, la Revolución es la creadora del moderno nacionalismo que luego ha de desarrollarse extensamente en el siglo XIX, a pesar de los intentos de frenar realidades que representa la Santa Alianza.

También se habla de derechos del hombre y del ciudadano a todas horas, con el ejemplo de Washington a la vista. Pero de lo que no se trata en absoluto en estos primeros tiempos es de República. Si a los más enconados enemigos de aquel estado de cosas se les hubiera hablado de destronar al Rey —ni hablar de su ejecución—, habría dado motivo a más de una indignada repulsa. Será luego, cuando el carro revolucionario empiece a girar vertiginosamente, cuando la Revolución, como en la imagen de Saturno, empiece a devorar a sus propios hijos, cuando se precipitará el torrente y se dirán y harán mil cosas a las que empujan circunstancias de espanto. Pero, ahora… ved ese abogado vestido pulcramente de negro entre los hombres del Tercer Estado que han llegado de Arrás. Ahora comenta, en el estilo hiriente que le es particular, la desaprensión de la corte que hace esperar al estado llano ante una puerta excusada para penetrar en el salón de los Estados mientras la principal se abre para dar paso a los representantes de la nobleza y del clero; hace poco dejó su cargo de juez porque su conciencia no le permitía ordenar la muerte de un condenado. El tiempo y la conciencia girarán velozmente hasta mudar el espíritu de Maximiliano Robespierre. Tampoco Danton, oscurecido ahora por él, por muchos conceptos, similar Mirabeau, demuestra ser el hombre de las matanzas de Septiembre. Sólo en el torvo mirar de ese

veterinario, delgado, menudo de estatura y grande de gesto y expresión, puede observarse un augurio de lo que ha de seguir a esa euforia de niños a quienes ya les permiten decir todo lo que les plazca por una vez y se aprovechan de ello. Marat, sí vaticina a Marat.

Pocos hay aparte de él. ¿Y Teresa? ¿Dónde está Teresa en este día memorable? No la exijamos demasiado. Teresa no se mezcla todavía en política y, como ya sabemos, procura acallar las conversaciones que sobre el fenómeno callejero tratan sus invitados. La mujer, en casos parecidos, cuando una personalidad muy fuerte (difícil en este caso, dada la juventud de nuestra protagonista) no la separa del ambiente para crearse un camino independiente al margen de la familia, no tiene más remedio que girar en la órbita que señalan la profesión y los intereses del marido. Continuamente estamos constatando casos en que una recién casada con un militar, pongamos por caso, sabe a los pocos meses y aunque la ignorancia a este respecto fuera absoluta con anterioridad al matrimonio, de grados, escalafón y posibilidades de ascenso de los individuos comprendidos en las condiciones de su marido. Y exactamente lo mismo sucede en cualquier otra actividad del hombre, sea ésta liberal o servidora del Estado. Y lo que sucede en términos materialistas —como pudiéramos denominarlos ya que ella participa del *modus vivendi* de él— sucede asimismo en los estratos morales o sociales. Aun en los matrimonios más distanciados, la mujer deseará con toda su alma la preponderancia de la clase a que pertenezca su marido porque representa su propia preponderancia en el orden social.

Por ello la ya marquesa de Fontenay, nacida Teresa Cabarrús, sigue las corrientes de la época llevando el agua a su molino. Por la posición de M. Devin, ya hemos quedado en que pertenecía a aquel grupo de gente ilustre al que había de agradar extraordinariamente cualquier descalabro que a la corle resintiese. Por parte de sus amigos, la española recibía en sus salones, como ya se ha dicho también, a lo más granado del partido de los anglómanos. Eran los

eternos soñadores, los propugnadores de la monarquía constitucional a la manera inglesa con «abolición de la tiranía», «no más letras de *cachet* que pudiesen mandar a la gente a la Bastilla» (donde casi no se encontró a ningún preso el 14 de julio); que el rey Luis XVI, buena estampa de hombre amable, amigo de sus súbditos, desechara la absurda camarilla de la Reina y se dejara guiar por hombres a tono con el espíritu de los tiempos como era, por ejemplo, Lafayette, el glorioso general. Tarde tras tarde, entre los espejos de los salones de la casa de la Rue Paradiso en el paseo por el Palais-Royal, lugar de reunión del todo París, Alejandro de Lameth, joven y romántico, remueve inquieto sus rizos a lo Byron mientras le describe a Teresa la Arcadia feliz, la Grecia de héroes y sabios rediviva que será Francia encauzada vigorosamente por los caminos del progreso y de la libertad de los pueblos. Teresa le deja hablar, mecida por el entusiasmo juvenil del joven diputado, y ello es comprensible. A la mujer le place el apasionamiento y Teresa es mujer de arriba abajo, con todas las ventajas y todos los defectos que esta denominación lleva inherente; en todos sus actos a través de su agitadísima vida se conservará hembra; tal como el héroe de Espronceda ponía un sello de grandeza hasta «en sus crímenes mismos, en su impiedad y altiveza», así ella pone el sello de feminidad exquisita. Atravesará las tempestades revolucionarias, a menudo capaces de echar su barca a pique, sin abandonar un momento esa ingénita suavidad de maneras, esa dulce sonrisa, admiración de los que la conocieron personalmente.

A la mujer le agrada el riesgo por cuanto pone un escalofrío de temor agridulce sobre la vida del hombre amado. En un segundo, el barranco puede tragarse al amigo y, con él, hacer desaparecer todo un edificio de sueños y proyectos. En ese ser y no ser, está gran parte del entusiasmo con que ellas aceptan la lejanía plagada de peligros. Sólo amamos aquello que no vemos muy seguro, con esa apetencia por adelantar que es norma humana. Y existe además como un atavismo, un recuerdo oscuro de la época aquella en que matar era necesario para vivir, que hace que el que regresa

triunfador del combate sea recibido con entusiasmo. «Y la más hermosa —decía Rubén— sonríe al más fiero de los vencedores». Por algún tiempo, iniciando precisamente este siglo XVIII la corriente pacifista, pareció que esta admiración al héroe había de transformarse en una repulsión al que derramaba sangre humana. ¡Ah, el hombre naturalmente bueno maleado por la sociedad! Y pareció asimismo que habían de ser las mujeres, almas dulces y compasivas, las que más desearan el fin de las guerras o, si ello no era posible, al menos la elisión de sus peligros para el hombre amado. Y no fue así. Pues la novia, la esposa, hará siempre votos para que él no vaya al frente de batalla y si es necesario le aconsejará la huida, el escondrijo o el destino sedentario; pero, si él acepta, si lo logra, en el fondo no le perdonará nunca el que haya desaprovechado la ocasión de abandonarla entre lágrimas y besos mientras resuenan clarines de desafío y los pañuelos de despedida ponen mentirosas palomas sobre el fondo gris de la multitud apiñada. El folklore de todos los países está lleno de muchachas que quedan en casa mientras el prometido esposo parte a jugarse la vida a cara o cruz. Y si bien todas las mujeres unen al amor al hombre un sentido de protección maternal no gustan de hacer servir el tal con un escondido, con un hombre que ha tenido miedo, sino con el herido que vuelve, según la vieja estampa tantas veces repetida.

Teresa tiene en Alejandro el héroe de sus sueños infantiles. El tercer hombre de su vida representa todo un cúmulo de perfecciones para la mujer que está dejando de ser niña. El primero, Laborde, era el cariño de niño, la primera ilusión de una vida que empieza a asomarse al mundo; Devin de Fontenay representaba al marido, el hombre serio que haría de ella una mujer de su casa abriéndole infinitas posibilidades y que tenía ante su ingenuidad todo un conocimiento de hombre de mundo, de ese mundo de París que Teresa quiere conocer hasta el fondo, beberlo como un gigantesco trago de espirituoso líquido, hasta tal punto le atrae. Alejandro de Lameth es la ilusión juvenil que mantendrá a través de

épocas difíciles y en las que es forzoso buscar un camino, ya que alrededor de una van perfilándose éstos y todos hallan el grupo bajo el cual abanderarse. Para Teresa ya hemos dicho que la elección no es difícil. Aunque sólo fuese por la atracción que este mancebo arriesgado y entusiasta ejerce sobre ella —y ya hemos visto que sus intereses familiares le empujan del mismo lado—, la Cabarrús sólo tiene una vertiente por donde dejar llevar sus simpatías. De ahora en adelante, aunque su matiz sea muy leve y siempre teñido de un cierto desdén hacia las cosas de la política que no permite el goce de una cosa tan importante como es la diversión, deseará, con Lameth, el triunfo de los lafayettistas y la promulgación de una Constitución. Ha sido pues, Alejandro de Lameth, el que consigue interesar a la española en un proceso en que muy pronto dejará de ser simple espectadora para jugar primeros papeles. Del brazo del diputado de la nobleza, Teresa Cabarrús, Mme. de Fontenay, hace su entrada en la obra dramática, a veces risible, a menudo sangrienta, de la Revolución francesa.

Pero, naturalmente, el apego a las cosas que ocurren en el mundo no quiere decir en modo alguno que haya de cambiarse la vida habitual. ¡Bueno fuera! Ya es bastante molesto que los mejores amigos no puedan escaparse de París más que de vez en cuando para asistir a las fiestas de Fontenay-aux-roses, pero ello no impide que el matrimonio se traslade allí, a esa Naturaleza fingida que remedan los jardines naturales a la inglesa para gozar de la pureza del aire campestre. En este verano de 1789, que marca un jalón en la historia francesa, los Fontenay están en el campo. Y desde allí se enteran de los disturbios en los Estados sobre el orden de votación, por cabezas (cada individuo por sí) o por órdenes (por clases sociales). Y de la famosa sesión real tras el juramento del Juego de Pelota, que revalidó las promesas hechas por los diputados de no separarse hasta dar una Constitución a Francia. Se comenta que el Rey dió orden a los guardias de corps para que disolviesen violentamente al grupo del Tercer Estado constituido en Asamblea Nacional y que los diputados de la nobleza simpatizantes con aquél

se opusieron espada en mano. A Teresa le parece ver, desde sus parterres de la finca de recreo, el gesto audaz y decidido de Lameth al enfrentarse con los portadores de la autoridad real como un moderno Don Quijote «desfacedor de entuertos y protector de humildes». Y a este gesto romántico sigue el más decisivo de la incorporación a las deliberaciones del Tercer Estado —estamos ya a 25 de junio— de 47 miembros de la nobleza presididos por el duque de Orléans, que más tarde se hará llamar Felipe Igualdad en un empeño vano y desgraciado de hacer olvidar que es príncipe de sangre real y primo del monarca reinante.

De ahora en adelante se ahonda el abismo entre el Rey y sus súbditos; cada fecha subsiguiente puede ser una efemérides en la historia de la Revolución; llamada de tropas extranjeras, procesión del busto de Nécker, destitución de éste, protesta y cierre de la Bolsa —nuevo ejemplo de que los banqueros y la burguesía en pleno están del otro lado de la barricada revolucionaria—, carga en los jardines de las Tullerías por regimientos alemanes —¡14 de julio! — Ya se han terminado las escaramuzas y las pedreas; esto, a pesar de las pocas víctimas que ha costado, ya es un asalto a mano armada, ya es un triunfo contra un castillo medieval; y recuérdese que se están ventilando aquí, por parte del Rey, muchas posibilidades basadas en el respeto general a un símbolo de potencia antigua.

A la mano armada de los asaltantes ha caído una fortaleza. No están los diputados nobles entre ellos, no está Alejandro de Lameth entre los vocingleros vencedores de la Bastilla, entre los que pasean las cabezas de Fleselles, corregidor, y de De Launay, último gobernador de la fortaleza. Tampoco están en los asesinatos, mejor linchamientos, de Foulon y Berthier, consejero de Estado e intendente respectivamente, que son llevados *à la lanterne*, es decir, colgados de un farol; no están entre los autores de estos asesinatos, pero, aun sin querer, han firmado alianza con el hombre de la calle, con el obrero del Faubourg Saint-Antoine; una sola mirada a ese nuevo aliado capaz de la lucha callejera contra un enemigo

organizado en ejército, hubiera bastado a los idealistas que siguen a Lafayette para darse cuenta que aquella masa no es una simple ayuda contra la realeza inflexible; que, muy pronto, reivindicará sus derechos adquiridos en el arroyo a fuerza de picas. Pero los lafayettistas no ven todavía nada de esto porque el humo del triunfo les ciega los ojos. El Rey ha cedido a la voluntad popular; ha colocado a Bally, el del juramento del Juego de Pelota, y a Lafayette en los cargos de alcalde y comandante de la Guardia Nacional, respectivamente; ha vuelto a llamar a Nécker a su puesto, ha aceptado la escarapela tricolor en lugar de la blanca odiada. ¿Qué más queremos? Ciudadanos, alegrarse; el camino es amplio, expedito y alegre.

Y sin embargo estamos en la boca de una cueva.

* * *

El primer acto de la tragedia ha terminado. Los primeros emigrados, contra los cuales se volcará la ironía popular en forma de carteles y panfletos, han salido ya hacia el extranjero, tras aconsejar vanamente al rey Luis medidas enérgicas. Desde más allá de las fronteras acuciarán al prusiano, al austríaco y al inglés contra el nuevo gobierno de burgueses, sostenidos por la chusma, que se ha adueñado del poder que pertenece al Rey por la gracia de Dios. Desde lejos, sin embargo, harán más daño a la familia real que cuando estaban en las Tullerías, a su lado.

Y más tarde, a medida que la Revolución siga su curso, les seguirán al exilio esos gobernantes de hoy, ese Lafayette, por ejemplo, que tan satisfecho de su poder caracolea ahora en su caballo blanco. Impulsados por la evolución hacia la izquierda, irán acumulándose nuevas hornadas de fugitivos en la frontera, hasta que sean tan enemigos del antiguo régimen los perseguidos, que no se atrevan a ponerse en manos de los aristócratas monárquicos y

perezcan miserablemente sin contar en toda la extensa Francia con un asidero donde agarrarse.

Pero tras el derramamiento de sangre de los días agitados, todo parece haberse vuelto a calmar en París. En la noche del 4 de agosto se suprimen, con el entusiasmo que la certidumbre de hacer el bien pone en todas las almas, los derechos feudales. Todas las prestaciones personales son abolidas sin indemnización y los derechos reales declarados redimibles entre lágrimas y gritos de gozo, sentimentalismo fácil y muy del gusto de una época russoniana; con ello todos estaban ya seguros de hallar la panacea de la nueva Francia.

Los esposos Fontenay, pues, vuelven normalmente a abrir sus salones a los amigos que, esta vez, vienen muy ufanos con sus distintivos de diputados en las Constituyentes. Por las avenidas de la finca Fontenay-aux-roses pasean las lumbreras políticas de la época. Mirabeau diserta en el centro de un grupo echando hacia atrás la negra melena: «Francia puede llegar muy lejos por caminos de todos; el único mal que hay, es ese miedo ridículo de recurrir a la nación para constituir la nación». Le escuchan los diputados, embobados de la facundia, de la seguridad con que el tribuno señala el mal y su remedio. He aquí un famoso hombre que en vida aventurera ha ocupado siempre el primer puesto; en el delito y en la conducción de hombres; verdadero genio de la primera etapa de la Revolución; capaz de decirle las verdades al lucero del alba, capaz también de venderse al mejor postor para seguir un sendero que quizá él viera muy recto y muy humano, ya que, para él, el fin justifica los medios. Cuando habla, tiemblan los habitantes de las Tullerías y el cristal de sus ventanas; la voz hace estremecer éstas; las palabras aquéllos. La primera cabeza de orador que se ha levantado contra el antiguo estado de cosas, ha sido la de Mirabeau.

¿Qué relación hubo entre el político y Teresa Cabarrús? La muy leve de unas relaciones mundanas. Acuciada por sus amigos diputados que le han hablado elogiosamente del diputado por Aix, Teresa le hace rogar que asista a sus fiestas de Fontenay-aux-

roses. Orgulloso, digno, llega el hombre de Estado, concediendo una mirada al conjunto de jóvenes vestidas de blanco que, a la puerta del jardín, ofrecen ramos de rosas a los invitados como un doble símbolo del nombre de la mansión y del sentido clasicista que ya empezaba a revestir la costumbre de la Revolución y que, más tarde, había de llegar a tan altos excesos siempre del brazo de la española. Y, posiblemente, en la mirada que ese insaciable amante que fue Mirabeau dirigiera al grupo de niñas agolpadas a la puerta del jardín, habría más detención en la suavidad de sus formas que en la oportunidad de la representación que ostentaban. Más tarde sería el saludo a la dueña de la mansión y, por un momento, dos seres que han de pasar a la inmortalidad en distintas caracterizaciones pero sobre el mismo gigantesco telón de fondo de la Revolución, danse las manos, hablan, comentan los últimos acontecimientos políticos y sociales. Luego, nada. En la imaginación del político queda una bella imagen de mujer, ofuscada en seguida por la vorágine de acontecimientos que en su interior ordena a fin de extraer de ellos las más convenientes consecuencias para su ambición de poder. En ella, un chispazo de emoción a la vista del hombre del que habla toda Francia en este momento; sensación que se mezcla al orgullo de comprobar en los ojos del tribuno la admiración que en tantas pupilas masculinas y tan a menudo ha leído respecto a su belleza y gracia de mujer. Nada más y nada menos.

Pues la historia tiene, frecuentemente, juegos curiosos. A personajes que están en el anónimo esperando el súbito destacarse, los hace encontrarse y hablar con la indiferencia con que todos los días se habla al vecino de la escalera. Y al correr de los años, al leer u oír el comentario elogioso de un hombre que es ya Figura, la memoria vuelve atrás dificultosamente: Aquél… aquél… y la imagen, igual a tantas otras de quien ya había sido entonces el elegido de la Fama para subir al pináculo, surge al recuerdo. ¿Quién lo hubiera dicho? Es cierto. Nadie lo hubiera dicho porque sólo en los cuentos de hadas el príncipe parece llevar escrito

su rango en la frente para que le conozca la humilde pastorcilla. En la vida real todos parecen iguales, hasta que al ser marcada su hora por manos invisibles, den, uno a uno, los pasos que han de llevarles hacia lo alto. Pasa el genio, el futuro protagonista de los dramas del mundo, por nuestro lado y no le hacemos caso. Así lamentará Teresa, ya anciana y en su castillo de Chimay, el no haber entablado relación más íntima con las futuras cabezas de la Revolución que en aquel momento —años 1789 y 90— eran míseros y desconocidos diputados que hubieran aceptado de buen grado una invitación de un marqués de Fontenay, de la belleza de cuya esposa y hospitalidad de ambos se hablaba en todo París. Y como el sentimiento que preside la vida de la figura que estudiamos ha sido constante, permanente, todo a lo largo de su existencia, la vanidad, el alto afán de sobresalir, no querrá demostrar en sus relatos que dejó de distinguir entre los oscuros diputados del Tercer Estado a los hombres que más tarde habían de conducir a la Revolución. Y así hablará de que a sus fiestas asistían, amén de Mirabeau, Robespierre, Danton, hasta el culto pero incivilizado Marat, lo menos propicio a una reunión social que darse pueda. Con el recuerdo se agiganta extraordinariamente el éxito de las reuniones en las que, según ella, se abandonaban discusiones políticas de suma trascendencia al influjo sedante de su presencia.

Dejando aparte lo que ya hemos establecido como propio de exageración a la que tanto se presta ese retornar *in mente* a años cargados de trascendencia histórica, es evidente que, alrededor de los Fontenay, en el campo o en París, se reunía un conjunto de gente notable. Formaban el núcleo principal los lafayettistas tantas veces mencionados, y a su sombra muchos diputados de otros partidos. Y es que, como ya hemos dicho, la conciencia de mucha gente era de que la Revolución estaba consumada; es decir, que el poder real se había mostrado dócil a la voluntad del pueblo representado por sus diputados y que, para Francia, se abría una era de prosperidad y alegría. La historia siguiente ha demostrado palpablemente que, toda aquella calma aparente, no hacía más que

encubrir la vorágine de las pasiones personales o políticas, a menudo tan ligadas que cuesta diferenciarlas. El Rey no estaba dispuesto a sacrificar un solo adarme del poder que creía le había sido concedido por derecho divino y, en esta pretensión, era apoyado por su camarilla.

Los primeros emigrados —6.000 pasaportes tras los sucesos de Octubre— habían ya pasado la frontera y junto a los reyes de los países vecinos movíanse y se agitaban produciendo el malestar que en un país se siente siempre cuando se conocen manejos contrarios a su personalidad al otro lado de la frontera. Y, lo cierto es, que todos se sentían ahora con fuerzas para justificar y mantener esta personalidad. El señor Dupont, *le bon et gras M. Dupont*, que puede describirse en mangas de camisa con mandil de carnicero o tabernero, está muy orgulloso del nuevo estado de cosas que le permite intervenir en los asuntos del Estado. ¿No ha depositado el nombre de la persona que él cree con más merecimiento del distrito por su cultura y mi facundia para representar a todos los vecinos? Y, este representante de todos, ¿no ha ido a Versalles y le habla al Rey muy alto en defensa de sus amigos y votantes? ¿Millonees? La cosa marcha y todavía irá mejor. Y desgraciadamente para los emigrados todavía hay muchos burgueses como éste en Francia, hombres del Tercer Estado que luego se sentirán ahogados en sangre y se horrorizarán, pero que, ahora, ven con una sonrisa en los labios las medidas contra los nobles, la renuncia de los privilegios y también las disposiciones tomadas contra los campesinos que se han sublevado en varias provincias como si todo el monte fuera orégano, asolando bonitamente las casas y poblaciones. *Pas si vite, voyons*, refunfuñan los millares de Dupont que existen en Francia. «Reformas vengan, pero no bandidaje».

La unión de las provincias se realiza bajo el nombre de Federaciones sucesivas hasta dar con la Federación Nacional. Es el pueblo, el Tercer Estado, aunando esfuerzos que antiguas divisiones territoriales habían hecho imposibles y procurando defenderse contra los de arriba, los nobles y los de abajo, la hez, los que

siempre surgen a río revuelto. El estilo russoniano propio de la época ensalzó la unión hasta convertirla en una familia de hermanos, sentimental expresión que agradaba extraordinariamente a los lectores de *La nueva Eloísa*.

Expresión de esa ficticia hermandad en que todos demuestran alegría —dentro eran las procesiones— lo constituye la Fiesta de la Federación Nacional en julio de 1790, aniversario primero de la toma de la Bastilla. Desde mucho antes estaba acordado que las obras del inmenso anfiteatro de tierra y césped en el interior del cual se había de celebrar la fiesta, fuese levantado por el esfuerzo personal de todos los habitantes de París sin distinción de rangos ni clases sociales, con lo que todos los estamentos demostrarían su afecto a la gran ceremonia de confraternidad francesa. Y, efectivamente, unos consciente y alegremente, otros en silencio y recomiéndose de indignación, casi todos los habitantes de la ciudad acudieron, un día u otro, a depositar su granito de arena (sin metáfora esta vez). Así lo hace en primer lugar Luis XVI, todavía ahora Rey de los franceses, quien remueve la tierra ligeramente con un pico, acto simbólico que llena de júbilo al pueblo. Y luego muchos nobles, monjas, sacerdotes, tenderos, estudiantes, prestamistas; y mujeres de todas clases, desde la más empingorotada hasta la pobre muchachilla que exhibe sus gracias en el Palais-Royal para ganarse el sustento; todos trabajan, tiran de la carretilla, usan el pico, manejan la pala. Allí están los diputados nobles que precisamente en 19 de junio acaban de hacer renuncia solemne a sus títulos de siglos y que quieren corroborar el hecho simbólico de la Igualdad levantando, hombro con hombro cerca de cualquier hombre de modesta condición, los sacos de arena que sobran en el Campo de Marte. Allí los Lameth, los Lafayette, los Saint-Fargeau usan el vestido típico del ciudadano: sombreros redondos, cabellos sin polvos y cortos —terminároнse las fastuosas pelucas *ancien régime*— y, en la mano, el bastón estoque, arma que a menudo sirve al hombre de aquel entonces para demostrar al criado que se empeña en seguir llevando la abolida y odiada librea, que es un

ciudadano libre y no un esclavo, comprobación que a veces se hace tras dolorosa comprensión —sobre las espaldas— del nuevo estado de cosas.

Todo París, pues, ha desfilado por el Campo de Marte. Todo el París que se ve, menos Teresa. Y será el único momento de su vida, perpetua muestra de vanidades, en que se negará a ocupar un puesto de importancia en la vida de la ciudad, en que no dejará que se ocupen de ella las crónicas y los comentarios halagadores o mordaces. Pero a Teresa no le hace ninguna gracia acudir, aunque sea de forma simbólica, a levantar tierra en compañía de mujeres de todas clases y condiciones. ¡No faltaría más!… El poco tiempo que la Revolución permitió usufructuase el marquesado ya le ha inculcado un sentimiento de la vida incompatible con cierta clase de trabajos, aunque esté de moda el hacerlos. Lo *nuevo* tiene graciosas cosas: el título de ciudadano, el tuteo que puede emplearse como una nueva arma de coquetería; pero, ¿ésto? No. En vano le ruega Lameth que acuda. Teresa, que ante todo y por todo a lo largo de su vida antepondrá su propio sentir al de los demás no accede a la petición de su amante (según la voz pública). Y el campo de la Federación tuvo que terminarse sin que la pequeña mano de la española hubiera levantado y echado a un lado el más mínimo terrón o piedra sobrante.

Pero tampoco hay que exagerar las cosas. Teresa se ha negado a trabajar en el ensayo, pero no ha dicho jamás que no iba a exhibirse en el estreno. Esta vez sí que tendrá su belleza mareo amplio y miradas ávidas. Ataviada a la ciudadana, esto es, a la nueva moda impuesta por las circunstancias, Mme. de Fontenay provoca la admiración más viva entre la multitud congregada. El canciller Pasquier, que tuvo el honor de saludarla en tal fecha y lugar, la llama bella y apunta el entusiasmo que su presencia despertaba en todas partes. Para nuestra heroína, aquélla, además de ser ocasión de exhibirse ante amigos y desconocidos, sirvió para que se dejara llevar un poco por el entusiasmo con que medio millón de hombres de todas partes de Francia juraban fidelidad a la

Constitución, al Rey y a la Nación. Antes había visto como los soldados efectuaban fantasías pírricas para esperar la hora y como Talleyrand, el famoso obispo de Autun que, con Fouché y la propia Teresa, será de las pocas personas a quienes les es dado atravesar con leves ocultaciones pero impertérritos por los diversos grados de la gesta revolucionaria, decía la misa revestido de albas tricolores y rodeado de sesenta capellanes de los diversos distritos parisienses. Todo era admiración y alegría. La lluvia, que empezó a caer con gran fuerza —*le ciel est aristocratique*, murmuraba el vulgo—, deslució la perspectiva, pero no el alborozo. Lafayette, a quien esos actos de exhibición y tramoya entusiasman, adelántase con su conocido caballo blanco y pronuncia el juramento, que es contestado clamorósamente por todos los presentes. Luego, el mismo Rey, ¡quien lo diría!, jura respetar la Constitución y hacer respetar la leyes. Las banderas se levantan por última vez al aire húmedo, un redoble de tambores y la multitud que se esparce por el inmenso campo en busca del hogar en que secarse y contar la fiesta insigne que acaba de presenciar.

La Cabarrús va entre ella con sus amigos y riéndose a carcajadas del desorden que la lluvia ha puesto en sus vestidos y peinado, oportunidad de coquetería elevada al máximo que le hace sacar partido de las dificultades más inesperadas. Los ojos más brillantes que nunca por el reflejo del agua caída, Teresa está tan encantadora que a Alejandro de Lameth se le hace difícil representar su papel de tribuno del pueblo para explicarle la trascendencia del acto al que acaba de asistir y las ventajas magníficas que de ella extraerá la pobre Francia, hasta el momento dividida por las discordias entre partidos.

Teresa se contagia de la seguridad del diputado y va introduciéndose en su imaginación la idea de que el país entra en la mejor de las épocas posibles. Es cierto que han sido abolidos los títulos, rudo golpe para su flamante marquesado, así como es verdad que la abolición de la librea no le parece cosa lógica después de lo que le ha costado alcanzar ese, para muchos ocioso,

detalle (y, sin embargo, tan importante para mentalidades hechas al París prerrevolucionario) de que un servidor llevase un distintivo especial que honre, al mismo tiempo, al criado fiel y al señor generoso y de limpia prosapia. Pero, en fin, si la desaparición de todo eso ha de dar lugar a la felicidad de los franceses… Además, la época traía consigo un interés novelesco, nunca se estaba seguro de lo que había de suceder al día siguiente. ¿Quién hablaría en la Asamblea? ¿De qué se trataría? Cosas interesantes sin duda…

Pero Teresa recuerda también los temores de su esposo. M. Devin de Fontenay no está tan convencido de que las cosas marchen bien. Durante la noche Teresa le oye a menudo paseándose horas y horas por las habitaciones de la casa y a veces parece hablar solo. Se refiere a peligros posibles, a sublevaciones contra la propiedad… Pero Lameth calma a Teresa: no ha sido más que una pandilla de maleantes que creyeron que había llegado su hora; los de siempre, los que aprovechan la ocasión turbia… La milicia nacional los tiene a raya, no hay que preocuparse; en todos los pueblos son perseguidos y exterminados. «Ciertamente, podéis creerlo, empieza el tiempo de la regeneración francesa».

Los grandes ojos de Teresa, calmados por la persuasiva elocuencia del diputado de la nobleza, se posan en la perspectiva que la ventana del coche recorta sobre las casas demasiado cercanas del París de entonces. Paralelo al Sena, el camino sigue la Rue Honoré; pasan las multitudes, que ya se llaman de patriotas, cantando el *Ça ira*:

Ah! ça ira, ça ira, ça ira;
En dépit des aristocrates et de la pluie
ah! ça ira, ça ira, ça ira;
celui qui s'eleve on l'abaissera
ah! ça ira, ça ira, ça ira;
nous nous mouillerons mais ça finirá.

El gesto es alegre, vuelven con optimismo del festival de la

Federación en que todos han resultado hermanos. Y, sin embargo, la voz es ruda y la letra de la canción no tiene nada de tranquilizadora.

Tampoco hay mucha amistad en las miradas que especialmente las mujeres ataviadas de fiesta, pero con un inconfundible aire de barrios bajos, lanzan sobre el coche que las obliga a arrimarse a las paredes y, sobre todo, a esa cabeza de mujer, rica y mimada por la vida, que parece jugar a vestirse de ciudadana.

Les aristocrates à la lanterne,
les aristocrates on les pendra.

Hay torvos pensamientos y alguna que otra mirada soez en la muchedumbre apelotonada en la exigua acera. Los ojos que se fijan mirándola de hito en hito como a la representante de una raza a quien se desea conocer del todo para pasar algún día una factura de siglos, producen en la joven dama de Fontenay una ligera impresión de angustia, como si le faltase el aire para respirar. Vuelve la vista hacia otro lado para evitar la mirada en que cree ver mil acusaciones y la posa sobre un pasquín fijado en la esquina con la Rue de Saint-Denis, pasquín antimonárquico que nadie se ha preocupado de arrancar como si nadie —constatación que no deja lugar a dudas sobre el resultado de esta indiferencia— tuviese interés en defender a un monarca:

Quel est donc le seigneur Veto
qui, plus bruyant que Fígaro
veut au peuple faire un zero
sans redouter le numéro?
Menez-le vite à la lanterne!

Es decir, que el nieto de San Luis, ungido en Reims como monarca de los franceses, es, por su veto, un enemigo del pueblo; esto es, que debe seguir el camino trágico de un Foulon cualquiera

y terminar su vida colgado de un farol en la vía pública.

Y Teresa entristece súbitamente. La seriedad ha reemplazado a la sonrisa de siempre y, en su alma, hay extraños presagios de desgracia. En vano Alejandro de Lameth la invita a contemplar el espectáculo de la muchedumbre en fiestas, de los parisienses celebrando su nacimiento civil. A pesar de la frivolidad que anima su temperamento, aun de niña, Teresa Cabarrús ha sentido oscuramente, muy en el fondo de su alma y en medio de los vítores y alegrías de todos, el presagio del Terror como la imagen sombría de un mal agüero sobre el alma atribulada.

Y en el abrazo que —cosa rara— dará a su marido esta noche antes de acostarse, habrá un sentimiento de miedo a algo desconocido y alejado pero tangible para la niña-mujer, sentimiento que le hace buscar protección al peligro que, sólo ella, ve aproximarse con la lenta tenacidad de lo fatal.

* * *

Aquella tarde, en la que el aire vibraba con mil gotas de lluvia, Teresa ha empezado a intuir lo que representan, para su clase de vida actual, para su posición social y política, los acontecimientos que se desarrollan y en su corazón hay una nueva impresión de temor. El aspecto del pueblo, la vista de la muchedumbre avanzando por la calle, unida férrea aunque invisiblemente por un espíritu de clase, la ha conmovido extrañamente. A pesar de los amigos que a su vera intentan influenciarla para que sólo vea la faz rosada reproducida por miles de grabados en hojas volanderas, de la Libertad patrona de los franceses, o a éstos dibujados como hermanos que se dan las manos, los nobles con los clérigos, éstos con el pueblo y éste a su vez con los nobles, formando un círculo de amistad perfecta, lo cierto es que Teresa ha percibido la cara ceñuda de los que avanzaban cantando el *Ça ira*; se ha dado cuenta

de sus miradas y, como hembra avezada a aquilatarlas sobre su persona, no las ha puesto en el haber de la admiración con que la miraban antaño sus sirvientas de Carabanchel o ahora los colonos de Fontenay-aux-roses, sino en la prueba de un deseo audaz mezclado de odio; lo que ha visto de común en la expresión del pueblo en marcha no ha sido precisamente el amor a la humanidad, al hombre feliz y sonriente en su estado primitivo y natural, como argumentaba Rousseau y creen los ideólogos de la Revolución, sino el lazo, más fuerte por las soflamas que de la Asamblea Nacional le llega, más fuerte también por la escasez de pan que en París se nota —acaparado con miras interesadas, según se rumorea—, del Rencor. Y con ello, pues, no ve en los actos del muy pavoneado sentimiento popular más que los crímenes que han sido llevados a cabo; quiera o no la española no tiene en su mente una imagen de la toma de la Bastilla como es presentada por los diarios populares o reproducida por miles de estampas, de la toma gloriosa del baluarte de la reacción por los patriotas de los tiempos nuevos, sino que se le ocurre la impresión de la ensangrentada cabeza de Foulon o Berthier en la punta de una pica.

En rigor, es cierto que las cosas empiezan a ir mal dadas para Mme. de Fontenay. Hasta ahora sólo ascensos ha tenido en su camino; hija de un fabricante de jabón, pasó a ser muy pronto hija de un banquero y, más tarde, de un miembro del Consejo de Estado de Su Majestad el rey de España. Llegada a París, el éxito le ha sonreído desde el primer momento en lo que más interesaba a su carácter frívolo y juguetón, o sea en el mundo social. Ha tenido sus amores románticos, cuyo final deja ácido el corazón y con pena, pero que, en el recuerdo, tienen un perfume agradable de cosa lejana. Más tarde, cuando sintió el deseo de elevarse hasta el rango de casada, halló el hombre digno y apto para desempeñar el papel de marido que el tiempo requería, esto es, de mero acompañante de la mujer, y que la hizo además marquesa, un grado más en la escala social. Luego, cuando el desengaño empezó a hacer presa en los dos, entreabriendo un abismo de indiferencia cortés, Teresa halló en

Lameth un apasionado adorador de sus gracias con quien olvidar otras humillaciones. El camino, pues, iba siéndole ancho y llano; pero, de pronto, ese cúmulo de circunstancias políticas, de esa política que, con buen olfato, ella ha considerado siempre la enemiga de sus diversiones, está enturbiando extrañamente el horizonte; la Asamblea Nacional dicta decretos tras decretos contra lo que hasta ahora había placido a su clase social; se agita el pueblo, hay malestar… Teresa dista mucho de estar tranquila. Y por si ello fuera poco…

Esta noche, el salón de la Rue Paradis está cuajado de gentío selecto; los diputados, los nobles que ya no lo son, los amigos de Teresa y de Devin, se pasean comentando hechos y explicando politiqueos. Las señoras —larga ropa, cuello esbelto— discuten en un extremo de la sala. No se estila todavía el baile en las reuniones y así o se juega, o se charla; también ello sirve para diferenciar los sexos, que forman grupos aparte. En un lado, rodeado de los diputados de su partido, perora Lafayette, el general de la Revolución, el noble que sueña con ser el Washington francés. Todo está en el más perfecto orden posible.

De repente se abre la puerta y la dueña de la casa, Mme. Devin de Fontenay, aparece precipitada y convulsa, como poseída de la más ardiente emoción. Se detienen las conversaciones en la sala alumbrada por innumerables bujías y todos la miran sorprendidos. Su mismo esposo, consciente de su obligación, hace un movimiento hacia ella para saber qué le ocurre. Pero Teresa, tras girar la vista por la sala, ha descubierto a Lafayette y se dirige hacia él. La ancha cola del traje forma como la estela de un navío en marcha veloz. Apártase la gente y ella llega hasta el general.

—Ciudadano general… —las lágrimas le salen a los ojos, tiende las manos como en una súplica, el cuerpo se inclina hacia adelante en gesto esbeltísimo de pasión dolorosa, tal la Nióbide herida por manos divinas—; ciudadano general, prestadme vuestros guardias nacionales para ir a liberar a mi padre, preso en España…

¿Cómo? Los presentes y el mismo general entre ellos no dan

crédito a sus oídos. ¿El padre de Teresa, preso? Don Francisco Cabarrús, director del Banco de San Carlos y de la Compañía Real de Filipinas, cuyos emolumentos anuales se susurran admirativamente unos a otros los zangolotinos del tiempo, ¿está realmente en la cárcel? Agrúpanse todos alrededor de la española que muestra, con el helio rostro conmovido por el dolor, cartas recién llegadas donde tales desventuras tienen su explicación. Acude el marido, M. Devin, el cual —comentario público y maligno— tampoco se había enterado de nada; pasan los más íntimos de la familia a un saloncito vecino y allí, mientras sentada en un sillón de dorada compostura Mme. de Fontenay recibe los consuelos más o menos sinceros de sus amigas, el consejero del Rey en el Parlamento da lectura a la misiva que, escrita en Madrid, narra el final de la aventura financiera en que se embarcara un buen día un fabricante de jabón natural de Bayona. Las ventajas que su sistema, realmente nuevo, de los vales habían producido se transformaron, poco después, en descrédito absoluto. Sobrevino la quiebra y no sólo en el recién creado Banco de San Carlos sino también en los Pósitos, de cuyo dinero don Francisco había dispuesto alegremente con esa confianza en sí mismo que acostumbra a acompañar a los aventureros e innovadores pero que, esta vez, fué causa de su encierro. Pues una tan rápida carrera financiera y política no deja de dar motivo a la formación de enemigos y así uno de éstos, Lerena, ya en alto cargo, le hizo responsable único de la bancarrota. Víctima propiciatoria sacrificada al furor de la gente engañada en sus ahorros, había sido trasladado al cuartel de los Inválidos y no precisamente como huésped de honor.

Un silencio angustioso siguió a la lectura de la carta. Diéronse las damas en consolar a la hija desventurada y los hombres a discutir el hecho ocurrido. Como buenos políticos no dejaron de llevar el agua a su molino demostrando que sólo en un país absolutista y retrógrado como el español, cerrado oscuramente a las luminarias del progreso, podía darse el caso de que a un varón consciente que tanto había hecho para salvar a España del

desbarajuste financiero en que estaba metida, se le tratara como al peor criminal. Salió a relucir la Inquisición y las mazmorras españolas y alguien, recordando la procedencia francesa del fabricante de jabones, quiso determinar a Lafayette a lo que, en un encantador arrebato de hembra bravía, había pedido la española, esto es, a la invasión audaz y terrorífica de los invencibles guardias nacionales, para, llegando a Madrid, volver victoriosamente con el padre de Teresa entre los brazos habiendo dado una lección a los gobernantes españoles. Pero aquí Lafayette, a quien no había dejado tampoco indiferente el gesto de Teresa, pero que tenía la prudencia del que ya está en el poder, calmó a los partidarios de la acción directa con frases suaves y de conveniencia. Luego, dirigiéndose a la desconsolada señora de la casa, le prodigó, con la galante entonación con que él sabía hacerlo, unas frases de aliento y se despidió. Con él marchó el gentío comentando el hecho ocurrido, mientras Teresa sonreía deliciosamente entre lágrimas por las pruebas de afecto que le manifestaban.

Pero, en general, el encanto de Teresa, como basado en la pura y simple atracción amorosa que en sus ojos y boca se anudaba, no surtía efecto sino estando ella presente. Por eso, ya fuera y alejados de su hechizo, las protestas enconadas de los invitados, las conmiseraciones por lo ocurrido dieron paso a los comentarios irónicos y a las sospechas; pues todos recordaban ahora, y naturalmente con mayor fijeza y fruición las mujeres, el poco interés que, por ese padre lejano, había demostrado siempre Mme. de Fontenay; de la poca o casi nula correspondencia entablada después del matrimonio y, sobre todo, de la ninguna visita que había hecho a Madrid estando en disposición económica y social para hacerlo, sola o acompañada. Sí, resultaba elegante decir con tono displicente en cualquier reunión: «Mi padre, que es consejero del rey Carlos de España…». Pero, aparte de este usar un nombre para realzarse ella misma ante la gente, nunca había habido gesto alguno de afecto filial. Comentaron otros, con intención no mejor, el curioso hecho de que la misiva que desde Madrid le traía tan tristes

nuevas hubiera llegado a sus manos precisamente durante la reunión celebrada; cuando con el salón lleno de gente, su dolor había de desarrollarse a la vista de todos y precisamente a presencia de Lafayette a quien pedirle una ayuda imposible, pero que tanto favorecía a la demandante atrayendo sobre sí las miradas de todos. En conjunto (era el comentario unánime) había sido una escena, a todas luces, *teatral*.

En la vida la propia estimación nos perjudica de tal modo que, muy a menudo, la definición exacta de un aspecto de nuestro carácter es precisamente el enemigo el que mejor sabe pronunciarla. Así en esta ocasión. Pues, ciertamente, si una sola palabra puede retratar con su sencillez a toda una figura, es ésta de *teatral* aplicada a Teresa Cabarrús. Antes ya hemos descrito sus esfuerzos por conquistarse un puesto primerísimo, de diva, de estrella, esfuerzo que no abandonará en todos los días de su vida. Siempre en primer término, siempre junto a la luz fuerte de las candilejas, de cara al inmenso público, sentirse penetrada de miradas hasta los huesos, ofrecerse como presa a la curiosidad palpitante de las multitudes, ésta es la vocación de la española, vocación que no lamentará nunca aunque la sed de popularidad le lleve muy cerca de la Place de la Revolution y del Sansón cortacabezas.

Y si en el espíritu ya tiene una concepción escénica de la vida, en actos más o menos accesorios pero principalmente en los que ella sabía había de decidirse su destino, es teatral hasta el máximo. En drama, humor, con sencillez o con exageración del gesto, ella busca siempre el destacarse, el producir impresión duradera en los ánimos masculinos, y como la gracia, esta compañera fiel, no la abandona jamás, podrá a lo largo de su vida deber su primacía a algunos de esos golpes de efecto.

Y esto fue la petición a Lafayette, los ojos húmedos, la expresión ansiosa, en plena sala iluminada. Gesto melodramático y hábil que ella sabía bien que no había de tener efectividad alguna material y sí la de destacarse una vez más sobre todas las mujeres reunidas.

Esto, sin embargo, no quiere decir que no sintiera la caída en desgracia y detención de su padre. Y ello porque, aunque tuviera razón la maledicencia pública sobre la frialdad que presidía las relaciones con su familia de España habiéndose ella formado ya en un ambiente realmente parisino, el caso es que le sobrevenía la noticia cuando en su interior vivían los presentimientos ya indicados y la desgracia era un eslabón más en la cadena que ocasionará el primer descenso serio en la vida de Teresa Cabarrús.

* * *

Este invierno del 90 no presagia grandes felicidades. Falta el pan, la gente se agita, la desconfianza sube de tono. Los emigrados, contra quienes se vuelca la ironía y el sarcasmo más sangriento, siguen azuzando al príncipe elector de Sajonia, al emperador de Austria y al rey de Prusia para que invadan a Francia reponiendo al Rey en su sitial absoluto. Varias tenaces tentativas hechas asimismo en Madrid tropiezan con la glacial resistencia del primer ministro Floridablanca que, si bien ha cerrado la frontera a la propaganda subversiva de la Revolución y favorece económicamente a los emigrados en España, no está dispuesto a comprometer el prestigio nacional en una guerra por asuntos interiores de un país vecino. Los otros monarcas o validos dudan, se observan con recelo y sólo actuarán cuando el ánimo del país francés ya esté trabajado en sentido patriota y propicio a defenderse encarnizadamente contra las tropas extranjeras; esto es, actuarán tarde y mal.

En el matrimonio Fontenay, en estos años siguientes hasta abril de 1793, la fuerza de la pasión política existente deja un poco al margen sus diferencias; quiera o no, Teresa se une más a su marido obligada por el pánico que, paulatinamente, se apodera de ella. Ya no es la primera figura en los salones porque en ellos brilla con fuerza irresistible un monstruo que devora hombres y reputaciones:

la política. Aquellos juegos inocentes de Fontenay-aux-roses en los que todos dejaban sus respectivas ideologías para distraerse amigablemente, han terminado para siempre. Los lafayettistas miran de reojo a los cordeleros y éstos a los jacobinos, que ya empiezan a surgir como fuerza importante. Las diferencias al principio son pocas, pero esta ficticia normalidad va deshaciéndose a impulsos de la tormenta que se fragua. Rayo suyo es el pequeño y endemoniado Marat; Marat, agitándose, gritando, convulso, revolucionario basta el sudor de la frente, estrecha y cargada de arrugas siniestras; acusador público por sí y ante el pueblo de todo aquel que no demuestre bastante furia revolucionaria. Todo el invierno lo pasa el Rey haciendo confabulaciones para huir a la vigilancia de esa Asamblea que se toma demasiado interés por su persona y porque firme los decretos contra los clérigos no juramentados, es decir, contra los que se negaron a obedecer la constitución civil del clero y también contra los nobles emigrados. Pues, ¿cómo ha de actuar Luis contra los que sabe sus amigos y copartícipes de sus ideas?

El 2 de abril un rumor sordo corre por las calles de París. Mirabeau ha muerto; el coloso inmune a los ataques venenosos de sus enemigos ha muerto tras una noche de orgía; pudieron las mujeres lo que no los hombres. Y aun cuando su popularidad había decrecido bastante, aunque la hostilidad de los demócratas le acusaba de estar vendido al Rey —y nada más cierto—, el conjuro de su nombre es tan poderoso todavía que toda Francia llora la pérdida del primer orador de su tiempo.

Los acontecimientos se precipitan, Alejandro de Lameth reemplaza a Mirabeau en el apoyo secreto, y remunerado, que se presta al monarca a espaldas de la Asamblea; pues todos estos monárquicos constitucionales se empeñan ahora, ahincando los talones en el suelo y tirando con todas sus fuerzas, en detener el carro de la Revolución que ya va cuesta abajo. Pero el Rey, en el fondo, los desprecia y se entiende directamente con los príncipes extranjeros mediante mensajeros de toda confianza y probada adhesión al monarca neto y católico. Huida de Varennes el 20 de

junio. Drouet, el maestro de postas que pasa a la historia por un gesto de audacia, detiene a la familia real. La escisión es ya absoluta entre el Palacio y la Asamblea y, al otro lado de la frontera, los húsares austríacos levantan los curvos sables para salvar al Rey prisionero de su propio pueblo. Se lanzan candidaturas para substituir al monarca huido y, por primera vez, se trata seriamente de la República. Teresa piensa que éste no es aquel divertido juego de 1789.

Fugitivos de la Revolución Francesa

Pero todavía ha de ver cosas mayores. Su amigo Alejandro de Lameth, a quien sus múltiples actividades no le permiten abrazarla con la asiduidad de antes, quiere erigirse en protector oficial del Rey, pensando que éste tendrá en mucho la defensa de un hombre a quien desprecia. Los Lameth y Barnave se inclinan cada vez más de su lado contra el partido jacobino y, todos juntos, idean el lanzar el país a la guerra, lo que, forzosamente, reunirá a toda la nación francesa alrededor de su Rey como a las órdenes de un capitán de

ejércitos.

Pero Luis XVI no es ya Luis XIV y, desgraciadamente, la pugna armada no hace otra cosa que precipitar su caída. Pues la guerra trae consigo un nuevo hálito de río revuelto fácil para que en él se destaquen los hombres que tienen su puesto en la calle y en las barricadas. Luis XVI puede entenderse más o menos con el diputado Barnave o con el diputado Lameth; con quien no puede explicarse por ahora es con el despechugado Danton, hombre de las barricadas a quien el escaño le viene estrecho y las paredes de la Asamblea demasiado débiles para su vozarrón de hombre de masas. Con las calles de París tranquilas, con los guardias nacionales en sus puestos se puede hacer más o menos combinaciones diplomáticas, se puede cambiar ministro tras ministro aunque la Asamblea chille y se alborote; se puede incluso, como hizo Luis XVI, ofenderse gravemente cuando Roland el girondino se presentó ante él, ¡nunca tal cosa vieran las Tullerías!, con lazos en los zapatos en lugar de la reglamentaria y antigua hebilla de plata. Pero si se da la oportunidad de movilizar masas enormes de hombres que afluyan a París desde todas partes y que en París mismo hormigueen por las calles llevando la intranquilidad y el temor entre los realistas, las consecuencias pueden ser desagradables. A los franceses, aun a los más amantes de la Revolución, puede diferenciárseles en innumerables clases, desde los desenfrenados maratistas a los corteses y educados fuldenses; su misma heterogeneidad permite a la corte actuar en su propia defensa azuzando a unos partidos contra los otros, pero, si a cualquier francés se le dice que los húsares o los hulanos, prusianos y austríacos, están frente a Lille en tierra francesa, la nación se unirá poderosamente, surgirá por vez primera esta conciencia de hermandad entre los hombres y mujeres nacidos en un mismo espacio, con lengua, civilización y cultura comunes, y el ariete formidable resultante de esta exaltación patriótica será usado por el partido que más hábil sea para ello, el cual no será, precisamente, el realista.

Se ha proclamado, pues, *la patria en peligro*. Todos los guardias nacionales son puestos sobre las armas. Se monta a toda prisa tablados en las calles más céntricas de la capital y sobre ellos tocan los tambores; bellas muchachas ofrecen el beso de la Patria bajo las banderas levantadas y junto a las mesas de inscripciones. Vuelan las hojas volanderas reflejando el sentimiento popular:

La patrie est en danger,
affligez-vous, jeunes fillettes.
La patrie est en danger,
tous les garçons vont s'engager.

Con su continuación levemente ingenua:

Ne croyez pas que l'étranger
vienne pour vous conter fleurettes;
il vienne por vous égorger.

La nación se ha puesto en pie y sólo tardíamente se da cuenta la corte de lo que ha hecho. María Antonieta acaba de estropear la situación aconsejando el famoso manifiesto del duque de Brunswick en el que éste amenaza con incendiar París si no se pone en libertad a la familia real. Se excitan los ánimos peligrosamente; los diputados que se llaman a sí mismos *patriotas* levantan la voz acusando directa y amenazadoramente al Rey, las secciones no aceptan las órdenes de la Asamblea y algunas deponen, por sí, a Luis XVI. Éste se apoya (ya ha terminado con los fuldenses) con los girondinos (un grado más hacia la izquierda), el partido de Madame Roland que, tras acusar a la corte reiteradamente, no ve hoy más remedio que ponerse a su lado para parar los pies a la masa que va a la conquista del poder.

Y en el 10 de agosto de este año de 1792 la rebelión se hace franca y patente, bien dirigida contra la más alta autoridad real. Desde los halcones entornados de su casa, Rue de Paradis, Teresa

oye el paso seguido y jactancioso de los federados marselleses, que los jacobinos utilizan como puntal de ataque; los barrios de San Antonio y San Marcelo marchan contra las Tullerías; entre las voces de los *sans-culottes* al ataque contra sus enemigos Teresa percibe un acento familiar, un español hablando en francés. Es Guzmán, aventurero y revolucionario, llamado *toc d'alarme* por sus compañeros de revolución y que acabará sus agitados días en la guillotina, junto con Danton y Desmoulins.

Todo ese día 10 de agosto lo pasa la familia Fontenay encerrada en su casa, el alma pendiente de lo que sucede frente a palacio. ¿De parte de quién están sus corazones y esperanzas? Hace un año la respuesta hubiera sido muy fácil: al lado de los valerosos defensores de las libertades francesas, de los propagadores de los derechos del hombre y del ciudadano. Pero ahora… los amigos en desgracia, Lameth en el ejército, tachado de traidor… Las descargas de fusilería se suceden. De vez en cuando, un silencio hace más fúnebre el eco de las últimas explosiones. Las calles están quedas, las puertas cerradas y mil ojos tras de cada postigo, típico aspecto de la calle en algarada ciudadana. A menudo, una sombra pasa al interior de un domicilio; de allí, por puertas y ventanas se entera todo el barrio de las noticias frescas. El Rey y su familia se han refugiado en la Asamblea; los guardias suizos y algunos gentiles-hombres defienden el palacio ante las acometidas de los asaltantes. El Rey no les ha dado orden en contrario y esos mercenarios, esos soldados extranjeros a sueldo, defienden la casa de su señor con el coraje y fidelidad con que defenderían la propia.

De la calle llega ahora el tumultuoso trajinar de artillería. La familia se precipita: ¡cañones!; la cosa, pues, es difícil. Entre esperanzas y temores pasa el tiempo en la casa cerrada. Antonio Francisco, el pequeño Fontenay, llora en un rincón, abandonado, pues cada uno no mira más que por sí. Resuenan los cañonazos en el aire tranquilo sacudiendo los oídos con su torvo acento causante de pánico.

Ya ha cesado el estruendo. Empiezan a llegar noticias

definitivas. El pueblo ha asaltado el palacio tras la rendición de los suizos y no ha dejado uno vivo entre ellos. Algunos que habían intentado huir por las calles circundantes han sido cazados como alimañas. La gente cuenta y no acaba de las persecuciones de los defensores de las Tullerías. Hasta porteros de hotel fueron asesinados por llevar uniforme rojo y ser confundidos con los extranjeros. El Rey se ha refugiado, con su familia, en la Asamblea Nacional, reunión de hábiles y convencidos hombres de la palabra, que están algo confusos y amedrentados de ver el estropicio que causan sus hijos, los hombres de acción. Pero finido el combate, acuerdan, ya que el pueblo ha vencido, que Luis XVI quede suspenso en sus funciones de Rey y que se convoque con urgencia la Convención Nacional. Se dispone el palacio de Luxemburgo para la familia real, pero, pronto, el ala izquierda de los diputados, sostenida por la amenazadora actitud de la calle en armas, solicita y obtiene el paso del Luxemburgo al Temple, es decir, el paso del palacio más o menos mediatizado a la prisión, pura y simple. El odio a la Monarquía derriba, esa misma noche que sigue a un día sangriento, las estatuas de Luis XVI y, lo que es más raro, la de Enrique IV, el Rey bien amado de sus súbditos, puesto como ejemplo por todos los liberales en contra de Luis. Pero es que la masa no admite sino sentimientos definidos, claros y apasionados, sin distingos ni diferencias sofísticas. El Rey es enemigo, pues ¡abajo todos los reyes!; un suizo ha tirado, ¡mueran todos los suizos! Su himno es el *Ça ira*, machacón, inespiritual, pero peligrosamente insistente en una dirección de avance.

Éste ha sido el segundo acto. Con el Rey han caído una serie de definiciones, teorías y defensas; son la alta burguesía y la nobleza liberal las que caen al mismo tiempo que los defensores de las Tullerías. Pocos días después del cese del monarca, se entera Teresa de la huida a Bélgica de Alejandro de Lameth, acompañando a Lafayette. Con él, Teresa ha perdido su último apoyo en esa movediza tierra en la que todo empieza a serle hostil y, como una niña que es todavía, no concibe una vida en la que no se la pueda

ver, una vida oscura y miserable en la que sea forzoso pasar de la forma más confusa posible para no atraerse la persecución, mientras desaparecen cada día los mejores amigos.

Pero aun no ha recibido las peores noticias. A instancias de Danton, que ha pasado de agitador callejero a flamante ministro de Justicia, se vota una ley autorizando las visitas domiciliarias. Tres mil sospechosos llenan en tres días las prisiones. Las noticias de los avances de los prusianos y austríacos por el camino de Châlons y las envenenadas proclamas de Marat hacen el resto. Las secciones acuerdan la pronta justicia sobre los presos no juzgados y se inicia lo que la historia conoce con el nombre de matanzas de Septiembre.

¡Trágicas jornadas de Septiembre! ¿Dónde estaban antes de ahora los asesinos sinnúmero, los despiadados cortacabezas de estos días terribles? ¿Es posible que fueran aquellos que todos conocíamos, aquellos honorables obreros, carniceros, menestrales que Teresa encontraba cada día cerca de su domicilio y que saludaban deferentemente al pequeño Fontenay? El suministrador de la leche diaria, el sonriente y lenguaraz Lemonier cuyas mayores hazañas consistían entonces en pellizcar en cuanto podía las mejillas de las criadas, ¿puede ser ese ceñudo monstruo que por espacio de tres días recorre arma en mano cárcel tras cárcel, de la Forcé a San Bernardo, del Châtelet a San Fermín, de la Salpétriére a Bicêtre? En todas partes donde hay recluidos antirrevolucionarios, allá va la musa con esa fatal seguridad que tienen los seres acéfalos pero con instinto. El proceso es siempre el mismo: fórmase una caricatura de tribunal y desfilan los detenidos entre los alaridos de la multitud del exterior. «¿Es cierto que habéis dado dinero para los curas refractarios? —Nunca lo he hecho. —Bien, soltadle». El pobre preso, que ha oído angustiado el paso de la muchedumbre al acercarse a la prisión, cree volver de la muerte a la vida por las palabras del presidente que lo ha juzgado. Y, apenas atraviesa la puerta que él creyó llevaba a la libertad y a la vida, es abandonado en manos de la turba que lo despedaza, ensañándose con sus restos. Por espacio de tres días con sus correspondientes noches,

París vive en la trágica sombra de la niebla que exhala la sangre vertida; como en una pesadilla de infierno van las pandillas de asesinos recorriendo las calles dejadas a su libre albedrío. La embriaguez que, de sus propios hechos, les enardece —viejo refrán es que la sangre pide siempre sangre— les lleva a última hora a asesinar, no sólo a los presos políticos, sino también a los recluidos por delitos comunes; el caso es matar, matar cada vez más, envolverse con sangre hasta ocultar el alma y la conciencia.

Pero mientras, ¿qué han hecho los poderes? ¿Qué ha hecho la Convención y la Municipalidad? Ante la catástrofe, el hombre de hoy pregunta lo mismo que indaga Teresa cuando las noticias siniestras fueron llegando a sus oídos. Y el hecho es que la Convención permaneció inmóvil, y que el Ayuntamiento hizo más. Se permitió mandar emisarios a todas las cárceles, emisarios que no tenían la orden de detener las matanzas sino que servían, por el contrario, para dar una apariencia de legalidad a los asesinatos cometidos en masa. Y entre los nombres de los comisarios del crimen está uno a quien la maledicencia pública acusará más tarde de haber pagado los gastos de su elección de diputado por el departamento de Bourdon-et-Oise con el producto de los valores robados a los asesinados, alguien que pesará grandemente en la vida futura de Teresa Cabarrús: Juan Lambert Tallien.

El nombre no le es desconocido a la española; a menudo ha oído hablar de él como de político joven, de frase ampulosa, hijo del portero de un aristócrata que algunos afirman era su padre y perteneciente al Ayuntamiento; pero nunca había sabido tanto como en este día de septiembre en el que, por vez primera, una palabra apasionada le describe la figura del revolucionario, su impasibilidad ante las matanzas efectuadas en la Forcé ante su presencia y su cínica defensa de los asesinos en la Asamblea cuando dijo que sólo habían caído los *fabricantes de falsos asignados*, olvidando la trágica suerte de tantos infelices como la princesa de Lamballe que pagó su fidelidad a María Antonieta con la peor muerte y mutilación: *un bel morir tutta una vita onora*.

Por primera vez, de una forma directa, han hablado a Teresa de Tallien y la pintura no ha sido, precisamente, de las que placen a la vista y al alma. De la descripción que de su amoralidad se ha hecho esos días Teresa adquiere una triste impresión del que, años más tarde y por inescrutables caminos del Destino, ha de ser su marido. Y aunque más tarde quiera dar una explicación romántica y endulzada de la primera impresión que tuvo de Tallien, sabemos que no fue sino ésta: la de un ladrón que aprovecha el asesinato ajeno para medrar en política.

Pero no son éstas cuestiones que ahora la acucien: ha llegado la hora de la decisión, esa hora fatal que había retrasado adrede tantas veces. El clima que en París se está formando, esa sensación pesada que oprime los sentidos ahitos, hora tras hora, del disparo, del grito, de la formación de nuevas hornadas de voluntarios que se van al frente de batalla, llega a exasperarla, a ponerle los nervios de punta. La ciudad trabaja febrilmente para la guerra. Se funden campanas, ataúdes, todo lo que contenga un adarme de bronce o plomo es destinado para la defensa; las nuevas formaciones hacen ejercicios militares en el Campo de Marte. Suben las voces de la calle cantando canciones bélicas o de trabajo:

Causons, filons, causons bien.
V'là des habits de not fabrique
pour l'hiver qui vient.
Soldats de la République,
vous n'y manquerez de ríen!
Dansons la Carmagnole,
vive le son, vive le son.
Dansons la Carmagnole,
vive le son du canon!

Las casas de juego están cerradas, todos los salones han clausurado sus fiestas, la mitad de sus dueños viven en el extranjero y el resto escondido y temiendo por su vida. La ciudad ha tomado un

tinte grisáceo, como de cosa militar. Se recuerda a Esparta y los labios están siempre llenos de relatos de ejemplos de hombres que han muerto en el transcurso de los siglos por salvar a su patria.

No, ciertamente no es éste clima ideal para la bella española, la reina de los saraos que jugaba a hacer revoluciones; esto no es aquello. El ambiente está pesado, el horizonte cargado de densos nubarrones… Y a su marido le ocurre lo mismo; ahora daría años de su vida para que no le hubiese sido concedido el marquesado por el que pasó soñando la mayor parte de su vida y que ahora sólo representa una sensación mayor de peligro, espada damocleciana colgada perpetuamente sobre su cabeza. Realmente, M. Devin de Fontenay no tiene madera de héroe. Y quiere, sencillamente, una cosa: huir.

Y he aquí como lo que no consiguió el amor marital bendecido por Dios y su Iglesia, lo consigue el pánico, el terror a los acontecimientos que se precipitan a su alrededor. Cada uno busca su refugio en el otro y en los meses siguientes a tan desastrosos acontecimientos públicos la pareja Fontenay permanece constantemente unida; el servicio, que conoce bien las desavenencias matrimoniales, no sale de su asombro al verlos, día tras día, reunidos —ora en el gabinete de él, ora en el *boudoir* de ella—, pasando tardes enteras en conversaciones sin límite. Pero el malicioso sentir de las doncellas falla en lo más inicial. Pues estas horas que el matrimonio pasa encerrado no son las tranquilas y satisfechas de una pareja amante, sino las atormentadas de los perseguidos por algo, y las palabras que en voz baja se dicen mientras queman o archivan papeles antiguos, no son las ternezas de dos enamorados, sino las entrecortadas sensaciones de peligro que se comunican el uno al otro. Ambos siguen con sus ideas y sentires tan opuestos como antes, pero existe un pensamiento común, tan fuerte, que basta a unirlos como fuerzas combatientes que, aun odiándose, persiguen un mismo fin; y este fin es la marcha de París.

Todo este invierno del 92, cargado de fuertes dramas políticos, lo

pasan los esposos Fontenay pensando en la fuga. A su alrededor prosigue la marcha de los acontecimientos inclinándose cada vez más a la izquierda. El 21 de septiembre y tras muchas vacilaciones y dudas, la Convención ha acordado que la realeza ha dejado de existir en Francia. Se abre el camino de la primera República. Empieza el verdadero duelo entre la Gironda, ahora y por ahora dueña de la situación, y la Montaña. En la Gironda se agrupan los propietarios enriquecidos con la venta de bienes eclesiásticos, la burguesía que representó papel principal en los acontecimientos ocurridos pero que cree que la legalidad y el orden han de sustituir a las algaradas callejeras. No aceptarían un retroceso en la Revolución, pero tampoco quieren ni un paso más hacia el frente. Se apoyan en las provincias y temen como al diablo a esa masa, ceñuda y terrible en sus reacciones, de los barrios industriales de París. Son los intelectuales y los teorizadores.

La Montaña, en cambio, se apoya en la urbe. La componen todos los que quieren llevar al extremo la subversión de lo social aunque sus principales jefes, Robespierre, Danton, incluso Marat, no procedan del bajo pueblo sino de la clase media. No entienden de teorías ni de derechos del hombre si la guerra y las circunstancias exigen la mano dura. Son los hombres de acción.

La Montaña exige el proceso de Luis XVI; la Gironda que, por ser enemiga de los montañeses, se ha convertido automáticamente en la barricada antirrevolucionaria, intenta dar largas al asunto. Le ayudan en esta labor los emigrados que han vuelto en un último intento de salvar al Rey a quien ven en peligro inminente. A mediados de octubre, los esposos Fontenay reciben la sorpresa de ver en París a uno de los hermanos Lameth, Teodoro, el cual ha abandonado Londres para entrevistarse con Danton, que un tiempo fue su amigo y aliado, y comprometerle a salvar a Luis. El diputado le promete procurar impedir que empiece el juicio, porque, «si el proceso comienza —palabras de hombre que conoce bien la situación política—, si el proceso da principio, no tendrá otro fin que la muerte del Capeto».

Palabras fatales, pero exactas. Pocos días hace que ha tomado la palabra, por vez primera en la Convención y con frialdad de avezado, un joven, bello y fatal como Tanatos, el ángel de la Muerte. La obsesión republicana es su quimera y vería gustosamente a Francia convertida en un montón de cadáveres si así había de conseguirse la Esparta moderna. Es íntimo amigo de Robespierre y se llama Saint-Just. Su discurso ha producido gran impresión, y la apertura del armario de hierro con los documentos que acusan al Rey de compromisos con el enemigo adelanta la acusación; también están allí las pruebas de la venalidad de Mirabeau y la Convención cubre con un velo la efigie del que fue un tiempo el dueño del país. Como Lafayette, un ídolo que se derrumba ante la nación.

Ahora, ya la figura del monarca depuesto es el premio de la trágica y sangrienta lucha de los girondinos y jacobinos; de los que intentan la detención y de los que arrecian tirando de la soga que pronto se manchará de sangre real.

Y, en efecto, las apelaciones son muchas, los discursos extremados. Por ambos lados, y según la costumbre de la época, se hacen citas clásicas que la habilidad política permite presentar bajo aspectos bien diferentes y hasta opuestos. Pero, por debajo de las palabras ampulosas, los partidos se enseñan los dientes. El proceso, en cuyos folios tienen fija la vista la capital, la nación y los monarcas europeos que sienten como propia la suerte de uno de los suyos, va desembocando, según la profecía dantoniana, en la única solución: la muerte. La última oportunidad de salvación, la de que la votación resulte contraria, la impiden los montañeses al lograr establecer la votación sencilla para ese caso extraordinario. Es decir, que todos dirán su opinión sobre caso tan candente bajo la vista, el ulular y la coacción, por tanto, de las tribunas repletas del pueblo de París.

Mal se abría el año de 1793 para Luis el Último, como le llamaban los revolucionarios. Los esfuerzos en su pro del rey de España no bastaron a evitar la famosa votación del 14 de enero. La mayoría absoluta en la asamblea era de 361, y por la muerte sin

reservas del que había sido su Rey votaron exactamente 361 diputados, trágico juego con que la Providencia reviste sus decisiones más graves. El jefe de los girondinos, Vergniaud, a la hora de la verdad votó asimismo por la muerte, salvando su conciencia con la reserva, establecida en el momento de votar, de querer saber si había o no lugar para la concesión de una prórroga. Mísera justificación que deja expuestos a una doble tenaza de odio a él y a los suyos. Con el voto condicionado ha firmado, para sí y para su partido, la sentencia de muerte.

París hierve al saber la noticia. Lameth desaparece, desesperado. Teresa Cabarrús siente de pronto borrarse aquella estampa que del Rey, gordo y cachazudo, engañado por su mujer, le habían trazado los libelistas revolucionarios, para dar paso a la noble figura, sencilla y correcta, amante de su familia, que pintaban sus amigos y servidores. Uno de éstos, el guardia de corps París, entra el día antes del suplicio del Rey en una taberna donde comía el convencional Le Pélletier de Saint-Fargeau. «¿Sois diputado? —Lo soy —contesta el otro, extrañado—. ¿Habéis votado en el asunto de Luis? —Sí, por la muerte. —¡Toma, asesino!». Un grito, una sombra que se evade y el gentío que se arremolina alrededor del cuerpo ensangrentado. Pues la sangre llama a la sangre y la suerte está echada.

CAPÍTULO IV

BURDEOS

LA habitación es estrecha, lóbrega, con largos estantes llenos de volúmenes en las paredes. El encargado del Registro de los actos de matrimonio de la antigua municipalidad de París, tiene el aire ganchudo y meticuloso del funcionario pegado a su pupitre como Sísifo a su piedra; toda la humanidad desfila por la sala, generación tras generación, y él no hace más que apuntar y apuntar… nacimientos, bodas, defunciones… todo el registro de la vida pasa por sus manos largas y blancas, de largas uñas, como de hombre acostumbrado al trabajo en habitación cerrada, sin saber de la luz del día, sin conocer del campo más que el nombre o, quizá, por tener un pariente lejano que en él trabaja y que, de vez en cuando, le manda algún presente alimenticio, bien acogido en estos tiempos de guerra.

El funcionario tiene la pátina de lo eterno, de la ley, de la certificación de lo que pasa; sobre sus rasgos fisionómicos, sobre el vestido negro que personifica la justicia y hasta en la pluma de ave parece que hay un temblor de cosa antigua. Pero éste no es tiempo a propósito para el olor de tradición. Y así, *l'officier public* se ha puesto, en lugar del gorro negro de los funcionarios públicos *ancien régime*, el bonete rojo, lo que le da más aire de originalidad que de buen gusto.

Este día, 5 de abril de 1793, París tiene ya un gesto amable de primavera; la gente se sonríe por las calles, aunque la situación es cada vez más confusa y nadie sabe lo que ocurrirá al día siguiente. Pero, como niño, el pueblo parisino es algo inconsciente de sus destinos. *Ça ira*. Mientras, hoy, se respira bien y en los Campos Elíseos empiezan a florecer las ramas. El *citoyen Lefèvre*, ante su mesa de trabajo, no quiere acordarse de que las noticias que llegan del frente hablan de traiciones de Dumoriez y los suyos; de que unos comisarios mandados para detenerle han sido entregados al enemigo… Todo se arreglará, pues estamos en primavera.

Y no tiene poca influencia para ponerle de buen humor la dulce expresión de la mujer que tiene ante sí y que espera sus decisiones acompañada de su marido: *Voyons, voyons…* el buen Lefèvre se cala los lentes y contempla a la pareja y a los testigos como para percatarse de su legalidad. Sí, todo está en orden. La pluma rasguea sobre el pergamino…

«El viernes, cinco día de abril de mil setecientos noventa y tres, año segundo de la República…».

¿Es la primavera o la turbadora visión de la cara suave y deliciosa de la visitante la que hace desbarrar así al pobre *officier public*? Porque, empezando el año republicano el 22 de septiembre de 1792, este abril del 93 pertenece al año primero de la República y no al segundo. Pero quizá es, simplemente, la falta de costumbre; ¡tantos años se ha regido por el calendario tradicional!

«… acta de divorcio de Juan Jacobo Devin de Fontenay, de treinta y un años de edad, nacido en París, sin profesión, domiciliado en París, calle y sección de la Fraternidad, y Juana María Ignacia Teresa Cabarrús, de diecinueve años de edad, nacida en Madrid, España, domiciliada en la susodicha calle y sección, hija de Domingo Francisco Cabarrús y de Antonia Galabert…».

Por encima de sus lentes mira a la pareja para comprobar su reacción ante el documento que va a cortar unos lazos tan fuertes hasta ayer, pero queda defraudado, porque no hay emoción ninguna en los rostros. Ella escucha con aquella su encantadora sonrisa,

afectuosa y amable, como si le explicasen algo realmente interesante y sugestivo. Él atiende algo más nerviosamente, lanzando frecuentes miradas a la puerta y ninguna a ella; el hecho de la separación no parece preocuparle lo más mínimo y sí el tiempo que pierde. Un tanto decepcionado, el empleado prosigue:

«… los susodichos esposos presentes aquí, han hecho en voz alta la declaración siguiente: “Yo pido la disolución de mi matrimonio”; el uno con Juana María Ignacia Teresa Cabarrús, la otra con Juan Jacobo Devin de Fontenay».

«El oficial público ha declarado en presencia de las partes y de los testigos pertinentes que, en nombre de la ley, su matrimonio queda disuelto».

Con mano segura estampan ambos su firma bajo el documento, con la misma seguridad e inconsciencia con que firmaron, algo más de cinco años antes, la cédula de boda. Con un *merci, citoyen* y una sonrisa que hace lamentar al pobre M. Lefèvre sus muchos años, sale Teresa y con ella el que era hasta entonces su marido.

El paso que acaban de dar es el fin de un camino lógico y natural. Pues la unión con que últimamente se habían forjado de nuevo vidas tan distintas y pensamientos tan diversos era tan artificial, que bastó una intensificación del mismo hecho que diera lugar a ello para que se rompiera. Es decir, fue el peligro, la terrorífica sensación de inferioridad ante el nuevo ambiente de París lo que les hizo precipitarse el uno en los brazos del otro dispuestos a olvidar antiguas rencillas para aliarse, como en un naufragio los enemigos de siempre se compenetran a fin de forjar entre los dos la almadía en la que van a intentar la salvación sobre el mar. Y es posible el realizarlo y aun que la unión sea tan absoluta que la obra salga perfecta a pesar de haberla realizado manos que obedecían a pensamientos dispares; pero si al botarla al agua el peso es excesivo, si sobra uno de los dos para que se salve el otro, recrudecerá el antiguo odio con más fuerza que nunca y cada uno hará lo posible por salvarse solo aunque perezca irremisiblemente su compañero de viaje.

Y, exactamente, esto es lo que sucede a los Fontenay. Se unieron para salvarse juntos, pero la tempestad política arrecia de tal forma sobre los sospechosos que cada uno mira ya al otro como compañero molesto y quiere tener más libertad para salvarse. Tampoco están de acuerdo respecto al lugar adonde dirigirse en la huida: Devin quiere embarcar en Burdeos para la Martinica; ella piensa permanecer en aquel puerto, donde tiene la ventaja de hallarse lejos de París y a medio camino de España, su patria, adonde ahora no puede ir porque su padre sigue en la cárcel; por otra parte, en Burdeos están un tío y un primo de Francisco Cabarrús, llamados Domingo y Juan Valerio, respectivamente; el primero es armador, bien considerado en la ciudad y con la vista para el negocio que distingue a toda la familia. También se hallan allí, interinamente, escapando al rigor con que los Cabarrús son tratados en España, Francisco, el hermano menor de la joven y el tío Galabert de Valencia; con ellos intentará Teresa esperar —esperanza de la humanidad en todas las épocas difíciles— que se retorne a la normalidad.

Y, efectivamente, la diligencia los llevó, tras los reglamentarios y molestos trámites de obtención de salvoconductos, hasta la ciudad de Burdeos. Llevaban consigo al hijo primogénito, Antonio Francisco Devin de Fontenay, para el que debió de representar una fiesta inesperada el viaje, una delicia aventurera las molestias del traqueteo del vehículo, y un espectáculo incomparable la visión de la bella zona que el coche atravesaba hasta la capital de la mejor región vinícola de Francia. También llevaban a dos criados, cada uno de los cuales debía seguir la suerte del amo o de la dueña.

Llegados a Burdeos, sobreviene la separación. Para Teresa no hubo en este acto trascendental sino la débil sensación de perder un guía, más o menos alejado de ella, pero al fin un hombre en quien ella, tan femenina, podía confiar. Para él, probablemente, ni el deseo de volverla a ver. Casado por creer llegada la hora de hacerlo, convencido desde los primeros días que no la quería, Devin de Fontenay partía, esto sí, en primer término, atosigado por el miedo,

un miedo espantoso, terrible, que le oprimía las entrañas y el corazón; pero es que este pavor, que le empujaba al otro lado del mar como le hubiera llevado a la cumbre de la más alta montaña con tal de no presenciar de nuevo las escenas parisinas del pueblo desencadenado, no tenía tras de sí, para detenerlo, amor alguno, conyugal o paterno. ¡Ah!, estaba el pequeño Fontenay, es cierto; en otro tiempo, ¡lo que hubiera representado el niño como vástago único de la familia, como continuador de la tradición de consejeros del Parlamento! Hubiera bastado para detener la comezón del viaje; pero, ahora… ahora se está muy lejos de toda vanidad familiar. El mundo es ancho y el deseo de huir extremado. Jacobo Devin desaparece de la vida de la española. Teresa está sola de nuevo.

* * *

Burdeos está en el centro de una región fértil. Por ello la población se compone en gran escala de este tipo de francés *bon vivant* que sabe comer y beber aunque ¡qué caramba! también tiene sus ideas en la cabeza. La orientación general de una revolución, su desviación hacia el extremo, la llevan casi siempre las cabezas de individuos pertenecientes a la clase media o universitaria; pero el ariete de ataque no lo constituirá nunca ese conglomerado de hijos de familia que se reúnen en el Café Bordelais a comentar las últimas noticias recibidas, sino la masa depauperada de las grandes ciudades con industria, concretamente, París, con sus arrabales de Saint-Antoine y Saint-François. Los buenos bordeleses, con su pose de provincianos a quienes hacía ilusión la idea de formar en el número de los pueblos cultos que piden una reforma en la organización estatal, coadyuvaron con gran entusiasmo, primero, a la tramitación de cuadernos de quejas y, después, con la elección de diputados, a los Estados Generales, a la Asamblea y a la Convención. Pero hay cosas en París que no gustan del todo; la

gente va demasiado de prisa y actúa un poco desenfrenadamente aun para imaginaciones más meridionales que estas de Burdeos. Y esa urgencia en matar al ex Rey, aquellas espantosas matanzas de Septiembre que llegaron a provincias abultando aun más su natural carácter sanguinario… ¡Hum!… No es esto, no es esto… Por otra parte, la ciudad está muy satisfecha de sus mejores hijos, de esos diputados de Burdeos que han ido a la Convención a defender los derechos de las provincias y que son menospreciados por el público del París lejano y violento de las algaradas. No podían unirse a los pocos aristócratas monárquicos de la ciudad porque la proximidad de la Vendée, sublevada en armas por el Rey absoluto les enseñaba el peligro opuesto en el que no querían caer, pero no dejaban de mandar protestas amenazadoras contra los anarquistas de la Montaña. Vergniaud, el jefe del partido, era un ídolo para los bordeleses y si el brazo hubiera sido tan animoso como su inteligencia clara, hubieran marchado contra París para mantener el poder girondino y desterrar a los montañeses. Pero ha sido defecto añejo de partidos moderados el serlo en todo, aun en la acción, aunque las palabras sean muy violentas…

En un ambiente como éste Teresa se sintió, desde los primeros días, a sus anchas. Bien recibida por sus familiares, atendida con mimo por la juventud bordelesa que, como en la mayoría de las provincias, odiaba la capital casi tanto como admiraba las modas y mujeres que de ella venían, la Cabarrús halló, además, una atmósfera política que le recordaba extraordinariamente aquella en la que tan bien se sintiera al principio de las jornadas derrocadoras del antiguo régimen. La rueda había girado de tal forma que los extremistas de antes resultaban los reaccionarios de ahora, o mejor, los estabilizados; habiendo visto satisfechas sus ideas democráticas y enriquecidos muchos de ellos con la venta de los bienes del clero, sostenían que todo debía quedar como estaba sin más leyes opresivas ni guerras a todo trance. Cuando en París hablaba Marat de la necesidad de una dictadura y de la urgencia de vigilar las actividades de los presuntos enemigos del régimen, los ciudadanos

de Burdeos se sentían todavía identificados con las grandes y ampulosas palabras de «derechos del hombre y del ciudadano». Todo ello recordaba a Teresa las fiestas de Fontenay-aux-roses y la ayudaba a encontrarse bien en la capital girondina. Empezaban entonces los buenos días de la primavera y la española se complacía en deambular, con las amistades recién hechas, por los paseos de la ciudad, mientras el runruneo típico de las capitales de provincia señalaba su tránsito con las palabras-clave para los curiosos: «es una española que vivía en París; está divorciada de un tal Fontenay…», «era noble», «Marquesa»… A esto último, los jóvenes bordeleses que se sienten republicanos (en su mayoría porque son hijos de burgueses) hacen una mueca de desprecio. Ya han terminado los nobles en Francia, la española es una ciudadana más… pero, de todas formas, el título, como aureola de la sedosa cabellera negra, será un factor más que baga necesario el conocerla más próximamente. Muy pronto, Teresa, divorciada, rica, bella y amable, ha trastornado la imaginación de los más conspicuos jóvenes de la localidad que, con gran sentimiento de sus familiares, en lugar de acudir a las secciones para realizar ejercicios militares y prepararse —preparativos de capitán Araña— a marchar contra la ciudad de París, se dedican a espiar las salidas de Teresa Cabarrús de la casa de sus parientes, los negociantes y armadores de la calle Nueva.

Mientras, malas noticias llegan de la capital. En las famosas sesiones del 31 de mayo y del 1 y 2 de junio, los descamisados sitiaron la Asamblea y no se retiraron hasta que los principales diputados girondinos fueron puestos bajo decreto de acusación y retenidos en su domicilio. Pero los nombres de Vergniaud, Barbaroux, Lanjuinais, Buzot, Louvet, pesan tanto todavía en el camino de la Revolución que nadie se atreve a castigarlos demasiado y, con ello, pueden circular las órdenes de sublevación general en casi todos los departamentos donde tiene mayoría el partido girondino y a los que pesa excesivamente la tutela que se arroga París en todos los aspectos políticos. La población que más

se destaca en la resistencia a la Convención es Burdeos; el 7 de junio expulsa a los representantes de aquella Asamblea, Ichon y Dartigoyte, y el 9 del mismo mes ordena la concentración de mil doscientos hombres convocando a los representantes de otros departamentos; el 27 de junio toca salir de la ciudad a Mathieu y a Trelhard, enviados especialmente por el Comité de Salud Pública para que la capital de la Gironda rectificase el camino de rebeldía… Burdeos se convierte en la cabeza de la insurrección frente a París.

Teresa, pues, no ha hecho más que saltar una barricada, pero sigue expuesta al fuego de ambos contendientes. Si bien se encuentra ya entre elementos más afines a sus ideas que antes; si bien —lo que para ella es mucho más importante— existe en Burdeos una vida social, una amable reunión de gente con quien se puede hablar y coquetear sin que las algaradas callejeras enturbien la armonía que debe reinar en tales lugares, no se da cuenta de que sobrevendrá la guerra sobre la ciudad que es ahora su refugio; no ve que París no admitirá la rebelión y mandará quien la sofoque y que la lucha, la sangre, la turbación pública que ella tanto odia, la ha seguido y la seguirá dondequiera que vaya y aun por mucho tiempo.

Y no lo ve porque Teresa es femenina hasta en esto, en el tomar de la vida solamente el presente, no el porvenir ni el pasado. Sólo nota que el partido girondino ha triunfado momentáneamente, que en Burdeos no hay lucha y la vida se desliza tranquila y feliz, aunque gruesos pliegos —conminaciones, súplicas, amenazas graves— sigan llegando al Ayuntamiento, donde se ha reunido el comité insurreccional de la Gironda.

La prueba de que no nota nada especial a su alrededor es que para ese verano de 1793 organiza una excursión larga a Bagnères, en los Pirineos, con el pretexto de tomar las aguas. En rigor, para organizar partidas campestres y poder jugar a la Naturaleza como hacía en su posesión de Fontenay-aux-roses.

Porque, naturalmente, la excursión no va a hacerla sola, o con el servicio. Irán con ella, para guardar las formas, su tío Galabert, que, tras pasar unos días en Burdeos, vuelve a Valencia, Francisco el

hermano y dos adoradores, quizá tomados un poco al buen tuntún porque hay materia donde escoger. La gente del Sur es tan apasionada…

Los dos caballeros que montan con ella en la berlina en este día de verano se llaman Eduardo de Colbert, parisino y guardia nacional, y el *ci-devant* barón Augusto de Lamothe, respectivamente. El primero tiene diecinueve años y el segundo veintiuno. La Revolución hace vivir de prisa.

Día caluroso; el aire de la berlina trae una suave caricia a la mejilla ardiente. Asomada a la estrecha ventanilla, Teresa ve desfilar, las aletas de la nariz abiertas al perfume, los campos en flor. Se sabe observada por ambos acompañantes masculinos y ello le proporciona motivo para emplear sus más sugestivas posturas. Y la admiración que brilla en los ojos de Lamothe o de Colbert sólo se trunca cuando son las propias miradas las que se cruzan en un receloso observarse las intenciones. Pues allá en Burdeos el número de los pretendientes era tal, que no había posibilidad de sentirse rival de todos ellos; pero aquí, en este estrecho recinto, cada sonrisa dirigida al uno podría haberla captado el otro. Y así va creciendo una tensión que Teresa finge ignorar graciosamente, mientras procura repartir por igual miradas y decires.

En un rincón, el tío Galabert de Valencia dormita a veces y, otras, contempla la escena con mirada melancólica. Pues su fino espíritu de catador mediterráneo ya intuyó, cuando visitó por vez primera a Teresa en su casa de Carabanchel, que se convertiría en la espléndida mujer que tiene ahora ante sus ojos. *Tarde piace…* los achaques de la edad… El tío Galabert se va quedando dormido, y Francisco, que se siente algo molesto por las coqueterías de su hermana, se dedica a repasar en su interior las operaciones que ha realizado en estos días porque tiene el espíritu sagaz y rapidísimo, de negociante, de su padre, el banquero.

Más allá de Langon se hace alto en una casa de postas para cambiar los tiros y dar un descanso al cuerpo, un tanto molido del viaje. Apenas apeados, ambos rivales ofrecen el brazo a Teresa y el

hecho de que ésta acepte simultáneamente los dos apoyos, no sirve más que para envenenar, aun más, la cuestión entre los dos enamorados. Toda una tradición caballeresca francesa pesa —aunque quieran negarlo— sobre estos que se titulan avanzados y partidarios de la Razón. Pues no es precisamente esta fría e intelectual dama, sino la pasión avasalladora y eterna, la que, apenas retirada Teresa a sus habitaciones, les hace disputar acaloradamente por el objeto querido; y como la sangre es joven y hay resentimiento de amores y de amor propio, el altercado se hace más vivo; hay petición mutua y ofensiva de abandonar la conquista de la española, surge una mano que se alza y golpea una mejilla que se enciende, más de la dignidad herida que de la material agresión. *Alea jacta est…* las espadas decidirán el resto.

Y, efectivamente, al amanecer siguiente (hora es ésta de desafíos en todos los países y tiempos). Colbert y Lamothe ponen en la habilidad y coraje de sus ataques y paradas más que la salvación de la propia existencia, la oportunidad de lograr para sí y únicamente, el resplandor de unos ojos madrileños. Una, dos, una, dos… las gotas de sudor perlan ya en las frentes de los luchadores… primera, tercia, cuarta… el acero se anuda, se dobla, parece que va a romperse, pero inmediatamente, ya está de nuevo en peligrosa horizontal; una, dos ¡ya! Colbert se ha lanzado a fondo cuando menos lo esperaba su contrincante, el acero rasga la ropa y se clava profundamente en el muslo alto, cerca de la cadera. De Lamothe se tambalea un momento y cae.

Como un autómata se inmoviliza Colbert, con la espada en la mano que aun chorrea sangre, como si por primera vez se diese cuenta de lo que ha hecho. Mientras, el ruido de la reyerta ha despertado la hostería dormida. Uno a uno y soñolientos todavía, van saliendo el tío Galabert, Francisco, el hostelero… y finalmente, ella. Ella, que ostenta un precioso peinador y los cabellos sueltos y al desgaire, pero con tal arte dispuestos, que no parece sino que le ha costado desorganizarlos tanto tiempo como cualquier complicado armazón peluquero de otra época.

Colbert la mira un tanto asustado de lo que ha hecho, pero en el fondo orgulloso de su obra. ¿No era la puesta de la lucha el amor de Teresa? ¿No ha sido él el vencedor? Por esto mismo queda estupefacto cuando ve a Teresa precipitarse en brazos del herido, a quien los demás procuran hacer volver en sí, y abrazarlo entre sollozos:

—O Auguste, Auguste! Regarde-moi, réponde-moi, cest moi, ta Thérèse qui te parle…

Hay un silencio embarazoso. Los familiares de la Cabarrús no saben qué hacer: si pedir explicaciones a Colbert por lo que ha hecho o dárselas por la inesperada reacción que acaba de tener la causante de todo ello. El joven guardia nacional está tan asombrado que no se le ocurre sino que ha sido engañado durante mucho tiempo por un par de amantes que fingían no serlo. Pero si fue así, ¿cómo no hizo valer su derecho de prioridad el rival herido?

Sea como sea, por lo que parece ahora ya no tiene nada que hacer aquí; Colbert se retira lentamente y al poco rato se le ve salir, jinete en caballo alquilado y emprender, cabizbajo, la vuelta a Burdeos.

Y ciertamente, el caso parece raro, pero se equivoca Colbert al suponer que algo hubiera con anterioridad al duelo. Lo que ha olvidado el guardia nacional —y sus diecinueve años le eximen de culpa en este sentido— es que las mujeres tienen una reacción natural hacia el vencedor, hacia el que triunfa y es hombre feliz y dueño de su destino; pero también tienen otra, que es la maternal, hacia el caído, hacia el débil, el infortunado. Estamos en época romántica; existe, en el ambiente, una blandengue atracción por el infortunado y esto se puede traducir en amor-pasión de la forma más sencilla. Al presentarse ante Teresa el cuadro del desafío cumplido, hay, cierto, la estampa del vencedor, erecto, magnífico, dominador; pero, ¿no es mucho más simpática la figura de ese maravilloso barón de Lamothe que no ha vacilado en exponerse a la muerte por obtenerla a ella? Esta reacción primera es la más sincera que Teresa ha tenido desde su noviazgo con el hijo del

marqués de Laborde, cuando era aún una niña; amor brusco y apasionado como nunca se hubiera imaginado hallar después de su matrimonio. Desde ahora, este hombre herido va a serlo todo en su vida.

Y así, cuando su tío y hermano la recomiendan se deje al barón, cuyo estado parece no abrigar peligro, en manos de la hostelera y ellos prosigan el viaje hacia Bagnères, se niega en redondo. No se moverá del lado del lecho hasta que De Lamothe haya recobrado la salud. Es divorciada, rica e independiente. Nadie puede coaccionarla.

Comprendiéndolo así, Francisco vuelve atrás en busca de Colbert para volver a Burdeos y el tío Galabert sigue su viaje hacia Valencia, donde le esperan su familia y amigos a los que tendrá ocasión sobrada de repetirles, cada vez con detalles nuevos, el suceso presenciado. En cuanto a los primeros, se hace ciertamente embarazosa la conversación entre un hombre, amargado y dolido, y el hermano de la causante del daño.

Mientras, en la hostería convertida en albergue de felicidad, De Lamothe y Teresa viven los mejores momentos de su apasionamiento. Él da gracias a la herida que le ha permitido obtener tan originalmente el amor reiteradamente buscado y, en sus *Memorias*, dirá más tarde que tuvo *la suerte de recibir una estocada*. Para ella, éste es un salto hacia atrás, un volver al entusiasmo juvenil de los primeros años de estancia en París, un gozarse en la contemplación de él como si no existiera nada parecido en el mundo. La vida algo silvestre, las atenciones de enfermera con que le rodea, el recuerdo romántico de lo ocurrido, sirven para completar el cuadro convirtiéndole en algo novelesco, irreal… precisamente lo que necesitaba Teresa para alejar el recuerdo demasiado auténtico de la frialdad de hielo que era la tónica de las relaciones entre los esposos Fontenay.

Pero si ellos han olvidado el tiempo en que viven, éste, en cambio, no los ha olvidado a ellos. El idilio, una vez curado De Lamothe, siguió en Bagnères, donde «Teresa y yo —también son

palabras de las *Memorias* de De Lamothe—, felices como sólo se es cuando se ama y se está en disposición de amar, pasamos el tiempo de mi convalecencia en el mejor país del mundo, sintiendo en el corazón una dicha que no tiene par en el resto de la vida».

Pero todo ello duró hasta que el toque de clarines llamó a De Lamothe, como capitán de húsares, al 12.º Regimiento de este cuerpo. Como una ráfaga más de la tempestad que asolaba a Europa entonces, el barón se deshizo de los brazos de su española para enrolarse en las más feroces campañas guerreras. Hizo la campaña de Italia y asistió entre otras batallas a la de Friedland, en la que, curiosa coincidencia, no muy lejos de él combatía, con el coraje de la desesperación, su antiguo rival de duelo, Eduardo de Colbert, que había entrado como voluntario —otra vez el recuerdo del joven marqués de Laborde— en el 7.º Batallón de París, llamado también batallón «Guillermo Tell», nombre que han tomado como bandera muchos rebeldes del mundo. Incorporado al ejército del Norte, se distinguió en innumerables batallas con un curioso paralelismo en relación con el barón de Lamothe. Y si a ambos les faltó la última concesión romántica de morir cubiertos de gloria y en el campo de batalla con un último recuerdo de la misma mujer para ambos perdida, en cambio sí llegaron al mismo grado militar de generales y murieron los dos en París, muchos años más tarde.

Pero, por lo pronto, en este septiembre del 93, Teresa ha perdido de nuevo su asidero. Parece inescrutable designio de la Providencia el que esta mujer, que no se resigna a permanecer en una oscura situación de retiro y que quiere gozar de las preeminencias para las cuales el espejo y las alabanzas de sus contemporáneos la autorizan se vea, ora mantenida en lo alto, ora dejada caer hacia la soledad. Como llamarada romántica surgida al socaire de hechos muy oportunos, el amor de Teresa por De Lamothe puede desaparecer en más o menos tiempo, muy poco probablemente para nuestro juicio de hoy; pero el caso es que la sensación de soledad debió sentirla intensamente agravada por la resonancia del escándalo ocurrido.

Efectivamente, cuando Teresa vuelve a Burdeos, el rumor comadrea en todas las puertas y ventanas al verla pasar: *ésta es la que causó el desafío… dicen que, luego…* El chismorreo de la pequeña capital de la Gironda crece cada vez más estruendosamente y el retraimiento social se hace visible a su alrededor. Unas leves reticencias de la familia Cabarrús, a cuyo lado había vuelto Teresa, bastan para que ella abandone la casa de la calle Nueva y alquile unas habitaciones en el Hotel Franklin, *ci-devant* Hotel d'Angleterre, en el Jardín Público, entre la Rue Hustin y el Campo de Marte. Con esta pública y escandalosa ruptura con los suyos, lanza un desafío a las murmuraciones de sus enemigos que, principalmente y como es lógico, son enemigas.

Naturalmente, no es la compañía de sus antiguos pretendientes la que falta. La noticia de lo ocurrido en Bagnères no sirve, a los ojos de los enamorados de las gracias de Teresa, más que para colocarla una aureola de encanto superior a la que traía cuando descendió de la berlina, recién divorciada y con el perfume de lo nuevo y lo exótico en su semblante aniñado. Pero si el interés no ha disminuido y, por el contrario, ha aumentado, en cambio no son tantas las ocasiones de que se la visite en su casa. Porque Burdeos —estamos en otoño del 93— está viviendo un clima de guerra, y los jóvenes girondinos hacen diariamente instrucción en las explanadas que rodean la ciudad. Menudean (demasiado para que tengan efectividad de fuerza) las amenazas contra los asesinos y sanguinarios de París. El suceso político —siempre a la busca de la española— ha ocupado todas las mentes y, a cambio de otros muchos males posteriores, proporciona a Teresa la ventaja de que la dejen en paz las comadres, que ahora tienen mucho trabajo en cuidar de sus hijos que van a la guerra.

La cosa, ciertamente, ha llegado a lo grave. En París se han cansado de soportar una provincia al margen de la tarea republicana en una región que, además, por su puesto y magnífica situación estratégica puede servir de trampolín a cualquier ataque coaligado anglo español que se apoye en los elementos monárquicos

franceses y que ponga al régimen, todavía niño, en un apuro del que saldría difícilmente. Pero, afortunadamente para la facción jacobina, los girondinos, dueños de la situación política en Burdeos, están tan lejos de las apetencias monárquicas como del demagógico sentir de Robespierre, Danton y Marat. Y, por esto, no aceptarán el apoyo que, en su rebelión, les ofrece el partido realista. Creen que pueden mantenerse en su burguesa, su sincera determinación republicana huyendo de extremismos, sin sospechar que, cuando un país está en el vértice de una convulsión política, los partidos moderados no sirven más que de pequeños obstáculos en la trayectoria triunfante de los extremos y que sólo constituyen, al ser vencidos, un refrendo de la razón que asiste al vencedor.

El 19 de agosto habían llegado a Burdeos los representantes Isabeau y Baudot, que la Convención delegaba para volver la región insumisa a la obediencia republicana y *patriótica*. Apenas en las cercanías de la población, los convencionales empezaron a darse cuenta de que la opinión pública no era muy grata para la comisión que ostentaban. La puesta de fuera de la ley a los girondinos había exaltado los ánimos y cada persona que encontraban miraba con recelo a los coautores del ataque a los dirigentes del partido caído.

Esta opinión popular se manifestó bien pronto en pruebas más categóricas. A los dos días de su llegada al Hotel *de la Providencia* —curioso nombre para tales huéspedes— una comisión del Ayuntamiento llegó a mostrarles, si cortés, enérgicamente, la salida del recinto urbano. Isabeau llegó a decir, en una carta a la Convención, que se les había querido asesinar comprando al postillón para que les arrojara al río; pero era aquel tiempo tan propicio a que cada uno se sintiese un Bruto capaz de morir en defensa de la libertad, que haremos bien poniendo en cuarentena tan terroríficos planes. Pues a la municipalidad de Burdeos le hubiera sido mucho más sencillo, y desde luego más barato, acabar con ellos en las mismas calles de la ciudad con el beneplácito y el aliento de todos los ciudadanos. Pero al ser de un partido intermedio, tomaron también el camino del centro. No se atrevieron

a la acción decisiva y desafiante, ni acordaron la sumisión absoluta a las órdenes que les traían. Les expulsaron, esto es, les ofendieron sin herirlos. Lo primero, quizá suicida, hubiera producido un gran efecto en París; lo hecho no produjo más que irritación y dió una baja idea de sus fuerzas.

Y así, los convencionales no se van definitivamente sino que se retiran a la Reôle, esperando mejores tiempos. La Asamblea los refuerza con dos representantes que traen nuevas y precisas órdenes para acabar con la rebeldía. Uno se llama Chaudron-Rousseau, el otro Tallien. Entre todos los convencionales el Destino ha vuelto a aproximar Tallien a Teresa Cabarrús.

CAPÍTULO V

TALLIEN

DESDE la última noticia que se tenía de él, Tallien ha hecho carrera. Tras su elección como diputado a la Convención, con dinero no muy limpiamente adquirido, el joven, audaz y deslenguado, buen fruto de tiempos revueltos, se ha manifestado siempre, allá donde más gritos hubiera que dar, y en favor del grupo más extremista, no sólo porque el hecho de serlo lo hace más simpático a su sentimiento iconoclasta, sino también porque da la coincidencia que en este año de 1793, que se ha abierto por el suplicio de Luis XVI (que Tallien describió jubilosamente en su periódico *L'Ami des citoyens*), se orienta cada vez más hacia la izquierda; por sus ataques a los girondinos —abundando siempre en ideas de otros— la Convención se ha fijado en él y acuerda mandarle como representante suyo a Burdeos. Y así le vemos en la Reôle, dispuesto a sojuzgar a los rebeldes para obtener un resonante triunfo político que le permita encumbrarse más sobre las espaldas de los otros.

La cosa no es tan fácil. Es cierto que hay un grupo de jacobinos en la ciudad, una reducida minoría de *sans-culottes* con quienes los representantes se escriben y anudan los hilos de la intriga, pero son reducidos en número y tan poco decididos como sus paisanos y enemigos políticos. Ellos son los que advierten a los recién llegados

que Guadet, Pétion, Buzot y otros girondinos desterrados se esconden en la ciudad con la anuencia de los elementos de la comisión popular de Burdeos. En la villa, como en otros lugares franceses de aquel año, falta el pan y Tallien prefiere no precipitarse y entrar con las espigas en la mano, sabia política para atraerse las amistades de los que todo lo subordinan a vivir confortablemente.

Mientras, las secciones —y son veintiocho— están divididas en cuanto al camino a seguir; unas preconizan una resistencia a ultranza; otras, asustadas por esa sensación molesta de la rebeldía contra un Gobierno establecido en la capital de Francia, opinan que sería preferible un arreglo con los convencionales; el fin de la resistencia en Lyon, que también se había sublevado, hace pensar mucho a todos y la propia desunión logra el resto. El 16 de octubre los cuatro representantes hacen su entrada en Burdeos escoltados por tres regimientos de infantería al mando de Brune, que un día ha de ser Mariscal de Francia. La comitiva pasa, como si se tratase de un triunfo romano, por una brecha en la muralla de la ciudad, cerca de la Puerta de Santa Eulalia, y los pocos jacobinos bordeleses se esfuerzan con sus alborozadas manifestaciones de júbilo en dar la impresión de un júbilo general; pero ni Tallien ni sus compañeros se engañan al pasear la mirada sobre la gente recelosa o al observar las ventanas cerradas a su paso. No hay resistencia armada, cierto, pero en la expresión ceñuda de los ciudadanos, en su gesto algo jaque como recuerdo de los días en que desfilaban jurando acabar con los enemigos de París, existe una evidente antipatía, mejor odio, hacia los representantes del pueblo.

Contra este sentimiento oculto, pero manifiesto, Tallien, que se ha impuesto muy pronto a sus compañeros de comisión, no conoce más que un método de convencer que le ha sido además expresamente recomendado. Y, efectivamente, apenas se han establecido los recién llegados en el antiguo gran Seminario que desde ahora se llamará pomposamente *Maison Nationale*, procuran que, asimismo, tenga su emplazamiento cómodo y permanente el medio de que piensan valerse para llevar las ovejas descarriadas al

redil de la República. La Plaza Nacional —antes Plaza del Delfín— es el lugar escogido. Con un escalofrío prematuro, pero lleno de presentimientos, presencian los bordeleses que transitan como va levantándose la construcción macabra: la plataforma, los dos postes erectos, el travesaño, el cepo movible para ajustar bien el cuello del condenado; contemplan como se monta la fina silueta de la cuchilla triangular que refleja mil soles… La obra, en fin, del médico inmortalizado por la invención famosa y atroz, el doctor de la canción que repiten los parisinos con humorismo macabro:

Monsieur Guillotin,
ce grand médecin
que l'amour du prochain
occupe sans fin
un papier en main
s'avance soudain
prend la parole en fin
et, d'un aire bénin…
«… en révant a la sourdine
j'ai fait une machine
Tralalala lala lala lalala
qui met les têtes à bas.
C'est un coup que l'on reçoit
avant qu'on s'en doute
à peine on s'en aperçoit
car on n'y voit goutte.
Un certain ressort caché
tout à coup étant laché
fait tomber, ber, ber,
fait sauter, ter, ter
fait tomber,
fait sauter,
fait voler la tête…
C'est bien plus honnête!».

El Club Nacional de Burdeos recibe el mismo día a los representantes a los gritos de ¡viva la Montaña! y la intranquilidad ciudadana crece cuando se crean en Burdeos dos instituciones: el Comité de Vigilancia (especie de Comité de Salud Pública como el que en París dictaba la ley jacobina) y una Comisión Militar de la Gironda (es decir, el Tribunal Revolucionario). Los bordeleses empiezan a arrepentirse de su actitud pasiva frente a la entrada de los jacobinos, pero ya es tarde. Inmediatamente de constituidos los Tribunales apuntados, empiezan a llover las denuncias, a las que siguen las detenciones y el juicio sumarísimo ante los Tribunales militares. El 25 de octubre es el reo Armando Saigle, alcalde tan querido de los habitantes de Burdeos que, habiendo dimitido tres veces, otras tantas había sido llamado de nuevo para ocupar el cargo. Al parecer, ésta fué una de las causas que lo llevaron al patíbulo, como sucedió a aquel varón griego contra quien aquel hombre votaba porque oía demasiado su nombre…

Baudot y Chaudron-Rousseau vuelven a París y quedan Tallien e Isabeau para continuar la política de atracción de masas… Es Tallien, sin embargo, quien firma siempre, quien lleva los asuntos todos y los resuelve con mano dura. Y así puede relatar Baudot a la Convención: «Nuestros colegas Tallien e Isabeau quedan en Burdeos, donde todavía tienen mucho trabajo. La regeneración de Burdeos es uno de los acontecimientos más felices para la República». Felicidad que se constata en las cárceles, donde se agolpa cada día más gente, tanta, que la guillotina, trabajando continuamente, no puede dejar los calabozos medianamente vacíos antes de que otra hornada venga a sustituir a la que ya ha salido para el último viaje.

La «Ley de sospechosos» votada en septiembre último, daba amplio margen para la requisa y detención: «Son reputadas personas sospechosas: aquellas que por su conducta, relaciones, palabras y escritos, se hayan mostrado partidarios de la tiranía o federalismo y enemigos de la libertad; aquellos que no puedan justificar sus medios de existencia y el cumplimiento de sus deberes

cívicos; aquellos a quienes se haya rehusado los certificados de civismo; los funcionarios destituidos o suspendidos por la Convención o representantes; los anteriormente miembros de la nobleza, maridos, mujeres, padres, madres, hijos o hijas, hermanos y hermanas y agentes de los emigrados que no hayan manifestado constantemente su afecto a la Revolución; los que hayan emigrado entre julio del 89 y mayo del 92 aunque hayan vuelto a Francia anteriormente a esta fecha…».

La red, como se ve, es amplísima y su misma elástica vaguedad da motivo a que puedan ser detenidos, juzgados y condenados legalmente, la mayoría de franceses. En Burdeos particularmente, el ochenta por ciento de la población está comprendido en el primero o en el segundo de los apartados de la ley. Pues ésta no sólo castiga a los federalistas —todos los provincianos desafectos contra los cuales se hizo la famosa declaración de la República una e indivisible— sino que va también contra los tibios, los pancistas, en fin, contra todos los que no se han jugado la vida para defender a la República y a sus representantes más caracterizados, es decir, los jacobinos.

A Teresa le alcanza la ley por varias razones. Por haberse trasladado a lugar tan marcadamente federalista como Burdeos, huyendo de París; como ex marquesa de Fontenay y como esposa —un divorcio tan apresurado no es garantía suficiente para los lebreles de la República— de un emigrado que vivía de sus rentas y que, si se halla camino del extranjero no será precisamente para ir a desarrollar allí una propaganda ardiente de Robespierre y los suyos. Y he aquí que la española, que ama sobre todas las cosas un bienestar, un *confort* político, una tranquilidad de ambiente donde desarrollar sus gracias y vivir una vida seriamente frívola, se halla sin comerlo ni beberlo envuelta de nuevo en el torbellino de una situación confusa, enmarañada, llena de comentarios a media voz, de rumores y sospechas; con gente que avizora cada noche el paso rítmico de la ronda temblando ante la idea de que vaya a detenerse ante su puerta y que lanza un suspiro de alivio, con el feroz egoísmo

que inspira el peligro al hombre, cuando los guardias de Brune entran en la mansión vecina a cumplir su torvo cometido.

Los tiempos están, pues, malos. La alegre ciudad del oeste francés que reflejaba en cada satisfecho semblante la dorada alegría de los viñedos que enaltecen el nombre de la comarca, es ya una triste y agobiada villa donde se cierran todas las puertas a hora vespertina y no se puede circular si no se va provisto de un certificado especial. Menudean las visitas domiciliarias en busca de objetos que revelen el ambiente antirrevolucionario de los hogares, y los miembros del Comité de Vigilancia —que (apunta un historiador) hubieran hecho bien en vigilarse a sí mismos— no dejan de aprovechar la ocasión de llevarse algún que otro recuerdo de la casa visitada. Si ésta es noble, el pretexto es magnífico, porque siendo obligatorio llevar al joyero las piezas de la vajilla de oro y plata para que sea borrada la marca del escudo, vuelven, naturalmente, muchas menos piezas a sus poseedores que las que quedan en manos, por ejemplo, de Dorgueil, del susodicho Comité. En cambio Bertrán, el nuevo alcalde, cree más lógico confiscar *motu proprio* los objetos considerados de lujo y hacer pagar de 1.500 a 1.800 francos por el certificado de civismo necesario para la buena salud de los bordeleses. En cuanto a Endron se limitaba, modestamente, a robar, en un día, trece trajes de librea.

El Terror se ha abatido sobre la ciudad. Los carteles en las puertas: «República una e indivisible», «Libertad, Igualdad y Fraternidad o la muerte» y las botonaduras con la inscripción «Vivir libre o morir» reflejan a todos los vientos no tanto el fervor revolucionario del ciudadano como su pánico a las medidas que se tomaban todos los días y que si no tienden a la tranquilidad de espíritus favorecen, en cambio, la paz de los cementerios.

Pero el mal, aun en tan gran escala, siempre es relativo. Tratándose de personas de Burdeos, aunque los jueces sean forasteros, siempre hay medio de interceder, de una u otra forma, por los perseguidos. Por ello Tallien, que a pesar de sus veinticuatro años tiene ya una cierta práctica en la manera de imponer el terror y

sabe de innumerables peticiones, desconsoladas o serenas, pero siempre molestas, ha dictado un *ucase* terminante: «Toda ciudadana (bien sabía que la intercesión casi siempre es femenina) o cualquier otro individuo que acuda a solicitar algo en favor de los detenidos o a fin de obtener algún beneficio, será considerado y tratado como sospechoso». Y este título ya se sabe a lo que equivale; con ello, si no en absoluto, porque el deseo de salvar a un esposo o a un hijo es siempre más fuerte que el temor a las consecuencias que de la súplica puedan derivarse, sí disminuye considerablemente el número de los pedigüeños de toda especie ante el antiguo convento de lazaristas donde se ha instalado ahora el flamante *Comité de Surveillance*.

Y sin embargo… el 13 de noviembre de este año, es decir, en plena actuación terrorista, llega a manos de los jerifaltes de la ciudad una petición solicitando sean levantados los sellos del hotel de la viuda de Boyer-Fonfredé, el girondino guillotinado en París hace quince días; si el asunto de lo solicitado es arriesgado conociendo a esos enemigos de la Gironda que son los jueces, tampoco es la peticionaria —hija de un Conde y ex esposa de un Marqués— persona que haya de resultar grata a oídos jacobinos. Pues la firmante de la carta es, sencillamente, Teresa Cabarrús.

La forma de precipitarse, de lanzarse hacia las candilejas, descubre la personalidad exuberante, llamativa, de Teresa, pero no el fondo de esta audacia. Pues si la sabíamos teatral no la conocíamos como mártir presunta, y este gesto de interceder por un enemigo del régimen tiene mucho de sacrificio voluntario por lo que representa de desafío al amo del país. Pero hay dos razones que pueden justificar el paso que ha dado la española. En primer término, que las mujeres, fácilmente susceptibles al amor humano, rebosan de una ternura que no dirigen en una dirección única de cariño hacia el varón; en general, la mujer que ama mucho es susceptible de ser tan movida a lástima por las desventuras ajenas como por las súplicas de un amante apasionado, y del mismo modo que corresponden a éste porque se dejan arrebatar por el amor

ajeno siendo ellas un simple reflejo, asimismo se hacen eco de las desgracias de los demás como si las sintieran propias y buscan con el mismo entusiasmo una solución a los males. La visita de la viuda de Boyer-Fonfredé, una de sus amigas en Burdeos, cuyo dolor hacía más fuerte el trágico fin de su marido, hirió a Teresa como si se tratase de su propia viudez, y la explicación entrecortada de la que se hallaba sin amparo porque tras haber perdido el esposo la ley le cerraba hasta la casa donde llorar su duelo la impresionó hasta hacerla decidirse al paso que acaba de realizar.

La otra razón, de bastante calidad y peso a la hora de las determinaciones, es el sentimiento de superioridad que Teresa tiene en su trato con los hombres. Hasta tal punto ha sido alabada su gracia y simpatía, tantas pruebas ha tenido de que sus gestiones son siempre bien atendidas porque procuran a los demás el placer de ayudarla en algo, que cree que toda la vida ha de ocurrir igualmente. Su audacia es la de un niño inconsciente del terreno que pisa y como aun no ha visto de cerca la cara del mal, no le teme.

Pero he aquí que, contra toda lógica, resulta que Teresa tiene razón y que la fiera no muestra las uñas. El 16 de noviembre siguiente, el Comité de Vigilancia toma la decisión de levantar los sellos. Por este hecho increíble la ciudadana Teresa Cabarrús ve robustecida su confianza en sí misma y la peticionaria la ensalza como al ángel de su guarda. Los biógrafos de Teresa han estudiado minuciosamente este detalle de su vida que prueba un favor tan extraordinario por parte del Comité, que sólo con el beneplácito de Tallien podía concederse. Y la imaginación gala se ha volcado en un deseo de hallarle una explicación romántica al hecho. Que si ya se conocían —Tallien y Teresa— de casa la pintora Madame Vigée-Lebrun, donde ella iba a posar y él a buscar a Rivarol, en su calidad de mozo de imprenta que entonces era; quien habla de un segundo encuentro en casa de Alejandro de Lameth o bien de una permanencia juntos en Bagnères; en fin, muchos detalles confeccionados, varios de ellos por la misma Teresa, para explicar

más tarde, si ello era posible, las relaciones mantenidas con Tallien. Pero si hubo alguna coincidencia de lugar —el París que se conoce es siempre limitado— las relaciones entre ambos serían tan cordiales como pudieran serlo las habidas entre un aristócrata que monta en su carroza y el lacayo que sostiene el estribo, pues idéntica diferencia había entre la marquesa de Fontenay, rica y rodeada de numerosos adoradores, y ese pobre diablo de Tallien que era un oscuro periodista al amparo de las migajas de los políticos y que, justamente ahora —cuando Teresa llevaba seis meses fuera de París— empezaba a ser conocido en la Convención. No es además con un documento público como el dirigido por la española al Comité de Vigilancia como se piden favores a un viejo amigo aunque, de todos modos, quizá la admiración que Tallien sintiera por ella en otros tiempos fuera la causa principal de una concesión hecha contra toda lógica revolucionaria.

Sea como fuere, el resultado es que Teresa se cree ya en los tiempos de Fontenay-aux-roses en que cada capricho suyo era una ley. Desde ahora ve a Tallien a menudo, y aunque sus relaciones son muy ligeras por el cuidado con que el tribuno mide sus actos públicos, demuestra la suficiente admiración al observarla para que la española, que conoce bien el efecto de sus sonrisas, no se crea omnipotente. Y así no vacila en intervenir de nuevo cerca del Comité para impedir el cumplimiento de la orden de detención lanzada contra Juan Valerio Cabarrús, primo de su padre, que vivía en el castillo Lagrange, en Saint-Julien, a cuarenta y cuatro quilómetros de París.

Pero esto ya es demasiado. Que una ex aristócrata, sin certificado de civismo y amiga reconocida de personalidades girondinas, no sólo no se mantenga en el secreto sino que se permita solicitar por otras personas, no puede tolerarlo la mentalidad revolucionaria y menos aún que consiga todo lo pedido. Las envidias y resquemores por el papel preponderante de Tallien hacen el resto y así, el 18 de noviembre, dos miembros del Comité escriben a París, bajo cuerda, denunciando la influencia que tiene

en Burdeos una ex aristócrata y *protectora de su casta*, favorecida por el convencional Tallien. E inmediatamente, París contesta recomendando la detención de la susodicha Teresa como sospechosa de atentar contra la seguridad del Estado.

Efectivamente, con gran sorpresa de la población bordelesa, para quien ya era normal la situación de la ex noble con influencia entre *sans-culottes*, una tarde se detiene ante el Hotel Franklin la carroza del Comité y unos guardias revolucionarios invitan a Teresa a seguirles al fuerte de Hâ. El conocimiento de las relaciones que existen entre la detenida y el dueño de la ciudad pesan en el ánimo de los polizontes encargados del encarcelamiento de la denunciada, de manera, que no habrá malos tratos ni siquiera las groserías, tan comunes entonces, con los detenidos. Pero el caso es que, por vez primera en su vida y con la natural zozobra y espanto, la bella Cabarrús pone aquellos sus delicados pies, avezados al chapín cortesano, en una celda oscura y miserable con las paredes rezumando agua de la humedad ambiental.

El golpe estaba bien dirigido. Tallien acababa de solicitar, con motivo de la muerte de su padre, un permiso del Comité de Salud Pública para pasar quince días en París a fin de preparar la vida futura de su madre viuda. Concedido éste, se preparaba a la marcha cuando supo la detención de Teresa. Sus enemigos calculaban que, al hallarse ante el hecho consumado, retrocedería para no comprometerse públicamente con la salvación de una enemiga de la República y que aprovecharía el viaje para alejar de su alma la imagen de ella y calmar su propia conciencia si ésta le reprochaba no hacer nada por salvarla. Quince días es mucho tiempo cuando se tiene un verdugo experimentado y un instrumento de ejecución que funciona a las mil maravillas.

Pero esas maquinaciones se basaban todas en un desconocimiento de la realidad pasional que está en el ánimo del tribuno, ignorancia de lo que pueden los ojos de Teresa cuando adoptan la expresión acariciante que ella les da a veces. Y, por ello, porque lo ignoran, quedan estupefactos al día siguiente al

comprobar que el procónsul Tallien, el jacobino, el director de *L'Ami des citoyens*, ensalzador de la política de represión contra los aristócratas, se presenta audazmente en el fuerte de Hâ y solicita, en voz alta y con las plumas del sombrero de representante del pueblo ondeando gallardamente sobre la figura altiva, la libertad inmediata de la detenida Teresa Cabarrús *ci-devant marquise de Fontenay*.

Audaces fortuna juvat… El carcelero, amedrentado ante la petición de quien es considerado razonadamente como el jefe de la ciudad, no se atreve a rechazar lo que le suena a orden y, a pesar de las instrucciones que le han sido dadas en contra por el Comité de Vigilancia, hace llamar a la detenida a presencia de Tallien. Para ella, que acababa de pasar una noche temerosa y lóbrega en la soledad más absoluta y oyendo a cada momento el ruido de las ratas sobre las baldosas, la visión del convencional alto y erguido en una habitación, por contraste soberbiamente iluminada, había de aparecérsele como la de un ángel venido a liberarle del infierno anterior. A él, el agradecimiento y el afecto con que ella se arroja en sus brazos le da una exultante sensación de triunfo, de soberbia, de poder, al tener entrelazada a la que, hasta hacía muy poco, no era más que una imagen que admirar de lejos. Y se imagina Perseo librando a Andrómeda de los peligros que la rodean; se siente más fuerte y por ende más cariñoso hacia ese pequeño y bellísimo ser que tiembla todavía del espanto de la noche transcurrida entre llantos…

Un tal momento bien vale una vida. ¡Qué importa ahora la inquina de los compañeros de Comité, las cartas a París por bajo mano! Tallien se siente con fuerzas para desafiar a todos los enemigos y como buen enamorado cree poder ser el dueño de todo el mundo que ofrecerá como don a la señora de sus pensamientos. Conveniencias y previsiones políticas desaparecen ante la posibilidad de obtener a Teresa. Y no sólo son las razones sensatas sino las sentimentales de otra índole las que deja a un lado; pues para no exponer a la que ya es su sueño a nuevos peligros y

persecuciones, renuncia al viaje, renuncia a ver a su madre que se ha quedado sola y permanece en Burdeos. Este hecho es el que más impresiona a sus enemigos del Comité: la posición de desafío y de abandono de todo afecto que no sea el de la española; amedrentados ante tanta energía, los denunciantes callan, disimulan, dan pruebas de amistad al convencional y en la superficie parece que todo está en orden entre los jacobinos de Burdeos, aunque haya una subterránea indignación que un día u otro ha de brotar con mayor fuerza.

En este punto podemos dar por iniciadas las relaciones íntimas entre Tallien y la española; al liberarla, el convencional la ha obtenido virtualmente y las costumbres de la época no necesitarían pretexto tal, si no fuese tan ancho el paso que ambos, especialmente ella, deben dar para unirse. El principio de esas relaciones es para el biógrafo el momento más difícil porque es el más delicado y el que más ardientemente han agitado los detractores de Teresa Cabarrús; pues, a pesar de los ardores revolucionarios que un día sintiera Teresa, a pesar de que fuera cierta la ascendencia noble de Tallien —leyenda fabulosa y tardía—, inedia todavía espacio insondable entre ambos. Teresa llega a la Revolución desde un piso alto; si no desde el más altivo, propio de los reyes y de la aristocracia de la sangre, sí desde un lugar noble; ha jugado a vestirse de ciudadana. Tallien sube de lo más bajo: ha hecho todos los oficios y ninguno con gracia, es el típico espécimen de los ríos revueltos y, si viste con elegancia, es con el amaneramiento que copia de Robespierre; sus modales responden, más que a su vestir, a la turba inmunda de que se rodea, los Endron, Bertrán, Brune, Isabeau, Dorgueil… Teresa estuvo en Fontenay-aux-roses cuando Tallien rezumaba la bilis del resentido, del despechado porque no le alcanzan las partes primeras del festín social. Luego, el mundo dio tantas vueltas que materialmente casi estuvieron a la par ambas cabezas; pero por dentro, ¡qué diferencia! Teresa conserva todavía su elegancia innata, aquel sentido maravilloso del *savoir faire* que enloquecía a sus admiradores.

Tallien no es una grosera bestia, no es un revolucionario cansado de destripar terrones, pero es quizá peor porque es el intelectual más bajo que existe, el libelista, el hombre que tiene más culpa en su bajeza que muchos otros porque usa del arma de la letra para alabar a Marat y a los asesinos de Septiembre, es decir, para elogiar a lo más mezquino y sangriento de la Revolución.

Las almas, pues, están lejos y esto hace doblemente doloroso este abrazo en el que, si por un lado hay pasión, la pasión de Tallien que se mezcla al desquite del derrotado de antaño que triunfa en la mujer que soñara, por parte de ella sólo hay agradecimiento, anhelo de protección, el temor a la soledad que habíamos anotado anteriormente en su vida.

Esto la explica, si no la exime de culpa. Porque para esta unión sin precedentes con el enemigo de su casta es muy pobre la razón del miedo a las circunstancias cuando tantas otras jóvenes, viudas o divorciadas, han sabido mantenerse en una actitud digna. Y tan alejada se encuentra ella misma de este hombre a quien se une físicamente que, más tarde, cuando se la reproche —y será lo peor que se la dirá siempre— su amistad con un alentador, si no autor de las matanzas de Septiembre, no responderá diciendo que fue un arrebato de pasión lo que le arrojara en sus brazos, porque ella misma se da cuenta que es incongruente sentir amor por semejante ser, sino que balbucirá, como un animalillo acusado: «No se puede escoger la tabla de salvación cuando se está en plena tempestad…».

Pero esta tabla estaba manchada de sangre, sangre derramada con prodigalidad suma frente a esta misma casa *Maison Nationale* donde para el Comité de Vigilancia. En este caso, una Carlota Corday, una Juana de Arco, hubiera preferido hundirse, *finir en beauté*, como dirían sus paisanos de adopción; pero Teresa no es una heroína; es, simplemente, una mujer, y una mujer que se agarra a la vida con la fuerza de un rico en bienes, porque se siente bella y joven y se resiste a morir con la tenacidad —suya es la frase— de un náufrago asaltado por las olas.

El caso es que, oficialmente, Teresa Cabarrús Fontenay —firma así todos sus papeles oficiales— es ya la amante de Tallien. Sigue viviendo en el Hotel Franklin, pero no es raro que, al anochecer, un coche se detenga ante su casa para dejar salir a un embozado que sube al piso de la española. Pero la situación de la ciudad no está para tranquilidades amorosas. Saliendo una de las veces de la casa de su amada, el representante de la Convención se ve asaltado por unos embozados que le disparan sin lograr acertarle. Hasta conocer el lenguaje que se estila por aquellos tiempos para imaginarse la reacción que este hecho produce en los medios jacobinos. ¿Cómo? ¿Se intenta asesinarnos cobarde, villanamente? (Al parecer la guillotina mataba con elegancia). ¡Los malvados nos acechan! ¡Los enemigos de la libertad nos persiguen…! Y las cárceles se llenan con medidas más rigurosas que antes.

También existe otro peligro para el amor de Tallien. Y este peligro calza espuelas, usa sable y canta *la Carmagnole* con voz bronca. Se llama Brune y es el general del ejército revolucionario a cuyo amparo entró Tallien en Burdeos sólo hace dos meses, ya tan preñados de acontecimientos. Parece que ahora Brune lamenta haber impedido con su presencia quién sabe si algún tiro bien dirigido contra Tallien, porque la figura de la española le ha turbado los sentidos y el alma desde que la vio por vez primera. Pues si ella destacaba en París, entre la flor y nata de mujeres elegantes, ¿qué no hará en Burdeos, un Burdeos más triste que de costumbre por la persecución de las principales familias? Hay otro factor que empuja al general en su empeño, factor que es inherente a toda gesta revolucionaria y es la igualdad de origen entre los rivales. En una sociedad jerarquizada, cada uno sabe a qué atenerse respecto a sus posibilidades sociales y hay pocos anhelos desesperados porque la razón ya no presta al alma fundamento para una aspiración descomedida. Pero en una puja rápida hacia la cumbre —la Revolución— todos se sienten iguales y con fuerzas equivalentes para lograr el triunfo. «¿Qué tiene más que yo ese diputado Tallien que si gobierna la ciudad es por el apoyo que le

presta mi ejército?», rezonga Brune. Mucha de la aversión que el militar siente instintivamente hacia el político aumenta el deseo del general *sans-culotte* para substituir a Tallien en los brazos de Teresa. Esta, que ya juega fríamente su papel a su única ventaja, no le rechaza, pero tampoco se deja llevar de sus encendidas palabras. Espera sencillamente saber quién ha de ser el vencedor, si el convencional o el soldado.

Y quien triunfa es el político, que se defiende del rival con el arma de la intriga. El zorro acude a la ley para demostrar la incorrección del león al atacarle. Tallien escribe y Bourdon de l'Oise, su amigo, habla en la Convención negando la utilidad y solicitando la desaparición del Estado Mayor revolucionario en Burdeos, cuyo jefe es Brune. Tras oírle la Asamblea acuerda —los días que tarda en llegar el decreto a Burdeos le parecen siglos a Tallien— que los representantes del pueblo en el departamento de Bec-d'Ambes (antes Gironda) puedan suspender o suprimir, en parte o totalmente, el Estado Mayor del ejército revolucionario.

Apenas el decreto en su poder, Tallien lo utiliza a su guisa. El general Brune, fanfarrón, mostachudo y jaque, el amo de las calles de Burdeos hasta aquel momento, se entera con la natural estupefacción de que los comisarios (Isabeau sigue siempre a Tallien) han acordado la supresión de su fuerza y su cese, por tanto, en el cargo que ocupaba.

En estos tiempos de acción apasionada, perder la primacía es desaparecer de la escena política. Después de esto, Brune borra su figura hasta pasar a un segundo lugar de la historia de donde no saldrá hasta que lo levante en vilo —y lo suba al primer plano— el eco triunfal de los clarines napoleónicos.

Tallien ha vencido de nuevo en su lucha por ella. Ha movido al carcelero del fuerte de Hâ a entregarle a su presa, ha promovido una sesión especial en la Convención sólo para resolverle la pérdida de un rival peligroso; engañado por el respeto y consideración que todos le testimonian en Burdeos y en París, se cree y considera ya vencedor de las resistencias ajenas. Supone que todos le admiran

como a revolucionario sin par y que podrá mantenerse del brazo de su amante contra todos los enemigos del mundo.

Y no sabe que, en París, una letra pequeña y muy fina, algo torcida y que se empina al final de las líneas, toma nerviosamente notas sobre la estancia del representante Tallien en Burdeos. En la mente, ordenada como un fichero, de Maximiliano Robespierre hay un cúmulo de proyectos que harían temblar a Tallien si pudiese solamente intuirlos.

CAPÍTULO VI

LA DIOSA RAZÓN

A lo largo de la historia los hombres han necesitado reunirse para dedicar una oración conjunta a algo o a alguien. Es necesidad bien conocida del alma humana ese pensar en algún ente superior a quien pedir o agradecer favores y beneficios. En un sentido o en otro, con los cambios que la necesidad geográfica impone o las variaciones que las nuevas ideas o luchas religiosas han traído consigo, el hecho es que prosigue la situación de afecto, de adoración hacia un ser por encima de todos.

Sin embargo, en este año de 1793, el pueblo francés se siente desvalido y sin protección de lo alto. En los cuatro años que llevamos de Revolución la lucha ha sido enconada, la divergencia de opiniones ha producido daños sin cuento y virajes extremos en la política nacional y exterior; pero el organismo que, físicamente, ha sufrido más daño con los acontecimientos ha sido la religión. Francia, considerada antaño la hija predilecta de la Iglesia, se encuentra, en el inicio del Terror, con una campaña mortífera que tiende a deshacer el concepto de todo lo religioso. Primero, fué la obligación de jurar la Constitución lo que produjo una escisión lamentable entre los clérigos constitucionales o juramentados y refractarios, escisión que se produjo asimismo entre la masa del pueblo. En principio, las mujeres, más tradicionales y apegadas a

sus costumbres, seguían yendo a consultar al cura refractario. El marido, muy envanecido de su flamante título de ciudadano, iba al sacerdote constitucional. Pero, muy pronto, la campaña irreligiosa aumenta extraordinariamente apoyándose en el hecho de que los conceptos religión y enemigo van muy unidos y sobre todo en que la nueva era de la Razón debe acabar con las *supersticiones del pasado*, como ellos llaman al acto de creer en Dios.

Este grupo extremista que así habla está organizado por el grupo de Hebert, el demagogo director del *Père Duchesne*, el más vil y grosero periódico de la Revolución francesa y de cuantas revoluciones puedan hacerse en el mundo. Su influencia es extremada después de la caída girondina, y la Vendée y su levantamiento religioso-monárquico hacen el resto. En noviembre de este 1793, Gobel, obispo constitucional de París, se presenta a la Convención rodeado de otros sacerdotes indignos para depositar las insignias de su grado eclesiástico y reconocer que no hay otro culto que el de la *santa igualdad*; su ejemplo cunde de tal modo (entre los sacerdotes constitucionales, claro está) que ello sólo ya demuestra el escaso valor y la inestabilidad de las creencias en los curas de la Iglesia galicana.

Y con ello ya se ha quebrado el último dique que impedía la inundación atea. Las iglesias son invadidas y los objetos de culto profanados y deshechos. París bulle unos días en una fanfarria blasfema con hombres y mujeres que arrastran casullas y estolas por el barrio callejero y que beben, en las tabernas, con los vasos sagrados. En provincias, los representantes de París organizan manifestaciones análogas y Fouché, que luego ha de ser duque de Otranto y amigo de cardenales y obispos, preside en Lyon —el Lyon reconquistado por la República— una cabalgata de asnos a quienes se ha vestido con ornamentos sagrados. Nunca en su historia pudo el pueblo francés retroceder más en el camino de la espiritualidad.

Los cultos se han suprimido. En las iglesias se reúnen los clubs a deliberar. Pero, como ya hemos dicho, la gente encuentra muy pronto a faltar algo, el hecho de la fiesta religiosa que les reunía en

una sola fe conjunta. Es necesario —todos, hasta los más ateos se dan cuenta de ello—, buscar un sustituto a Dios, y este sucedáneo deberá ser el representante de los tiempos nuevos, de la nueva era que se abre para todos los franceses. ¿No estamos en la época de la Razón? Pues he aquí nuestra divinidad. Y por si las generaciones de ciudadanos franceses no comprenden demasiado bien este culto a una cosa tan inmaterial y vaga como es la Razón, se la dará una representación plástica. Y así surge el más risible y, al mismo tiempo, lastimoso espectáculo de la Revolución francesa: el culto a la Razón.

El 10 de noviembre es la primera fiesta en la iglesia de Nuestra Señora de París, despojada de todas sus imágenes y cuadros. En el centro de la nave se alza una montaña artificial con un sendero que serpentea basta la cima; en ella una inscripción *a la filosofía*. A media cuesta, sobre un pequeño altar griego, arde la antorcha de la Razón. Toca la música. Por ambos lados de la montaña descienden mujeres vestidas de blanco que se cruzan ante el altar antiguo y saludan a la antorcha volviendo a subir y alineándose en la cima de nuevo.

En este momento aparece la actriz que simboliza la Libertad. Va vestida de blanco con manto azul y gorro rojo; lleva una pica en la mano. Se inclina ante la antorcha y viene a sentarse en un sillón de follaje. Los coros cantan el himno a la libertad de Chénier y Gossec y, terminado éste, la protagonista se levanta y desaparece con la misma majestad. Más tarde y acompañada de su cortejo de máscaras va a saludar a la Convención, que se ve muy honrada por ello; el presidente la hace sitio a su lado y la da el beso fraternal.

Y como ahora —tiempos de centralismo absoluto— las provincias siguen más ciegamente que antes las consignas de París, en Burdeos se inicia el culto a la diosa con motivo de saberse la noticia de la toma de Tolón. El aviso convocando a los ciudadanos tiene toda la enjundia del lenguaje de la época:

«LIBERTAD, IGUALDAD

Aviso a los ciudadanos

> Tolón ha sido tomado; el inglés es vencido por todas partes y las armas republicanas vencedoras en todo lugar. Los tiranos tiemblan, los patriotas deben alegrarse.
>
> Conforme al decreto de la Convención Nacional, una fiesta cívica se celebrará el primer decadi (*día que sustituía al domingo cristiano*) en honor de la victoria obtenida por el ejército francés sobre los *feroces* ingleses y los *pérfidos* toloneses… Al mediodía, todo el cortejo se dirigirá al templo de la Razón».

La curiosidad o el fanatismo por las nuevas instituciones republicanas, probablemente más aquélla que éste, llenó la antigua iglesia de Nuestra Señora de los Dominicanos donde se celebraba el culto en cuestión. Pero la atracción máxima lo constituía el que se rumoreaba por la ciudad de que, en la fiesta, Teresa Cabarrús iba a leer un discurso sobre la Educación.

El hecho produce la natural estupefacción en Burdeos. Se sabe a ciencia cierta las relaciones entre la aristócrata y el convencional, pero nunca se hubiera supuesto que la colaboración fuese, además, ideológica basta el punto de manifestar así un pensamiento político. Por otra parte, el que una mujer tan bella dedique sus esfuerzos a confeccionar un trabajo tan árido como ha de ser este discurso sobre la Educación es más extraño todavía.

Pero la rareza aparente de esa manifestación pública de Teresa se explica por la necesidad de dar al mundo —concretamente al Comité de Salud Pública de París— una prueba de fe revolucionaria por parte de la ex marquesa de Fontenay. A los oídos de Tallien, un tanto velados por las gasas del amor, pero no sordos, ha llegado, por medio de sus espías —que a su vez espían a los espías de los convencionales—, la noticia de la agria reacción con que ha sido acogida en París la noticia de sus relaciones con la ex esposa de un emigrado. Y como no tiene valor para dejar de ser él mismo, es

decir, Tallien el hombre de la Montaña, tiene que procurar que ella adquiera al menos un tinte revolucionario que le permita seguir a su lado sin desentonar demasiado. Y ¿qué mayor prueba de estar de acuerdo con las nuevas ideas que ésta de hablar en público con ocasión de una fiesta por una victoria republicana y sobre un tema tan a gusto de los cerebros de hoy, influidos por el autor de *Emilio*, como la Educación?

También hay que convencer a Teresa, pero esto es más sencillo. Y no porque la Cabarrús tenga una decidida vocación por esta clase de ensayos pedagógicos (y no será tan necio su amante de enfocar la cuestión por el lado científico), sino porque le hará valer el espectáculo que dará a la sala al presentarse en modo y estilo de primera figura para desarrollar un tema. Esto, para Teresa, ya representa la tentación máxima: brillar, destacar, sea ante un público de la más noble cuna o ante el grupo gregario de obreros de una fábrica; el caso es triunfar, sentirse admirada y acunar el espíritu en el rumor de los cuchicheos admirativos; éste fue el factor que le hizo asistir un día a la reunión de todos los franceses, a la fiesta de la Federación; éste es el motivo que la impulsa a ir a la fiesta de la Razón a dar lectura de su discurso.

Discurso que, naturalmente, no va a escribir ella; no es que le falte inteligencia para hacerlo sino, mejor, voluntad, fijación de ideas. Pero Tallien ya está preparado para esta negativa. El texto lo escribirá Lacombe, presidente de la Comisión Militar, y ella debe leerlo. Nueva negativa de Teresa que ya se imagina —poder muy femenino— su estancia en la sala repleta de gentío, y que no quiere velar su presencia deslumbrante con la forzada actitud de un conferenciante público con los ojos (esos sus ojos que ella sabe tan bellos) fijos en el papel. Está de acuerdo en pasar por la autora de lo escrito, pero no en leerlo. Hasta que, finalmente, Tallien accede a que lo lea otro.

El triunfo de Teresa en el templo de la Razón es apoteósico. Llevaba un traje de amazona en cachemira azul, botones amarillos y el cuello y la bocamanga en terciopelo rojo. Sobre sus bellos

cabellos negros entonces recortados *a lo Tito* y rizados alrededor de la cabeza iba, algo ladeado, un sombrero de terciopelo escarlata con los bordes forrados con piel. Miles de ojos estuvieron pendientes de sus movimientos mientras duró la lectura que hizo un miembro del Comité y, al terminar ésta, aplausos estruendosos se dedicaron, más que a la elegancia de la prosa a la de la figura española y más a la expresividad de sus facciones que al fondo filosóficomoral del opúsculo.

Para testimoniarla su afecto, el pueblo reunido pide a grandes voces que aquella joya literaria sea impresa para que sus ideas puedan extenderse con mayor facilidad. Se acuerda con gran satisfacción de Tallien y, efectivamente, días más tarde se imprimió con el título, por cierto no corto, de:

«Discurso sobre la Educación por la ciudadana Teresa Cabarrús-Fontenay; leído en la sesión habida en el templo de la Razón de Burdeos, primer decadi del mes de Nivoso, día de la Fiesta nacional celebrada con motivo de la reconquista de Tolón por el ejército de la República.

Impreso de acuerdo con la petición de los ciudadanos reunidos en el Templo».

Ésta es ya la pública refrenda del paso al otro lado de la barricada; pero, en cambio, hay en este título una cosa curiosa: Teresa Cabarrús sigue firmándose con el apellido Fontenay y probablemente contra el gusto de Tallien, que no quiere que sus enemigos de París puedan gozarse repitiendo el apellido de noble francés que usa su amante. Y esto representa sencillamente que ella no quiere abandonar del todo el recuerdo de lo pasado; no es por una razón amorosa que sería ahora inexplicable, el que mantenga su firma de mujer casada, sino por un sentimiento, quizá inconsciente, que le impide abandonar del todo su primer apellido *ancien régime* aunque, como divorciada, no tenga derecho a él; es el deseo de no cortar del todo el cordón umbilical que le une a la vida antigua, en la que tan bien se hallaba, el que le impide firmarse a secas con el nombre de Teresa Cabarrús.

Para que la propaganda revolucionaria sea completa, se manda uno de los ejemplares de la edición a un miembro del Comité de Salud Pública de París para que el asunto Cabarrús gane con este hecho y Tallien se beneficie de ello. El miembro del Comité resulta ser un antiguo conocido de Teresa y por eso ella le acompaña la carta siguiente, testimonio fiel de su modo de ser y de tratar a la gente:

> «Ocho meses de ausencia y mil circunstancias que han deshecho la sociedad reunida en el pabellón Lavoissiére habrán destruido asimismo el débil recuerdo de una antigua relación. Habréis olvidado, sin duda, los juegos que vuestro espíritu embellecía y aun más a la que tanto gustaba de ellos. "Los ausentes nunca tienen razón", ha dicho no sé quién; yo, que detesto los *se dice*, quiero impediros penséis de mí de tal forma y temiendo que, harto de leerme sin adivinarme, opinéis aun más severamente, me apresuro a deciros que quien pergeña estas líneas se llama Cabarrús-Fontenay y que ha tenido el honor de veros a menudo en casa de la ciudadana Jully.
>
> Una apuesta me ha hecho escribir un discurso sobre la Educación; me tomo la libertad de mandároslo. Leído por uno de vuestros colegas en el templo de la Razón (la cual cedió este día su lugar a la indulgencia), reclamará asimismo la vuestra si el número y la urgencia de vuestras ocupaciones os permiten hojear este ensayo de una pluma mal cortada.
>
> El ciudadano Isabeau al encargarme, así como el ciudadano Tallien, que os salude en su nombre, me pide también que sea su abogado cerca de vos para la adquisición del priorato de Saint-Paul. Yo le he hecho notar que, al ser indiscreta e inoportuna, necesitaría quizá de su nombre para excusarme yo, pero no ha habido más remedio que coger la pluma y deciros, bastante mal, lo que él me ha explicado tan claramente…

El priorato conviene a su edad y a sus gustos; colmaríais sus deseos y felicidad cediéndole un bien que no puede añadir nada a la vuestra y… pero esto ya es bastante si consentís en ello y demasiado si rehusáis.

Recibid de nuevo mis excusas por este indescifrable garabato y creed en la estima y los sentimientos fraternales de

TERESA CABARRÚS-FONTENAY.

Pediros dos palabras de respuesta sería quizá demasiado, pero hacedme el favor de no olvidar que Isabeau cuenta con una de ellas y que, con la otra, obligaríais infinitamente a vuestra inoportuna».

Hemos reproducido la carta íntegra porque da una idea muy clara de Teresa, ya mujer, sobre todo si la comparamos con la colocada páginas atrás, escrita de recién casada. No han pasado seis años todavía y ya ¡qué diferencia de estilo! Aquélla era la carta de una niña que ha matrimoniado y quiere presumir de señora mayor citando el intenso trabajo a que le obliga la sociedad en que ha entrado definitivamente y llenándosele la boca al hablar de su *señor marido*. Esta, en cambio, es la de una mujer hecha y derecha, con un gran sentido de la habilidad y dirigida —no hay más que observar el tono *flatteur*— a alguien de quien se espera un favor. Pero dentro de esta tónica de adulación y de humildad, que es quizá exagerada para nuestro tiempo, obsérvese la gracia con que está redactada la misiva; con qué finura y ductilidad se le hace presente un recuerdo común de fiestas pasadas juntos, recuerdo que aunque sirve de evocación amable no se aprovecha para familiaridad de ninguna clase. Por otra parte, la pedantería completamente antifemenina en que se cae necesariamente para decir que se ha compuesto un *discurso sobre la Educación* queda salvada por esa pequeña *boutade* de decir que se ha escrito por una apuesta. La

petición sobre el asunto de Isabeau —al que se antepone expresamente al otro ciudadano Tallien— no puede hacerse más graciosamente y el final es digno de la bella mano que escribe la carta. Toda su ignorancia del francés —la carta adolece de faltas de sintaxis y de ortografía— no le impiden manifestarse, encantadora y femenilmente, con aquella gracia que asombraba a sus contemporáneos, aun más que su belleza.

Tallien

Barras

Lastimosamente, toda esta manifestación de galanura espiritual cayó en el vacío o al menos no obtuvo el resultado que Tallien esperaba. El convencional que recibió la carta, y cuyo nombre se ignora, pasó el *Discurso* al Comité de Instrucción Pública, pero éste lo acogió con una indiferencia que hace pensar en que la mano alargada y blanquecina de Robespierre se alargó para impedir una mención pública del trabajo, mención que hubiera proporcionado

indirectamente un triunfo a Tallien que Robespierre no estaba dispuesto a concederle en ningún momento.

Pero el representante del pueblo no cree lo mismo y está convencido que con la proclamación de fe revolucionaria que su pareja ha hecho, su posición política está asegurada. Ya no se recata de presentarse a pleno día en el Hotel Franklin, donde vive Teresa con su hijo, su criado Bidos y una especie de ama de llaves, señora de compañía y doncella personal al mismo tiempo, que atiende por Frenelle y que, a decir de los visitantes de la casa, es tan bella como su señora.

Y aun se llega a más en la exhibición, pues otras veces se ve a Tallien por los paseos de la población en una calesa donde, ataviada de diosa antigua, tocada con un bonete rojo y la mano izquierda apoyada sobre el hombro del tribuno, va Teresa Cabarrús. Su mano derecha sostiene una pica, representación fiel de lo *sans-culotte*.

Basta conocer lo que es una capital de provincia que, además, ha pasado una represión que ha ensangrentado las principales plazas y enlutado las casas de los más distinguidos bordeleses, para imaginarse lo que representaría esta forma de vestir y deambular por los lugares más públicos de una mujer divorciada a quien ya se ha anatematizado terriblemente cuando el asunto de Bagnères con De Lamothe, y que, ahora, tiene la audacia sin límites de exhibirse con el tirano, con el asesino llegado de París para amedrentar a la población… Los insultos deberán ser espantosos, el odio, desenfrenado…

Capítulo VII

«NOTRE-DAME DU BON SECOURS»

Y sin embargo, curiosamente, nada de esto sucede. Las madres de familia sonríen al verla pasar, las familias de los girondinos citan su nombre como espejo de bondades, los enemigos políticos de Tallien no se refieren a ella si no es para alabarla… ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Cuál es el motivo de esta desviación de la pura lógica?

Una simple coincidencia de fechas. Teresa fué detenida y libertada en los primeros días de diciembre, lo que hace arrancar de esta fecha sus relaciones con Tallien. El día 9 de diciembre, víspera de la fiesta de la Razón, los comisarios hacen transportar la guillotina, que funcionaba sin descanso frente a la *Maison Nationale*, al fuerte de Hâ, con el fin oficial de repasarla en su funcionamiento. Por primera vez desde que ha llegado a la ciudad, los bordeleses ven, con la natural satisfacción, que *la Viuda*, como la llama la trágica ironía de los parisienses, deja de abrevar en sangre de los vecinos de Burdeos para retirarse a un castillo.

Naturalmente, la guillotina se levantará y actuará de nuevo en otro sitio; pero ya se ha truncado su fatídico ritmo anterior. Parece como fatigada, hiere menos en las carnes bordelesas como si, algo o alguien, le impidiesen proseguir en la labor destructora de antes. Y ello no podía ser debido a ejemplos benignos de otras ciudades en

manos de representantes, porque, éstos, en Lyon, Tolón, Marsella, proseguían su labor carnicera como Carrier en Nantes con sus *noyades*, en las que perecían en el Loire centenares de hombres y mujeres; tampoco podía deberse a las órdenes emanadas de París porque éstas acuciaban el tesón republicano de los representantes y los forzaban a devolver enérgicamente a la obediencia a los departamentos rebeldes. Había alguna otra causa y tras la vacilación de la duda, el instinto de la multitud la señaló acertadamente. Era Teresa, que mediaba cerca de Tallien por la vida de sus paisanos de adopción.

Tras esta creencia, a la crítica no le importa que se exhiba públicamente con el tribuno por las calles bordelesas. Al contrario, la vista de la pareja en amigable compañía pone una sonrisa de esperanza en la faz temerosa de los perseguidos que, en la suave mano que Teresa apoya dulcemente sobre el brazo de Tallien, creen ver, simbólicamente, la detención del brazo ejecutor del crimen a torrentes con que poco antes se anegara Burdeos.

Y el hecho es cierto; la gente ha visto muy claro. Tallien, el amo y señor de la ciudad, con poderes dictatoriales y a cuyo nombre tiemblan todas las criaturas de la Gironda, está plena, absolutamente entregado a la española; atado de pies y manos por esta ceguera que la pasión produce y que se aviva especialmente en circunstancias extraordinarias y agitadas. El deseo de ella es su propio deseo y si como todo hombre locamente enamorado *sabe*, conoce muchas veces que lo que se le pide no está de acuerdo con lo que él considera su deber, lo hace a pesar de todo para dar gusto a su dueña, y porque este gusto, al ser consumado, pasará pronto a ser el suyo. Y si ésta tiene la suficiente presencia de espíritu para mantener esta independencia y no enamorarse a su vez —con lo que el juego estaría igualado—, tiene todos los triunfos en la mano.

Esto le sucedía a Teresa. A ella la arrastró basta Tallien, por un lado, la circunstancia de peligro; por el otro, el afán de sobresalir. Logrados ambos objetivos, se le ofrece la ocasión de servir a su bondad natural, ayudando a los perseguidos por la justicia

revolucionaria. Por puro instinto de mujer sabe, además, que al amante hay que pedirle siempre algo para mantener en tensión la ligadura ideal; una total, absoluta entrega, como, por otra parte, unas exigencias desenfrenadas, conducen el corazón masculino al desvío.

En este terreno la española pisa firme porque es maestra en el juego del tira y cede. Y, poco a poco, sin precipitaciones desmesuradas y peligrosas, va comunicando al corazón del tribuno, va trasvasando, por decirlo así, esta repugnancia por la sangre vertida que ella misma siente; poco a poco también van disminuyendo los guillotinamientos. Las denuncias que antes, apenas llegaban a manos del Comité de Vigilancia, eran abiertas y leídas con afán para proceder inmediatamente contra el individuo acusado, empiezan a adormecerse en el pupitre del representante porque éste se halla con Teresa o, si solo, siempre bajo su influjo. Automáticamente, al no ser atendidas como antes, el número de delaciones se hace menor y la máquina terrorista frena lentamente su carrera feroz.

La detención, naturalmente, es perceptible por los bordeleses. Se juegan demasiado en el albur político para que no constaten inmediatamente cualquier cambio y, mucho más, cuanto se tiende a una mejora. Y como no existen acontecimientos autóctonos; como todo hecho tiene forzosamente una causa del cual deriva, la gente busca el motivo de la súbita benevolencia pública y la halla en un nombre: Teresa Cabarrús. Desde ahora en adelante, cuando alguien se entera de que ha sido acusado ante el Comité de la villa, cuando, asustado y tembloroso, acuda a los amigos y conocidos intentando conjurar la tempestad que se cierne sobre su cabeza, no dejará de oír el nombre del sésamo de la intercesión, no faltará quien le anime, mientras le aconseja a media voz: «Id a ver a la ciudadana Cabarrús-Fontenay».

Su papel de intercesora es ya *vox populi*. Y a pesar del evidente peligro que representa el que su nombre sea invocado tan a menudo como el de un defensor de los perseguidos por la

República, Teresa no se esconde en su labor de clemencia, porque todo lo que represente popularidad ha de complacerle extraordinariamente. Y así, no recibe a sus peticionarios ocultándose, o por intermediarios, sino a la luz del día y en el Hotel Franklin, bien conocido de todos los habitantes de Burdeos. Sólo por este simple hecho de recibir visitas sospechosas, en París hubiera hecho su último viaje a la guillotina. Pero aquí ni Burdeos, Teresa se siente muy segura de su poder para que le suceda algo.

He aquí, por ejemplo, al conde de Paroy —perdón, al *ci-devant* conde de Paroy—; su padre está detenido en la Reôle y él vagabundea sin tino por la ciudad bordelesa pensando en su desgracia, cuando alguien le habla de Teresa. Pintor por afición, De Paroy reviste de gracia muy francesa su petición de audiencia a la Cabarrús, mandándole un grabado que representa *l'amour sans-culotte*, un amorcillo desnudo con una pica a cuyo extremo hay un gorro rojo. La oportunidad de la composición place a Teresa, que hace le manden aviso para que vaya a verla. Con la natural discreción, propia de la época en que vive, Paroy se presenta en el Hotel Franklin y, apenas en la antesala, queda asombrado. Todos los asientos de ésta están ocupados por gente que espera y entre la cual reconoce, sorprendido, los rostros de los representantes de las mejores familias de Burdeos y recuerda entonces que la ciudad llama a aquello *el despacho de las gracias…*

Sin esperar turno —virtudes de su carta— De Paroy pasa al *boudoir* de Teresa, y mientras la espera tiene ocasión de observar: el gabinete parece el recinto de las musas, pues, artísticamente dispuestos en él, hay un clavecín entreabierto con papeles de música, una guitarra sobre un canapé, un arpa en un rincón. La pintura está representada por un caballete con un cuadro empezado, la caja de colores al óleo, pinceles, una mesa de dibujo, etcétera; hay además, un secreter abierto y rebosando de papeles, memorias y peticiones, una biblioteca con los libros en desorden como si fuesen consultados a menudo y, en fin, un bastidor de bordar montado en seda.

La decoración corresponde exactamente a este gusto por lo teatral, por impresionar y *épater le bourgeois* que ha caracterizado y caracterizará siempre a Teresa. Con esta demostración de actividades múltiples —que no es falsa en principio, pues la educación recibida en casa de Mme. Boisgeloup la autoriza a ello— consigue, además, demostrar al visitante, en general de la antigua aristocracia, su revés de la medalla; es decir, que si públicamente tiene que ser la amiga del revolucionario Tallien, en la intimidad de su hogar continúa siendo la cultivada y espiritual dama de los salones parisinos prerrevolucionarios. Y por si el conde de Paroy guardaba algún recelo a este respecto, la presencia de la propia Teresa, elegantemente vestida a la ciudadana, lo desecha inmediatamente. Pues es tanta la amabilidad con que se interesa por la suerte de su padre, tan reiteradas sus promesas de hacer algo por él y tan afectuoso su trato, que, el pobre De Paroy, sale como ebrio de agradecimiento y dispuesto a volcar en su *diario* las mil deleitosas sensaciones de esta entrevista memorable.

Y no es solamente entre hombres con quienes produce esa sensación de nada buena, de suave intercesora entre Burdeos y Tallien; pues es un caso femenino el que más le cuesta: la marquesa de la Tour-du-Pin, perseguida no sólo ella sino también sus hijos y marido, acude a solicitar favor de Teresa, a quien había conocido en París. Ésta le proporciona una entrevista con el representante del pueblo quien, por una vez, se acuerda de este título, y se niega airadamente a proteger aristócratas. Herida en el orgullo que ya tuvo que dominar dolorosamente para solicitar un favor del jacobino, de ese *buveur du sang*, la Marquesa se aleja desesperada. Pero la intervención de Teresa es decisiva esta vez, porque, en ella, además del dolor ajeno, pesa ahora el amor propio de derrotada en su empeño. La frialdad vela sus ojos y hiela la sonrisa en sus labios cuando ve a Tallien y esto dura tanto tiempo como es necesario para que éste se rinda. La Marquesa tendrá su pasaporte, el de su marido y el de sus dos hijos para dirigirse a la Martinica.

Cuanto más avanza este invierno de 1793-94 mayor es la pasión de Tallien por Teresa y, de ello, mayor la influencia que ésta adquiere sobre él. Las medidas rigurosas van dulcificándose y Burdeos nota, a cada momento, como su respiración es ya más franca y libre al aflojarse el dogal que le oprimía. Pero el triunfo mayor lo consigue Teresa en febrero del 94. Ha notado que todo su esfuerzo a favor de los perseguidos en Burdeos estará en peligro mientras exista el que lo forja continuamente, esto es, el Comité de Vigilancia. Porque los furibundos *patriotas* que lo componen continúan ejerciendo su labor de acusadores públicos y mandando al cadalso a la gente que pueden. Lo que ocurre es que, antes de llegar a él o en el camino de la denuncia al Comité, el brazo de Tallien, al que mueve el corazón de la española, detiene o hace desaparecer definitivamente las pruebas del delito antirrepublicano o si ello es difícil, se olvida conscientemente al preso en la cárcel en lugar de llevarlo a presencia de *Luisita*, otro cariñoso sobrenombre de la guillotina. Pero, mientras el organismo existe, el daño es inminente y fácil; cualquier momento de duda o de disfavor de Tallien ocasionaría la muerte de mucha gente y quién sabe si la suya propia. Porque sabe que esos miembros del Comité, con quienes ella ha tenido que alternar alguna vez, la odian por interponerse en su camino y haber alejado a Tallien de su pureza republicana anterior.

Ello le apura la conciencia basta que encuentra una solución, al parecer perogrullesca, pero muy femenina: la disolución de aquel organismo. Todo su empeño de mujer se cifra en este deseo, que a simple vista parece descabellado pues el Comité representa en Burdeos sencillamente la base de toda la política llevada a cabo por el procónsul desde su llegada. Desautorizarlo, es desautorizar su labor y a la Convención misma que lo mandara. Tallien se niega. Pero la mujer insiste, una y otra vez, con la tenacidad de la gota de agua cayendo sobre la roca. Le muestra a los miembros del Comité como sus enemigos, le recuerda que sus espías vigilan constantemente a la joven pareja y mandan cartas acusadoras al

Comité de Salud Pública de París, y, en fin, le hace notar —y ella sabe que es su carta más alta— que varios de sus miembros, Endron, D'Expresmil, desean su caída para intentar probar fortuna con ella, Teresa. Sus miradas admirativas se lo han demostrado a menudo. Para Tallien ésta es una quemadura particularmente dolorosa. El recuerdo del general Brune le asalta con tal fuerza que termina por acceder. El Comité será disuelto.

Y así, una buena mañana, el Comité de Salud Pública de París se entera, con la natural sorpresa, de que los representantes del pueblo en Burdeos, Tallien e Isabeau, han acordado, siguiendo una ley del 14 Frimario sobre comités —argucia legal que no engaña a nadie— disolver el de Vigilancia de la capital de la Gironda, para reorganizarlo a su modo. Extrañado, el Comité de París pide explicaciones y Tallien contesta con expresiones como ésta: «Hemos creído estar de acuerdo con vosotros, conciliando la justicia y la humanidad con la inflexible severidad de la ley; todos los culpables serán castigados; pero el inocente que se halle entre los detenidos tendrá ocasión de darse a conocer como tal».

¿Es posible que este Tallien que habla de justicia y humanidad sea el mismo que entrara en Burdeos un día septembrino anunciando y cumpliendo después, los peores males para los sospechosos? ¿Es posible que el hombre que mandara levantar la guillotina ante sus ventanas para regodearse con la contemplación de la subida de las víctimas al cadalso, hable ahora de hallar un posible inocente entre los culpables? ¿Es éste el autor de aquellos bandos draconianos que quitaban el sosiego a todos los bordeleses? La extrañeza y la desconfianza ganan sucesivamente a todos los componentes del Comité de Salud Pública. Mentalmente, todos coinciden en relacionar el viraje dado por Tallien con las innumerables denuncias llegadas a París en los últimos tiempos y entre las cuales, mezcladas letras y estilos de toda clase, se repetía un nombre como una acusación y una consigna: Teresa Cabarrús.

El Comité se convence ahora de la causa oculta de la conducta del jacobino. Pero, cosa curiosa, no toma por el momento ninguna

medida contra ella o contra él. Y esto, este silencio de amable aceptación con el que se acogen sus actos antirrevolucionarios en los primeros días habría de asustar más a Tallien que las filípicas epistolares. Porque éste es el silencio que precede a las catástrofes, porque la boca de la trampa se está ya abriendo centímetro a centímetro; en fin, porque el Comité —léase Robespierre— está esperando que se arriesgue más y más para que la huida sea imposible a ambos y la acusación contra ellos sea eficaz y directa.

En Burdeos, la noticia de la disolución del Comité produce un entusiasmo desbordante que sólo la discreción impide se manifieste a voz en grito; el júbilo brilla en todos los ojos y en el saludo del amigo al amigo, del padre al hijo, hay una constatación íntima y mutua de gozo ante el peso que se han quitado de encima. El nombre de Teresa suena de boca en boca con un suspiro de agradecimiento, como un cascabel de plata que refleja el afecto bordelés. Y para tener ocasión de demostrárselo, apenas citándola y sólo al nombrarla, la exuberante imaginación meridional busca un calificativo cariñoso que defina el amor que Burdeos entero siente por ella. Y así nace el sobrenombre —irreverente, pero bien intencionado— de nuestra señora del socorro —*Notre-Dame du Bon Secours*— con que será conocida de ahora en adelante por la gente agradecida.

Pocos días más tarde demuestra Teresa que el nombre le cuadra a maravilla. Pues, a pesar de la sensación de bienestar que ahora disfruta, no ha olvidado aquellas horas que vivió detenida en una mazmorra del fuerte de Hâ y quiere evitar a los huéspedes que haya ahora las desagradables sensaciones que ella misma pasara. A sus instancias, Tallien se presenta en aquella prisión, como otro día lo hiciera, en traje —redingote azul, banda y sable curvo, sombrero de plumas multicolor —de representante del pueblo. Las crónicas citan que, a la vista del estado de aquellos desgraciados reclusos, Tallien se emocionó —¡él, el hombre que viera sin pestañear las atroces matanzas de Septiembre!— y, pocos días después, se suprimen por una orden del nuevo Comité de Vigilancia —que ha sido compuesto,

naturalmente, de amigos—, todas las medidas de *inútil rigor*.

Los presos, poco acostumbrados a esta dulcificación de trato, se percataron muy pronto de dónde venía la influencia bienhechora. Uno de ellos compone en honor de Teresa la canción titulada «Ventanillo» (*Trou du guichet*):

Beau sexe, il faut en convenir (bis)
Toi seul daigna nous secourir (bis)
d'un Service si doux
nous nous souviendrons tous.
Nous saurons te le rendre
Oui, cest un fait (bis)
Nous saurons te le rendre
Au petit trou du guichet.

La noticia llega a París y allí se considera que esto ya es demasiado. El Comité de Salud Pública no quiere todavía atacar directamente a Tallien, pero escribe a ambos representantes explicándoles que su cambio del Comité de Vigilancia le ha parecido totalmente inconveniente y hasta peligroso en las circunstancias actuales en que los federalistas, aristócratas y demás enemigos de la República no esperan más que la ocasión de levantar la cabeza humillada por las medidas de rigor. Por lo demás, *se limitaba* a mandar un despacho *por correo extraordinario* revocando la decisión tomada por Tallien y suspendiéndola hasta nueva orden.

La lectura de esta carta es para Tallien como el clarinazo que corta la suave melodía de confianza en que se encontraba. Por primera vez se da cuenta de que está en peligro, de que el silencio con que el Comité parecía otorgar su favor ocultaba un agrio fondo de desaprobación que ahora acaba de salir a la luz pública. Y la desaprobación del Comité significa la muerte; Tallien conocía a todos los miembros que lo componían y no tenía duda alguna a este respecto: la muerte para los dos si no tomaba medidas enérgicas. Y dado su estado de espíritu, toma la más decidida que podía

presentarse a su imaginación: irá a París; a explicarse, a defenderse, a romper la tela de araña que ahora nota le va envolviendo a distancia; medida que es enérgica y difícil para él, no tanto por los peligros a que se expone llegándose a la boca del lobo entre sus enemigos, sino por tener que abandonar a aquella por quien había olvidado a su propia madre.

Pero tomada la resolución, ésta debe ser puesta en práctica, lo más rápidamente posible, para evitar mayor daño. Dejándose el alma en la empresa, Tallien se despide de la Cabarrús y sale para París el mismo día de recibir el mensaje, también por correo extraordinario; cada minuto de retraso es tiempo que emplean sus enemigos para deslizar sus acusaciones contra el representante del pueblo.

De nuevo está Teresa sola. O quizá peor que sola porque está con Isabeau, que tiene ahora la llave del poder en sus manos. Teresa no fía de él porque sus espías le han comunicado que muchas de las acusaciones que sobre sus relaciones con Tallien llegaban a París estaban firmadas por este hombre que se fingía su amigo. Pero, sin embargo, hay otro hecho también cierto: que todas las medidas tomadas por Tallien en su segunda orientación suavizadora del Terror han encontrado en Isabeau un colaborador que nunca ha negado su firma —por miedo o debilidad de carácter — a las órdenes emanadas en este sentido; esto, necesariamente, ha producido un cambio anímico en Isabeau. Pues si al principio, quizá envuelto por la ola de delaciones, acusaciones y espionaje de los miembros de todos los comités de Francia, ha dedicado muchas horas a criticar la conducta de Tallien con la Cabarrús, luego, al hacerse cómplice de las nuevas medidas, y firmar las disposiciones de Tallien, se ha hecho asimismo acreedor a los recelos del Comité, que no distingue entre ambos representantes y fulmina sus diatribas contra los dos a la vez; con lo que Isabeau ya no tiene más que dos caminos: salvarse con la pareja Tallien-Cabarrús o perecer con ella. Ya ha autorizado demasiadas veces medidas benévolas para poder sostener ahora que estaba en desacuerdo con Tallien.

Y así, con gran sorpresa de la misma Teresa, Isabeau continúa desde su puesto la labor del otro procónsul. Los perdones son concedidos casi cada vez que se piden si la demanda no es inoportuna y ya procura Teresa que no lo sea. Conoce bien las flaquezas masculinas y es a menudo tras una buena cena, regada con abundante vino y como un alegre juego más, que se logran las más difíciles concesiones de libertad. La población bordelesa, que había temblado al saber la precipitada marcha de Tallien, recobra su confianza en *Notre-Dame du Bon Secours* y, para ampliar a alguien el reconocimiento popular, se alaba también a Isabeau, este bonachón representante que no hace daño a nadie. De ahora en adelante, cuando aparezca en público, será aclamado entusiásticamente como si fuese el salvador de la ciudad.

Por otra parte, de París llegan buenas nuevas de Tallien. Entre calurosas expresiones de pasión, pues la ausencia no hace sino recomerle las entrañas en su amor a Teresa, Tallien explica que se ha presentado audazmente a los diputados amigos y enemigos; ha gritado, y ha blasonado de republicanismo como él solo sabe hacerlo, con ese aire un poco de jovenzuelo inconsciente, pero que aturde y casi convence. Ha recordado su hoja de servicios. El 11 de marzo dice con voz tonante, en la Convención: «Hemos sido suficientemente afortunados para devolver esta importante municipalidad (Burdeos) a la República, sin haber vertido una sola gota de sangre patriota».

Las grandes frases todavía producen su efecto entre los diputados. Además, éstos están tan fatigados de ver siempre las mismas caras, que este muchacho que llega de provincias con el entusiasmo de los primeros días del 89, les atrae. Y el 21 de marzo es elegido Tallien —el casi sospechoso de ayer— presidente de la Convención Nacional. Tenía entonces veinticinco años.

Éste es un pequeño fracaso para Robespierre, a quien ese mozalbete que él creía atemorizado se le ha revuelto encaramándose en un sitial donde se hace difícil atacarle, aun cuando el cargo de presidente cambie muy a menudo. Pero

Robespierre no reacciona contra Tallien porque, a través de la correspondencia de sus espías y de su propia y sagaz observación de la figura humana, ha notado que en la posición del tribuno hay algo más que una mísera defensa personal; que esta lucha en la que acaba de ganar una baza importante no es debida a su interés único sino que existe también la salvaguardia de una cosa más importante, de un ser lejano que le anima en la lucha con habilidad de político y sagacidad de mujer. Robespierre ha entrevisto a Teresa a través de Tallien.

Por eso su contraofensiva no la efectúa en París, sino en Burdeos. Y el instrumento de que se vale para intentar aniquilar el germen de donde procede la acción enemiga se llama Marco Antonio Jullien. Tiene, cuando se le encarga de la misión de vigilar a Teresa, diecinueve años; pero las circunstancias, el apasionamiento por Maximiliano y su idea de república espartana le han proporcionado una rigidez de expresión y de alma comparable a la de Saint-Just, hombres ambos, resecos y fogosos a la par, para quienes la virtud no es un deseo sino una norma, una dura, fría y seca norma que cumplir. Robespierre está seguro que sabrá resistir a los encantos de Teresa Cabarrús.

Cuando ésta se entera de la llegada a Burdeos del emisario del Incorruptible, comprende inmediatamente todo lo que se esconde tras la figura de ese muchacho, casi un niño, pero que tiene la mentalidad del obsesionado por una idea fija. Por hacer algo, para evitar la tormenta, aunque presiente su inutilidad, logra acercarse al recién venido, le sonríe, le invita a sus reuniones, a las cenas con Isabeau y los miembros del Comité de Vigilancia. Pero tal como imaginara, ese joven mantiene a distancia sus avances, se niega a asistir a su casa y aun se extraña ofensivamente de que, en tiempos tales, unos verdaderos *sans-culottes* se dediquen a darse buena vida en lugar de hacer tarea republicana auténtica.

Tallien sigue escribiendo cartas optimistas desde París, pero es que no ha comprendido todavía que no se le ataca ahora porque se va a herirle en lo que representa toda su vida: Teresa. Pues Jullien,

tras negarse a tratar con el grupo de Isabeau, dedica su tiempo a deambular por las calles bordelesas, a meterse por todos los cafés, a interrogar a todo el mundo; en todos los rincones de la ciudad parecen surgir sus ojuelos, inquisidores y temibles. Luego, en la soledad de su cuarto, escribe largas cartas a Robespierre informándole de lo que ha visto o ha dejado de ver. También exagera, como buen discípulo del virtuoso ex abogado de Arrás, sobre las tentaciones de que se le ha querido hacer víctima y que él ha rechazado dignamente para cumplir su deber de servidor de la causa. Pero, a cambio de esto que puede no ser verdad, lanza acusaciones formales y bien verídicas: denuncia a Isabeau por gozar de una popularidad tal que los bordeleses —que se supone deben ser todos federalistas— le aclaman cuando le encuentran por la calle o en los teatros; sostiene que Teresa defiende a todos sus antiguos hermanos de casta aristocrática y perseguidos de toda laya, y afirma la necesidad de detenerla para evitar peores males a la República; también comunica que hay muy poco espíritu republicano en los funcionarios de Burdeos y habla de la necesidad de una depuración inmediata, etcétera.

La red se va cerrando alrededor de Teresa. Ella lo sabe y es en vano que, para conjurar el peligro, abra un almacén de producción de salitre para la fabricación de pólvora, industria declarada de utilidad pública; y es inútil también que repita la argucia de su discurso sobre métodos educativos, dirigiendo a la Convención otro tratado en el que reclama para las mujeres un puesto de honor junto a los enfermos y heridos. El silencio absoluto guardado sobre ambos *méritos* demuestra bien claro el tesón con que un hombre, Robespierre, persigue a esta mujer que, en un rincón de Francia, lucha por ella y los suyos.

En París tampoco se descansa. Las leyes represivas, el Terror organizado toma cada día mayor incremento. La frase de Saint-Just: «Lo que constituye una República es la destrucción de todo lo que le es opuesto», es el lema del Comité de Salud Pública, que ve enemigos en todas partes: en los *hebertistas* —a cuyo lado está la

masa del Ayuntamiento— y los *faubourgs*, y en los *indulgentes* que claman por un final del torrente de sangre que anega a Francia y en cuyas filas militan Danton, que ya no es el hombre de las matanzas de Septiembre ni el audaz de *la patria en peligro* sino un fatigado de la lucha fratricida, y su amigo Camilo Desmoulins, el clasicista joven y romántico que se atreve a escribir en *Le Vieux Cordelier* sátiras sangrantes del régimen de Robespierre y sus amigos, lo que le costará la guillotina. Porque el Comité está dispuesto a acabar con todos y cada uno de los elementos contrarios; a cada momento hay más leyes prohibitivas y persecuciones. Los dedos se les antojan huéspedes y, a tenor de las denuncias recibidas por elementos jacobinos de la costa o ciudades fronterizas sobre actividades sospechosas de ex aristócratas, se prohíbe a éstos permanecer un momento más en los puertos o villas límites de Francia.

Naturalmente Burdeos —de tradición rebelde, además—, entra de lleno en la primera de estas definiciones y Teresa Cabarrús de Fontenay en la clase de individuos que deben trasladar su residencia. Algunos, afectados por estas medidas, protestan, hacen valer sus méritos *sans-culottes* y sus derechos a permanecer en el mismo lugar donde nacieron. Pero Teresa no dice nada porque se sabe amenazada y vigilada hasta el punto de arriesgar mucho en una protesta. Así pues, no hace el menor gesto de asombro ni irritación. Empaqueta sus cosas, se despide de las amistades hechas tan arriesgadamente y se prepara para la marcha.

Cuando la gente se entera de lo ocurrido, cuando tras Tallien ven marcharse a Teresa, su salvaguardia y protección, los bordeleses se echan a temblar e imaginan nuevas calamidades sobre la villa. Con lágrimas en los ojos van sus amigos a acompañarla a la oficina de pasaportes donde le será expedido el suyo. Ella anuncia que, de acuerdo con la ley promulgada, piensa ir a vivir al interior, a Orléans, y se le extiende el documento oficial. En él, a pesar del rigorismo de esta clase de papeles, el encargado demuestra de forma irrebatible la impresión que la figura de Teresa producía en quien la veía. Se señala en él, su altura privilegiada, cinco pies y dos pulgadas,

visage blanc et joli, frente bien hecha, cejas claras, ojos negros, nariz correcta, boca pequeña, barbilla redonda; exactamente la idea que cualquiera de los retratos que poseemos de ella, hace imaginar.

Teresa, pues, deja Burdeos, la ciudad donde ha vivido uno de los más intensos períodos de su vida, aunque ésta, todavía le deparará instantes de mayor angustia; deja el sitio donde la alternativa entre la vida indigna o la muerte de heroína se le ha presentado más crudamente, el lugar donde cada noche era un peligro para el día siguiente. Pero, en cambio, también la ciudad donde fue recibida con recelo y casi odiada tras los hechos de Bagnères, y donde al marchar deja un sinfín de simpatías, de madres y esposas que la bendicen en sus oraciones, donde deja lo que ella ama más que todo en el mundo: la popularidad y la admiración ajena[2].

CAPÍTULO VIII

EL TERROR

TERESA sale de Burdeos. Pero, naturalmente, no va hacia Orléans, como ha dicho, porque no quiere dejar la pista bien esclarecida para placer de sabuesos. La acompañan en su exilio su inseparable Frenelle y el criado que ya la siguiera de París a Burdeos, y así se dirige a Orléans donde solicita de nuevo un pasaporte para Fontenay-aux-roses (en el departamento del Sena), la antigua propiedad de donde tan bellos recuerdos guarda.

Para más desorientar a los espías de Robespierre, Teresa ha dejado a su hijo en Burdeos, al amparo de un antiguo servidor de la familia; pero ni esto, ni el cambio de ruta, bastan a engañar a nadie. En tiempos de salvoconductos y de documentos a visar continuamente es imposible cegar las huellas de su paso por las diferentes municipalidades; además, que tampoco Teresa es mujer para pasar desapercibida por donde fuera, ni espíritu para esconderse a las miradas ajenas aunque éstas sean enemigas. El caso es que, apenas en Fontenay-aux-roses, no se ha embriagado todavía de aquel ambiente tan familiar a sus sentidos cuando apercibe que alguien ronda la casa. Hasta allí ha llegado ya la policía del Comité.

Teresa escribe a Tallien comunicándole sus temores y su nuevo domicilio. Y, pocos días después, Tallien llega a la finca. Viene

encogido, amedrentado, tembloroso; apenas osa hablar. Aquella su audacia anterior, aquella magnífica exaltación de Burdeos y primeros tiempos de París que le hacía desafiar a todos y a todo, se ha convertido extrañamente en un receloso hablar bajo, en un desconfiado mirar hacia los lados… Y es que, el tribuno, está escarmentado en cabeza ajena, a pesar del refrán. Es que, en este tiempo que lleva viviendo en París, ha conocido más de cerca los procedimientos de aquel Terror que él fuera de los primeros en exigir como medida necesaria. Es que, si ha llegado a presidente de la Convención a pesar de los manejos de sus enemigos y ha permanecido en este puesto varios días, ello le ha permitido observar, con más conocimiento de causa, los procesos relámpago contra los hebertistas y los indulgentes, los extremados de izquierda y los de derecha, los ultra y los citra; ha visto como caían bajo el mismo hachazo del leñador Robespierre, el agusanado, torpe leño de Hebert y el alto y robusto roble de Danton. Desde su sitial de presidente ha intentado alguna vez proteger a los defensores del ex ministro de Justicia, pero no ha podido con la oratoria de Robespierre que exhibe siempre, tras de sus palabras, la guillotina como una amenaza velada que hace temblar al «llano» o «el vientre», la masa incierta de los diputados a la que arrastra la audacia de un solo hombre. Danton el coloso ha ido a la guillotina a pesar de sus frases ampulosas y su ironía feroz contra la virtud de Robespierre, porque el Comité, asustado de la marcha del proceso con unos encausados que hacían las veces de acusadores y recordaban a gritos los servicios prestados a la República, dictó una ley, acordando que el proceso podía interrumpirse cuando le pluguiera al jurado darse por satisfecho. Con esta argucia Fouquier-Tinville, el acusador público con cara de garduña, cerró las deliberaciones y los mandó a todos al cadalso. Ya en éste, todavía pudo Danton lanzar una frase al viento de la historia: «Muestra mi cabeza al pueblo, Sansón, vale la pena». Con él cayó Camilo Desmoulins, el abogado, que interrogado por el presidente sobre su edad dijo que tenía treinta y tres años, «los mismos que el *sans-*

culotte Jesús cuando muriera». También murió allí un compatriota de Teresa, ex noble en su país, Guzmán *toc-de-tocsin*, cuya voz oyera la marquesa de Fontenay en la mañana inolvidable de un 10 de agosto, cuando el asalto de los revolucionarios a las Tullerías.

Paseando bajo las acacias, sentándose en los bancos de piedra que están protegidos por setos floridos, Tallien va contando a Teresa estas últimas y turbadoras novedades de la vida pública de París. Con el temblor en la expresión le comunica asimismo sus temores respecto a Robespierre, la dice que, éste, finge no verle cuando se encuentran en la Convención y que una vez ha dicho ante unos amigos —no ha faltado quien se lo fuera a contar—: «La vista de ese Tallien me da escalofríos»; palabras que, pronunciadas por tal boca, hacen surgir la misma temerosa sensación en quien diera motivo a ellas.

Teresa le escucha un tanto asqueada. Tallien no ha sido nunca una gran figura, pero aquella audacia, aquel coraje con que revestía todos sus actos políticos, le daban una prestancia que ahora, íntimamente acobardado, ha perdido en absoluto. Y es con ese especial tono que tan bien saben emplear las mujeres para herir con el que interrumpe al desventurado Tallien: «¿Y es que este hombre, Robespierre, es toda Francia? ¿Es que es inmortal?». La innata repugnancia de la mujer ante la debilidad del hombre se manifiesta doblemente en este caso en que no ha habido amor nunca. La escena es violentísima. Con palabras muy duras ella le muestra el espectáculo que da al sentirse derrotado antes de tiempo, dejando a ambos en peligro inminente, y el tribuno, zaherido y desesperado de oír tales expresiones en boca de quien ama, se aleja hacia París. En su interior hay ahora una voluntad férrea de salir por sus fueros, de salvarse y salvarla a ella obteniendo en cambio ese amor que tan avariciosamente se le niega ahora. Tallien vuelve a la lucha con más vigor porque la presencia de ella y sus palabras le han dado fuerzas para batirse.

París, la ciudad alegre y confiada, sigue comiéndose, devorándose a sí misma en un afán constante de depuración. Tras

las últimas limpiezas en la Convención, ésta calla como un gigantesco cadáver y acuerda todas las proposiciones del Comité de Salud Pública apenas salen de la boca de los miembros de éste; la ciudad tiene mil ojos para observarse mutuamente y acusarse por falta de patriotismo o concomitancia con alguno de los miembros de los partidos vencidos. Las secciones populares, que tanto contribuyeron al triunfo de la República, están cerradas y en la misma sociedad de los Jacobinos, columna vertebral del régimen, apenas puede hablar nadie más que los funcionarios del Comité terrorista. La prensa recuerda demasiado bien lo que le sucedió a Desmoulins con su *Vieux Cordelier* y calla prudentemente o se hace oficiosa, si no oficial.

En espectáculos sucede lo mismo: los empresarios no quieren arriesgarse a presentar obras, no ya de matiz contrarrevolucionario sino incoloras, y los títulos de París tienen un cromatismo feroz basado en el rojo: *La guillotina del amor, La viuda del republicano, La toma de Tolón por los franceses, Los crímenes del feudalismo, La fiesta cívica*, obras todas que, si no arte, dan al menos ocasión para que la galería intervenga constantemente en la escena para aclamar o maldecir a los actores, que creen hallarse en pleno e interminable mitin, en lugar de estar en un teatro representando papeles diversos. En una ocasión, un cómico que representa el papel de cardenal se detiene de pronto en su perorata, avanza hacia las candilejas, hace constar con gran calor la contradicción del papel que representa con sus convicciones personales y es ovacionado como se merece.

La ciudad tiene la muerte sobre la nuca. La guillotina ha dado ya la vuelta a la ciudad, y así, todos y cada uno de los parisienses, ha podido verla de cerca y constatar su poco tranquilizadora silueta en el crepúsculo, brillándole a las últimas luces ese *tranchant*, listo y afilado para caer sobre el cuello de no importa cual ciudadano francés o extranjero. Sucesivamente, el patíbulo se ha levantado en la Plaza de la Revolución, Campo de Marte, Barrera del trono derribado, Plaza Antoine, Plaza de la Gréve. Las carretas, cada día

más llenas de enemigos del régimen, van traqueteando en busca del lugar donde soltar el cargamento, desesperado o impávido, silencioso o doliente. Nadie se asoma a verlas pasar porque el hombre de la calle está ahíto de sangre vertida y aquel afán que le llevaba al lugar de la ejecución para ver caer las primeras cabezas se ha convertido ya en asco y repugnancia. Desde el 23 de Pradial al 8 Termidor el Tribunal revolucionario pronuncia 1.285 sentencias de muerte y sólo 275 de libertad.

Pero esta época del Terror da, asimismo, como en toda sociedad que se siente amenazada, un especial morbo de diversión y placeres. No sólo en las cárceles, donde la amenaza es más cierta y segura, sino en la calle, en pleno Palais-Egalité, antes Palais-Royal, las juventudes de ambos sexos se espían, se sonríen, coquetean, como una escapatoria a las tremendas horas que se viven. *On s'hâtait aussi d'aimer* —dice un contemporáneo; era necesario apresurarse, correr, aprovechar los últimos tragos de una vida que tan fácil y bruscamente puede ser truncada. La prostitución aumenta de forma inverosímil. Un juez pregunta a una ramera presa: «¿De qué vives?». Y ella: «De mis gracias, como tú de tu guillotina». Va al cadalso. La ley sobre el Tribunal revolucionario ha suprimido la defensa y establecido una sola pena: la de muerte. Queda suprimida la formalidad del interrogatorio. Si existen pruebas materiales o morales, ya no será oído ningún testigo a no ser que esta formalidad pueda traer consigo el conocimiento de más cómplices.

Con esta perspectiva la gente come y se divierte, como en Pompeya antes de la destrucción. Son famosos los restaurantes del Palacio Igualdad, especialmente el de Méot:

Si l'on entend sonner
l'heure du diner
les bons apôtres
s'en vont aussitôt
Chez Flore ou Méot
discuter
agiter
leurs interêts plus que les nôtres…

*** * ***

Mientras, la Naturaleza ha vestido sus mejores galas, porque estamos en mayo. Teresa se olvida de la política para pasear por las avenidas de Fontenay-aux-roses. Las libélulas giran en grandes círculos sobre el pequeño estanque que adorna un amorcillo soplando en una trompeta; las mejillas están hinchadas del esfuerzo que realiza. Teresa se asoma al agua y los peces colorados quedan inmóviles como si pretendiesen mantener sobre sus breves cuerpecillos el reflejo adorado de la faz de la española. Esta sonríe y agita la superficie con la mano alargada hasta que su otra yo tiembla repetidamente mientras finge mover la cabeza a guisa de advertencia por la diablura.

Por el sendero enarenado se acerca Bidos, el criado. Trae en la mano un papel, papel plegado que ha encontrado junto a la tapia del jardín atado a una piedra; los meses de intriga de Burdeos han hecho al buen Bidos inalterable a las emociones y los mensajes secretos son para él tan naturales como los que llegan en un pliego sellado y traído a mano. Con la misma naturalidad de avezada, Teresa lo abre y lo lee… lo lee por tres veces… La preocupación ha velado la alegre sonrisa aniñada de antes. Es forzoso ser mujer de nuevo y aun mujer fuerte.

«Ve, Bidos; avisa a Frenelle». Teresa necesita ayuda moral y física. La comunicación recibida —anónima, pero con aires de auténtica y dolorosa verdad— anuncia que el Comité de Salud Pública acaba de tomar la determinación de arrestar a Teresa. ¿Quién es el que tanto sabe? Un amigo secreto, como tantos otros enemigos que tiene. Otra vez la sombra de la prisión gravita sobre ella, sombra que se hace particularmente dolorosa al contrastar con ese maravilloso día de primavera.

Frenelle llega; la expresión de Teresa la explica, con sólo verla, el grave acontecimiento ocurrido. Inmediatamente, toma las medidas necesarias. Teresa huirá a Versalles; ella, Frenelle, intentará despistar a los polizontes quedándose en Fontenay-aux-roses. Bidos irá a París para abrir más el círculo de posibilidades ante la persecución.

El instinto de conservación hace asentir a Teresa y aun ponerse en camino hacia el lugar indicado. Pero en su interior intuye que todo será inútil. Porque ahora ha comprendido la intensidad de la pasión con que se la persigue; ahora ve claramente que Robespierre no quiso detenerla en Burdeos, donde tenía tantos amigos, sino inerme en las cercanías de París, donde el golpe no podía fallar y donde Tallien estaría cerca de ella y, por tanto, comprometido también en la empresa. Cuando Robespierre golpea lo hace sobre seguro.

Y, efectivamente, Boulanger, el general encargado de su detención —una prueba más de la importancia que se da a este servicio—, va directamente a cada escondrijo, como si le guiasen invisibles genios. Bidos es detenido en París, Frenelle en Fontenay y Teresa en Versalles. La trampa tanto tiempo abierta se ha cerrado ya definitivamente.

Al enterarse de la noticia, Tallien siente como si algo se desplomase sobre sus sienes. Por un lado, un coraje inmenso le acalora; por el otro, le detiene la sensación del vértigo frente al abismo abierto ante sus plantas; sabe que su suerte está ligada a la de ella y este pensamiento le sobrecoge como un peligro inminente.

Pero entonces se le representa la figura de Teresa reprochándole su cobardía, se imagina a aquella deliciosa criatura, avezada y merecedora del más elegante lujo y comodidad a su alrededor en una celda oscura y ello le causa una opresión en la garganta. Es forzoso salvarla.

Y Tallien se lanza decididamente a la intriga contra Robespierre. El temor a las medidas que éste ha tomado contra los diputados enemigos, la fría y antipática expresión de ese ebrio de virtud que es el tribuno, va uniendo lentamente a un grupo de montañeses contra él. De este conglomerado, en el que cada uno va a salvar su propia vida y hacienda, la cabeza visible es Tallien; la eminencia gris, el hombre tenebroso, Fouché, que ha sido *representante del pueblo* en Lyon y ha llenado los bolsillos pasando de terrorista a amigo de los ricos.

Pronto va engrosando el grupo, pero aun son pocos para derribar a este coloso del poder. Es necesario afianzarse en la Asamblea, obtener el asentimiento de los diputados del centro y la derecha que todavía quedan —naturalmente que en un prudente segundo plano— después de las catástrofes ocurridas.

Pero estos elementos que han sobrevivido a tantas depuraciones de la Convención precisamente por el silencio que han guardado cobardemente abandonando a tantos amigos a su triste suerte, no están dispuestos a arriesgarse en una aventura contra el todopoderoso Robespierre. Verían con gusto su desaparición, ¡quién lo duda!, pero no quieren precipitarla a sus riesgos. Además, ¿por qué han de fiarse de esta gente, Tallien y Fouché, que, ayer no más, estaban de acuerdo con el Terror y lo ejercían a mansalva en los territorios donde gobernaban? Obstinadamente, vuelven Tallien y Fouché a la carga. Les demuestran la necesidad de defenderse los unos a los otros, de agruparse como hacen los caballos acosados por los lobos. Les explican que, si continúan divididos, la guillotina seguirá abriendo huecos en las filas que no se cubren las unas a las otras; les excitan a terminar con el Terror, y, finalmente —quizá la suprema razón— les convencen de que, caído Robespierre, el

poder pasará necesariamente a manos de ellos porque representarán la mayoría.

Finalmente, la resistencia cesa. Convencidos de que es menester derribar al Incorruptible, los diputados dan su conformidad al proyecto, aunque ellos se limitarán a apoyarlo con su aprobación y sus votos a la hora decisiva; tocará a los demás el ejecutarlo. Tallien, que cree surgir de nuevo a la vida, accede para salvar la unión. Él mismo asestará los primeros golpes; sólo necesita el apoyo ajeno para después. Y, cuando se separa de ellos, tiene una esperanzadora sensación de triunfo que ya brinda a Teresa, presa en la cárcel de la Forcé. La pasión exacerbada de su amante debe salvarla…

Mientras, ¿qué hace Robespierre? ¿Es posible que sus *mouchards*, sus espías de toda clase y condición social, no le hayan informado de lo que se gesta en la oscuridad? ¿Del golpe que se prepara? No funciona tan deficientemente el servicio secreto del Comité de Salud Pública. Robespierre está enterado de la conspiración y conoce asimismo el nombre de los principales conjurados, pero calla y se limita a ir anotando nombres y acontecimientos en sus hojas de papel, estrechas y alargadas. Ha comprendido que éste es un asunto grave por el número y procedencia de los que anhelan su pérdida y quiere forjar la de ellos de forma definitiva, sin que nunca más puedan ya entorpecer su camino. Día a día, va recogiendo las pruebas del golpe que se intenta, pero día a día, asimismo, su mutismo es más cerrado y sus actos más misteriosos. Ni una sola vez habla en la Convención sobre este asunto porque conoce bien su reputación de hombre inconmovible y quiere mantenerla hasta el fin. Él sabe que los conspiradores tienen la impresión de que están descubiertos en parte y se goza en amedrentarlos con el solo pensamiento de ello mientras llega la hora de herir a fondo. Conoce a todos y a cada uno de los participantes en el complot y ha intuido que el jefe nominal es Tallien, mientras que el que actúa en la sombra es Foucbé. Para terminar con semejante hidra es necesario sin metáfora aquí —

cortar a la vez ambas cabezas. Para finir con el segundo reúne los informes de Lyon; para terminar con el primero, con Juan Lambert, tiene en su poder una carta magna que yace en el camastrón de una mazmorra: Teresa Cabarrús.

* * *

El Terror ha llegado a su punto álgido. Hay 7.800 presos en París; las cárceles rebosan; en una estrecha celda van amontonándose las víctimas a pesar de las frecuentes hornadas que van saliendo para no volver y las, menos ocurrentes, absoluciones.

El máximo en las carretas, según sabia prescripción terrorista, es de setenta; pero hay días que pasan de ciento los guillotinados. Todas las noches llega el municipal de turno a la reja de la cárcel; al otro lado se agolpa la multitud de presos esperando la declaración de los que han de salir para el último viaje, pues, si bien todos están condenados o esperan estarlo, siempre queda una última esperanza recóndita en el fondo del alma. Muchos son ex aristócratas y con un ejemplo repetido todo a lo largo de la Revolución, los que no supieron vivir de acuerdo con su nobleza, saben morir bellamente. En las cárceles se gime muy poco, casi nada; apenas si una jovencita desmelenada, en el fondo de la celda, solloza por el pesar de verse separada de los suyos. Los demás hablan, se galantean y besan con el más elegante esnobismo del mundo: el de llegar en pie a la Muerte[3]. Día a día, ésta va arrebatándoles compañeros y amigos y se han habituado tanto a verla, a su presencia constante, que cuando ellos y ellas organizan juegos de salón con los que pasar más distraídas las largas horas de encierro, gozan un poco morbosamente imitando a la guillotina: las toallas son turbantes, los cobertores fingen capas de armiño y hay una especie de sanedrín de jueces en el que no falta un Fouquier-Tinville que condena a

muerte al reo. Éste es ejecutado entre los barrotes de dos sillas. El alma se acostumbraba al trágico fin y así se historia la maravilla de serenidad de esos hombres y mujeres que al oír pronunciar su nombre en la «lotería de la señora Guillotina», se despiden correctamente de los amigos y salen con prestancia de sangre real.

En uno de estos rincones infectos, en la Force, está Teresa Cabarrús. A la sensación de abatimiento que siguió a la entrada en este antro de inmundicia y crimen ha sucedido una reacción de mujer orgullosa que no quiere dejarse arrastrar por el dolor. Favorece este cambio la pequeña corte que, como en todos los lugares adonde va, la rodea inmediatamente, cautivada por su gracia y distinción incomparable. Y no sólo son los jóvenes aristócratas, cuyo número disminuye todos los días, sino que también las mujeres se sienten atraídas de la misma forma. Ya, anteriormente, la personalidad de Teresa había obrado en almas femeninas acercándolas a su órbita. La famosa pintora Mine. Vigée-Lebrun, que la hiciera un retrato, estaba enamorada de sus encantos; en Burdeos, la duquesa do Abrantes aprovecha un favor que la hiciera Teresa para apoyar en él una serie de alabanzas y elogios hiperbólicos dedicados, no sólo al físico sino al espíritu y a la bondad de la española; aquí, en la cárcel de la Forcé, es una muchacha morena, bonita, con una expresión dulzona y sensual de criolla, la que permanece siempre al lado de Teresa oyéndola hablar con un matiz de arrobamiento y admiración en los grandes ojos negros. Es natural de la Martinica y estaba casada con un noble que acaba de subir al cadalso: responde al nombre de Rosa Tascher de la Pagerie de Beauharnais.

Con ella y con otros Teresa distrae las largas horas de reclusión. Y este hecho de que sean largas, de que pasen los días y no se dicte sentencia contra ella, la llena de esperanza pero también de prevención, como si la prolongación de la agonía fuese debida al deseo del verdugo de hacerle más cruel el fin. En otros casos, mucho menos delimitados que el de la española, la justicia revolucionaria ha sido más expeditiva. ¿Qué sucede, pues, ahora?

Es muy sencillo. Robespierre sabe que no existe el caso de Teresa enemiga del régimen, favorecedora de ex nobles y federalistas, por un lado, y el de Tallien susceptible de acusación de benignidad frente a los mismos elementos contrarrevolucionarios y de conspiración por el otro, sino que, los dos, constituyen un mismo y sensacional proceso que no puede descubrirse antes de tiempo porque se arriesga a perder ambos. Puede mandar a Teresa a la guillotina antes de dos horas, cierto, pero entonces lanza a Tallien a la acción sin estar prevenido contra ésta y sin pruebas con que acusarlo. Teresa, en la cárcel, representa un naipe que jugar continuamente contra el ex representante en Burdeos, y de la importancia que Robespierre la concede como rehén da idea el hecho de que en plena marea política, cuando ya estudia los elementos de ataque contra el grupo rebelde, cuando acaba de instaurar la fiesta al Ser Supremo y trabaja en la elaboración de un proyecto de vastas proporciones para devolver la religiosidad a Francia, todavía Robespierre tiene tiempo para exigir que todos los documentos relativos a la Cabarrús pasen por sus manos. Todas las cartas que Tallien logra hacer llegar a manos de su adorada han pasado ya por las manos del Incorruptible y éste anota al margen del documento con que se las envían, peticiones de nuevos documentos, de nuevas pruebas relativas a la mujer prisionera; le urge al dictador reunir estas armas porque constata, cada día más amenazador, el nubarrón que le envuelve por todos lados.

Una sola e infeliz mujer en un rincón de una celda, se hace la representación del movimiento antirrobespierrista; pero es una mujer que no deja de mandar cartas y súplicas a su amante para que éste la arrebate del lugar siniestro que cada noche se duerme con el trágico rodar de las carretas de la muerte. Y son tan apremiantes las peticiones de la española que, finalmente, Maximiliano cree necesario cortar su voz, al truncar su vida. Además, el plan de destrucción está ya maduro. Escribe la orden a toda prisa; las ventanas están abiertas porque el calor se deja sentir enfadosamente… estamos ya en julio… un hombre de confianza va

a la *conciergerie* a llevar la orden…

Aquella noche, cuando Tallien llega a su casa rendido, los nervios de punta por la tensión que soporta estos días, mirando recelosamente a los lados porque se sabe seguido por los espías del Comité, encuentra bajo su puerta, llegada quién sabe cómo, una carta con aquella letra un tanto inclinada hacia la derecha que él conoce tan bien. La abre y lee:

> «En la Force, 7 Termidor.
>
> El administrador de policía acaba de salir de aquí; ha venido a anunciarme que mañana compareceré ante el Tribunal, es decir, que subiré al cadalso. Ello se parece muy poco al sueño que he tenido esta noche pasada: Robespierre ya no existía y las cárceles estaban abiertas de par en par. Pero gracias a tu insigne cobardía pronto no habrá en toda Francia nadie capaz de realizar mi sueño».

¡Qué clásico en el estilo de una mujer como Teresa esta carta de despedida! Aunque dictada por la desesperación, el principio es elegante, fino, correcto, de informe un tanto irónico. Luego es la divagación intencional baldando de un sueño tenido, sueño de felicidad, y, finalmente, el latigazo cruzando la cara de quien permitía tal cosa en la persona de la amada y por el mal de Francia.

Teresa conocía bien a Tallien. La carta tuvo para él un efecto excepcional. Aun cuando sepamos que un ser querido está en peligro nos negamos siempre, inconscientemente, a admitir su posible muerte. El augurio que Teresa le hacía, así como sus reproches, le conmovieron las entrañas. Como un rayo salió de nuevo a buscar a los restantes conjurados. Aun sin compartir su afecto por ella, Fouché y los otros comprenden lo que la muerte de la Cabarrús significa en relación con todos y acuerdan adelantar; el golpe para el día 9 de Termidor. Hay tiempo porque siempre median veinticuatro horas entre la condena y la muerte y Teresa no comparece hasta el 8. Y el 9 tendrán mucho trabajo todos los

jacobinos de Robespierre para acordarse de guillotinar a nadie.

¡Qué tremendamente lentas pasan las horas hasta el momento decisivo! Por fin, helo aquí.

La Convención está llena porque se prevén acontecimientos. El presidente Collot d'Herbois, uno de los conjurados, pasea satisfecho la mirada por la sala. Los grupos de derecha y centro están en su puesto, los de la Montaña también; sólo las galerías le infunden un cierto recelo porque están compuestas en su mayoría de fanáticos de Robespierre. Éste acaba de entrar y es aclamado por el público. Viste con su habitual elegancia, con el vestido azul celeste que llevaba el día de la fiesta del Ser Supremo, la jornada más gloriosa de su vida.

Fuera, Tallien, Rovére, Bourdon, Barras, se dan nerviosamente las últimas consignas del momento. Falta Fouché, que, como buen hombre de intriga, se esfuma a la hora de la acción. De pronto corre la voz. ¡Saint-Just ha subido a la tribuna! Es necesario acallar al hombre de confianza de Robespierre. Entran todos tumultuosamente. En efecto: esbelto, fino, tranquilo, Saint-Just está leyendo su discurso, un discurso que, como todos los suyos, oculta y esconde alternativamente la espada de Damocles sobre la cabeza de muchos. De pronto, Tallien interrumpe; es necesario hablar claro, no acusar más a medias palabras. ¡Que se diga quienes son los culpables! Inmediatamente y antes de que Saint-Just pueda contestar, Billaud toma la palabra y acusa a los miembros del Comité de querer acabar con la Convención. Robespierre se da cuenta de la maniobra y se levanta para hablar. ¡Abajo el tirano!, gritan mil voces; se cumple la consigna de no dejar hablar a Robespierre, cuyo verbo, tajante y definitivo, tantos triunfos ha conseguido en la Convención y así, estupefacto, se da cuenta el Incorruptible que aquella masa que él creía tan dominada y a su lado, no ha hecho más que ocultar largo tiempo una ira sorda que ahora encuentra ocasión de expresarse. Robespierre intenta de nuevo subir a la tribuna para hacer uso de la palabra y Tallien, con un gesto de audacia, se le adelanta; Collot el presidente, le concede

la oportunidad de acusar. Tallien habla y habla; toda la expresión vibrante de su discurso parece sostenida por una imagen lejana y adorada; pocas veces ha estado tan preciso, enérgico, mordiente. Llama a Robespierre, Catilina, tirano, usurpador, le recuerda los crímenes cometidos y las víctimas que claman venganza… le acusa de querer erigirse en amo de Francia… En un momento del discurso saca teatralmente un puñal del seno y amenaza con clavárselo al nuevo Cromwell; esto electriza a los diputados que le aclaman y acallan las protestas de los que ya ven sobre sí la sombra de la guillotina.

Uno a uno son puestos fuera de la ley los amigos de Robespierre. A éste se duda todavía en atacarle, ¡es tan grande su reputación aún! Tallien sigue hablando para impedir la defensa del hombre acusado. A Collot sucedo en la presidencia Thuriot, que era amigo de Danton, y Robespierre se encuentra ya con enemigos en todas parles. En vano le conjura a concederle la palabra: «Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra. ¡Dámela o decreta que quieres asesinarme!». Todo el pasado de temor y recelo debidos a este hombre del traje azul celeste asaltan ahora a Thuriot, que cede la palabra de nuevo a Tallien. Con la voz enronquecida de rabia, protesta Robespierre y un diputado le escupe: «¡La sangre de Danton te ahoga!». Entonces busca asilo en la derecha: «¿No sabes que aquí se sentaban Vergniaud y Condorcet?». Robespierre retrocede; por todas partes surgen las sombras de los que él llevara al patíbulo, acosándole en una furiosa danza de la muerte. Finalmente se vota el decreto de acusación y es unánimemente aprobado. Todos los amigos de Robespierre quedan comprendidos en él y la Convención se disuelve, orgullosa y hasta un poco asustada, de su triunfo.

Pero la tragedia tiene todavía un epílogo. Los *sans-culoUes* de la tribuna que han sido testigos mudos y aterrorizados de la prisión de su ídolo, se dispersan por París para buscar refuerzos. Todos los elementos de la *Commune*, los obreros de los barrios extremos, se concentran y acuden a salvar a Robespierre, llevándoselo al

Ayuntamiento. Allí se instaura el Comité insurreccional, y, por un momento, parece que todo está perdido de nuevo para Tallien y los suyos.

Pero el peligro les da ánimos para obrar. Reunidos de nuevo en Asamblea, los diputados acuerdan colocar fuera de la ley a los insurrectos, y he aquí que el nombre que Robespierre había contribuido a hacer temeroso y respetado, el nombre de la Convención, sirve ahora para su definitiva pérdida. Pues apenas llega la noticia a la plaza de la Gréve, donde se han reunido los robespierristas, de que la Convención ha condenado a los que se rebelen contra sus órdenes, un hálito de pavor pasa por todas las almas y, poco a poco, la plaza queda vacía. Entonces puede Bourdon, con algunos de los suyos, entrar en el Ayuntamiento y sorprender al Comité, Robespierre, Saint-Just, Sebas, Couthon, que estaba a punto de escribir una proclama al ejército: sorpresa, desesperación, intentos de suicidio…

A la mañana siguiente, el sol alumbra con la misma indiferencia con que acogiera a las carretas de los antiguos condenados, la de los guillotinadores que marchan al patíbulo: Maximiliano Robespierre, el ídolo de ayer, todavía con su traje azul celeste, va echado en una de ellas con la cara vendada porque intentó matarse y sólo logró romperse la mandíbula del pistoletazo. A su alrededor la multitud de parientes de las víctimas le abruma con invectivas e injurias. No falta, inmediatamente, la canción popular:

L'infâme Robespierre,
Du peuple l'ennemi,
A mordu la poussière
Et son règne est finí.
Et, mais oui-da,
Voilà le sort de tous ces traîtres-là!
Et, mais oui-da,
Voilà le sort de tous ces traîtres-là!

Cuando llega la noticia de la muerte de aquel que los hizo temblar, todos los conjurados se abrazan como si volviesen a la vida. Y Tallien, piensa: Teresa está en salvo.

CAPÍTULO IX

«NOTRE-DAME DE THERMIDOR»

HAY que haber vivido el Terror para darse cuenta exacta de lo que significa el Termidor para los habitantes de Francia, especialmente de París. Si a un hombre de la época se le pregunta cuáles son sus planes para el futuro, tras la caída de Robespierre, contesta solamente levantando el rostro iluminado: *Vivir*, y aun emborracharse de vida; saber exactamente que se vive y que la cabeza está segura sobre los hombros; que se puede gozar, beber, amar, pasear, leer, estudiar; que no hay espías tras de cada esquina y que las cárceles se abren, paulatinamente, para dejar salir a esas siete mil ochocientas víctimas recluidas en ellas. Esto es todo lo que se espera.

El nuevo Comité se encuentra con un estado enfervorizado con que la opinión pública saluda a los que han terminado con el Terror y, aunque no fuera ésta la intención de quienes sólo querían librarse de un enemigo peligroso y salvar sus vidas, son lo bastante políticos para presentarse como seres benignos que han cegado el caño de sangre que amenazaba con ahogar a toda Francia. Como, además, muchos de ellos tienen amigos en las cárceles, no es muy difícil iniciar una política de rectificación de errores revolucionarios. Desde luego, la guillotina deja de funcionar por el momento, esperando acoger a los robespierristas, y las concesiones de libertad se

prodigan devolviendo la tranquilidad y la paz a muchos hogares.

Naturalmente, una de las primeras víctimas que vuelve a pisar el empedrado parisién es Teresa Cabarrús. Con la natural angustia ha seguido, en unión de sus compañeros de infortunio, el ruido que de la calle llegaba reflejando las incidencias de la lucha y los rumores, a favor de uno u otro bando, que llegaban hasta la cárcel. Con la natural alegría ha sabido la muerte de Robespierre que es la vida suya y con el natural alborozo saluda este día de liberación, esta llegada de Tallien que repite la historia y la permite contemplar el sol tantos días oculto para sus ojos. Pero ni el entusiasmo de su salida la impiden olvidarse de su natural pronto a recoger el clamor ajeno. Apenas de nuevo en los brazos de Tallien, pide a éste y consigue —¡qué va a negar el tribuno a Teresa!— la libertad inmediata de Rosa de Beauharnais, su compañera de reclusión. Y así es como la futura emperatriz de Francia —pues cambiará su nombre por el de Josefina— deja la sombría prisión de la mano de Teresa Cabarrús. Su amistad y su agradecimiento a la española se afianzan por este detalle afectuoso.

¿Cómo ha corrido la noticia entre la población de París? El hecho es tan curioso que hay que creer, inevitablemente, en ese instinto de las multitudes que las arrastra en momentos difíciles. El caso es que, como un reguero de pólvora, ha circulado por la ciudad la nueva de la importancia que la influencia de Teresa ha tenido en ese golpe de Termidor tan celebrado. Contribuye a la popularidad el contenido romántico que da, a la lucha política entablada entre Robespierre por un lado y Tallien por el otro, la presencia de una mujer, y como las muchedumbres de todo el mundo gustan de sentirse arrastradas por sentimientos de esta índole, la acogen con entusiasmo. Teresa se hace la representación de la fecha crucial, Teresa es la causa que produjo el efecto y, cuando ya liberada, empieza a exhibirse en público del brazo de Tallien, su belleza y la expresión infantil que aun conserva a posar de las vicisitudes pasadas, acrecientan la admiración de la gente hacia ella. Pues a la multitud, como al niño, cuyas reacciones tiene, la impresiona

fuertemente la belleza física y viéndola hermosa está inmediatamente dispuesta a creer que es buena y amable. Como sucedió en Burdeos, esta admiración colectiva busca un nombre, una expresión con que exteriorizarse y, al fin, da con ella. ¿No ha sido la salvadora de París, de Francia entera? Hay que darle entonces un calificativo de protectora sobrenatural y así nace el título de *Notre-Dame de Thermidor* con que los franceses, los parisinos, quieren significar simultáneamente su afecto y el recuerdo de la fecha que liberó a Francia del Terror.

París se va levantando de la decadencia. La ciudad se alza lentamente en su aspecto de antigua brillantez y en el pleno fulgor de estos focos ideales, brilla la mujer del día: Teresa Cabarrús. El cambio lumínico de la celda oscura de la Forcé, a la calle radiante donde destaca como primera figura, es para hacer perder la cabeza a cualquier mujer. Teresa no vacila porque la Naturaleza la ha hecho tan propicia a la mirada ajena que está casi habituada a ello; se limita a cerrar los ojos para reponerse un momento y luego los abre y se entrega al placer de verse admirada. Porque ésta es su vida y su aspiración máxima. Embriagarse con ese espirituoso líquido que es la alabanza pública que, aquí como en Burdeos, la considera merecedora de elogio por haber detenido el torrente de sangre vertida.

Aunque el trono ideal de los agradecidos conciudadanos es ahora mucho más alto y refulgente, porque también es más suntuoso el palacio. París arde en fiestas y luminarias. Todos los días se abren nuevos salones de baile, todos los días se lanzan nuevos vestidos a la moda; vuelve a gastarse dinero a todo tren. Los meses de privación y pobreza forzada han hecho que el buen francés medio se muestre deseoso de esa otra vida vocinglera y ruidosa como un destapar de botellas de champaña. Ya no es necesario ocultar el dinero como en el Terror en que *on rougit d'être riche…*; ahora nadie se avergüenza de tener dinero, al contrario, lo exhibe y lo reparte en prueba de su largueza. Y el que no lo tiene, lo pide o lo roba; todos y cada uno tienen unas ganas feroces de vivir

ampulosamente aunque esta manera de desenvolverse esté muy por encima de sus posibilidades económicas. Pero es que, al mismo tiempo y como consecuencia de lo primero, se ha originado una pasión desbordada por los negocios. Todo el mundo los hace y de toda índole, la mayoría no muy claros; pero no hay peligro en hacer buenos negocios porque los hombres que gobiernan ahora, Barras, Tallien, Fréron, no vacilan en cobrar su parte en los beneficios si es necesaria alguna recomendación a tiempo…

Pero si el hombre de la calle se ha planteado muy claramente su conducta para el futuro: vivir, y disfrutar de este vivir, la situación política dista mucho de estar tan clara. Pues como en toda coalición de partidos diversos para derribar a un hombre, al día siguiente del triunfo ya se ha producido, automáticamente, la escisión. Cada uno, desde los realistas más o menos encubiertos a los revolucionarios más avanzados, quieren llevar el agua a su molino y aprovechar para sus fines los sucesos de Termidor. Los últimos, sobre todo, que son todavía una fuerza muy importante y a quienes se ha echado de las secciones donde cobraban cuarenta sueldos diarios que les ayudaban a vivir, se reúnen en los Jacobinos y acusan amargamente a Tallien de sus concomitancias con los elementos realistas; le reprochan sus relaciones con Teresa, hija de un banquero del rey de España, y sacan de ello y de alguna visita que el embajador español ha hecho a la joven pareja, la conclusión de que se prepara una restauración monárquica. El asunto toma tanto vuelo que Tallien tiene que tomar la palabra en la Convención para defender la conducta de Teresa. ¡Hasta tal punto ha llegado la personalidad de ésta a interesar a Francia! Con voz apasionada, el tribuno hace la apología de Teresa mártir bajo la tiranía de Robespierre de la coacción que se quería ejercer sobre ella para acusar a Tallien de traición y describe emocionado la noble actitud de ella negándose en aras de su amor al representante. Todo ello, naturalmente falso, sirve, cuando menos, para acallar posteriores alusiones a la española, ya que el futuro malicioso corre el peligro de ser tomado por un partidario de Robespierre, cuya víctima fue

Teresa.

Pero, ¿cómo se atreve alguien a atacar a Tallien? ¿No es el hombre del día, el acusador de Robespierre, el fautor de los hechos de Termidor? Era. Es viejo refrán aquel de que el traidor no es necesario siendo la traición pasada. Tallien ha sido el ariete, el golpeador que derribó al Tirano, cierto, pero esto no quiere decir que la gente vaya a olvidar quién era antes, qué vida llevaba como septembrista y como representante del pueblo en Burdeos en los primeros tiempos. Por otra parte, los jacobinos se dan cuenta de la tendencia a la derecha que se está realizando y ya echan de menos a Robespierre, por lo que tienen que odiar doblemente a su enemigo.

Teresa realiza un esfuerzo continuo para mantenerle en primer plano de popularidad a remolque de ella. Salida de la cárcel, ha ido a vivir a la *Chaumière*, imitación rústica de casa de labor muy del gusto de quienes todavía leen a Rousseau. La casa está situada en la Avenida de las Viudas (hoy Montaigne) en los Campos Elíseos, y sus ladrillos falsamente desgastados por el tiempo, están recubiertos de flores silvestres. Allí es donde Teresa recibe a sus amigos, haciendo los honores de la mansión con la distinción que la caracteriza. El fuego de chimenea en el centro del salón, a pesar del buen tiempo reinante afuera, da a la casa un aspecto más típico y permite al mismo tiempo a la dueña de la casa, las muselinas finas y los vestidos descolados que dejen al descubierto sus maravillosos hombros, admiración de todos.

A estas fiestas asiste lo mejor de la nueva sociedad, la aristocracia recién nacida y en la que se confunden, *pêle-mêle*, algunos títulos anteriores que se salvaron milagrosamente de la guillotina o que han vuelto clandestinamente de la emigración porque encontraban a faltar su dulce Francia, los convencionales que ahora tienen las riendas del poder, los especuladores que saben duplicar su fortuna, en un solo día, gracias a las circunstancias extraordinarias… Ellas se llaman Josefina de Beauharnais, Mme. Aiguillon, Mme. Château-Renault y una figura de

mujer algo hombruna, no bella, pero que tiene una deliciosa conversación y grandes conocimientos en cuestiones literarias. Se llama Mme. Staël y es hija de aquel ministro, Nécker, cuyo nombre tanto sonara al principio de la Revolución; emigrada a principios del 92, ha vuelto a Francia y acude a todas las fiestas que surgen. Su inteligencia, si no su gracia —Heine dirá de ella que era *un Robespierre con faldas*—, la convierten en elemento utilísimo para realzar toda clase de asambleas. Teresa la invita a menudo porque, a pesar del éxito que tiene la escritora, no la considera rival apreciable; bien sabe que la mayoría de los hombres gustan más de ver unos labios femeninos que de oír las palabras que pronuncian.

Ellos, los habituales de la *Chaumière*, se llaman: Auber, Cherubini, Carlos Vernet, música, pintura, y en políticos, Louvet, el girondino, Barras, Sièyes, Lanjuinais, Fréron… Este último está formando lo que podría llamarse la guardia de corps del nuevo régimen. Comprendiendo que es forzoso oponer un dique a la fuerza jacobina de asalto, todavía numerosa, ha constituido la *jeunesse dorée*. Esta *juventud dorada* está formada por jóvenes de la clase media y alta y van elegantemente vestidos para fijar más su diferencia con los vencidos *sans-culottes*. Llevan en la mano un bastón, bastón que no es simple medida de elegancia como experimentan muy pronto sobre sus espaldas los jacobinos que se atreven a usar aún el gorro frigio ya desechado por el gusto nuevo.

Con ellos, los altercados son frecuentes en las calles de París y estas luchas intestinas se deben precisamente a la desorientación de la Convención, que no sabe qué giro dar a su política. Pues Francia entera ha saludado alborozadamente la caída de Robespierre y sus métodos, pero, si se deja llevar por el camino reaccionario, si continúa dando pasos hacia la derecha, se da alas a los monárquicos, y muchos de los termidorianos, por mucha agua que haya pasado bajo los puentes, no pueden olvidar —y saben que tampoco lo olvidan los contrarios— que votaron la muerte de Luis XVI. Si, por otro lado, se tiende a disminuir la vida cara con el máximo y el comunismo de las subsistencias que preconizaba

Robespierre, se vuelve al sistema terrorista del cual con la alegría de los más ha escapado Francia. Esta desorientación se refleja en las determinaciones tomadas, ora hacia un lado, ora hacia otro. Para demostrar que no son derechistas, llevan, con gran pompa, los restos de Marat al Panteón. Cuatro meses y medio después son retirados éstos y la *jeunesse dorée* derriba todos los bustos que encuentra del veterinario muerto a manos de Carlota Corday. En todos los actos públicos del nuevo régimen se nota la falta de equilibrio, hasta tal punto, que la permanencia de hombres mediocres en el poder, no se debe sino a que los grupos extremos toman sus medidas y se preparan para ir al asalto del mando un día u otro.

Pero, aparte esos leves incidentes, la calle no se preocupa de estas cosas. El caso es divertirse y divertirse bien. La furia por el baile ha acabado de torcer la balanza hacia el espectáculo desenfrenado. Seiscientas salas de baile abiertas permanentemente en el París de la época absorben, junto con los teatros que cada día inauguran nuevos locales, a esta multitud ávida de olvidar las jornadas del Terror. Las muchachas que han visto a sus novios, hermanos, padres, salir de la casa arrebatados por el largo brazo de los sicarios robespierristas, están decididas ahora a borrar estas visiones con el espectáculo de los jóvenes *muscadins* que visten con frac gris, corbata verde, peripuestos y petimetres, mirando a través de unos ridículos impertinentes, o bien se lanzan ellas mismas a ataviarse como *merveilleuses*, imitando todo lo que sea posible a la amante de Tallien, a esa Teresa Cabarrús que lanza cada día una moda nueva. Y ciertamente no las falta oportunidad de observarla, porque Teresa está en todas partes; allí donde haya un baile, una reunión pública donde ser observada o admirada, allí está ella. Su presencia se señala por un revuelo de miradas y comentarios y hasta a veces —en los primeros tiempos siguientes a Termidor— por ovaciones de la gente congregada a la salida de los teatros a donde ha ido. Los hombres la miran a ella, las mujeres a sus vestidos, que son de extrema originalidad, tanto, que sólo ella

sabe llevarlos. Con tino inigualable usa de las diversas costumbres ideológicas de la época y las aprovecha para su mayor lucimiento. Y así, un día se presenta en un baile en casa Frescatti ataviada *a lo salvaje*, esto es, con un *maillot* color carne cubierto de una simple túnica de lino y ésta abriéndose sobre las rodillas en cortes que permiten ver unas ajorcas de oro sobre las piernas desnudas.

Pero lo que más place a Teresa es conducir la moda por los senderos seudoclásicos. La Grecia espartana que soñara Saint-Just o la Roma catoniana; de otros jacobinos de izquierda se ha convertido hoy, por obra y gracia del Termidor y de esa mujer, Teresa, en la Grecia muelle y sonrosada de Alejandría con el placer y el deleite a la orden del día. Las telas transparentes a la manera de túnicas antiguas adquieren un éxito extraordinario. Hay túnicas a la Ceres, a la Minerva, vestidos a la Flora, a la Diana, a la Onfalia. Teresa insta constantemente a su amigo, el pintor Vernet, para que le proporcione camafeos, reproducciones de relieves antiguos para vestir y peinarse como las figuras representadas en ellos. El cielo de París, tan a menudo oscurecido por nubes grises que agitan vientos fríos, queda sorprendido al contemplar bajo sus techos, por los bulevares, siluetas de mujeres vestidas con gasas y tejidos transparentes, tal como podrían ir las atenienses.

Hasta que la temperatura toma su desquite. Y las enfermedades por resfrío caen como una plaga bíblica sobre las que, tan inconscientemente, olvidan el clima en que viven. Se hace forzoso usar de una tela gruesa para taparse. Y Teresa une las dos modas influencias de la época, la clásica y la anglo-maníaca, para vestir, encima de la túnica helenizante, un cobertor suave de tela dúctil y que se ajuste al cuerpo armoniosamente: la prenda inglesa, el *shall*.

Ésta es la época en que más importancia se da a las mujeres y Teresa está a la cabeza de todas ellas; pero mientras su estrella sigue en su cénit, la de Tallien va empalideciendo a ojos vistas. Desde las primeras horas en que se abrió la *Chaumière* a la expectativa de la gente se ha visto claro que es ella y no él la que tiene la popularidad; en ella es seductora su historia, su gracia, sus

dotes de anfitriona. De Tallien, en cambio, es mejor no citar la vida; no sabe tratar a la gente y tiene la incómoda pesadez de conversación de todos los atacados de un complejo de inferioridad que creen que nunca se les reconocen los méritos contraídos. Los que Tallien explica, mejor dicho, lo único que puede exhibir en las circunstancias políticas de hoy, es el que se refiere al golpe de Termidor y contándolo, con pelos y señales, así como exagerando grandemente las persecuciones de que le hiciera víctima Robespierre, llega a repetirse hasta lo indecible. El auditor de sus proezas aprovecha la primera ocasión en que hable de las desventuras que pasara Teresa por no querer denunciarle como espía inglés y deja al tribuno para dirigirse a ella con el pretexto que quiere oír lo sucedido de los propios labios de la ex reclusa en la Forcé. Y, naturalmente, sin hacerse rogar, antes al contrario, aprovechando la ocasión de mostrarse gentil una vez más, Teresa narra las terribles horas pasadas en la oscura celda, la angustia que sentía al ruido de los ratones que infestaban el viejo caserón y aun muestra, levantando traviesamente el pie calzado con el coturno clasicista, las huellas de los mordiscos que los desalmados roedores imprimieron en su desvalida carne; mordiscos que, a decir verdad, nadie ve, sea porque son realmente pequeños, sea porque no existieran más que en la imaginación de la española, sea también porque las miradas de los así emplazados a observar no se fijan más que en la suave forma del pie menudo y blanco. Y así, la exclamación de los invitados al salir de la *Chaumière*, no es precisamente: ¡Cuánto sufrió la ciudadana Cabarrús!, sino: ¡Qué bellos miembros tiene la ciudadana Cabarrús!

La decadencia política de Tallien la ve ella antes que nadie. Juan Lambert, que no es más que un político, que por sus condiciones físicas y morales no tiene otro camino vital que el del río revuelto de la política (y cuanto más revuelto mejor), está pasando por el trance angustioso de aquel a quien se le ha escapado el momento oportuno: en su caso, el de Termidor. Entonces no supo, o no pudo aprovecharlo para escalar el poder. Ahora se ve echado a un lado,

peor que perseguido, despreciado. Nadie cuenta con él, nadie se preocupa de él y sus discursos apenas son escuchados con forzada atención.

Lo más trágico es que él mismo se da cuenta; percibe que se le va de las manos este factor del éxito tan importante para vivir y que, sin el arma aquella en las manos, todo se le hunde. Y su angustia ante este quedar cada vez más al descubierto se intensifica al intuir que, con la primacía política, puede perder a quien, para él, ha llegado ya a ser una obsesión, un amor desbocado: Teresa. En las veladas de la *Chaumière*, cuando ella sonríe a todos y hace honores a los invitados, Tallien, en su rincón, sufre como un niño —no tiene más que veinticinco años y está enamorado— a quien le arrebatan un juguete muy preciado. El recuerdo de Burdeos, donde él era el amo y señor y mantenía frente a ella ese poder omnímodo que da el poder; la imagen del lugar donde cada favor, cada merced a solicitar, se pagaba con una caricia, con una frase cariñosa, le atosiga hasta envenenarle el alma. A menudo, a media reunión, abandona la *Chaumière* y se va a pasear por los solitarios Campos Elíseos. Y como buen enamorado no le da a ella la culpa de los desvíos, sino a sí mismo que no hace lo bastante para mantenerla a su lado con la categoría que ella merece.

El miedo, el pavor a perderla para siempre, le impulsa a hablarla de un problema que le desvela: su boda. ¿Por qué no casarse? Ella está divorciada, él es soltero, ambos libres. Se hace necesario legitimar una unión, no por conocida y aceptada menos ilegal; por otra parte, su carrera política no gana nada con este concubinato que, a veces, nota le echan en cara los diputados contrarios en la Convención; además, es forzoso dar un nombre a los hijos posibles…

Tallien habla y habla. En silencio le deja expresarse ella porque le conoce bien y sabe que detrás de toda esta preocupación legalista que cuadra muy mal con la historia revolucionaria del convencional hay un miedo loco o perderla y quiere lograr, con el matrimonio, un lazo más estrecho entre ambos. Teresa reflexiona

porque ella ha sido la primera en darse cuenta del descrédito en que está cayendo Tallien, se ha apercibido de que es muy difícil un renacer en este hombre ya caído, desposeído de toda la grandeza un poco teatral que le comunicaba su postura de dominador de la Revolución; sabe también que, con él, la vida será imposible en breve plazo porque no hay hombre capaz de mantenerse mucho tiempo en la falsa situación de protegido por una mujer y la verdad es que, hasta ahora, es Teresa la que ha impedido la desvalorización total de Juan Lambed. Por otro lado, pesa en la balanza el agradecimiento por lo que Tallien ha hecho por ella; no sólo salvándola dos veces de la guillotina y otras muchas más de persecuciones y sobresaltos, sino permitiéndole, con su apoyo en Burdeos, que ella pudiese conseguir el honroso título de *Notre-Dame du Bon Secours*, uno de los más bellos recuerdos en la vida de la española. Él ha hecho todo esto por ella, él se ha arriesgado ante Robespierre en la Convención para que ella quedase en libertad. Y así, a sabiendas de que aquello no puede durar, de que tiene una base falsa, Teresa accede a ser su mujer.

Para Tallien, éste es uno de los momentos más felices de su vida. ¡Qué lejos aquellos tiempos en que ella temblaba en sus brazos recién salida del fuerte de Hâ! Con su beneplácito, el convencional se cree llamado de nuevo a las más grandes gestas. El 26 de diciembre del mismo año del Termidor (1794) y con la discreción que la antigüedad de sus relaciones exige, tiene lugar la boda. Teresa es ya, oficialmente, Madame Tallien, quinto de los nombres con que ha pasado a la historia.

Poco después de esta boda (los maliciosos llevan la cuenta guiñándose los ojos) nace la primera hija de Teresa. Se llama Rosa y es ahijada de Josefina, que la dió su nombre auténtico; la familia le añade un título que sea recuerdo de la fecha clásica y, así, Rosa Termidor es la chiquilla en quien los admiradores de la madre buscarán un día los rasgos fisionómicos de aquella que los enloqueciera de joven.

Las fatigas del parto apenas separan a Teresa unos días de sus

amigos. Una de las cualidades que conservará siempre la Cabarrús, es esa magnífica salud de campesina que la permite tener hijos y gozar de la sociedad con apenas intervalo entre ambas cosas. Y es claro que un espíritu tan dado a los bailes y al ajetreo de una vida social necesite de esta naturaleza robustísima para no perjudicar enormemente su estado físico.

Muy pronto, pues, sigue aquella existencia que las fuerzas de las circunstancias y su simpatía personal han convertido en la de todo París. La gente está cada día más dispuesta a divertirse y en esta idea está muy unida, aunque a veces choque la disparidad de elementos que llenan uno cualquiera de estos salones termidorianos que tanto gusta de realzar Madame Tallien con su presencia. El jacobino arrepentido se codea con el emigrado con su corbata y vestido de color verde imitando a los chuanes, pero el elemento más disonante en las reuniones lo proporciona indudablemente el sexo femenino; son las mujeres de los agiotistas enriquecidos, las de los diputados que se dedican a la compra y venta ilícita las que producen la estupefacción resentida del aristócrata de antiguo cuño con sus risotadas fuera de tono y sus manifestaciones de mal gusto. Al oírlas, el *ci-devant*, que ha adquirido la costumbre un poco morbosa de saludar *a la victime*, es decir, con un movimiento brusco de cabeza hacia adelante como si reprodujese el momento de ser separada la cabeza del cuerpo en la guillotina, queda algo mohíno y disgustado. Pero se contiene y, tras un esfuerzo, se aproxima muy amable a uno de esos diputados que quizá han firmado la muerte de Luis XVI y mantiene en prisión al Delfín, para conseguir el permiso de vuelta de algún familiar emigrado por miedo a los terroristas, según dice su valedor, no *porque no fuese de ideas republicanas*. A nuevas épocas, nuevas costumbres; el jacobino que hace unos meses hubiera denunciado al cuartel de policía más próximo a un ex noble que se le acercase a cien metros de distancia, ahora, ganado un poco por el esnobismo de las antiguas tradiciones, sonríe al representante de una clase antes odiada y le promete hacer lo posible por complacerle.

Y es que esta desorientación, esta mescolanza de principios y credos la tiene toda Francia en estos momentos. Ya se dictan medidas en un sentido, ya en otro, basta que una llamarada intenta resolver violentamente el desequilibrio. Los chuanes se alzan en armas para adelantar la libertad del Delfín, llamado por ellos Luis XVII, y París se da cuenta de que sus flaquezas e indeterminaciones han alentado la sublevación. A grandes males, grandes remedios. El gobierno recuerda la energía de los antiguos revolucionarios y un ejército marcha a toda prisa a dominar a los rebeldes. A su cabeza marchará Hoche, *el general bonito* pero de condiciones magníficamente guerreras… y junto a él, como comisario, ¿a quién podríamos poner? La respuesta es fácil: Juan Lambert Tallien. Éste es el hombre necesario para estos momentos. ¿No se trata de actos revolucionarios, de recordar momentos de *la patria en peligro*? Pues hay que volver a los hombres que supieron salvar al país en circunstancias parecidas. Todo el mundo recuerda ahora a Termidor. Es forzoso que Tallien recobre su prístina audacia.

Con el júbilo en el alma, Tallien parte al campo de batalla. Por fin se le vuelve a encomendar una misión, por fin podrá demostrar su valía, por fin Teresa sabrá de lo que, todavía, es capaz su marido.

El plan bélico apenas tiene historia. Dominados por la superior estrategia y armamento de Hoche, los chuanes dudan, vacilan y finalmente se repliegan en desorden. Estos hombres del campo, pegados a la tierra madre y por ella alzados en defensa de la tradición y la monarquía, no saben resistir a la potencia de ejércitos ya bregados contra todos los países europeos; la ayuda de tres regimientos ingleses, desembarcados en las costas de Bretaña, no impiden la derrota en Quiberon y la rendición sin condiciones de los sublevados.

Con la satisfacción del triunfo y convencido de ser otra vez el hombre del día, Tallien regresa a París. La victoria ha sido tan rápida que no estima necesario ensuciarla con el derrame de más sangre. El antiguo terrorista está tan mudado por la influencia de Teresa, que lo ve todo color de rosa y considera a la clemencia como su

mejor amiga. Y así ha dado toda clase de seguridades a los chuanes presos. Sus vidas serán respetadas porque la República no quiere terror, sino concordia. De parte del bravo y noble general Hoche no tienen que temer nada, porque conocidos son sus sentimientos magnánimos. Mecido por el traqueteo de la silla de posta, Tallien vuelve a París animado de las mejores intenciones.

Pero la política tiene movimientos súbitos y tan oportunos que parecen hechos adrede. Pues cuando Tallien llega a los brazos de Teresa, ésta le comunica nuevas muy diferentes de las que él esperaba. Durante su ausencia, sus enemigos han aprovechado bien el tiempo; Sièyes ha denunciado a la Convención sus concomitancias con los partidos realistas, ha mostrado cartas en las que se habla de una restauración y que acusan directamente al ex representante del pueblo de intentar promover a todo trance la subida al trono de un pretendiente monárquico. Sus rivales en política se han limitado a relacionar estos hechos con la nacionalidad de su mujer y sus relaciones con el embajador español para extraer sabrosas si que también peligrosas deducciones.

Al oír tales cosas, Tallien se siente palidecer. El peligro le amenaza en toda su gravedad porque el hecho es cierto. Harto de fracasos, convencido de su insuficiencia para alcanzar altos cargos en la presente situación política, Tallien se había entregado al partido monarquizante y éste lo aceptó como se acepta a cualquier elemento susceptible de producir un resultado bueno aun siendo desagradable en sí. Si la maniobra tenía resultado, todo el mundo olvidaría a Tallien, el regicida, para recordar al salvador de la monarquía y la vida se abriría anchurosa y feliz para la pareja.

Pero esto es solamente lo imaginado. Lo real es que la conspiración se ha descubierto y que el peligro acecha. Por si fuera poco, de su viaje trae ahora en el bolsillo la petición de indulto para los vencidos de Quiberon, actitud que le hará, no ya sospechoso, sino convicto y confeso de monarquismo… Claro —se dirá—, al fin lobos de la misma camada…

Toda la noche piensa Tallien en la solución del problema. Toda la

noche en que la idea de la posible catástrofe va unida a la figura de ella, que perderá si fracasa… Es necesario reaccionar. A las acusaciones contestará con acusaciones, a los insultos con insultos, a las afirmaciones con negativas. Los presos en Quiberon serán abandonados a su suerte y su republicanismo se dará por más afirmado que nunca.

Y, efectivamente: al día siguiente, la Convención oye a este presunto monárquico tremando de indignación contra quienes osaron acusarle, a ¡él!, ¡al vencedor del tirano Robespierre y al hombre de julio del 89! Su facundia, su gesto teatral —esgrime el puñal de nuevo— logra calmar a la Asamblea aunque no la convenza. Y los chuanes, aquellos hombres a quienes él diera tan halagüeñas esperanzas de indulto, son condenados a muerte y fusilados en grandes grupos. Él no mueve un dedo por salvarlos.

Para Teresa éste es un aciago día. Su corazón y su vanidad estaban de acuerdo también esta vez para intentar la salvación de los prisioneros. Existe su sentimentalismo de mujer a quien repugna el derramamiento de sangre; está también un orgullo en querer mantener el calificativo que siempre ostentó como un blasón: el nombre de *Notre-Dame du Bon Secours*. Con lágrimas en los ojos les cuenta a sus amigos el dolor de verse impotente para salvarlos. Y es cierto que no puede. Si su influencia en París es cada día mayor, su nombre no es todavía una garantía para el gobierno. Por otra parte, una petición en favor de los realistas presos se hubiera interpretado como una recomendación de su marido dispuesto a obtener por intermediarios lo que no podía solicitar él claramente y a la luz del sol.

Por Tallien, por la reputación de Tallien, Teresa se sacrifica. Y su sacrificio es doblemente grande porque se da cuenta, cada día con mayor lucidez, que él no hará ya nunca nada más como político; en sus últimas dificultades ha logrado evitar el peligro inminente, pero no ha engañado a nadie; el halo de traición, de tibieza y de poca gallardía que está presidiendo sus actos de un tiempo a esta parte hacen su figura repelente para todos los partidos. Su estrella se

hunde, lenta, pero seguramente.

El último esfuerzo para apuntalar a Juan Lambert lo realiza Teresa el 9 de Termidor de 1795, conmemoración de la gesta que preludió su libertad. Tras la sesión en la Convención, Teresa ha reunido en la *Chaumière* a los diputados de los partidos más diversos y aun divergentes. Con todos y presidiendo la mesa ella, Mme. Tallien, el mundo podrá tomar ejemplo de como las diferencias políticas se borran cuando se recuerda el acontecimiento en que todos se vieron libres del enemigo común, Robespierre. Tallien volverá a ser el hombre del día y el agradecimiento por haberlos salvado repercutirá en un nuevo margen de confianza al antiguo periodista revolucionario.

Los «incroyables», estampa de Carlos Vernet

Pero la cosa falla en principio. Hace exactamente un año de la fecha aquella; mucho tiempo, demasiado, para recordarlo en detalle con lo apresuradamente que se vive en tiempos revolucionarios. ¿Quién se acuerda ya? Y por eso, cuando finido el banquete cada uno hace el brindis que más le place, el *toast* reglamentario, apenas

se cita el preponderante papel del tribuno o de su bella esposa. Al contrario, cada uno de los diputados procura citar sus propias esperanzas para el futuro. Las palabras son a menudo contradictorias, el vino colorea las caras, las palabras acompañan ahora las miradas de soslayo y de resquemor a través de la mesa, y Teresa se va apercibiendo que si difícil era que la fiesta conmemorativa redundase en beneficio de Tallien, más difícil será que no termine en descrédito de ambos, con una violencia de cualquiera de los bandos en lucha. Pero aquí ya se juega Teresa algo para ella mucho más importante, casi sagrado: su reputación de huésped amable, su fama de apaciguadora de luchas políticas que domina con el encanto de su sonrisa como en aquellos tiempos lejanos de Fontenay-aux-roses. Y así, dominándose como sólo ella sabe hacerlo, endereza su esbelto cuerpo; automáticamente callan las conversaciones y ella levanta su copa. Este es su brindis: «¡Por el olvido de las injurias! ¡Por el perdón de las ofensas! ¡Por la reconciliación de todos los franceses!».

Y como tantas otras veces, su influencia se manifiesta aun en espíritus exaltados por alguna copa de más. Las miradas agrias se suavizan, los ceños se desarrugan, el rictus se hace gesto amable. Uno a uno quieren todos chocar su vaso con el de ella; uno a uno la felicitan porque su brindis ha sido el mejor y el más oportuno. Con la sonrisa en los labios Teresa agradece las lisonjas; con las más afectuosas frases de amistad acompaña luego a los huéspedes hasta la puerta y los ve alejarse en animados grupos por la Avenida de las Viudas en los Campos Elíseos, ahora floridos y suaves bajo la noche estrellada. Luego cierra la puerta y se vuelve hacia Tallien. Sus ojos han mudado la expresión hasta convertirla en franca tristeza y desaliento; expresión que la vista de la figura abatida de su marido, de codos en la chimenea, muda lentamente en una mueca de desilusión… Éste no es aquél…

Con un suspiro se acerca a los candelabros y va apagando las velas hasta que no deja más que una encendida. Cada vez más en la sombra, él la ve dirigirse hacia la escalera y se vuelve hacia ella

con un gemido de niño castigado por la vida. Imperturbable, sigue Teresa su camino y asciende por los peldaños que imitan el musgo. Abajo queda el hombre deshecho, avejentado por este gesto mudo de desprecio. Ahora es cuando se da cuenta Tallien de que está definitivamente vencido.

* * *

Este día que había de resultar un triunfo ha traído consigo —bien lo ve Tallien— el principio del fin. Teresa ha hecho lo posible para salvarlo y salvarse ella; ahora, vista la imposibilidad, intentará seguir su camino sola. Pero ésta es una palabra que no gusta a la española. Por principio, ha amado siempre la compañía humana y la reclusión en una celda o la vida en un desierto sería un golpe mortal para esta mujer enamorada de la sociedad. Toda su vida ha bullido a su alrededor gente a quien consultar, gente a quien solicitar una mirada o una caricia. Teresa no sabe estar sola, no conoce el gozo íntimo de la soledad consigo misma, de la propia compañía, porque siempre se la enseñó a vivir con otros y a brillar frente a otros.

Teresa necesita al hombre protector, necesita a alguien que no puede ser ya ese pobre y desdichado Tallien, rechazado por todo el mundo como un leproso, sin vista política ni siquiera mercantil. Y este último factor no es de poca importancia, ya que la situación económica del hogar no es precisamente satisfactoria. Esa vida activísima de sociedad, este ser, constantemente, bandera y guión de la nueva moda, es, ciertamente, gracioso y apasionante, pero terriblemente caro. Los comerciantes en finísimas sedas o chales de cachemira no gustan de esperar el pago de sus débitos aunque sus ropas sirvan para realzar la mejor figura del París de la época. Es forzoso pagarles a tocateja porque su avaricia ofendida les podía llevar a enseñar las telas recién llegadas a otras beldades de moda, con lo que éstas podrían asestar un duro golpe de primacía a

Madame Tallien. No sería lógico, además, que esta mujer que es tan generosa de su corazón y de su propio cuerpo fuera a serlo menos cuando se trata de unos de esos papeles llamados asignados que cada día ven disminuir rápidamente su poder adquisitivo. Entre sus bellos dedos se filtra el dinero como agua de mayo. En vano ha intentado Tallien tapar los huecos con los ahorros (llamémoslos así) hechos en Burdeos; el gasto es superior a todo. Y aunque ella era rica, los gastos efectuados en Burdeos, donde vivía orgullosamente a sus propias expensas, y la taumaturgia que, con gran parte de sus posesiones, ha efectuado su ex marido Fontenay a la hora del divorcio, han hecho algo embarazosa su situación económica presente.

Naturalmente, una morigeración de gastos podía salvarla todavía. Si realizara sus bienes, si se retirase a una vida familiar y austera dedicada al cuidado de sus hijos, podía alargar indefinidamente este estado de cuentas; pero si Teresa fuese capaz de este sacrificio dejaría de ser ella misma y su vida no obedecería a las directrices de siempre. Para Teresa, alejarse del mundo es superior a sus fuerzas, y si sólo la fuerza de las circunstancias la forzara a dejar París para ir a Burdeos, imagínese lo que sería ahora la idea de partir en momentos en que triunfa estrepitosamente, en que la popularidad la rodea y mima como a una niña; no; éste es su centro y, en él, debe distinguirse como siempre.

CAPÍTULO X

BARRAS

A un Tallien vencido, ¿quién debe sustituirle? Un Barras vencedor. Helo aquí; fue Vizconde de su apellido y pasó a las filas revolucionarias como tantos otros nobles. No es ya un niño, tiene cuarenta años; pero su elegancia un tanto aparatosa le da un aire de juventud que él cuida. Intelectualmente no pasa de ser una medianía, pero como entre los termidorianos la inteligencia de estadista no abunda, él, que es hábil y posee el *bluff* necesario para impresionar a los papanatas, sabe ser en seguida el hombre del día. Perteneció a la conjuración que dio al traste con el reinado del Incorruptible y aun tuvo parte principal en ella mandando las tropas de la Convención que marcharon contra el Ayuntamiento; pero, más listo que Tallien, tras hacerse la reputación no se ha dormido sobre los laureles. Sabe que es forzoso ganar una batalla todos los días a ese monstruo peligroso que se llama opinión pública y no se ha descuidado; por un lado activa los manejos políticos; por el otro, los negocios turbios que le permitan tener una base financiera en que montar su edificio social; con afición a la vida brillante, derrochador como Teresa y tan ambicioso como ella, inicia su conquista porque, siendo el primer hombre de París, quiere asimismo ser el dueño de la primera mujer de la capital.

El cerco no es largo. Para Teresa representa la solución material

de su vida. Para él, un triunfo femenino de calidad. Sabe además que, puesto a subir, necesitará junto a sí una mujer que sepa hacer los honores de su casa; su esposa —y hace bien— vive lejos de París.

La solución definitiva la da la política, esa política a cuyos vaivenes tan estrechamente ha ligado su vida efectiva la española. En octubre de este año de 1795 inicia sus tareas el Directorio. Cinco Directores elegidos en la Asamblea regirán, de ahora en adelante, los destinos franceses. Y es en vano que Tallien realice esfuerzos sobrehumanos para conseguir ser uno de ellos. No le apoyan la derecha, la izquierda ni el centro y tiene que contentarse con ser miembro del Consejo de los Quinientos, una migaja arrojada a un famélico de poder, cargo subvencionado con veintiocho francos diarios (su mujer llega a gastar ocho mil en una peluca) mientras ese vanidoso de Barras obtiene un haber anual de ciento cincuenta mil. Tallien se da por vencido y aunque las costumbres del tiempo no fuesen todo lo libres que son en cuanto a relaciones maritales, tampoco diría nada al cada vez más descarado flirteo de su esposa con el convencional triunfante. Barras entra en la *Chaumière* como si fuera propiamente su casa y en las reuniones que se dan en ella realza la fiesta con su presencia, como dándole un certificado de oficialidad, de matiz gubernamental.

La *Chaumière* se ha convertido en el símbolo parisino del ágora de los antiguos griegos. Ha aparecido el baile en los salones particulares y, entre paso y paso de contradanza, se discuten las más variadas cuestiones de política. Teresa, nueva Aspasia, nombre que tan bien se acuerda con las amplias vestiduras que luce, se pasea haciendo los honores a los invitados. En su salón está lo más vistoso de la Francia del tiempo: Mme. Staël, el general Hoche, triunfador de Quiberon, el poeta y músico Arnold, Mehul…

En un rincón, una cara criolla hace graciosos dengues a un diputado; ella es Josefina de Beauharnais; él, Fréron, el jefe de la *jeunesse dorée*, considerado el Tenorio de la política, pero que se siente un poco turbado por la charla de Josefina, charla picante e

ingenua al mismo tiempo, en la que no se sabe dónde termina la sincera vacuidad y empieza la pose coqueta. Un poco más allá está lo más puro de la reunión, lo más refinado de la Francia del siglo, lo más casto de este clima sensual y bullanguero: Julieta Récamier, la Madame Récamier de la leyenda que tan rara encontraba su inocencia en ambiente semejante, que inventó una explicación fisiológica para explicarse el por qué una francesa del tiempo guardaba fidelidad a un marido mucho mayor que ella. Muy fina, delgada, casi transparente, Mme. Récamier sabe sacar partido de su figura y, en lugar de intentar una competición absurda con la brillante belleza de Mme. Tallien, en lugar de ostentar galas y adornos que atraigan las miradas femeninas o escotes que las atraigan de los hombres, usa del estilo contrario. Realza su frágil belleza con la sencillez máxima: lleva siempre vestidos blanco o rosa, tonalidades suaves que hagan de toda ella un conjunto de delicioso romanticismo, débil, un tanto decadente como flor de invernadero. Si Teresa no fuese tan bella, Julieta la hubiera suplantado muy pronto en el salón parisino porque es diferente de todas; pero si la diversidad de belleza puede hacer dudar todavía a los *connaisseurs*, Teresa tiene, en estos momentos —Mme. Récamier es todavía muy joven—, mayor mundo, más prestigio. Además, la moda clasicista hace más apetecibles los tipos a lo Dánae y a lo Salomé que el Ticiano pintara que esa figura grácil, de virgen prerrafaelista, que personifica Mme. Récamier.

Por los salones deambula también un general de artillería. El uniforme, desgastado y viejo, cubre deficientemente un cuerpo menudo. De estatura no muy alta, ese militar corso que atiende por el raro nombre de Buonaparte se pasea entre los grupos, un tanto desorientado, atendiendo a las conversaciones pero sin atreverse a mezclarse en ellas. Lleva el cabello largo y desgreñado como *orejas de perro*, según la moda y la expresión de los *incroyables* de la época, que han sustituido a los *muscadins* en la cuestión de fijar la manera de vestir de la gente. Este peinado, voluntariamente feo, achaparra más la figura del general y le da un aire disgracioso que

forzadamente intenta ocultar procurando intercalar alguna frase oportuna de las que tienen éxito en las reuniones. Pero a su figura castrense le viene pequeño el salón y las broncas voces de mando de sus superiores en el ejército le sonaban mucho más dulces que las de esta ciudadana, por ejemplo, que le está contando quién sabe qué extrañas opiniones sobre la estrategia de la guerra civil.

Menos mal; he aquí a este buen amigo, Barras, su protector, a quien conociera en Tolón, que viene a buscarle. A través de la multitud, el Director conduce a Buonaparte hacia mi grupo. De pronto, un pequeño tropezón; el corso se excusa y una fresca voz le disculpa inmediatamente; una ojeada rápida: Barras se inclina al oído del general:

—Es Josefina de Beauharnais. Criolla de la Martinica. Robespierre hizo guillotinar a su marido.

El futuro emperador lanza una mirada curiosa a la futura emperatriz y sigue su camino. Toda la efemérides amorosa posterior con frases como aquélla: «Me despierto lleno de ti… adiós, *mio dolce amor*, un millón de besos», está muy lejos todavía de este general disponible. No se da cuenta a quién ha visto cuando se dirige a saludar a la diosa francesa del momento, a Mme. Tallien.

Barras hace las presentaciones. El ojo agudo de Teresa comprueba inmediatamente el aspecto desaliñado del general, su aire receloso y un poco huraño. No es raro que no intuya en él un genio de las armas; pero, en cambio, le trata como si lo fuera, que tal es la gracia del perfecto huésped. Su memoria, que le sirve cuando a ella le place, le recuerda un día bordelés en que hubo una fiesta para celebrar la nueva de la toma de Tolón sublevado y recuerda también que, en la hazaña guerrera, sonaba el nombre de este Buonaparte, entonces oficial de artillería. Sería inoportuno recordar ahora la jornada aquella, pero sí es cortés tratar de quien la diera lugar. Y así, felicita al general:

—¿Vivís en París, ahora? No dejéis de venir por mi casa. Los amigos de Barras son mis amigos.

Buonaparte asiente pero, sin querer, mira sus botas deslucidas,

su traje gastado; no está su ropa para fiestas. Al levantar la mirada nota que Teresa ha seguido la suya y ha comprendido lo que le sucede. Y entonces, un sentimiento de curioso orgullo, el orgullo de la propia miseria, le hace contestar a la pregunta muda y explicar su atavío:

—La verdad es que… necesitaba un traje nuevo. La intendencia me lo prometió, pero… —y sonríe desmañadamente…

—Esto no tiene importancia, general.

Teresa ha intuido la enfermiza susceptibilidad del hombre que tiene delante y el daño que podría causarle una falta de delicadeza respecto a su vestimenta; y sigue en tono desenfadado e indiferente:

—Esto lo debe llevar Léfeuve. Os daré una carta para él y os atenderá en seguida.

Buonaparte sonríe con el alivio de quien se libra de un gran peso moral. La alegría de haber sido comprendido le mueve a querer ser simpático a su vez. Coge la mano de Teresa como para despedirse y luego, tras mirarla un momento, la pide permiso para decirle la buenaventura.

¡Un general quiromántico! Teresa ríe y congrega con su risa clarín a todos los amigos.

Y Buonaparte demuestra una vez más que no es su terreno el salón de fiestas. Con Teresa y sus amigos queda discreto, les predice innumerables felicidades y asimismo a otros invitados. Pero he aquí que se acerca Hoche, el general; tras consultar la fuerte mano castrense, el corso hace el pronóstico que más ha de doler a un guerrero:

—Aquí veo, general, que moriréis en el lecho.

Hoche se ofende porque tiene espíritu de milite y quiere morir como tal en el campo de batalla y cubierto de gloria. Hay un momento de violencia que salva la voz dulce de Josefina de Beauharnais…

—¿Qué tiene de particular, general? ¿No murió Alejandro en el suyo?

A tiempo llega el socorro. La conversación se desvía y Buonaparte no tiene de qué avergonzarse. Pero la escena no queda del todo en el vacío, afortunadamente para su guardarropa pues tal como prometiera, Teresa le manda, al día siguiente, una carta para el Intendente General del Ejército. Napoleón vestirá su nuevo uniforme gracias a Teresa Cabarrús.

Y este hombre que también sueña con el amor, con un cariño, porque se siente solo y quiere alguien a su lado que le anime a luchar, encuentra en estas reuniones de Teresa, al mismo tiempo que un vestido corporal, una cobertura para el alma, un ser en quien volcar el caudal apasionado que le atosiga como una muestra más de su exuberante personalidad. Y es precisamente en una amiga de Teresa, en quien se fija; es esta Josefina de Beauharnais, viuda y con dos hijos, quien logra atraer sus miradas volcánicas. Josefina se resiste poco; es una naturaleza fácil y, además, de un temperamento ingenuamente sensual; nunca calcula las consecuencias de sus actos ni las calculará nunca ni siquiera cuando se juegue en la fidelidad del matrimonio una corona imperial. Napoleón la da un poco de miedo, al principio de sus relaciones. Es mucha personalidad para ella, es mucha llama en el espíritu, demasiado genio, para su mediocridad burguesa. Pero, por esto mismo, aunque no ve muy segura la carrera militar de su pretendiente, ni sus méritos económicos, no puede evitar el concederle su mano porque se siente arrastrada por un poder superior. El mes de marzo del 96 es señalado en los anales napoleónicos. El día 2, Barras le consigue el mando del ejército de Italia, ¡por fin, una espada en la mano!; el 6, se casa con Josefina —ambos ocultan su verdadera edad: ella tiene treinta y tres y dice veintiocho; él veintisiete y se añade uno—; el 8, sale para Italia y, de las once primeras postas, Josefina recibe once cartas de amor, delirantes, apasionadísimas: la criolla piensa que aquel hombre es algo extraordinario, pero sólo lo piensa un momento. Un recado de Teresa llega para que asista a una fiesta y le hace olvidarle por la diversión.

Este acontecimiento ha sido el gran fracaso de Teresa. Como en todos sus actos a lo largo de su vida, no ha visto más que el presente, no recuerda el pasado y no intuye qué sucederá en el futuro. Junto a ella ha pasado un hombre diferente de todos, un hombre que abriga un alma de gigante en un cuerpo enclenque y, sin embargo, no le ha visto, no se ha percatado de su presencia; aun más, le ha tratado como a un amigo protegido de Barras. ¡Qué ingenuidad la suya! Es por este hombre, hoy tan brillante y destacado que es el convencional, por quien no ha presentido que cuando el nombre de Barras solo sea uno más en los libros de historia, el de Napoleón será bandera, guión, punto de partida, lugar común, vertedero de odio o altar de admiración y respeto, pero siempre una figura insigne de exaltación máxima. Ella, la mujer a la moda del París de entonces, a proponérselo, hubiera desbancado fácilmente a esa pobre Josefina, su amiga; su personalidad hubiera servido para afianzar aun más la de Napoleón y, la belleza de su figura, hubiera sido magnífico soporte a la dignidad de emperatriz; sin darse cuenta ha dejado pasar por su lado la ocasión maravillosa de los cuentos de hadas, la que le hubiera permitido subir de un solo salto a la cumbre[4].

Pero no la acusemos; esta incapacidad de cálculo, esta imposibilidad de prevenir los acontecimientos, es quizá su mejor defensa ante la fama. Pues a este desprendimiento con que vive y actúa no la hubiera favorecido el receloso consignar un mañana probable o posible; lo que puede disculpar un tanto la vida de Teresa Cabarrús es precisamente el que obre tan infantilmente frente a la vida, cogiendo cada día lo mejor de ella sin preocuparse de otra cosa; este interés un poco inconsciente por lo de hoy, que, si fuera para lo del día siguiente, ya se llamaría previsión y haría más antipático su recuerdo…

Teresa está ahora en este momento junto a lo más alto del país, Barras. En las fiestas del Luxemburgo que éste organiza, ella es la reina. No es sólo su amante sino todos los Directores los que la miman y agasajan para congraciarse con Barras, que es el

verdadero amo de Francia. Los caprichos de Teresa son la ley. Sabiéndolo, llegan a ella unas peticiones angustiosas de los dueños de la fábrica antaño famosa de porcelanas de Sévres. Arruinadas éstas cuando el Terror, todavía no se han levantado de la postración sufrida. Teresa, en cuyo corazón siempre hallarán eco las peticiones que, sirviendo a su bondad de alma contribuyan también a su popularidad, inicia una campaña en favor de aquellas lozas. Día a día habla de ellas, se hace traer modelos y las enseña a los amigos, las ostenta con afectación en su *boudoir* de la *Chaumière…* al poco tiempo la moda se ha extendido como un relámpago y la industria trabaja a más y mejor. Su iniciativa, su capricho, ha salvado una industria nacional.

Su influencia en la capital francesa, cerca del gobierno, ha conseguido asimismo una ventaja para su familia. La libertad del padre preso, de don Francisco, fue debida en gran parte a los consejos que el marqués del Alcudia, embajador español, daba a su gobierno de procurar la amistad con quien tanto podía hacer en favor o en contra de una potencia extranjera. Pero aun se le ocurrió más a Teresa y fué que, su padre, ocupase el cargo de embajador cerca del Directorio; de conseguirlo, el mundo diplomático hubiese pasado seguramente por la más peregrina de sus fases; un padre ex encarcelado por fraude que ocupa un puesto de embajador gracias a la influencia, llamémosle sentimental, de su bija con el primer ministro. Afortunadamente para la moralidad pública, el gobierno español se negó a un paso que, si podía favorecer las buenas relaciones de vecindad, no estaba tan de acuerdo con las leyes de la ética.

Sea como sea, la influencia de Teresa es cada vez mayor. Barras la ha proclamado públicamente dictadora de la belleza y ella usa del título para lanzar una y mil modas distintas. Las campañas de Italia, que tan maravillosamente está llevando a cabo Buonaparte, sirven para que lleguen a París reproducciones de estatuas antiguas, camafeos y bajorrelieves; con ello, la moda seudoclásica adquiere un auge extraordinario y, naturalmente, la iniciadora de ella es,

como siempre, Teresa. Un día ocasiona la admiración de todos pues se presenta ostentado una peluca negra, del color de sus propios cabellos, en lugar de la rubia que acostumbra a llevar la mayoría. ¡Ah! Pero es que uno de los secretos de Teresa es estar siempre en desacuerdo con la mayoría.

La gente se divierte siguiendo las modas pero, como en toda postguerra, esta embriaguez de riqueza, de ostentación y lujo, tiene una réplica lamentable. La desvalorización de la moneda produce el hambre agravada por la falta de trabajo en los barrios bajos de la población, especialmente en París, y las canciones surgen como exponentes del sentir amargo, de desquite, como si el juglar recordase con delectación los tiempos robespierristas en que era él el que oprimía al rico:

Mourant de faim, mourant de froid,
peuple dépuillé de tout droit,
tout bas tu te désoles!
Cependant le riche effronté
qui epargna jadis ta bonté
tout haut il se console.

«Aquel que perdonó tu bondad», ciertamente, no fué a sabiendas que le dejase sobrevivir. Pero, lo cierto es, que hay mucha hambre en París en estos días del Directorio; hambre e incomodidad que no terminará más que con el arbitraje un poco brusco, pero muy humano, de Napoleón. Ahora la gente murmura, hay un desastre financiero absoluto y los asignados no merecen la atención de nadie porque no se les concede sino una centésima parte de su valor real. Se especula constantemente, pero el obrero no sabe de estas cosas; sólo ve que hay un lujo al que él no puede llegar. La exposición de este lujo, su figura representativa en los teatros, en los bailes, es Madame Tallien, y, si muchas veces el hombre del *faubourg* se embobó mirándola y hasta la aplaudió porque la belleza rutilante y aun la riqueza ejercen su influencia en

todos los corazones, cuando llega a su casa y encuentra la miseria del hogar se revuelve su sangre en un sentimiento de odio hacia la que vive sin preocuparse de ello.

Así nace un sentimiento de aversión contra Teresa como figura representativa de aquella situación en la que sólo medran los logreros y los políticos profesionales. Y ella no se da cuenta; ¡está tan lejos el pueblo! Hasta que un día…

Napoleón sigue triunfando en Italia: Millesino, Casliglione, Arcóle, Rivoli, Mantua, son nombres engarzados en el collar de unas victorias inverosímiles. Y para impresionar al pueblo de París, que por otra parte está bien enterado de las hazañas del que ya intuye su salvador, manda a su fiel Junot para que muestre al Directorio las banderas arrebatadas a los austríacos en el campo de batalla. Satisfecho con tan honrosa misión, llega el general a París; complacido, aunque un poco receloso de tanto triunfo y popularidad, le recibe el Directorio en pleno, en el Luxemburgo; hay una gran fiesta en su honor y, al terminar, Junot desciende por las escaleras monumentales aclamado por la muchedumbre que se apiña afuera. Lo lógico sería que, a su vera, llevase un chambelán, un maestro de ceremonias, al mismo Barras… pero no. Ésta es la época del gozar de la vida, de la importancia extraordinaria de la moda. Ésta es la época del reinado de las mujeres, de las *merveilleuses*. Y así, en un acto oficial —¿no recibe Teresa en el Luxemburgo como si fuese su casa?—, Junot lleva cogidas de su brazo, a la derecha, a Josefina Buonaparte, la esposa de su general en jefe, a la izquierda a Mine. Tallien, amiga del primer Director. Las aclamaciones se suceden, la multitud, al pie de la escalera, saluda alborozada a los que descienden y Teresa sonríe deleitosamente una vez más al aspirar este perfume de adoración de masas que, como un incienso, la marea siempre emborrachándola de felicidad. Pero, de pronto, algunas de las voces llegadas a sus oídos la ponen en guardia. La multitud no la aclama a ella, no recuerda ya su nombre, el nombre glorioso de *Notre-Dame de Thermidor* ni el más antiguo de *Notre-Dame du Bon Secours…* La gente parece gritar ahora: *¡Vive Notre-*

Dame des Victoires! y ésta no puede ser otra que Josefina, que saluda a la multitud con ese aire un poco desorientado, de poco impuesta en la misión histórica que el Destino le ha confiado y que tendrá siempre. Teresa se muerde los labios y ya palidece cuando un nuevo grito, un grito venenosamente intencionado, venenosamente anónimo, surge de la masa y llega hasta ella: *¡Vive Notre-Dame du Septembre!*

¡Nuestra señora de septiembre! ¡Septiembre, el mes trágico de las matanzas en las cárceles! Como un rayo atraviesa la frase el cerebro de Teresa dándole cuenta inmediata de su significado; como en una pantalla se le aparece la horrísona escena de los asesinatos a mansalva, de los miles de muertos por el Terror, de los falsos Tribunales que iban de prisión en prisión. Y con ellos, la figura del convencional que los aprueba, que casi sonríe a su realización y que, extrañas circunstancias, han hecho que la diera su nombre ante el mundo, nombre que en este momento le pesa como una losa: Mme. Tallien, *¡Notre-Dame du Septembre!* Con el nombre, la dió la fama, una fama acre y trémula de horror que sus enemigos (enemigos ilógicos al fin y al cabo, pues muchos de ellos lo que añoran es precisamente las jornadas del Terror, esto es, el Septiembre legalizado) le arrojan a la cara como el peor de los insultos.

En la inconsciencia infantil que preside muchos actos de la vida de Teresa lo que más puede dolerle es este desvío de la multitud que tan a su lado creía. Éste es uno de los momentos peores de su existencia. Por un momento parece que va a desmayarse; luego, su serenidad, su costumbre social, la salva. Con un gesto de alegre saludo, quizá dirigido elegantemente al enemigo oculto, termina de bajar con sus amigos y sube al coche que la aleja de aquellos lugares. Pero por muchos días lleva la frase consigo, clavada en el alma como una espina. Por primera vez, esta mujer que sólo vive cada momento de su vida, se da cuenta de que hay algo que no se pierde como la hoja del calendario arrancado: la memoria, el recuerdo de los hechos transcurridos. Se apercibe de que hay un

pasado que no les es dado hacer desaparecer y que vivirá siempre con ella como baldón de su nombre.

Muchos días permanece obsesionada por esta idea. Y, naturalmente, quien lo paga es el culpable de que naciera: Tallien, su marido. Lo que hasta ahora era simple indiferencia, desdén encubierto, se convierte ahora en odio, en asco. Por dos veces ha enturbiado, él, su vida. Una, dando motivo al infame calificativo, presenciando y aun abonando las matanzas septembrinas. La otra, cuando el rápido giro tras la batalla de Quiberon impidió que ella salvase a los desgraciados prisioneros; dos veces, dos ocasiones perdidas para glorificar su nombre ante la multitud, la una por exceso, la otra por defecto. Teresa empieza a sentir odiosa la presencia a su lado del que, un tiempo, fué su amigo y salvador. Y, para él, empieza ahora el más terrible de los tormentos: el de verse rechazado del lado de la persona a quien quiere más que a su vida. Este fracasado, que día a día, ve colmarse unos resentimientos, a cada momento ve cerrarse a su paso más puertas, más caminos, hasta el de la simple amistad que su esposa le niega ahora como hace ya tiempo dejó de concederle su amor.

Esto ya es demasiado para el antiguo representante del pueblo, el triunfador de ayer en amores y política. París le resulta pequeño; le ahoga, le oprime por todas partes, le dificulta la respiración. Es forzoso partir.

Afortunadamente, la ocasión es propicia. Estamos ya en 1798. Tras de sus triunfos italianos, Napoleón ha vuelto a Francia y sueña en sus proyectos orientales imitadores de los de Alejandro. El Directorio, que no tiene ningún interés en mantener cerca un hombre tan grande, le da toda clase de facilidades. Sí, es necesario cortar el Imperio inglés por su punto neurálgico: Egipto. Los Directores verán con sumo gusto que se lleve a cabo la expedición, y si quiere ir más lejos, mejor; nunca lo estará suficientemente para tranquilizar a esos tranquilos negociantes, más asustados que contentos con el amenazador ruido de espuelas victoriosas que ha vuelto de Italia.

Tallien, cuando se entera del proyecto de la expedición, ve el cielo abierto. Allí, a lo lejos, entre las arenas del desierto, podrá olvidar a su amada; podrá hacer olvidar también su historia de traidor sempiterno, quizá regresar con fama nueva que le permita la subida al poder y el acceso a ella, ella, el *leit-motiv* de todos sus sueños de gloria. Y así insta a Bonaparte —ha desaparecido ya el *raro* Buonaparte— una y otra vez, para que le lleve consigo. Napoleón no le tiene demasiada simpatía —le considera *méchant et corrupteur*—, pero al fin accede; puede ir con él.

La despedida es muy fría, como corresponde a sus relaciones de los últimos tiempos. El intenta hacerla más suave, más cariñosa, para llevarse al menos un recuerdo agradable, pero es en vano. De todas las despedidas que ha realizado Teresa en su vida, ésta es la que más indiferente la deja.

Tallien se va desesperado. Y el Destino le guarda todavía una mala pasada, una coincidencia dolorosa a pesar de llover sobre mojado. Pues si el amor propio va resentido de lo que le sucede hace tiempo, calcúlese su estupefacción mezclada con el odio más fuerte hacia una vida que tales circunstancias permite, cuando, al desembarcar en Alejandría, tras mi viaje azaroso, se encuentra de manos a boca con el hombre más odiado de su vida: con Jullien, el joven Jullien, el amigo íntimo de Robespierre, el que éste mandara a Burdeos para vigilarles a él y a Teresa; el que hiciera lo imposible para cumplir honradamente su misión de hacerlos guillotinar a ambos.

Tallien no da crédito a sus ojos. ¿Jullien, aquí?, ¿en libertad? Su uniforme, además, demuestra que va a Egipto en misión oficial, de intendente. Y, en efecto, así es. La reacción de Termidor y la denuncia de Juan Lambert le precipitaron en la cárcel, pero… hoy se vive tan de prisa… Salido de ella gracias a amigos influyentes, una amistad vaga con Napoleón le ha llevado al cargo que hoy ostenta. Es decir, que, perseguidor y perseguido, vigilado y vigilante, delator y denunciado, juegan hoy la misma partida de naipes como alegres compañeros de juego.

A Tallien, éste le parece el más duro golpe que la vida le asesta. Pero, aun le queda el soportar otros del mismo estilo.

CAPÍTULO XI

LA HUMILLACIÓN

TERESA, mientras, sigue en París. Su amiga Josefina, a quien la ausencia de su marido coloca en la mejor de las situaciones, la ayuda a sobrellevar la vida parisina tan llena y pictórica de actividades. Teresa sigue llevando el cetro de la moda y de la política. Su influjo es mayor cada día y su belleza sigue siendo la admiración de todos. La gente no se cansa de verla porque sabe cambiar de gesto y figura, pero un observador atento quizá notase en ella algo raro, como artificial, que le va ganando el gesto y la expresión. Teresa no es la misma, y como su vida entera es la diversión social, es precisamente en ésta donde se nota el cambio verificado.

Y todo proviene de aquel día fatídico en que oyera llamarse por el calificativo de horror. Sólo fue una voz, cierto, pero por ser una sola voz anónima no deja de ser la *vox populi*, el grito estentóreo con que la señala el pueblo. Para otro carácter de mujer, esto revestiría una importancia relativa. Hay mucha gente en el mundo aparte del hombre que la insultara a mansalva. ¿Quién va a hacer caso de esa masa amorfa y sin sentidos teniendo al lado a la crema de la buena sociedad, a los caballeros y a las damas que la halagan constantemente? Pero esto no consuela a Teresa porque, para ella, la adoración de la multitud con la cual contaba representaba algo

más que una simple vanidad satisfecha. Era su logro y su triunfo constante. La popularidad le place demasiado, le ha placido toda su vida, para que su ausencia no le produzca un vacío doloroso. De ahora en adelante nota que algo le falta. La aclamación de que el gentío la hacía objeto cada vez que la veía era la ratificación de su poder y, al mismo tiempo, su justificación, su dispensa por toda su conducta moral. Al que le reprochase sus relaciones con Tallien podía ella mostrarle el espectáculo de la multitud bordelesa agradecida, la inmensidad de lágrimas que estas relaciones habían evitado; si, después de Termidor, alguien le echaba en cara su conducta escandalosa, podía asimismo recordar la fecha aquella en que terminó el Terror gracias a ella. Siempre podía defender sus actos, éticamente malos, con los beneficios que la multitud había obtenido gracias a ellos.

Pero ahora, esta adoración ha cesado; aunque la gente continúe congregándose a la puerta de los espectáculos para verla salir, ella sabe a ciencia cierta que todo ha terminado, y aunque no se repita el grito fatal, cree intuirlo en la mirada severa de algún hombre, en la expresión sardónica de alguna mujer del público. Ahora, cuando va a algún sitio pletórico (y su actividad se desarrolla siempre en lugares similares) busca inconscientemente con la mirada a aquel enemigo que la escupiera el mote: *Notre-Dame du Septembre*.

Por eso ha cambiado Teresa Cabarrús; por eso no es la misma mujer que gozara en la vida social, consciente, plenamente convencida de que aquello era lo mejor del mundo. Ahora no, ahora quizá se entrega a ella con mayor entusiasmo, pero su interés es artificial. El día, ese espacio de tiempo que se hace de la medida que nuestra vida interior determine que sea, largo o corto, es para ella una larga teoría de horas inacabables. Es forzoso llenarlas, ocuparlas como sea y las cenas suceden a los bailes y éstos a las meriendas campestres; el caso es no dejar un solo momento inactiva la mente, porque ahora sí que se siente Teresa completamente sola. No cuando abandonó a su marido, no cuando tuvo que abandonar a De Lamothe, su amor de unos días

inolvidables, sino ahora cuando le ha abandonado la masa, el calor de esta masa tan despreciada por otros, pero que, para ella, representa el aliento vital imposible de sustituir.

Y en estas circunstancias de desmoralización, cuando se siente desvalida y acobardada, sobreviene el peor momento de su existencia, su más repugnante amoralidad a nuestros ojos de hombres del siglo veinte. Su paso de Barras, el convencional, a Ouvrard, el financiero.

El Director no había amado nunca a la española. Ella era para él una mujer de lujo que vestía y se acordaba con el ambiente de esplendor con que Barras había sabido rodearse después de su subida. Malas lenguas aseguraban que de la procedencia de su dinero podían decir algo las iglesias de Tolón, saqueadas durante su permanencia en aquella ciudad. Otros decían que los negocios hechos tras Termidor bastaban a explicar el origen de su fortuna. Viniera de donde fuese, el caso es que el manantial de dinero que convergía a sus manos salía con la misma facilidad con que había llegado. Sus peores enemigos no podían tildar de avaro a ese hombre cargado de vicios pero que hacía ostentación de ellos, como si quisiese imitar a los nobles de Luis XV. Para que nada faltase a esta imitación del pasado era necesario un Marly, un Trianon donde dar las fiestas campestres tan del gusto del tiempo. Y Barras lo compra. La propiedad se llama Grosbois y está lo suficientemente cerca de París para que se pueda ir en pocas horas y lo suficientemente lejos para que el efluvio de la plebe no llegue, a empañar sus cristales. Allí es donde le place a Teresa pasar largas temporadas. Quizá los rincones umbríos del parque magnífico le recuerdan niñeces ya muy alejadas de Carabanchel, adolescencias en Fontenay-aux-roses…

En esta tarde veraniega el verde da matices diversos, según el sol. Los gamos esbeltos, que Barras ha hecho traer a todo precio para enjoyar la perspectiva con su pelaje pardusco, la miran con los ojos grandísimos abiertos en una expresión de recelo. Luego se acercan con el tímido belfo temblándoles de la emoción de la

presencia humana y toman de las manos de Teresa el regalo de su manjar favorito.

De pronto levantan las nerviosas orejas, dan un salto de lado y salen corriendo. Teresa vuelve la cabeza; Barras, el dueño de la casa, se acerca con un grupo de invitados. Hay que volver a la realidad…

—Mi bella ateniense —la voz de Barras es una voz suave, sin inflexiones ni apasionamientos, una voz muy política—. Mi bella ateniense, descuidáis a vuestros invitados. El amigo Ouvrard estaba ya impaciente por veros…

Teresa nota algo raro en la expresión del Director. Hace algún tiempo que lo encuentra diferente, preocupado. Pero con la dulce sonrisa que es su mejor encanto, da la mano al financiero. Ouvrard es, desde luego, un hombre de negocios, un especulador, pero no tiene el tipo que la caricatura ha fijado como tácito en hombres de su profesión. Pues si, como Barras y aun mejor que él, sabe ganar el dinero como proveedor del ejército, con la misma sencillez y buen gusto sabe gastarlo en fiestas y amenas diversiones y aun más en favor de los amigos que para complacer deseos propios.

Con ellos y excusándose del momento de abandono que ha tenido, Teresa regresa al palacete. La jornada es intensa porque ni aun aquí bajo los árboles, junto a la Naturaleza, estos parisinos quieren dejar sus diversiones. Se desayuna tarde, hacia las once; luego hay paseos por el jardín, billar… la comida reúne a todos de nuevo y luego es el juego de cartas el que absorbe todas las atenciones. Se juega fuerte, cierto, y los invitados están expuestos a perder más que a ganar con unos días de estancia en la mansión de campo; pero, por otra parte, con las primeras figuras de la política como si dijéramos al alcance de la mano, es fácil hacer buenas transacciones: alguna misión oficial o el encargo de proveer de alguna cosa a un organismo del Estado con lo que lo que se pierde en la mesa de juego se puede ganar duplicado en las finanzas.

Barras se pasea sonriendo a todos y animando a sus huéspedes. Luego se acerca a Ouvrard, que está junto a una

ventana. Los ojos del financiero están fijos en Teresa que deambula por entre las mesas apostando aquí y allá algún dinero, más por no desentonar que por afición al juego.

—¿Os gusta, Ouvrard?

La pregunta ha sido hecha tan a quemarropa que el interrogado se sobresalta un poco. Luego se repone. La alabanza de una amiga no puede disgustar a nadie.

—¿A quién no, querido Director? Sin ninguna duda es la primera mujer de París.

Barras se vuelve y la contempla con los ojos semicerrados, como si comprobara lo que acaba de decir el otro. Luego, con aire indiferente:

—Es cierto. Una mujer que os convendría a vos. Haría muy bien los honores de vuestra casa. ¿No creéis?

Ouvrard le mira receloso. ¿Qué se propone Barras? Para nadie es un secreto sus relaciones con Teresa. ¿Qué intenta ahora con esas insinuaciones? El tiempo no es el más indicado para bromas y tampoco puede ser esto el preludio de una escena de celos, inconcebible en un hombre como el Director cuya despreocupación en estas materias es bien conocida. Y decide seguir el tono de chanza…

—Ciertamente. Pero, ¿quién sueña con esto? Está demasiado enamorada de vos…

—No lo creáis —Barras baja la voz—, estoy seguro que os mira con cierta simpatía. Todo depende de vuestra audacia —y luego, cambiando el tono—: Y hablando de otra cosa; creo que podré haceros conceder la exclusiva en el suministro de ropas y calzados al ejército. Ya veis que yo estoy siempre de vuestra parte… siempre que vos estéis de la mía, claro está…

Ouvrard se muerde los labios, porque al fin ha visto claro. Se trata nada menos que de la cesión de una mujer que parecía adorada ayer; de un traspaso, simplemente, como quien cede una propiedad demasiado gravosa. Y realmente ésta debe sella razón del súbito cambio en el corazón del tribuno. Teresa gasta

excesivamente y él no está en disposición de aguantarlo por mucho dinero que haya ganado. Tampoco os posible abandonar a una mujer como Mme. Tallien de forma estrepitosamente cruel. Y la amoralidad de Barras le ha sugerido la solución: Ouvrard y sus millones. ¿El financiero la desea? Pues para él. El contento, el otro satisfecho y ella… ella se conformará porque no le queda otro remedio.

La hipótesis es tan atrevida que al mismo financiero, acostumbrado a realizar empresas de muy escaso valor ético, le conmueve la monstruosidad del hecho. Pero la amenaza velada de que le ha hecho víctima el otro, la de retirarle su protección, le impulsa por el camino que le han marcado; por otra parte, la tarea no es tan espinosa como parece a simple vista. Si ella acepta…

Teresa está viviendo amargamente estos momentos. Sus sospechas del jardín se han robustecido con la conversación mantenida en la sala por su amante y Ouvrard. Con el rabillo del ojo y esta maravillosa facultad de mirar sin ser observadas que tienen todas las mujeres, se ha dado cuenta de la escena y, aun sin oír las palabras, le ha bastado la cara de estupefacción que ha puesto Ouvrard, las miradas de ambos, para darse cuenta de que ha sucedido algo terrible para ella, un trato indigno en que Teresa es la materia susceptible de cambiarse o venderse. De sus meditaciones la saca la voz meliflua de Barras, que se ha aproximado:

—Mi bella dictadora —en estas circunstancias, Teresa siente el elogio como una bofetada—; debéis organizar la partida de caza para mañana. Creo que lo mejor es que Ouvrard sea vuestra pareja. Tiene unos caballos soberbios y a vos os gusta tanto galopar…

Toda su presencia de espíritu, la misma preparación que sus sospechas le habían proporcionado, apenas le sirven para resistir el insulto. Casi no puede asentir con la cabeza. Luego, con un pretexto cualquiera, se aleja; cuando cree no ser observada, se retira a sus habitaciones y allí se tira sobre la cama con un gesto desesperado.

¿Cuánto tiempo hacía que Teresa no lloraba? Años quizá, porque quizá nunca antes de ahora había sido herida de tal forma

en sus sentimientos de mujer.

La transacción de que ha sido víctima le convulsiona el espíritu porque, además, le demuestra el concepto que tiene de ella quien así la trata, quien así la recibe, todos, en fin. Hasta ahora, con esa inconsciencia un poco absurda que ha presidido su vida, Teresa no se había apercibido de la diferencia entre su postura social y la moral ante la sociedad. Cuando ha subido, ha creído que con ella subía igualmente su categoría de mujer en todos los aspectos. De siempre, desde su niñez, le han enseñado que el que más sube es a quien más se respeta y el ambiente en que ha desarrollado sus mejores años ha sido tan deleznable que todo ha contribuido a mantenerla en esta ilusión. Deslumbrada por su pujanza política, no se ha dado cuenta de que los elogios, las alabanzas, no se hacían a ella, a la mujer en todos sus aspectos, sino a la influyente en política, a la todopoderosa en Burdeos, a la influyente Mme. Tallien, a la amiga de Barras, mientras los comentarios malévolos la colocaban en una peyorativa situación moral. Hasta ahora los hombres que han figurado en su vida no la han tratado sino de abajo arriba, reconociéndola un privilegio de sexo y aun de sexo superior en todos los aspectos, que era necesario respetar. Pero este golpe vale ahora por todas las caricias anteriores. Sólo el pensamiento del trato que Barras intenta ya basta a ensuciarla, a cubrirla de cieno. Ésta es la impresión que tienen de ella, esto es lo que les parece Teresa: una cualquiera que se pueden ceder uno al otro, como un caballo o un perro favorito, como señal de amistad. En pocos días dos descalabros. Primero la abandonó el cariño de la multitud, ahora el de su minoría.

Un momento levanta la cara roja de llanto, se arregla los cabellos desordenados y mira a su alrededor con resolución: huir, abandonar esto, alejarse de este mundo infernal del placer, retirarse al campo, pero al campo sincero y auténtico, no a esta artificial imitación que es Grosbois, irse a un paraje solitario y, a solas con la Naturaleza, reanudar su vida con sus dos hijos, hasta ahora abandonados; irse y olvidarlo todo.

Por dos veces empieza a recoger sus cosas, obsesionada por la idea. Por dos veces, también, se para y mira por la ventana. El aire trae efluvios perfumados de espliego. De abajo suben las risas con que los invitados acogen una salida afortunada del elegante, del cínico Barras.

Oyéndoles reír, Teresa se sorprende a sí misma con la sonrisa en los labios. Y ello le da, de pronto, medida exacta de sus fuerzas. No hay escapatoria. Ésta es su vida, la de los alegres contertulios que abajo se reúnen para hablar de política, de modas, de mujeres… Éste es el camino que ella emprendiera y ahora es demasiado tarde para cambiar. Pues, ¿adónde ir, adonde guarecerse? El innato deseo que le bulle de seguir con ellos le pinta su situación económica como terrible; le traza un sombrío cuadro de sus medios de vida que no bastan para vivir independiente… ¿Qué va a hacer ella sola? ¿Cuándo estuvo sola en su vida?

Los alegres retozos de abajo sirven de apropiado fondo a los requerimientos apasionados de ese diablillo seductor que intenta lanzarle a los brazos de Ouvrard. Joyas, perfumes, vestidos; pero, mucho más que esto, mayor fuerza que todos estos alegatos juntos, tiene la oportunidad de no dejar de ser la primera mujer de París, que equivale a serlo de Francia, del mundo. El deseo, la urgencia de permanecer en el pavés todo el tiempo que sea posible mientras la belleza tenga su asiento en ella. ¿Qué importa lo que diga la gente? El caso es triunfar. Y la propia estimación femenina tiene que esconderse en un rincón de la conciencia, asustada, ofendida por esta acumulación de razones materiales.

Hay mucha gente a quien la cumbre le da vértigo, personas a quienes marea la altura. A Teresa, en cambio, lo que la angustia, lo que la da escalofríos sólo de pensar en él, es el valle, la mediocridad, el ser una mujer más entre los miles de ellas que los domicilios lanzan al arroyo todos los días. Esto es lo que la asusta, lo que la pone fuera de sí; esto es, en fin, lo que la hace dar el paso peor de su vida: el de aceptar a Ouvrard. Porque, como ya hemos establecido, si su vida hasta ahora no ha sido un dechado de

moralidad, no es a ella sino al tiempo en que vive al que había que achacárselo en su mayor parte. Nadie le ha enseñado que el obrar bien fuese de otra forma, porque, a su alrededor, no ha visto sino ejemplos malos a seguir. Por otra parte, sus andanzas amorosas hasta Ouvrard habían sido impuestas por las circunstancias de vorágine en que Francia se había debatido y se debatía aún. El amor, en estos casos, no era un fin sino solamente un medio, porque lo más importante de la sociedad que ella frecuentaba era el tener influencia y todo su interés hasta ahora se había cifrado en ello. En el estilo seudoclasicista que la moda se había empeñado en dar a la nueva sociedad Teresa representaba una nueva Aspasia, tan alejada de que aquello podía estar mal hecho como ausente estaba la griega del concepto de su amoralidad. Pero, con Ouvrard, la relación adquiere ya un matiz puramente económico, descaradamente monetario; esta nueva relación es la que basta para desprestigiar, para deshonrar para siempre, el nombre de Teresa Cabarrús.

* * *

El mentidero de París bulle con la nueva, recién sabida. Ya los actos de Teresa han demostrado que ha cambiado de dueño. En la cacería que siguió al día memorable que ella demostró no ser capaz de respetarse a sí misma, se efectúa el cambio que Barras relatará luego cínicamente en sus *Memorias*. Los criados de Ouvrard son los que siguen a la española, sus cocheros van a recibir sus órdenes, su palco en la Ópera es el que ocupa de ahora en adelante Mme. Tallien. Y la calle vibra en comentarios, en charlas apasionadas con las que esta sociedad de *parvenus* celebra cualquier cosa que pueda excitar la imaginación, que no se atormenta sino ideando nuevas formas de divertirse. Buen bocado la aventura para chismorreos. Por espacio de varios días, las lenguas no descansan.

Luego, un nuevo acontecimiento similar —la vida de esta gente está llena de ellos —permite el descanso sobre la vida privada de la española.

Pero si el vulgo ataca a Mme. Tallien, en cambio, por parte de su nuevo amante, Teresa no encuentra más que atenciones y delicadezas. Como comprendiendo la difícil situación en que un afán desmedido de brillar ha colocado a Teresa, Ouvrard se comporta con ella con una corrección exquisita. Los primeros días de sus relaciones se limita a seguirla respetuosamente, a ordenar a los suyos que guarden los mejores tratos para con ella. Sucédense los regalos, los presentes galantemente ofrecidos y siempre con una consideración que Teresa agradece en el fondo de su alma. En sus adentros no puede dejar de comparar la delicadeza de este banquero enriquecido, de este proveedor del ejército ascendido de la nada, con la del Marqués que, siendo su marido, la engañaba con el servicio ante sus propios ojos.

Este Ouvrard, en cambio, sabe situarse. Para que ella, tan dada a los placeres del campo (naturalmente con gente de la ciudad) no eche de menos Grosbois, la propiedad de Barras, Ouvrard compra el castillo de Raincy; y por si la estancia en la *Chaumière* le recordase demasiado los tiempos desagradables pasados con Tallien, le hace entrega de un palacete en la calle Babilonia, una maravilla de construcción —naturalmente imitando lo clásico— con ninfas y dioses esculpidos en mármol entre las frondas del jardín recortado a la inglesa.

Teresa, que ha pasado el Rubicón, va a vivir allí, y con este acto de abandonar su propia casa, comprada por ella, para ir a vivir donde la munificencia de su amante quiere, desciende un grado más en la condición social de la mujer para pasar a la más baja categoría que la sociedad otorga, aunque no sea esta de París de fines del XVIII una opinión que dé una importancia excesiva a cosas de este tipo.

CAPÍTULO XII

CAMBIO DE ESCENA

PERO he aquí que este ambiente, amable y despreocupado, va a cambiar repentinamente y, con ello, Teresa bailará en su pecado, la penitencia. En el año de 1799 una noticia imprevista sobrecoge al gobierno e inunda de júbilo el corazón de la masa ciudadana, harta de ese gobierno de fantoches enriquecidos. Napoleón acaba de desembarcar en Fréjus, llegando de Egipto. Aun convencido de que su presencia hacía falta en el país, único motivo que le ha hecho abandonar a sus tropas, Bonaparte queda sorprendido al comprobar la inmensa alegría con que los pueblos le reciben a su paso. En su salde triunfador, la gente presiente con ese extraño instinto de la muchedumbre, que allí está el salvador del país, el único capaz de poner un orden en el desagradable caos que es la Francia de hoy. Y, naturalmente, Napoleón se decide a coger rápidamente una fruta que tan tentadora se le ofrece. Recien llegado a París, bajo la mirada recelosa de los Directores, inicia sus planes. Levanta una bandera moral, la bandera de la revisión de costumbres, la bandera del nuevo estado y, bajo sus pliegues, corren a agruparse los hombres honrados y los consabidos políticos de profesión que olfatean el posible cambio. Sea como sea (uno de los traidores de siempre está a su lado: Fouché), la cosa se prepara a toda prisa: unas semanas después del desembarco, llega el 18

Brumario. Bonaparte es ya primer Cónsul, Bonaparte es el amo de Francia. La veleta política ha girado de nuevo.

¿Dónde estaba Barras en estos momentos? ¿Él, el jefe, el señor del Luxemburgo, el propietario fabuloso, el sultán delas primeras mujeres de Francia? Los dioses ciegan a quien quieren perder, decían los antiguos. Pues piensa Barras: ¿Qué puedo temer del corso, de ese hombre que yo he sacado de la nada, al que he convertido en una personalidad dándole los mejores mandos, las primeras categorías? ¿Qué puedo temer de mi protegido? Y así en los escasos días que anteceden al golpe de Estado, cuando todo París sabe que va a sobrevenir un cambio, Barras, el hombre que debería estar mejor informado —claro que ya se encarga Fouché, su ministro de la Policía, de que no lo esté—, sigue pensando en sus proyectos de restauración monárquica y en sus poderes totales. El despertar de esas ilusiones se hace un poco bruscamente. Unos agentes de policía le detienen, revisan sus papeles y le llevan a la cárcel. ¡A él, que ayer podía mandar recluir en ella a media Francia!

¡Barras detenido! La noticia circula por París velozmente y llega muy pronto a oídos de Teresa Cabarrús. He aquí al poderoso de ayer, al hombre que la hirió en lo que de más íntimo tenía, el que la despreció entregándola a otro hombre, como pena en la cárcel una vanidad de años. ¡Qué magnífica venganza sería ésta para Teresa! ¡Qué oportunidad de mofarse del preso o, simplemente, de alegrarse de quien, tras mentirle un cariño y una adoración que no sentía, se libró de ella como quien lo hace con una prenda vieja y ya en desuso!…

Pero Teresa obra muy contrariamente. Porque siempre, aun a través de actos bastardos, ha mantenido un corazón apasionado por el bien de la humanidad, un sentimiento pronto a evitar el sufrimiento de sus semejantes. Recordemos a Burdeos con el peligro acechándola cada vez que intentaba la salvación de algún perseguido. Recordemos Termidor, Quiberon… Esta vez no basta a detenerla el recuerdo de la peor humillación que ha sufrido en su vida; con el alma en vilo, apenas se entera de donde ha sido

conducido Barras, va a verle. Cuando todos se han apartado del caído, cuando los mismos que ayer halagaban al tribuno se apartan de su lado como de un apestado y niegan hasta conocerle, Teresa es la única de sus amistades de antaño que arriesga su situación política, su primacía en el nuevo régimen que acaba de empezar para ir a visitar al amigo de ayer, hoy desdichado. Con ello, el iluso que creía ser el primer hombre de Francia ve claramente que en la española había algo más que una mujer de lujo, una figura sólo susceptible de exhibir en los salones. Éste es un detalle que no olvida, pero que, desgraciadamente, llega demasiado tarde para permitirle rectificar. Pronto le llegará la orden de expatriación firmada por ese Fouché que él librara un día del destierro a la Guayana y autorizada por ese Bonaparte que él nombrara un día comandante de París.

Para Teresa representa una contrariedad la caída de la sociedad que la rodeaba, a la que ya estaba acostumbrada y a la que consideraba como la mejor del mundo. Pero no se desanima demasiado porque calcula que el nuevo gobierno le concederá la misma o mayor beligerancia que el anterior. ¿No es amiga personal del Primer Cónsul? ¿No la debe él favores? En las cartas que mandaba a su esposa Josefina desde Italia y Egipto, Bonaparte no dejaba nunca de mandar cariñosos recuerdos para su amiga Teresa… y, en cuanto a Josefina, ¿no es su íntima y la que le consulta todos sus problemas? ¿No salió de la cárcel gracias a ella? Pocas veces puede verse llegar un nuevo estado de cosas con la confianza y seguridad con que Teresa presencia el advenimiento de Napoleón al Consulado.

Confianza que demuestra una vez más la incomprensión frente a la vida; sus hermosos ojos no la sirven para ver más allá de los acontecimientos presentes. Porque si no fuera así se habría percatado de que Napoleón sube al poder, en primer lugar, por sus méritos personales y guerreros, cierto; pero, en segundo término, apoyado por una masa enfervorizada de la opinión, que pide a grandes voces reformas, nueva dirección de los asuntos públicos. Y

uno de los más importantes, de los que más se deben arreglar para evitar la gangrena moral que está sufriendo Francia, es aquel al que nunca ha prestado atención Teresa: la moralidad pública.

Efectivamente, Napoleón se ha percatado del virus que la moda primero, la vibración revolucionaria después con su secuela de intranquilidad, ha introducido en la vida francesa. En sus tiempos de general disponible en que se paseaba por los salones de París, ha tenido ocasión de constatar —y con la mayor sangre fría ya que él no podía ni por su figura, ni por su posición de entonces, ser más que espectador de aquel festín ininterrumpido— la desmoralización que este estado de cosas introduce en la vida familiar, destrozándola completamente. Y como sabe mejor que nadie de qué clase son esas mujeres, las *merveilleuses* que hoy triunfan porque para mayor escarnio, su esposa Josefina era una de ellas y no de las más virtuosas precisamente, quiere acabar con todo lo que personifique una época que ya ha pasado.

Y, con gran estupefacción, pronto se van dando cuenta de sus intenciones los mismos interesados. Aquellos salones oficiales abiertos antes a todas las aristocracias de la sangre, del dinero y de la moda, van cerrando sus puertas cada día más estrechamente; las jambas, casi juntas, dejan cada día menos espacio para que las traspasen las exuberantes personalidades que antes componían la concurrencia habitual.

Madame Hamelin, que había querido sustituir a los *sans-culottes* con las *sans-chemise* cuya jefe era, se encuentra un día con la desagradable sorpresa de no recibir invitación para una fiesta dada por el Primer Cónsul. Una desafortunada tentativa para solucionar el problema da por resultado una breve nota oficial en la que se la explica que su presencia no es del agrado del Jefe del Estado. Lo mismo le pasa a la Château-Renault, a la Forbin, en fin, a Madame Tallien. Poco a poco, sin asperezas, ven todas como se les cierra el camino hacia los salones donde brillaron antaño, como se les termina el auge político hasta ahora conseguido; como al gobierno de las mujeres sucede enérgica, directamente, el gobierno de un

Hombre.

Para Teresa, la cosa es tan desmesurada que los primeros días ni acierta a comprenderlo. ¿Cómo? ¿Dejar ella el teatro de sus triunfos? ¿Retirarse a salones de segunda fila, lejos del Gobierno y de las mansiones oficiales? ¿Cómo es posible que ello suceda por manos de su amigo Bonaparte, de su amiga Josefina? El hecho le parece tan ridículo al principio que cree que bastará un golpe de audacia para desmentir esos rumores que sobre su alejamiento de la sociedad circulan; sabe que Napoleón no la ha visto desde su vuelta y quiere impresionarlo con su belleza para que se apresure a recibirla, como antes, en el Luxemburgo, aunque sólo sea para realzar la nueva sociedad que el Vencedor está reuniendo a su lado.

Para este que ella concibe golpe de efecto —tanta es su ingenuidad y poca comprensión del momento— escoge una noche de ópera a la que sabe asistirá el Primer Cónsul. Su traje para estas circunstancias da idea de la fantasía de la moda de la época; está trazado como si fuera a asistir a una fiesta de carnaval y responde al sentir clasicista que todavía reina en Francia. Se presenta en su palco ataviada *a la Diana*, esto es, con los maravillosos hombros desnudos y, apoyado en uno de ellos, el carcaj de flechas. Una piel de leopardo la cubre hasta medio muslo y de allí una corta túnica hasta las rodillas. Unas ligeras bandas de color de púrpura sujetan las leves sandalias a los pies que adornan sortijas preciosas en cada dedo. En la cabeza, una diadema de diamantes destaca sus luces entre la sedosa cabellera negra. Tras ella, dos muchachas ataviadas de ninfas la dan escolta de honor y sirven para fijar más el carácter mitológico de su figura.

Su presentación revistió caracteres de escándalo. Miles de ojos se clavaron en ella durante la representación, y, entre ellos —orgullosamente lo constató Teresa—, los del Primer Cónsul. Pero el resultado fue todo lo contrario de lo propuesto. Napoleón la admiró aquella noche como hombre, pero la juzgó muy fríamente como político y como político decidido a cambiar el aspecto de la ciudad y el de toda Francia. Entre las mujeres que perdían con su gobierno la

primacía de la moda quizá hubiera hecho una sola excepción, la de Teresa Cabarrús, con más personalidad que las demás, con más corazón y buenos sentimientos que todas ellas juntas —pruebas fehacientes tiene de ello el corso— pero esta sesión de Ja Ópera, este procedimiento llamativo de intentar la vuelta al favor es demasiado clásico, suena demasiado a Termidor, a todo aquel ambiente que él está dispuesto a desterrar para que le resulte agradable. Ese vestido de Diana que tan desenfadadamente ha lucido Teresa ha sido para ella el sudario de su primacía como *Notre-Dame de Thermidor*.

¡Cuánto le cuesta a la española convencerse de ello! Si a todos nos es difícil abandonar una esperanza que nos complace, mucho peor es para el que necesita una cosa la sensación segura de abandonarla. Y, para Teresa, el poder de gobernar en la moda y en los caminos de la política, es tan fuerte como lo ha sido siempre. Por rejuvenecer, Fausto vendió su alma al diablo; por mantenerse en primera figura, Teresa ha vendido su cuerpo a Ouvrard; y, ahora, el Destino la ha engañado y su sacrificio es estéril. Igualmente, la vida la descarta de los primeros papeles.

Claro está que no se resigna tan fácilmente a ello. Para llegar a Napoleón, ya que no ha podido impresionarle como antes por su belleza, seguirá un camino oblicuo. Y éste ha de serlo esa bobalicona y liviana Josefina de Beauharnais; pero no es necesario que ella insista. La Beauharnais, que la quiere entrañablemente, que la ha admirado siempre desde los tiempos aquellos en que la conoció en la Forcé, ya ha hecho todo lo posible para que su marido se retracte del ostracismo a que condena a su amiga íntima. Una y otra vez le ha insistido, mezclando las intercesiones a las palabras de cariño y utilizando todas sus mañas de mujer, para que Teresa vuelva a pisar las losas de palacio. Pero es en vano. Inútilmente le ruega que la diga el motivo de la decisión que ha tomado, el porqué del rigorismo usado con Teresa y con otras amigas suyas. La pregunta es dejada sin respuesta, porque si Napoleón se atreviera a decir la verdad tendría que decir que se despide a Teresa, que se

mantiene aparte a Mme. Tallien por llevar exactamente la misma vida que llevaba Josefina, la futura emperatriz de Francia.

Naturalmente, no se la dice esto. Y entonces la, a todas luces, ingenua Josefina escribe llorando a Teresa para comunicarle que, a su entender —ella ha pensado largamente en ello—, Napoleón no la estima ya por sus relaciones con Ouvrard, mal visto por el Primer Cónsul por su carácter de proveedor de material del ejército, de *fournisseur*, clase de gente a quien el militar profesional acostumbra a odiar porque vivo sobre la carne del soldado. Si rompiese Teresa con Ouvrard —escribe Josefina muy perspicaz— todo se arreglaría y sería recibida en seguida por la nueva sociedad.

Pero Teresa no la hace caso porque ahora —ahora— ya ha comprendido que lo que se la echa en cara no es la profesión de su amante, sino ella misma, su historia, su representación de una época que el Primer Cónsul está dispuesto a desterrar para siempre. Se da cuenta de esto y procura cambiar de táctica, aunque un poco tarde. Si ella fue en otro tiempo la que condujo la moda por derroteros ligeros, ahora será la primera en usar trajes correctos, armónicos, sin exageraciones ni petulancias. En vano; su figura ya ha pasado a la historia del triunfo femenino y es Madame Récamier, la antigua derrotada, la que surge ahora como primera estrella de la constelación social parisina.

* * *

Años del Consulado, años de regeneración, lenta pero segura, para Francia; años de declive, lento pero seguro, en la antigua preponderancia de Teresa Cabarrús. La belleza no es nada si no va acompañada de los medios de lucirla; la española sigue siendo bella, prodigiosamente bella, pero le falla el marco esplendoroso de las Tullerías, donde una nueva sociedad sustituye a la que ella conoció. No es que ésta sea mucho más selecta; a la oligarquía de

financieros enriquecidos la ha sustituido la aristocracia del ejército revolucionario, hombres que no eran nada y a quienes la victoria ha remontado a la cima con maravillosa rapidez. Traen consigo a sus mujeres, que se comportan con mayor o menor elegancia, pero, esto sí, dentro de unas normas de corrección que el Primer Cónsul ha impuesto a rajatabla. No es que ahora no se den fiestas; al contrario: el *Boletín Oficial*, anunciando las gestas napoleónicas contra los enemigos de toda Europa, da motivo para que aquéllas sean celebradas constantemente y que París se realce en festejos. Pero esto no es aquello. Hay una moderación ambiental, hay un sentido de la dignidad, y no sólo impuesto por la espada victoriosa, sino también por un cansancio de lauto desenfreno como ha seguido a la etapa revolucionaria. Existe un cansancio, un *dégoût* por todo lo realizado hasta ahora. Tanto como la paz anterior, como el cese de la guerra civil, anhelan todos los franceses la paz del alma, un retorno a la honradez de nuestros abuelos, porque todas las sociedades recobran un día u otro la normalidad truncada por acontecimientos extraños a ellas.

La gente tiene ganas de olvidar. Y este deseo es una humillación constante para quien fuera tanto tiempo airón de la sociedad; cada día hay más gente —sobre todo entre los jóvenes, que no se parecen a aquellos *muscadins* escépticos sino que, al contrario, vibran con la epopeya napoleónica—, cada día hay alguien más que no la conoce, que la olvida jo que, aun peor, recuerda vagamente que, hace tiempo, hubo una Madame Tallien que hacía furor en París con sus modas extraordinarias; y el que se la tenga como un simple recuerdo del pasado y aun falsamente vista la hiere más que el total desconocimiento de quién fué y de lo que representó en la historia francesa.

Años del Consulado, años de descenso. Pero nos equivocaríamos si creyéramos que lo acepta resignada. Quien se olvidó de sí misma para seguir en lo más alto no va a rendirse ahora ante una equivocada razón de amor propio. El deseo, más que el deseo, la pasión de ingresar de nuevo en palacio, la lleva a la carga

continuamente contra lo que ella considera una injusticia palpable. Constante, reiteradamente, en estos años escribe, se mueve, se agota. Su correspondencia particular está llena de cartas dirigidas, ora al mismo Cónsul, ora a Josefina; ésta le contesta a menudo y hasta la ve en secreto porque su amistad hacia ella no ha decaído en lo más mínimo. La insistencia es tan machacona, tan olvidadiza de la propia dignidad de una persona se debe a sí misma, que sería repugnante a nuestros ojos si no la salvara esa maravillosa cualidad que Teresa ha tenido en todos sus actos, la suave gracia femenina que hemos destacado en otras páginas. He aquí, por ejemplo, una de las cartas dirigidas a Josefina —ahora *ciudadana Bonaparte*— en el palacio de las Tullerías. La intención dulcemente resignada de la carta demuestra que la misiva se destinaba a ser leída no sólo por la esposa, sino también por el Primer Cónsul:

> «Mi vieja amiga: El ciudadano Brononville quiere llegar hasta vos y ha creído que una carta mía podría serle útil y bastaría para interesaros en su favor. Defraudada por el tiempo, por las circunstancias y por vuestros sentimientos, yo no me puedo abandonar a tan dulce error pero no he podido rehusar una prueba de mi buena voluntad a un hombre que ha servido durante veintidós años al Gobierno, a un hombre que lo ha perdido todo en la crisis revolucionaria. Es una esperanza de felicidad para él y para mí una ocasión de recordaros que mi amistad sabe resistir a todas las pruebas y que no terminará sino conmigo.
>
> TERESA CABARRÚS-TALLIEN».

No cabe más delicadeza en la súplica, más suavidad en la queja por el olvido en que se la tiene. Toda Teresa, basta lo teatral de ella, está en esta carta como en toda su correspondencia. Hasta el tema de la misiva es el natural en ella ya que se trata de una intercesión. En el pináculo o en el abismo, con influencia o sin ella, Teresa

procura siempre por los que solicitan algo y siempre está dispuesta a hacer un favor cueste lo que cueste.

Al recibir la carta, Josefina cae en un llanto lastimoso. Corre a ver a su marido y se la muestra, rogándole de nuevo lo de siempre. Pero, también como siempre, sigue su impotencia ante la férrea voluntad del futuro emperador. Este se ha dado palabra a sí mismo, palabra de honor de no volverla a admitir en sociedad y la cumple con el mismo rigor con que hace cumplir las órdenes que da a otros.

Y a fe que en este caso le cuesta. ¡Sabe suplicar tan bien Teresa Cabarrús! Hasta tal punto que, a sus insistentes peticiones de entrevista, no puede negarse el corso. Se verán, pero en condiciones que no puedan servir a la ex marquesa de Fontenay para obtener un triunfo público con la entrevista con el amo de Francia. Para ello, se acuerda que se efectúe la conversación en una ocasión en que el anónimo vele las caras: en un baile de máscaras que se dará en las Tullerías. Secretamente se combina el plan; ella irá vestida con un dominó rosa con una flor grande en el hombro; él la buscará.

Efectivamente, con la esperanza y la fe en sí misma que ha tenido siempre, Teresa acude a la cita. Por unos momentos deambula perdida entre el confusionismo de trajes de épocas diversas, disfraces de todas clases; algunas máscaras la persiguen, fingiendo esa voz extraña que alegra tanto usar en ocasiones semejantes como si divirtiera el prescindir de la propia personalidad unos días al año. Ella las aparta suavemente y sigue buscando.

De pronto, un hombre no alto, ataviado con un dominó oscuro, se le acerca; a sus espaldas dos figuras silenciosas, también enmascaradas, procuran aislarle de la concurrencia. El del dominó se acerca a Teresa y la coge del brazo. Ella comprende, al contado de esta mano dura avezada al sable, quién es él; ambos se alejan paseando. Dos horas, dos horas de una vida tan ávida de tiempo, tan cargada de enormes dificultades de gobierno, concede esta noche Napoleón Bonaparte a Teresa Cabarrús; dos horas en las que la charla es varia y movida. Ora son los recuerdos agradables de los

salones de Barras, ora las súplicas apasionadas de ella para que él levante su prohibición y las defensas, corteses pero enérgicas, del hombre a quien le cuesta más no complacer a esta voz cálida que lanzar a sus soldados a la victoria en los campos de batalla. Pero su espíritu debe mantenerse firme en sus propósitos aunque tenga que apelar a decirla toda la verdad de su pensamiento:

—Reflexionad, ciudadana, lo que habéis sido, cuál es vuestra vida ahora mismo; los hijos que habéis tenido. Yo debo dar ejemplo de moralidad a Francia. Sabéis que, particularmente, os aprecio lo indecible; pero un Primer Cónsul no puede tener afectos aparte como un hombre cualquiera. Todos sus actos son públicos y ante el pueblo. Recibiros a vos en mis salones sería dar el beneplácito a una época que ya ha muerto en la historia de Francia.

Teresa, aun a su pesar, comprende y se hace cargo de las palabras de este hombre. Se muerde los labios, y, con su silencio, demuestra que sabe no se comete ninguna injusticia con ella obrando así. Pero de pronto su sentir femenino y por ende tan apasionado como ilógico se revuelve contra el destierro definitivo.

—Concededme al menos una esperanza. El año que viene dejadme hablaros de nuevo en este lugar.

Napoleón sonríe bajo el antifaz pero se siente conmovido por esta mujer que no se resigna a perder del todo el contacto, que quiere mantener ilusoriamente una primacía, que se quiere engañar a sí misma ocupando una mínima parte de favor: unas horas al año del tiempo del general Bonaparte.

Y accede a la petición. Desde entonces, año tras año, se repite la curiosa escena sentimental a la que —contará el mismo Napoleón en sus *Memorias*— él no falta nunca. El resultado es siempre el mismo; continuamente, año tras año, ruega ella, deniega él; pero ya, ambos, más por obligación moral que por otra cosa, pues el romántico juego escondido, esa conversación anual ya tiene una gracia especial por efectuarse a escondidas de todo el mundo. Cuando en los salones bonapartinos nadie habla ya de Madame Tallien, cuando la figura de ésta parece haberse esfumado del todo

en el pasado, todavía, una vez al año, Napoleón abandona sus graves preocupaciones, su actitud frente al Papa, el recelo ante los manejos realistas y los espías ingleses, olvida a sus enemigos de todo el mundo para dedicar unos minutos a la bella solicitante de un favor imposible.

Así pasan estos años para Teresa; estas entrevistas representan, quizá, lo más aventurero de su existencia de entonces. Porque, con Ouvrard, la española ha iniciado un camino de aburguesamiento mucho mayor que cuando, recién casada, brillaba en todos los espectáculos de París. En su casa de la calle Babilonia recibe la visita del banquero, siempre correcto, afectuoso, sin estridencias; y, en la misma casa, da a luz a cuatro hijos de él, pues Teresa es mujer prolífica y no se avergüenza de ello; su amor de madre empieza precisamente ahora a manifestarse, ahora es cuando se dedica un poco a sus hijos; aunque si hasta ahora no fuera buena madre, tampoco ha puesto obstáculos a la venida de sus hijos. Ella que ha procurado siempre salvar la vida de sus amigos amenazados no va a dejar que perezca en flor un futuro vástago de su seno.

Por eso no le causan miedo los embarazos ni siquiera teme que perjudiquen a su belleza. En los mínimos días que la Naturaleza exige, ya está ella como si al mundo no hubiera venido un nuevo súbdito francés. Esta salud soberbia se perpetuará en sus hijos que alcanzarán todos edad avanzada en circunstancias muy diversas y algunas aventureras. Los hijos de Madame Tallien toman, como es lógico, el nombre de su padre aunque éste se halle en Egipto; pero, años más tarde, reivindicarán todos el nombre de Cabarrús para ellos y sus descendientes y la ley se lo concederá. La leyenda de su madre, buena y hermosa a pesar de su vida agitada, producirá tanto efecto en ellos que no querrán llevar otro apellido.

(Cuatro hijos da Teresa a Ouvrard; cuatro hijos que toman rumbos bien distintos en su vida: la primera fundará la Congregación de Damas de San Luis; otra recuerda a su madre en el sentido aventurero y llega a dirigir un periódico; otra desaparecerá de la vida

pública hasta casarse con un Moisson de Vaux. Pero el más conocido de los hijos de Ouvrard y de Teresa será Eduardo Julio Cabarrús, famoso médico y hombre *charmant* del siglo XIX).

Teresa, pues, se va estabilizando. Está ya muy lejos toda aquella actividad volcánica y juvenil de la época revolucionaria. Todavía da fiestas en su casa, porque no podría vivir sin ellas; pero las da por inercia, por costumbre, porque sabe que no puede invitar a lo más selecto de la Francia de entonces ya que el veto del Primer Cónsul ha provocado una legión de imitadores de sus actos a quienes no se ve por la casa de Madame Tallien. Los invitados de ésta se reclutan ahora entre extranjeros, preferentemente ingleses y alemanes, que gustan de conocer a Francia después de una Revolución sobre la que han oído y leído tanto y tan diversamente. Van vestidos de esa forma inverosímil que usan los turistas sajones, filón de los caricaturistas de la época. Como las noticias en estos tiempos viajan todavía con algún retraso, como de puertas afuera no se vive tan intensa y variadamente como en la propia Francia donde cada día está tan preñado de inquietudes nuevas que hacen olvidar lo ocurrido el día anterior, los extranjeros que llegan con la morbosa curiosidad de conocer a los supervivientes de la Gran Catástrofe saben perfectamente quién es Teresa Cabarrús a quien, todavía, llaman *Notre-Dame de Thermidor*. Ante este pequeño círculo de admiradores que han sobrevivido al final de su vida mundana, Teresa hace un esfuerzo para volver a ser la misma de antes.

Un testigo presencial, un alemán atraído a la casa de la calle Babilonia por el renombre de la española, la describe como conservando aún aquella belleza de facciones que la hiciera pasar a la posteridad (Teresa tiene ahora veintisiete años), pero lo que más alaba en ella es el gesto, el donaire de movimientos. Para rogar a una cantatriz famosa que se halla entre sus huéspedes que condescienda en deleitar a la concurrencia con sus romanzas, lo hace de todas formas; no pudiendo vencer la cortés negativa de la otra, no vacila en arrodillarse a sus pies. Así, inclinada, alargando sus bellas manos y los húmedos ojos fijos en la cara de la artista en

un gesto de súplica, está tan soberanamente hermosa, que los contertulios no pueden reprimir un murmullo de admiración. Efectismo, teatralidad si se quiere —repetición de la famosa súplica a Lafayette—, pero siempre este *ello* inigualable, este *savoir faire* que colma la admiración extraña.

Bien aprovechó el tiempo el alemán visitante de Teresa. Porque sus *Memorias* nos muestran otras dos facetas de Teresa, muy suyas: la primera es nueva para la imagen que nos habíamos forjado de ella hasta ahora: llama a la pequeña Rosa, a quien ya le ha desaparecido el mote *Termidor* (y que morirá en 1862, en Niza, como condesa de Narbonne-Pélet), y la hace danzar ante los invitados. Esta postergación de su personalidad para hacer brillar la de su hija nos presenta un cambio en ella, un echarse atrás frente a las nuevas generaciones como si supusiese ya su hora pasada; la otra muestra recogida, calca la supervivencia de su sentido social. Los invitados se han ido ya; el alemán, no satisfecho todavía con lo que ha observado en esta mujer casi legendaria, quédase rezagado y vuelve de nuevo a la sala; el ruido de sus pasos queda apagado por la mullida alfombra y Teresa, que cree estar sola, se libera repentinamente de la rigidez anterior mientras se deja caer sobre el diván con gesto cansado. La tensión nerviosa, la fatiga, la hacen exclamar a media voz:

—¡Dios mío! Estoy muerta, no puedo más…

El otro, creyendo dolor físico lo que no es sino cansancio moral, acude a su lado:

—Perdonadme, ¿os encontráis mal?

Sobresaltada de haber sido oída en este instante de decaimiento, Teresa se endereza. Rápidamente vuelve a aparecer en su rostro la mascarilla de la sociedad; el rictus de cansancio se hace amable sonrisa y los ojos alegran la expresión:

—Oh, no es nada, gracias… (e inmediatamente cambia de conversación:) ¿Qué os ha parecido mi fiesta? ¿Verdad que se ha reunido un gentío?

La obsesión de toda su vida: la gente, la masa a su alrededor;

que sus fiestas sean las más animadas, las más concurridas; que nadie se aburra en ellas aunque se ahogue ya el corazón avejentado por la vida de bullicio que tanto le ha placido hasta ahora. Cada vez más, se van disociando en su interior aquellas dos capas antes tan íntimamente unidas: la mujer de salón y la íntima. Lo que pocos años hace era una sola cosa, un todo armónico, se ha convertido ya en dos partes, puestas de manifiesto por la escena antedicha. La ilusión femenina que la incita a conservar una apariencia de sociabilidad y el alma maltrecha que ya no puede con la comedia de todos los días.

El curioso extranjero, el alemán indiscreto, ha llegado a tiempo. Su pluma ha tenido ocasión de recoger el canto del cisne de la Teresa Cabarrús de los salones parisinos.

Capítulo XIII

PRINCESA DE CARAMAN-CHIMAY

1802. Cronológicamente ya se ha iniciado el siglo XIX, pero en la situación francesa no se ha notado si no es para afirmar lo que iniciara su carrera victoriosa a fines del siglo anterior: la gesta napoleónica. Tanto como las medidas bélicas, las diplomáticas han dado a Bonaparte una seguridad del pueblo en él y de él en sí mismo. Su estrella, en la que cree un poco supersticiosamente, tiene hoy más fuerza lumínica que nunca y parece señalar ya el próximo amanecer imperial.

Teresa, en cambio, la mujer que estuvo a su lado y luego un poco separada de este camino victorioso, se siente progresivamente envejecida. Tiene solamente veintinueve años, pero desde los catorce está llevando una vida tan agitada que le parecen muchos más. Ya empieza a situarse en esta época terrible de la mujer en la que se mira hacia atrás; en la que se repasan las horas transcurridas, alegres o tristes; ella, que ha sido siempre niña en el sentido de no ver más que el presente, empieza ya a recordar el pasado como una historia poblada de acontecimientos extraordinarios.

Extraordinarios, y algunos desagradables. Teresa Cabarrús, que no sabe qué es el obrar mal (nunca lo ha sabido), no sabe tampoco qué es el sentir remordimientos pero sí se da cuenta de que su

situación no es nada halagadora en la nueva sociedad precisamente por esta historia que le está representando una losa para sus conveniencias de hoy. Siendo capaz ya de mirar hacia el pasado, sabe pensar también en el porvenir y éste no se le presenta muy claro. ¿Qué es lo que puede esperar? Se halla en una situación anómala, sostenida por la riqueza de un hombre con quien no le unen lazos algunos que sean duraderos; cualquier día puede romperse este vínculo y entonces encontrarse sola, desvalida, con unos hijos a quienes mantener. La actitud de Ouvrard no da motivo a estos temores, cierto; cada día parece más enamorado de ella y más que de ella, de los hijos de ambos con quienes el financiero olvida cada tarde, jugando en el jardín, las desazones del negocio y los aprietos en que le pone la declarada enemistad de Napoleón que ya Josefina descubriera a Teresa.

Pero es que estos hijos constituyen también motivo de preocupación. Se van haciendo mayores… El primero, Antonio Francisco, el que estuvo en Burdeos, ya hace preguntas molestas, difíciles de contestar… nunca falta una vecina chismosa que goce envenenando familias y sembrando dudas y desconfianzas entre los hermanos de tan distintos padres…

«Renovarse o morir», dice el proverbio. Teresa comprende que intentar mantener una situación falsa por inercia o miedo a truncarla de golpe puede llevar el daño tan lejos que ya no se pueda remediar nunca. Hay que variar el rumbo de la vida, ponerse a tono con las nuevas circunstancias. Y es que, hasta tal punto lleva esta mujer metida en la sangre la costumbre, la moda, *lo que se lleva* o *no se lleva* que la enseñaron de niña, que ahora se siente extrañamente identificada con las nuevas formas de moralidad que Bonaparte ha impuesto. A la ligereza de antes, a la tranquilidad de espíritu con que se abandonaba antaño a sus amoríos, sucede una como vergüenza de sus actos; por primera vez se da cuenta (porque así lo traen los nuevos tiempos en que vive) que no es lógica su conducta privada.

Por todo ello, hay que arbolar nuevas velas, modificar el rumbo

seguido hasta ahora. La vida gira tan rápidamente en otro sentido que, para estar a su altura, necesita *brûler les étapes*, reventar caballos y arrojar todo el lastre que pueda de su vida anterior.

Y, muy pronto, el Destino la pone en las manos la ocasión de realizar sus proyectos. En este París del Dictador que casi no reconoce, serio, cariacontecido, una sombra de sí mismo, acaba de aparecer un hombre: Tallien. Como un nuevo Ulises que intentara regresar a su hogar, la desgracia se ha ensañado con él. Volviendo a Francia, desde Egipto, su nave fué apresada por unos barcos ingleses y Tallien conducido a Londres. Pero lo que él, encerrado en el sollado, maldecía, una vez más, como prueba de la fatalidad que se ceba sobre su persona fué, al contrario, una prueba de afecto que la Providencia le concedió; un deseo de que volviera, aunque fuera brevemente, a sentirse confiado y contento de sí mismo. Pues en Londres la imagen de Juan Lambert no es la derrotada que nosotros ya conocemos sino todavía aquella antigua no empañada por el tiempo, del triunfador de Termidor, del vencedor del infame Robespierre, a quien el inglés —país de pimpinelas escarlatas— odiaba tanto como odia ahora a Napoleón. Por unos días, Tallien se siente revivir al comprobar que aun existe alguien que le aprecia y que le cree un héroe. Y como nada nos cuesta tan poco como adaptarnos a la admiración ajena, Tallien, a quien mima y agasaja la mejor sociedad inglesa, la *high life* y hasta el palacio de Buckingham, se siente en seguida en el mejor de los mundos posibles. Naturalmente no deja de charlar —su pasión—, fanfarronear y adornarse con plumas ajenas y todo es aceptado como verídico hasta tal punto, que la paz con su patria que le permite volver a Francia le encuentra confiado y seguro de su valor como en oíros tiempos.

Pero poco le dura el contento, sin embargo; el ambiente napoleónico de la tierra francesa en que se mete ahora, le azoran de tal modo que vuelve a considerarse en toda su pequeñez moral y física.

Y esto que aun no sabe lo peor. Porque a este hombre que las

luchas políticas ya han hecho apátrida, sin pasión nacionalista, no le hubiera costado nada permanecer en Inglaterra, donde se sentía feliz y considerado, si no existiera un factor; el mismo factor que le ha llevado y le llevaría todavía a las mayores vilezas; y este factor es su mujer ante los hombres: Teresa Cabarrús de Tallien. Por eso vuelve a París, por eso se apresura a ir a verla a pesar de que no ha recibido contestación a las innumerables cartas que le ha mandado, a pesar de que no han faltado amigos cariñosos (esos amigos cariñosos de siempre) que han aprovechado el breve viaje de Calais a París para suministrarle desinteresadamente abundantes noticias sobre las relaciones de su esposa con Ouvrard y la abundante familia a que ellas han dado motivo. Cada frase en este sentido es una puñalada más para el pobre desterrado que ya ha recibido tantas, pero no disminuye lo más mínimo su amor apasionado hacia la española. Y apenas llegado a París, corre desalado a la calle Babilonia.

En el pecho de todo verdaderamente enamorado siempre hay una esperanza que sólo la realidad más clara puede destruir. Y esta fe en un imposible es la que sufre un duro choque al encontrarse con una Teresa fría, indiferente, dueña de sí misma, que ni le da explicaciones, ni intenta una disculpa por lo sucedido durante la ausencia de su marido legal.

Maltrecho, nervioso, sintiéndose dominado como nunca por esa mujer que él conoció niña y aun niña desvalida, Juan Lambert no sabe qué decirla. Pero si él calla, ella, en cambio, sí tiene interés en comunicarle algo muy importante. Pues correspondiendo a sus deseos de mudar de vida tiene ahora la ocasión de romper el primer obstáculo que ha de desaparecer para el cambio de ésta: ese horrible, desagradable nombre de Madame Tallien que el vulgo aumentó y corrigió un día —nunca lo olvidará— con el apelativo referente a las jornadas septembrinas.

Y así, su bienvenida es el plantear rápida, decisivamente, su deseo: el divorcio. El divorcio inmediato y absoluto sin que valgan argucias legales; necesita separar su Destino del de él, como ya han

separado sus almas y sus cuerpos. Éste es su deseo y mejor hubiera podido decir su voluntad. Porque frente a ese hombre amargado, deshecho y rendido a sus manos no hay más que darle una orden, no es necesario rogarle nada.

Efectivamente: triste, humilde, sintiendo en su corazón deshacerse el edificio último y convertirse en ruinas la postrera ilusión de una vida agitadísima, Tallien accede. Con la cabeza baja expresa su conformidad a lo solicitado y aun dice comprender los motivos que han inducido a Teresa a tomar tal determinación. Con frase balbuciente dice la avisará para efectuar ambos las gestiones necesarias para que su separación sea un hecho jurídico. Luego, saludando cortésmente, se retira hacia la puerta del palacete.

La escena impresiona a Teresa. No sería la benefactora de Burdeos, de París, de todos los desgraciados que a ella han acudido siempre si no se sintiese impresionada por el espectáculo de este hombre derribado por la vida. Obedeciendo a un generoso impulso le llama:

—¡Juan Lambert!

El otro, que se halla ya junto a la puerta, se detiene a la dulce voz que tantos recuerdos le trae y se vuelve. Teresa se acerca y le da la mano, con un gesto afectuoso, lleno de amistad, un gesto que quiere decir: Bien, así es la vida, Juan Lambert… de todos modos podemos ser buenos amigos, ¿no crees?

Tallien comprende y se inclina agradecido a besar los delicados dedos. Mientras, los ojos humedecidos de la emoción de Teresa han tenido tiempo de ver el deplorable estado de la ropa de Tallien; la levita está descosida en varias de sus costuras, el sombrero de copa descolorido por el tiempo y comprende que este hombre que tiene ante ella derrotado física y moralmente, quizá no tiene donde comer, ni guarecerse esta noche. Y como sabe que cualquier apelación en este sentido, en este momento preciso, podría representar una herida más en la susceptibilidad de él, inicia hábilmente la conversación haciéndola girar sobre el estado de los negocios, la poca confianza en los colonos y los inquilinos de las

propiedades urbanas; le cita el ejemplo de varios de los que están en casas de su propiedad y que no se portan como personas civilizadas… en fin, de pronto y como al desgaire, como si la cosa no tuviese importancia, le pregunta si él, Tallien, no tendrá inconveniente en ir a vivir a una de las mansiones que ella posee en los Campos Elíseos, cerca de la *Chaumière*, sólo para hacerla un favor, claro.

Tallien nota la intención compasiva. Aprecia también la delicadeza que llega a no ofrecerle precisamente la *Chaumière*, donde cada rincón podía hablarle de las dulces horas pasadas juntos. Y como de verdad no tiene un céntimo, acepta agradecido. Ambos se separan como dos viejos camaradas de lucha.

Porque así es Teresa. En primer lugar ella, su vida particular y sagrada para todos; pero, inmediatamente después, su espíritu calmado acerca de su propia seguridad se llena de desazón sobre lo que puede ocurrirles a otros. Ésta es en toda su vida.

El 8 de abril de este año se efectúa el divorcio. Teresa ha saltado ya el primer obstáculo y está libre para orientar su vida.

En cuanto al segundo factor, es decir, sus relaciones con Ouvrard, la situación no es tan violenta. La misma, llamémosle frialdad y exquisita corrección con que se iniciaron sus amoríos es pauta a seguir para la ruptura. Con la misma serenidad con que entrara en su vida, Ouvrard se retira. La emoción sólo le turba un momento para decirla algo respecto a sus hijos, en quienes, este hombre empeñado constantemente en negocios, descansaba cada día, reflejando en ellos lo que le quedaba de más puro e infantil. Naturalmente, Teresa le detiene en su comienzo. Podrá ver a sus hijos cuando lo desee, podrá llevárselos alguna temporada a vivir con él, ellos seguirán queriéndole como hasta aquí.

Todo ha terminado: Tallien, Ouvrard, han saltado ya por la borda. La nave de la Cabarrús —solamente, de nuevo, *Teresa Cabarrús*— puede girar ahora en la dirección que le plazca; nadie le pone veto ni peros. Ella misma se siente más ágil, más fuerte y dinámica. Algunos negocios realizados con suerte le han puesto en las manos,

de nuevo, si no una fortuna, sí un medio de seguir independiente económicamente, como lo es en el espíritu. Teresa abre de nuevo sus salones un poco olvidados en los últimos tiempos y sonríe a los amigos. La libertad la ha rejuvenecido. Aunque si en el fondo mantenía la esperanza de que la gente pudiese olvidar con la inconsciencia que ella, su pasado, se equivoca. Una firma al pie de un acta de divorcio, una separación amigable de un amante que ha dejado de serlo, no bastan para borrar una vida de años. Y muy claramente lo ve Teresa cuando, en el año 1804, el Primer Cónsul sube al trono con el nombre de Napoleón, cuando Notre-Dame brilla de entorchados de generales y diademas y de vestidos largos y abiertos a lo Imperio; entonces, a la misma hora, la que realzaría la ceremonia con su presencia, la que serviría de guía en la nueva moda evitando las demostraciones de mal gusto, está en casa echada sobre la cama, derramando abundantes lágrimas por no poder asistir a la fiesta, como una niña a quien se castiga por haberse portado mal. Y una niña es Teresa cuando se trata del juguete costoso y brillante de su vida social.

Pero, muy pronto, se reanima, se levanta y sonríe al mundo. Ya encontrará, un día u otro, también ella su camino definitivo. Hay que luchar por conquistarlo, simplemente.

* * *

Todas las cosas importantes de la vida de Teresa han sido llevadas a cabo con un telón de fondo, siempre el mismo: el de un salón de fiestas. No es raro, pues, que la que marque el comienzo del último acto de su agitada existencia se realice en el mismo escenario.

La casa está engalanada con el gusto que, en esta mujer, ha presidido todos los momentos sociales. Las largas levitas de ellos que se recortan atrás sobre un pantalón ceñido, las botas medias o

altas, se oponen a las largas vestiduras que dejan una larga cola y dan al cuerpo una majestad inigualable. Se habla, ¡cómo no!, de las victorias napoleónicas. El relumbrón de ellas es tal que en todas partes se introduce su actualidad. Pero éstas de ahora, más que victorias militares, son las que se refieren al aspecto de Napoleón que no se ha destacado bien todavía: su Código civil, su creación de la Legión de Honor. Con las dos instituciones, el corso ha respaldado, con el peso de su autoridad, la creación revolucionaria más limpia de demagogia, la que presupone que todos los hombres son iguales en principio y, por tanto, capaces de elevarse por su mero esfuerzo hasta los cargos más altos y las mayores dignidades.

Las opiniones son diversas. No falta el que todavía tiene resabios jacobinos y encuentra parva la concesión ni la dama vieja y reseca que vivió los tiempos del rey Luis y la encuentra excesiva. En medio de ellos, dando o admitiendo razones en pro y en contra, sabiendo quedar bien con ambas tendencias con este arte del salón y de la conversación tan suyo, Teresa procura que su reunión sea a gusto de todos y que nadie se aburra ni se lleve un mal recuerdo de ella.

—¿Me permitís, señora?

Teresa vuelve la cabeza. Un amigo, ese amigo anónimo que se ve en todas partes y que se invita siempre pero del que no se recuerda nunca el nombre, está ante ella. Le acompaña un desconocido: alto, elegante, una expresión distinguida en las facciones correctas…

—Quería presentaros a este amigo que tiene gran interés en conoceros. El conde José de Caraman. Mme. Teresa Cabarrús.

El conde se inclina reverentemente y besa la mano que se alarga hacia él.

—Honradísimo, señora. Ciertamente tenía gran interés en conoceros. La fama de vuestra belleza es tal, que no me permitía vivir hasta este momento que reputo el más interesante de mi vida.

—La fama miente mucho, conde; haríais mal en fiaros de ella. Pero, vos, ¿residís en París? No os había visto hasta ahora…

—Yo sí a vos, de lejos; aunque es lógico que sea yo quien os admire y no que seáis vos quien reparéis en mí. De todos modos tenéis razón. He vivido mucho tiempo fuera, toda la Revolución…

¡Un emigrado! Por tanto, un presunto enemigo de su recuerdo como reina revolucionaria. Uno de esos hombres que han sufrido en el destierro y que quieren hacerlo pagar, a su vez, a todos los que permanecieron en medio del incendio sin quemarse. Pero su listeza ingénita y su costumbre en el trato con los hombres le ha hecho catar desde el primer momento a quién tiene delante. Y la admiración que ha descubierto en los ojos del conde de Caraman al hablarla le demuestra que si es un enemigo, al menos es un enemigo fácil al convencimiento.

Pocos instantes después, están ambos bailando en la ancha sala. Entre paso y paso, Caraman le cuenta su vida, le habla de sus parientes, de sus amigos; le narra sus luchas de emigrado, sus necesidades que le obligaron a dar lecciones de violín y de matemáticas en Hamburgo. Porque, ciertamente, si es un noble, no pertenece a la antigua clase de señores para quienes el trabajo era una deshonra, casi un pecado. José de Caraman tiene un sentido mucho más sensato de la vida y siempre ha sabido mantenerse en un plano de honrado menester que él sabe no enturbia, sino, al contrario, ensalza la sangre heredada. La habla también de su antepasado que admira con gran fervor: Riquet, el gran hombre de los tiempos de Luis XIV, el inmortal ingeniero del canal de Languedoc. Largo rato charla, le cuenta cosas suyas. Acapara de tal modo su atención que, en toda la velada, apenas tiene Teresa tiempo de atender a sus otros invitados. En vano le ruega ella que la excuse. ÉI no la permite marcharse y sigue atrayendo su atención trazándole planes de su vida; finalmente, cuando el tiempo apremia y las visitas empiezan a desfilar, solicita una entrevista para el día siguiente.

Hay un exceso que nunca puede desplacer a una mujer: el exceso de admiración. Teresa, a quien hoy se ha aislado de modo casi definitivo de sus invitados; Teresa, que por primera vez ha

arriesgado su fama de perfecta huésped, sonríe al acostarse y recordar la escena transcurrida. Y no se enfada porque al repasar las cosas —tan diversas— que él le ha contado; al recordar todas las palabras que él le ha obligado a escuchar, comprende que sólo de una forma puede explicarse esta prisa, esta urgencia por que ella entrara en su vida íntima, conociera todos sus secretos, supiera de sus planes y de su familia; porque está enamorado de ella. Sólo esto lo explica todo.

Teresa ha despedido a la doncella tras ponerse el traje de dormir, el largo y recamado camisón de encajes. Luego se tiende en la gran cama cuyas patas figurando garras de león reposan sobre la alfombra magnífica. Con el último candelabro reducido a la oscuridad, sonríe sola a lo negro de la noche que se asoma a la ventana. Condesa de Caraman… ¿por qué no?

La española conoce bien a los hombres y este pensamiento lo demuestra una vez más. Pues, efectivamente, José de Caraman está, loca, ferozmente, enamorado de ella. Alguien se la enseñó una vez en un baile, otro por la calle y, primero, fué la curiosidad de saber de mujer tan conocida la que le tentó. Procuró coincidir con ella, la siguió, la vió a menudo y, muy pronto, aquella atracción de unos días, aquella simple curiosidad de saber cómo reacciona una mujer famosa ante gente diversa, se transformó en súbito, inextinguible deseo de saberla más cerca, de lograr que sólo a él se dedicasen aquellas sonrisas que Teresa repartía tan graciosamente; en amor, en fin.

José de Caraman no es ningún chiquillo. Sabe quién es ella, le han contado su vida y aun con la lente de aumento que la mala intención pone a menudo al hablar de una mujer. Este hombre, que ha sabido ganarse la vida como tal en el exilio, tiene una límpida serenidad de juicio cuando se plantea el problema de su amor hacia ella y ha colocado, ante sí mismo, todos los obstáculos de la mala fama que Teresa posee. Pero menguado sería su amor si no pudiese con ellos. Esta clase de seres, fríos y sensatos, cuando se enamoran lo hacen con una exaltación y un apasionamiento que no

conoce ningún adolescente avezado a ver una diosa en cada mujer. Por eso, Caraman ha preparado ya su plan de batalla y el romper del fuego ha sido esta primera entrevista con Teresa, en la que los ojos hábiles de la otra han averiguado inmediatamente la posición de sus fuerzas. Posición que, en las sucesivas entrevistas, no hace más que afirmarse. Caraman ataca, ataca constantemente, la dice juramentos apasionados. Ella le sonríe y le dice que no se conoce a sí mismo, que miente. Nada puede ser tan ofensivo para un hombre enamorado como el que se dude de su cariño. Ello le impulsa a ratificarlo con promesas, con demostraciones de pasión; pide su mano una y mil veces. Teresa le llama niño mimado y le comunica sus temores de que toda esa pasión desaparezca cuando su familia se oponga a la boda por tener conocimiento de lo que se rumorea de ella.

—Dicen tales cosas de mí… —suspira, llevándose el pañuelo a los ojos.

La saeta da en el blanco previsto; si a nadie le gusta que se dude de su capacidad de amar, más hiere la sospecha de que no se sabrá defender el objeto amado contra todos y cada uno de sus enemigos. Ella intenta convencerle de que la familia siempre tiene fuerza en esos casos; de que sabe atacar por donde menos se espera y que pesa mucho en un hombre la idea de romper con los que hasta entonces han sido los suyos (en su mente hay el recuerdo de sus amores truncados con el hijo del marqués de Laborde); sigue explicándole las diatribas que utilizará la familia Caraman para con su hijo y, así, como sin querer, le previene ya contra los ataques, con lo que evita a sus enemigos la sorpresa que, a menudo, constituye un éxito inicial. Cuanto más le señala las dificultades, más se crece él en su confianza de superarlas y más ama a esta mujer que tan sensatamente aprecia las inconveniencias de su vida; que tan sinceramente espera se la difame por su pasado. En él, esto sólo ocasiona un robustecimiento del cariño, un deseo mayor de poseerla, de llevarla consigo para que a su lado sea siempre su guía y su sueño. Y así insiste en la empresa una y otra vez hasta que,

dándose por vencida —y es la vencedora—, Teresa da su aceptación a la promesa de matrimonio.

¿Inmoralidad? No, porque es imposible pecar sin saber lo que es pecado. Dafnis y Cloe no pecaban porque no sabían. Tampoco la Cabarrús. Ella se considera capaz de hacer feliz a este hombre que a ella llega; sabe que con él su vida estará asegurada, estará definitivamente regulada. Le encuentra amable, simpático, comprende que la ama. ¿Por qué va a rechazar un amor que tan generosamente se le brinda? Ha intuido, además, que éste es su camino y su refugio tras vida tan azarosa; que, gracias a él, su existencia adquirirá ese ritmo pausado y burgués que después de tanto agobio, ella anhela; que sus hijos podrán tener un padre afectuoso, un padre bueno que se preocupe de ellos… éste es su pensamiento. Lo demás, el resistirse, el dar y tirar sucesivamente, no son más que artes para asegurar aquél, coqueterías vulgares con las que quiere evitar un desengaño y terminar su plan. Como las reservas ante una oposición paternal ante la que ha querido asegurarse; pues bien sabe ella lo que se piensa de su vida privada en ciertos centros mucho más recatados y pacatos que los mismos del Imperio donde ya le está vedada la entrada: los de los emigrados realistas, llenos de empaque y tradición.

Y todavía la realidad supera sus peores temores. Pues, apenas se entera Víctor Mauricio Riquet-Caraman, antiguo Teniente general del ejército y perteneciente a una de las familias más linajudas de Francia, de que su hijo José, de cuya seriedad y rectitud sólo habían alabanzas hasta ahora, se quiere casar con la antigua *Notre-Dame de Thermidor*, la mujer que ha presidido con sus escándalos la peor época de la historia francesa, cree morir de la impresión recibida. Y la reacción inmediata es fulminante, tormentosa. Inmediatamente conmina al hijo a que olvide en seguida sus absurdos proyectos de enlace con mujer tal; le recuerda el ejemplo de sus abuelos, la noble familia de la que procede. Le habla del disgusto de su madre abochornada que no podrá nunca contar a nadie que su hijo predilecto, ha efectuado enlace de tal calibre…

Todo es en vano. La acometida es verdaderamente más temible de lo que Caraman pensara. Muy a menudo siente debilitársele el corazón ante los razonamientos paternos y el disgusto que puede causar a su anciana madre, a quien adora. Pero cuando flaquea, cierra a medias los ojos, siente en el oído las dulces palabras de su amada y se siente vivificado por su aliento y dispuesto a los mayores sacrificios del mundo por obtenerla.

Tras de las amenazas vienen las súplicas. El antiguo militar no se avergüenza de rogar a su hijo que no le cause, a él mismo, el bochorno de casarse con una mujer de tal historia… José cree su deber intervenir en defensa de su novia. Se ha exagerado mucho… las circunstancias la empujaron… ella le ha contado todo… Y lo dice con un aire tal de convencimiento que su padre comprende que todo esfuerzo para quitarle esa imagen de la cabeza será en vano. Con un gesto de desprecio le vuelve la espalda y le ordena que se quite de su vista.

Algo aturdido por la escena, pero con la satisfacción última de no haberse dejado convencer por las razones paternas, Caraman vuelve junto a Teresa. Si ésta conservaba todavía alguna duda sobre el papel que podría desempeñar en tan difícil trance el que ya es su prometido, la desaparece toda nube cuando oye su alegre voz preguntando por ella. Corre a sus brazos y hace que se lo explique todo. Al terminar, le mira admirada; nunca hubiese supuesto que la filípica fuera tan horrible. Y en su corazón nace un nuevo sentimiento de afecto hacia este hombre que a tanto se expone por su amor a ella.

Porque la ruptura es, desde luego, definitiva. El padre se niega a conceder el permiso; pero, para un hombre que se ha atrevido ya a verle, a hablarle de su amor y a resistir su ira, éste es asunto puramente legal que tiene poca monta. Siendo Caraman mayor de edad, le basta efectuar ante testigos la *sommation respectueuse*, el requerimiento legal, y el orgulloso silencio del padre da motivo a verificar la boda sin su consentimiento.

Pero para ese matrimonio hay otro pequeño inconveniente.

Y es que Teresa —casi lo habíamos olvidado ya— está casada, y precisamente con un Marqués, el marqués de Fontenay.

Y como a nuevas épocas vuelven las costumbres añejas, resulta que el divorcio no es lícito como tampoco es lícito —de esto, da Caraman gracias a Dios— el enlace efectuado con Tallien. Es el antiguo el que sirve, el efectuado antes de la Revolución, cuando la gente aun creía. Como ahora se ha firmado un Concordato con la Santa Sede y la gente vuelve a ser católica, el casamiento por este rilo es el único aceptado.

Los padres se apresuran a hacer llegar al enamorado José, por intermediarios, el impedimento en cuestión. Pero no sería Caraman un hombre ciego de amor si no buscase en seguida una salida intermedia. Se casarán civilmente ahora y, algún día, podrán revalidarlo por la Santa Madre Iglesia.

Y, efectivamente, el 3 de agosto de 1805 se efectúa el matrimonio civil entre José de Caraman y Teresa «de» Cabarrús, pues su deseo de no sentirse más humillada ante la familia de su esposo la ha obligado a colocarse este «de» ante el apellido, que no existe sino en su imaginación. La ceremonia se realiza con los testigos mínimos. La familia de él ha roto ruidosamente con el hijo que así se porta; la de ella está lejos y no quieren viajar tanto por una boda más. Los amigos de ella no son invitados por tratarse de gente *non sancta*; los de él no quieren refrendar con su presencia boda tan desigual.

Contra todos y contra todo, la boda se realiza. E, inmediatamente después, se inicia el viaje de novios por tierras de Italia, que Teresa no conoce. Este viaje le proporciona de nuevo una de aquellas satisfacciones que tanto significaran antaño y que apenas si puede recordarlas ahora, tanto hace que han desaparecido en la noche de los tiempos. Es la presentación oficial que realiza en la corte del rey de Etruria, antes duque de Parma y casado precisamente con una infanta española: María Luisa. Una vez más, la historia de Teresa demuestra que en el extranjero la aprecian más que en su propio país de adopción. Su leyenda ha

llegado a oídos de la pareja reinante en la Toscana y en esta corte minúscula todos tienen grandes deseos de ver a quien pudo orientar un tiempo el gobierno de la Francia revolucionaria.

La invitación, pues, se cursa aunque algunas timoratas damas de la corte, a cuyos oídos ha llegado algo de cómo se vestían las *merveilleuses* en el París de Termidor, tiemblen por la moralidad pública cuando aparezca *Notre-Dame*. Pero muy pronto se dan cuenta de que el tiempo no ha pasado en balde y que si la belleza continúa siendo maravillosa y el garbo y la gracia de la Condesa no han perdido nada de su encanto, en cambio su estilo de vestir se ha amoldado a las nuevas costumbres de la moda. Pues comparece con un vestido sobrio, pero elegantísimo, de terciopelo de Lyon; la ropa es larga y bien tallada y con unos maravillosos bordados que ocasionan la admiración de quienes la ven en aquella fecha memorable. Los Reyes la reciben y la felicitan por su gusto y elegancia. No hace falta más para que la española crea hallarse de nuevo en lo mejor de sus años mozos, cuando el triunfo la acompañaba por todas partes.

Y algunas semanas más tarde, José Bonaparte la ratifica en esta idea al recibirla también, acompañado de su corte de Nápoles, a ella y a su marido. Este es el espaldarazo definitivo para su imaginación optimista. ¿Cómo va a negarse ahora Napoleón a admitirla en su corte imperial, cuando no sólo el rey de Etruria, sino su mismo hermano, no han vacilado en darla la bienvenida? Todavía podrá ser de nuevo la reina de los salones de París, brillar en ellos. ¿No tiene ahora su situación legalizada? ¿No es condesa de Caraman, enlazada con una de las mejores familias francesas? ¿Quién puede reprocharle nada?

Y con las mismas prisas e ilusiones con que preparara su viaje a Italia, Teresa insta a su marido para volver a París. Le corre prisa de reinstalarse en la corte, demostrar a sus enemigos que todavía es la primera mujer de Francia.

Apenas llegada corre a la Malmaison, a casa de su amiga Josefina a quien había dejado de ver en mucho tiempo por el veto

de su marido. Ya a contarle las maravillosas cosas que ha visto en Italia, el esplendor de sus palacios, lo bien que se han portado con ella las testas coronadas —el cuñado de la Emperatriz entre otros—, los deseos que tiene de reanudar su vida de sociedad en París…

Todo esto le cuenta. Y Josefina, para quien Teresa ha sido siempre una mujer superior, la oye animada de los mejores deseos, embobada de su facundia y creyendo realidad próxima lo que sólo es un sueño más de esta imaginación exacerbada de optimismo. Mucho rato hablan y hablan de proyectos y recuerdos… Josefina la confía sus temores al no poder darle el hijo que espera al Emperador y la otra la consuela, diciéndola que llegará su hora como a tantas otras mujeres que tardaron en ser madres y luego fueron prolíficas…

* * *

Una de las ventajas de la potente voluntad ordenadora de Napoleón es que no deja nada al azar: en su organización todo está reglamentado y ordenado para que, esté donde esté, le llegue inmediatamente cualquier noticia interesante.

Y así, esta noche otoñal, un correo galopa sin descanso Inicia su posta; descabalga, toma otro caballo fresco que las fuertes manos del maestro retienen ante él y sigue corriendo bajo la noche y el día; cuando sus fuerzas se agotan, entrega una cartera de cuero ricamente adornado a un hombre; con la cartera tres palabras que son una consigna: Correo del Emperador.

A través de Europa, desde París a Berlín, va transcurriendo el mensaje como si un hilo invisible tirase de él y uniese las Tullerías con el Cuartel general de Napoleón que se halla en Prusia y acaba de vencer a los enemigos en Jena y Auerstädt. De pie ante la tienda de campaña, Napoleón recibe la valija y rompe los sellos lacrados que protegen su regia correspondencia contra la indiscreción ajena.

Rápidamente, como hombre ya avezado, sus ojos recorren las líneas de los informes remitidos. Nada de particular… ningún disturbio en París que aclama sus boletines de victoria. ¿Qué es esto? Para el observador desapasionado, *esto* no representaría nada de particular. Es un informe reservado dando cuenta de la visita de la condesa de Caraman a la emperatriz Josefina en la Malmaison; detalle bien insignificante en momentos en que se está decidiendo el porvenir del Imperio en los campos de batalla. Pero, ¡cosa rara!, Napoleón sólo separa este informe, que es casi un chismorreo insignificante, indigno de que se le preste atención. Luego entra en su tienda, ordena que no se le moleste y se pone a escribir. ¿Es, quizá, el nuevo plan de campaña? ¿El proyecto de bloqueo de Europa contra Inglaterra? No, lo que el Emperador escribe, es la carta siguiente:

> «Amiga mía:… Te prohíbo ver a Madame Tallien bajo ningún pretexto; no admitiré ninguna excusa sobre el particular. Si piensas en mi estimación y quieres complacerme, no infrinjas jamás la orden presente. Ella querrá venir a tus departamentos y permanecer en ellos durante la noche: prohíbe a tus porteros que la dejen entrar. ¡Un miserable la ha desposado con ocho bastardos! La desprecio mucho más que antes. Podía haber sido una muchacha agradable y se ha convertido en una mujer de horror y de infamia…» Y firma con su nerviosa inicial: «N.»

Carta curiosa, no sólo por el simple hecho de haber sido escrita y de conceder tal importancia a asunto tan trivial cuando tantos negocios realmente graves pesaban sobre sus espaldas, sino por el tono agresivo que la inspira. Napoleón no admitía a Teresa en su sociedad, cierto, pero la veía a escondidas, todos los años en el baile de disfraces y, en el fondo, la apreciaba. Y he aquí que lo que parece ofenderle más es que ella, esta mujer a quien quizá en el fondo consideraba un poco de su pertenencia, algo suyo, baya

tenido la audacia de casarse sin su consentimiento. «¡Un miserable la ha desposado con ocho bastardos!». ¿Qué significa este grito, realmente exagerado, no sólo en cuanto al número de hijos sino en cuanto a la seguridad con que un marido de Josefina de Beauharnais puede hablar de moralidad? Y este final tan sugestivo y tan propicio a idear posibilidades: «Ella podía haber sido una muchacha agradable…». *Podía haber sido…* ¿Qué quiere significar Napoleón con estas palabras?

Probablemente nunca se sabrá. Éste es uno de los aspectos del gran hombre todavía no bien estudiados: la mezcla de arrebato y frialdad, de pasión y dominio, de éxito y fracaso que acompañaron la vida amorosa del corso.

Naturalmente, Josefina es demasiado necia para deducir tales cosas de una carta de su marido. Lo único que comprende es la dura ley terminante y la hace llegar a su amiga entre lágrimas. No hay posibilidad alguna de arreglo, bien lo verá ella. Bien lo ve Teresa. Ésta era su última carta y la ha perdido. Hay que resignarse a perder todo contacto con los medios oficiales de París. Pero, entonces, ¿a qué vivir aquí? ¿A qué seguir en la capital francesa, donde tantos recuerdos desagradables hay? Es mejor partir, marcharse a otros climas, huir de sí misma.

Afortunadamente, la vida material está mejorando constantemente para esta mujer que no ha sabido nunca qué es la miseria, como no sea en la cárcel y no por mucho tiempo. Al título de condesa de Caraman, su marido viene a añadirle, poco después, uno mucho más retumbante: el de princesa de Chimay. Este principado es de noble vejez: fué fundado por Carlos el Temerario en 1486 y Caraman lo recoge de su tío Felipe Mauricio Gabriel de Alsacia, que es, además, príncipe del Sacro Imperio. Todas éstas son las galas que el Destino se complace en colocar alrededor de la cabeza de la antigua amiga de Tallien.

Princesa de Caraman-Chimay, Teresa va a Bélgica, a sus posesiones, a su castillo; la rodean sus hijos, su marido, un tropel de criados y servidores. Estamos ya en el último acto de su vida que,

sin embargo, cronológicamente es el más largo.

Más de treinta años vive Teresa Cabarrús en Chimay, más de treinta años que, sin embargo, no tienen la vibración de un solo día en Burdeos o en el París del Directorio. A la agitación ha sucedido la quietud; la estabilidad viene tras el movimiento. En su palacio, rodeada de los jardines a los que tanto ha amado siempre, ahora da limosnas, se pasea y tiene una vida apacible y tranquila rodeada de los suyos, de su marido que cada día está más enamorado de ella, de sus hijos que se hacen ya altos y robustos mocetones. Al conde de Caraman le da cuatro más que añadir a los seis anteriores que ya tenía ella.

Pero la historia, como repetidas veces ha tenido ocasión de constatarlo Teresa, no se borra con un simple propósito de hacerlo. Y de ello tiene en su retiro de Chimay dos pruebas palpables que la amargan un poco la dulzura de su vida contemplativa. Una es la actitud de la corte belga para con ella. Por su título, Caraman-Chimay tiene obligación de asistir a las fiestas de la corte del rey Guillermo. Naturalmente, gustaría de llevar a ellas a su mujer, pero… se le hace comprender, muy elegantemente, que ello no es posible. Contra este veto, Teresa, que aun sigue desviviéndose por los placeres mundanos, rompe las últimas lanzas de su vida, pero tan vanamente como las que quebrara contra la opinión del César y aun peor, pues, aunque vagas, aquél le dió algunas esperanzas repetidas año a año y, en cambio, el rey belga se encierra, cortés pero enérgicamente, desde el primer día, en un silencio glacial.

Nunca podrá esta mujer pisar las escaleras del Palacio Real de Bruselas.

Tampoco ha cortado del todo el cordón espiritual que la une con París, su residencia de tantos años. De allí le llegan las nuevas más contradictorias: la muerte de su marido Fontenay que le permite, por fin, a los once años de casada, que la Iglesia justifique su matrimonio con el príncipe de Chimay —refrendo que para la sociedad belga no tiene ningún valor—; también le llega la noticia de la muerte de Tallien, pobre y desdichado, que ha vuelto de Alicante

donde la caridad de Napoleón le dió una representación consular de la que tuvo que huir cuando la explosión patriótica popular del Dos de Mayo; de allí le van llegando resúmenes y resultados de toda una serie de procesos que ella va archivando cuidadosamente en el rincón de los recuerdos.

Pero de allí le llegan también rumores graves; con la caída de Napoleón, que representaba todavía la pervivencia del momento revolucionario, la gente ha dejado de temer a éste para considerarlo curiosamente. Por primera vez se da cuenta Francia de lo que ha vivido años atrás y los libros y tratados sobre la Revolución obtienen un éxito loco. Las Memorias, aun más. La gente quiere saber lo que les ocurría a las primeras figuras de la Francia del inmediato pasado, y los recuerdos personales son agotados en las librerías con esa morbosidad especial con que el gran público gusta de saber las vidas ajenas.

Pero, naturalmente, muchos de los actores de las efemérides revolucionarias no tienen ningún interés en hacer sentir su voz en estos momentos ni siquiera para explicar lo que hicieron ni el porqué. Así se hace notar la falta de muchas de estas Memorias, las más importantes; pero el editor de la época no se arredra por tan pequeño detalle. Si el interesado no quería escribirlas, no faltará quien lo haga por él; algún asalariado, por ejemplo. Y, efectivamente, comienzan a surgir los Recuerdos apócrifos de toda clase y condiciones que la gente devora, creyéndolos auténticos. En esta plaga de mentirosos recuerdos personales no podían faltar los relativos a Teresa Cabarrús. Con la preocupación de ver así difamada a su madre, Eduardo de Cabarrús se lo escribe desde París comunicándole un proyecto editorial que se anuncia y pidiéndole autorización para cortar el mal de raíz. Teresa contesta:

«Bruselas, 5 julio de 1825.

… Te agradezco con el alma, amigo mío, que quieras impedir la publicación de las Memorias con que se me

amenaza; el que es lo suficientemente cobarde y vil para especular sobre el escándalo y atacar a una mujer, a una madre de familia, no se detiene ante el sentimiento ni el miedo y es necesario que la víctima se resigne. No creas tú, pues, querido amigo, que puedas obtener el sacrificio de lo que esta clase de gente llama una *especulación*; no solamente no he escrito nunca Memorias sino que ni siquiera piensa escribirlas; no querría hacer a nadie el daño que se me ha hecho y el publicar las cartas remitidas en un tiempo que ya no existe me vengaría demasiado cruelmente.

He vivido hasta hoy sin haber hecho derramar una lágrima, sin haber experimentado un sentimiento de odio ni un deseo de venganza; quiero morir tal como he vivido; desprecio a la gente que necesita calumniar para vivir y compadezco a quienes se gozan con un género de obras que llevan la desesperación y, muy a menudo, la desunión al seno de una familia que sin la mentira hubiera vivido feliz…

En cuanto a las Memorias con las cuales se me amenaza, nadie podrá creer que, estimada y querida en este país, encontrándome en una posición honorable, quiera turbar la tranquilidad de mi alma para dar que hablar de mí. Debo a M. Chimay el deber de dejarme calumniar sin quejarme, y sean cuales fueren los ataques, no obtendrán más que mi desprecio y el de la gente de bien…

Será siempre tu mejor amiga…»

Esta carta ya parece una revisión de trabajos, una despedida a lo antiguo, aunque su ingenua coquetería de siempre sólo la obligue a considerarse la *mejor amiga* de su hijo, ya médico. Obsérvese el temor con que se refiere a las Memorias, posibles desveladoras de muchas cajas de Pandora que no tiene ningún interés que se conozcan. Pero nótese, una vez más, como este miedo no es porque tenga temor de la verdad por sí misma, sino por los demás. Ella no cree haber hecho daño a nadie; ella se cree buena; ella es

sincera al decir que no ha odiado a nadie, ni ha querido vengarse de nadie.

Éste es casi su testamento. Pero aun hay otra anécdota que se enlaza con aquella su vida parisina de antaño. El año 30 hace un viaje a París, un París que casi no conoce y que se parece muy poco a aquel donde ella brillaba. Así como es la moda de las Memorias, también en el teatro se interpretan obras de la época revolucionaria. Teresa, ya mujer casada y respetable, tiene tentaciones de ver cómo se imagina esta gente que fué lo que ella conoció tan bien. Y pide a su hijo Eduardo que la lleve a ver, en el *Ambigú*, un drama titulado *Robespierre*. A su hijo no le parece muy oportuno… pueden hacerse alusiones a su nombre… pero ella le convence… ¡Sabe pedir tan bien las cosas!

Y van al teatro. La representación está ya comenzada cuando entran en el palco. La escena figura el despacho del Incorruptible y, apenas están instalados, apenas ella ha fijado curiosamente sus ojos en el escenario que tantas cosas le recuerda, cuando un *officieux* (nombre dado a los criados cuando la Revolución) entra en el fingido salón para anunciar: «¡La ciudadana Tallien!».

Sobresaltado, Eduardo de Cabarrús se vuelve hacia su madre y la encuentra desmayada. Procurando no llamar la atención —¡buena se armaría en la sala si se dieran cuenta de su personalidad! — Eduardo la reanima, la saca del teatro, la lleva a casa en el coche. Y cuando Teresa se despierta, sólo hace un comentario; un comentario magnífico de *merveilleuse*, de elegante; se vuelve hacia Eduardo y:

—¿Te has fijado en lo horriblemente vestida que iba la actriz que me representaba?

* * *

Éste es su último contacto con París y su vida anterior. Desde

ahora reside en Chimay, en su castillo, rodeada de los suyos. Pero como necesita, de todas formas, algo que le haga sentirse huésped, invita a su residencia a los mejores ingenios de la época; a Cherubini, el músico que compone en el castillo su *Gran Misa*; a Auber, antiguo conocido, que había dicho de ella una vez que, cuando entraba en un salón, hacía el día y la noche: el día para ella, la noche para los demás, y que escribió allí su primera ópera. Al príncipe de Chimay, violinista, le placen mucho estas visitas, así como las de Roda, Osborne, Baillot. Esta vez sí que parece la casa de Teresa el *santuario de las musas reunidas*, como denominara un día a su *boudoir* de Burdeos, De Paroy. En canto estaba la Malibrán, la famosa artista aclamada de todos los públicos europeos; Lemercier componía y recitaba versos, mientras Isabey, el gran Isabey que estuvo en el Congreso de Viena, pintaba miniaturas o dirigía el pincel de Teresa, que se refugiaba en las artes y en sus amigos como un seguro y agradable refugio de los tormentosos tiempos pasados.

Allí era feliz; su felicidad duró exactamente hasta que Señora Muerte vino a tomarla de la mano y a cortar vida tan pródiga en hechos, existencia tan movida y agitada. Su arma fué una enfermedad de hígado; una enfermedad que no pudieron cortar los mejores médicos belgas y que la llevó lenta, pero seguramente, hasta la tumba.

Un dieciocho de enero llamó a sus hijos y a su marido. Se agolparon todos junto a ella. Teresa estaba tendida, respirando con dificultad, pero su cara permanecía plácida y sonriente como si soñara. Y esto hacía; por debajo de sus párpados veía su camino, toda su vida: Carabanchel, París, Burdeos, la Revolución, Termidor, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración…

¡Qué vida la mía! ¿No es verdad que parece un sueño?

De pronto se le angustió la faz. Un pequeño rictus de dolor y, enseguida. una expresión tranquila en sus ojos semiabiertos.

Caraman-Chimay llevóse a los hijos, que se acongojaban sin saber exactamente por qué, y volvió para mirar, hora tras hora, el

rostro de la difunta que tanto había amado.

La enterraron en el coro de la iglesia parroquial de Chimay. A su entierro acudió toda la comarca: ricos, pobres, medianos. Pero, sobre todo, una turba de harapientos, de descalzos a quienes ella había dado sustento y esperanzas muchas veces. Y esta muchedumbre iba llorando porque había perdido su bienhechora, *la mere des pauvres* que tantas veces les había socorrido.

Y este título póstumo es el que más honra la memoria de aquella mujer que se llamó en vida Teresa Cabarrús; nacida en Madrid, muerta en Bruselas, tras sesenta y dos años de vida extraordinaria.

FIN

Escritor y ensayista español, Fernando Díaz-Plaja es conocido por sus ensayos de divulgación, eminentemente culturales, entre los que destaca su obra *El español y los siete pecados capitales* (1966), que luego continuó aplicando la misma fórmula a diversas nacionalidades.

En lo narrativo, Díaz-Plaja ha publicado varias novelas, en su mayoría de corte histórico, quedando finalista en dos ocasiones del premio Espejo de España.

Otros de sus ensayos —de tipo histórico— lograron cierto éxito, como sus anecdotarios de la Guerra Civil y el Franquismo, logrando el XX Premio Anagrama de Ensayo con El arte de envejecer.

Notas

[1] La bisabuela que vivía todavía. <<

[2] Si Burdeos fuese agradecido, dice un cronista de la época, debería elevar en una plaza pública una estatua al Reconocimiento que reprodujese los rasgos de Teresa Cabarrús-Fontenay. Y, efectivamente, las cifras concernientes a los guillotinados en Burdeos durante el Terror, da el siguiente resultado, bien halagador para Teresa. Según las estadísticas oficiales, éstas son en cuanto a muertes y multas desde la llegada de Tallien a la ciudad de la Gironda:

Octubre	1793	…	6	1
Noviembre		…	18	28
Diciembre		…	34	14
Enero	1794	…	16	13
Febrero		…	10	24
Marzo		…	8	12
Abril		…	10	4
Mayo		…	0	4
Junio		…	71	1
Julio		…	126	2
	Total	…	299	103

Es decir, que desde que ella inicia sus relaciones con Tallien, diciembre de 1793, las penas de muerte descienden en gran proporción aumentando en la misma las multas con que se engañaba al sentir sanguinario de los miembros del Comité, no avezados a soltar presos sin ganar nada en ello. Y esto liega hasta a la absoluta falta de ejecuciones en mayo, último mes que Teresa pasa en Burdeos y en el cual, a pesar de no hallarse allí Tallien, supo mantener en Isabeau la misma repugnancia a la sangre

vertida. Apenas se aleja ella de Burdeos, apenas la ciudad cae bajo la férula del despiadado Jullien, vuelve a elevarse espantosamente la cifra de muertes hasta esta de 126 víctimas del mes de julio con sólo 2 multas, tendencia creciente hacia la destrucción de valores humanos que cortará muy a tiempo la caída de Robespierre y de sus métodos de gobierno. <<

[3] Andrés Chénier, que tiene ocasión en la cárcel de pensar en aquel himno a la libertad que compusiera un día, hará el siguiente tétrico cuadro de los presos del Terror:

On vit, on vit, infâme. Eh bien il fallut l'être
L'infâme, aprés tout, mange et dort
Ici même, en ce parc où la mort nous fait paraître
Où la hache nous tire au sort.
Beaux poulets son écrits, maris, amants sont dupes,
Coquetages, intrigues de sots;
On y chante, on y joue, on y lève des joufres;
On y fait chansons et bons mots.

<<

[4] Para atestiguar la admiración de Napoleón a Teresa, esta carta escrita desde Italia:

Milán, *29 Floreal, año IV*.

A la ciudadana Tallien:

Os debo mil agradecimientos, mi bella ciudadana, por el recuerdo que conserváis de mí y por las simpáticas expresiones contenidas en la vuestra. Comprendo que, diciéndoos que echo de menos los momentos felices pasados en vuestra compañía, no hago más que repetiros lo que todo el mundo os dice. Conoceros, significa no poder ya olvidaros. Estar lejos de vuestra figura cuando se han conocido los encantos de estar cerca, significa desear vivamente el acercarse a vos…

Pero se dice que vais a España. Esto es un crimen a no ser que estéis de vuelta antes de tres meses, es decir, que este invierno podamos tener la dicha de veros en París. Id, pues, a España a visitar la caverna de Giblas. Yo iré a Roma a conocer todas las antigüedades posibles a fin de que, desde noviembre hasta febrero, podamos contamos historias sin parar un momento.

Consideradme con la estima, la consideración… iba a decir «el respeto», pero no que, en general, las mujeres bellas no gustan de esa palabreja.

BUONAPARTE

(*En el margen*): Mil recuerdos a Tallien… (*a buena hora*).

<<